No-Luna de Miel ¿contigo?



ANGELS ALEMANY

RUBRIC



NO-LUNA DE MIEL ¿contigo?

ANGELS ALEMANY

RUBRIC

Derechos de autor © 2024 Angels Alemany

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Edita: Rubric
www.rubric.es
C/ María Díaz de Haro, 13 1ºa
48920 Portugalete
Tel. 944 06 37 46

ISBN: 978-84-128962-6-8
Depósito legal: BI-01296-2024

Diseño de portada e ilustraciones interiores: Daniela Triana Mejía (@primmrossedesign)

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contenido

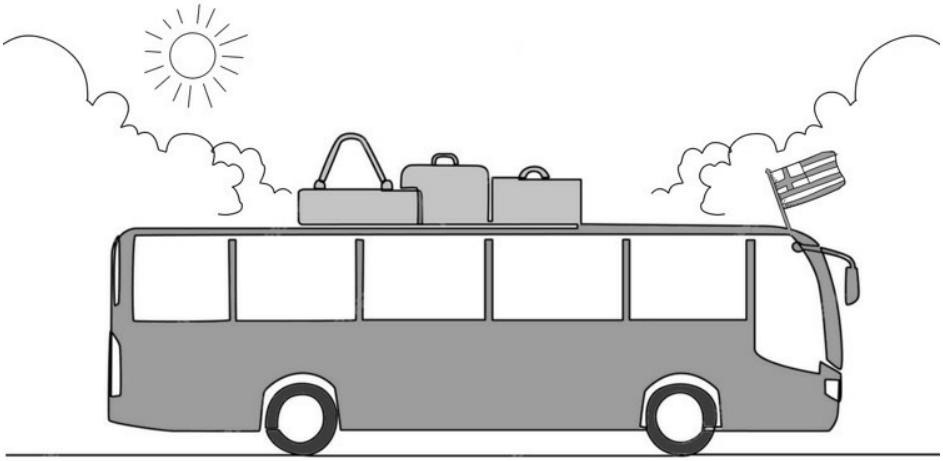
Derechos de autor
Prólogo
1. Señor y señora Arias
2. Talón de Aquiles
3. La tienda de campaña
4. Dormir contigo
5. Una sesión de fotos a los pies del Partenón
6. Tengo una información sobre Álvaro
7. Recién casados
8. Solo tres días
9. Me equivoqué al fijarme en él
10. La historia de Helena y Paris
11. Fresas y champagne
12. Los borrachos no mienten
13. Es gay
14. Noche de confesiones
15. Esto es lo que quiero
16. No vamos a usar la cama
17. ¿Te vas a casar con él?
18. Solo he cometido un error
19. ¿Estamos juntos?
20. Un pacto
21. Helena ha elegido a Paris
22. No contéis con mi apoyo
23. Tareas pendientes
24. La mejor madre del mundo
25. Nueva Nía
26. Álvaro tiene a quién parecerse
27. Vete
28. Vivir una mentira
29. Lo que ocurrió hace diez años

30. Un secreto difícil de guardar
31. Me alegro de verte
32. Etapa cerrada
33. Algo que deberíais saber
34. Mi condena es esto
35. Deuda pendiente
Epílogo 1
Epílogo 2
Nota de la autora
Agradecimientos
La autora
Otras obras publicadas

Para todas aquellas personas que
os sentís pequeñitas e incapaces de alzar la voz.

Parte 1





Prólogo

NÍA

Hace un mes…

La noche anterior habíamos echado uno de los mejores polvos de toda nuestra relación. Me desperté con las piernas aún entumecidas por el ejercicio que nos había mantenido en vilo hasta bien entrada la madrugada y con una sonrisa en los labios que nadie esboza cuando se acaba de despertar. Así de feliz me sentía en ese momento.

Después de algunos meses en los que nuestra relación parecía sucumbir al estrés de los preparativos de la boda, el día anterior, tras una cena en nuestro restaurante italiano habitual, marinada con una botella de *lambrusco* y varios *limoncelli* pusimos fin a aquella especie de sequía que amenazaba con hundirnos en la rutina más tediosa.

Me giré con la intención de continuar donde lo habíamos dejado y la sonrisa se me borró al darme cuenta de que estaba sola en la cama. Me recosté quedando apoyada sobre los antebrazos y di un repaso a la habitación. Arrugué la nariz y me puse en pie. Seguro que estaba haciéndome el desayuno. Busqué la camisa que llevaba Álvaro porque solía gustarle cómo me quedaban y no la vi por el suelo. ¿Habría sido capaz de meterla en el cesto para lavar? No me podía creer que me hubiera hecho caso, por fin.

Fui hasta el armario para coger alguna camiseta y unas bragas y emprendí la marcha tarareando algo que había escuchado esa semana en la radio y que no lograba sacarme de la cabeza. Al abrir la puerta, la gran cocina abierta se mostró ante mí, vacía y silenciosa. Además, todo seguía tan limpio y tan en su sitio que dudaba que Álvaro hubiera preparado nada.

Arrugué el entrecejo. ¿Dónde se habría metido ese hombre? ¿Era posible que hubiese ido a buscar unos cruasanes a la pastelería de la esquina? Era lo más probable. Entré a prepararme un café con espuma de leche y me senté en el sofá a esperarlo mientras hacía un poco de *zapping.*

Media hora después, miré el móvil y me sentí tentada de preguntarle dónde estaba, pero no quería arruinarle la sorpresa y me abstuve de hacerlo. Aunque solo sirvió para inquietarme cada vez más. Nerviosa como estaba, me levanté y empecé a dar vueltas. Me desplacé hasta la estantería y toqueteé los libros. Fui a la lavandería y metí en la lavadora unas sábanas que había en el cesto. Tenía que haberlo hecho el día anterior, pero Álvaro llegó del trabajo tan fogoso y con tantas ganas de todo que se me olvidó.

Nos pasamos media tarde retozando en el sofá, luego nos duchamos juntos y nos fuimos a cenar. Para después volver a casa más cachondos que nunca y continuar con nuestra fiesta del sexo. Primero, uno rápido contra la pared del recibidor porque no nos dio tiempo de llegar a la habitación. Ya más relajados, pudimos continuar en nuestra cama.

Volví a la habitación a recoger mi ropa, que seguía en el suelo, para meterla en el cesto del baño. Lo primero que me llamó la atención al entrar fue que la balda de Álvaro se encontraba vacía. Giré para inspeccionar el pequeño habitáculo y descubrí que no estaba su albornoz, ni su champú, ni su recortadora de pelo. Nada. Caminé hacia atrás hasta chocarme con la puerta. Acojonada como nunca, me dirigí hacia su armario. Abrí con mucho recelo y me sorprendí al encontrarme que faltaba la mitad de su ropa.

Me tapé la boca con ambas manos por la impresión. ¿Qué significaba eso? ¿Se había ido? ¿A dónde? ¿Era posible que le hubiera surgido algo en el trabajo y hubiera tenido que irse sin poder ni despedirse de mí?

Sentí unos sudores fríos de repente y empecé a moverme por toda la casa de manera descontrolada. No entendía nada. Me habría avisado, ¿no? Él no era de largarse así, sin más. Marqué su número y no me dio tono. Aparecía como apagado o fuera de cobertura.

«Está en un avión, Nía, tranquilízate. Seguro que no ha tenido un momento para avisarte».

Mi conciencia trataba de mantenerme serena, pero era algo que cada vez me costaba más. Y, de pronto, lo vi. Como un rótulo de neón que se enciende al caer la noche. Lo había tenido allí todo ese tiempo y no lo había advertido. Una puta nota en la puerta de entrada. A la altura de la mirilla. Un *post-it* tan verde como las manzanas Granny Smith.

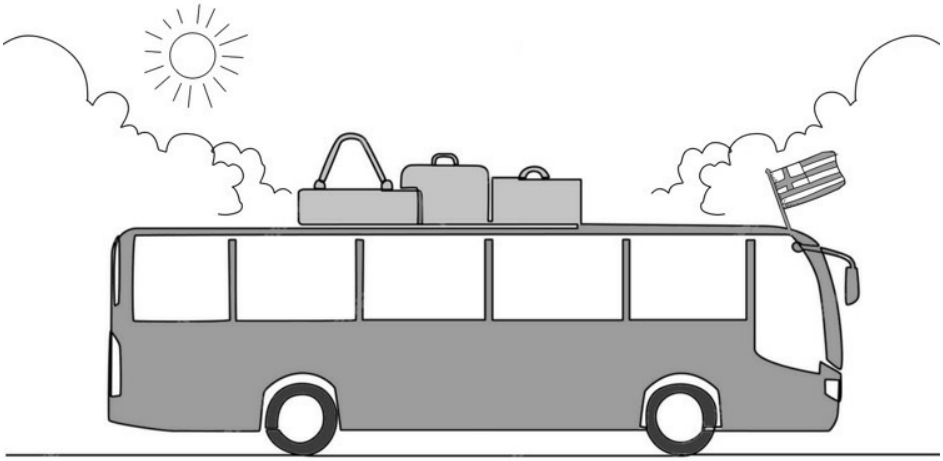
Lo siento, Nía. No puedo casarme. Cuando pueda volveré a por el resto de mis cosas, si siguen ahí.

Crac. Así fue como sonó mi corazón en ese mismo instante. Rompiéndose en mil pedazos.

Cuando creí que mis neuronas volvían a hacer contacto, fui a por mi móvil y quise escribirle un mensaje, pero dudé que fuera a leerlo porque sospechaba que me había bloqueado. Así que lo tiré al suelo y me derrumbé sobre el sofá.

Dejé salir todas las lágrimas sin ponerles límite y, a la vez, me reprendí por hacerlo. Álvaro era un cabrón. Me acababa de dejar a un mes de casarnos, con todo a medio pagar y doscientos invitados a los que tendría que avisar del cambio de planes.

Pero lo peor no era eso. Lo peor, joder, era que la noche anterior se le llenaba la boca de «te quieros», de «te deseos», de «vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos» y de cientos de promesas más mientras me hacía el amor de mil y una maneras. Me hizo creer que lo estábamos arreglando, cuando, al final, lo único que estaba haciendo era despedirse.



1. Señor y señora Arias

NÍA

El mensaje repentino del comandante anunciando que llegamos al aeropuerto de Atenas me despierta y me doy cuenta de que me he pasado todo el vuelo durmiendo. Espero que no se me ha haya caído la babilla. Me llevo la mano a la boca con disimulo para comprobar que, al menos, no he hecho el ridículo de ese modo.

—Buenos días, princesa —se mofa Hugo, a mi lado.

Gruño como respuesta mientras me froto los ojos y me estiro en el asiento. Bueno, no es que haya mucho espacio para ello, pero logro desentumecer mis músculos después de tanto tiempo en la misma postura. Una que no es en absoluto la ideal para dormir, pero yo soy capaz de conciliar el sueño en cualquier lugar.

—Haces unos ruidos muy graciosos cuando duermes.

Sigue de guasa, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

—Yo no ronco —me defiendo de manera muy seca, por si se refería a eso.

Hugo se descojona. Empezamos bien el viaje. ¿Así van a ser las dos semanas?

Aún no hemos aterrizado y ya me empiezo a arrepentir de haberle pedido que viniera conmigo. Creo que sola hubiese estado mejor. Sea como sea, ahora ya es tarde y sé que para él tampoco resulta la mejor idea que he tenido, pero, como amigo que es, aceptó acompañarme.

Es la luna de miel que siempre soñé, un *tour* por la península griega y luego una semana en algunas de sus islas más famosas y bonitas. Sí, he dicho «luna de miel» y he dicho «amigo». Tendría que estar con mi supuesto marido, pero, como ya sabéis, me dejó hace un mes y sigo digiriendo todo lo que ha ocurrido desde entonces.

Al llegar a las cintas para recoger el equipaje, su maleta entra de las primeras. En cambio, la mía se hace de rogar. Esperamos diez minutos y, cuando ya no salen más y la máquina se detiene, entro en pánico. ¿Dónde está mi maleta? Es de color menta con unos pequeños pompones anudados en el asa. Se ve a leguas y se distingue de cualquier otra perfectamente

porque casi todas son azules o negras.

—Calma, vamos a preguntar, ¿vale?

Quiere mostrarse tranquilo, pero sé que se está alterando tanto como yo. Me agarra de la mano y tira de mí para llevarme al pequeño mostrador ubicado a unos metros de donde nos encontramos. No me suelta cuando llegamos. Yo lo observo hablar con el chico que nos atiende en ese inglés tan perfecto por haber vivido un año en Australia y veo que le entrega las pegatinas que nos han colocado en uno de los pasajes hace ya algunas horas. Su soltura me impresiona y supongo que se debe a que él ya ha pasado por esta misma situación.

Al cabo de unos eternos minutos, el chico nos confirma que no sabe dónde está mi maleta. Nos pregunta cuántos días vamos a estar y dónde nos vamos a alojar y empieza a tomar nuestros datos para avisarnos en cuanto sepan algo. Nos intenta tranquilizar explicando que esto ocurre a menudo y que la mayoría de las veces aparece al día siguiente.

—Pero en dos días ya no estaremos en Atenas. Contratamos un *tour* y cambiaremos de ubicación constantemente —expongo desesperada con un inglés muy básico y oxidado.

—Señora… Arias —precisa tras mirar el DNI de Hugo.

—Me llamo Nía Ortiz —interrumpo con cierto retintín. ¿Es que no puede comprobar mi nombre si va a dirigirse a mí?

—Cariño… —Hugo me aprieta la mano y me sonríe con los dientes apretados—. Discúlpela, nos acabamos de casar y aún no se acostumbra —se excusa dirigiéndose al chico del mostrador.

—Es que en España las mujeres no perdemos nuestros apellidos, ¿sabe? —le indico al muchacho, que empieza a mirarnos como si estuviéramos pirados.

—Ya…, bueno. Mire, haremos todo lo posible. Si mañana no nos hemos puesto en contacto con ustedes, yo le recomiendo que aproveche que están en la ciudad para comprarse ropa. Si la maleta aparece, la llevaremos a su hotel, aunque ya hayan salido. Allí la guardarán hasta que regresen.

Sé que lo dice de la manera más educada posible, pero yo sigo muy cabreada. ¿Se puede tener más mala suerte? Estoy en mi luna de miel, con alguien que no es quien iba a convertirse en mi marido, y me acaban de perder la maleta. Encima, mi economía, después de hacerme cargo de gran parte de los gastos de la boda, no está muy boyante y voy a tener que malgastar lo poco que me he traído en ropa que no necesitaría. Río para no llorar. Mentalmente, claro, no os penséis que vaya desplazándome hacia la salida con una risa de loca.

Al atravesar las puertas de cristal nos encontramos con mucha gente que espera a sus familiares, amigos o parejas. Con nuestras manos aún unidas, buscamos algún cartelito con nuestros nombres. Nos vamos moviendo para no cortar el paso y, casi al final, lo vemos:

Señor y señora Arias

El letrero, además, tiene dibujados unos corazones y unos anillos. Miro de reojo a Hugo y percibo que se está riendo tras esa máscara de indiferencia.

Nos acercamos y le indicamos que somos nosotros. Yo ya ni me molesto en decir que me llamo Nía Ortiz. Solo quiero llegar al hotel y, si respondo, lo único que voy a conseguir es retrasar el momento. Menudo viajecito me espera.



Si un día os casáis, pedidme el contacto de mi agente de viajes. Se encargó de indicar que se trataba de una luna de miel y de solicitar un tratamiento especial. En vez de venir en un autobús junto a otros turistas, la agencia receptiva nos ha metido en una limusina para nosotros solos. Hemos recorrido el trayecto hasta el hotel bebiendo *champagne* y probando algunas pastas típicas de aquí. En la recepción, nos reciben con unos cócteles que no sé qué llevan, pero saben a coco, y nos dicen que van subiendo nuestro equipaje mientras nosotros realizamos el *check-in.*

Cuando el ascensor se abre en la penúltima planta se me encoge un poco el estómago. Me obligo a creer que son los nervios, pero no sé por qué me siento así. Es un viaje normal con un amigo. Solamente nos estamos haciendo pasar por recién casados, algo que no somos. O quizá el exceso de alcohol está haciendo de las suyas.

Al verme tan parada, vuelve a agarrarme de la mano y me guía hasta la puerta 808. Nos miramos un segundo, luego Hugo pasa la tarjeta para abrir y entro tras él. Voy directa a la ventana y me pierdo en la imagen de la Acrópolis. Espectacular. Muero de ganas de ir a verla ya.

—¿Qué lado prefieres?

Su pregunta me hace darme la vuelta. Está parado al borde de la cama con los brazos cruzados. Inspecciono la estancia, algo que no he hecho al entrar, y me doy cuenta de que no hay ningún tipo de sofá, lo que significa que nos tocará dormir juntos. ¿Qué es esa corriente que me acaba de recorrer la espalda?

—Me da igual.

—A mí también.

—¡El derecho! —exclamo con la intención de zanjar el asunto cuanto antes.

Asiente y abre su maleta para sacar algunas cosas. Mierda, la maleta.

—¿Te importaría que fuéramos a comprar algo de ropa?

Me muevo por la estancia hasta el escritorio ubicado bajo la enorme tele de plasma, ya que hay algo que me llama la atención de lejos y no veo lo que es desde aquí.

—¿No prefieres esperar?

—Necesito algo para ponerme mañana, ropa interior y… ¡condones!

—¿Cómo? —pregunta, y casi se atraganta con su propia saliva. Tendríais que verlo, se ha puesto hasta rojo.

—Que hay condones y lubricante. Aquí, mira.

Hugo se acerca y dirige su vista a lo que estoy mirando. Una pequeña caja abierta sobre la mesa.

—Venía con una nota —intervengo, y empiezo a leer en voz alta:

Estimados Sr. y Sra. Arias:

Espero que disfruten de su estancia en nuestro hotel y en el país, en general. Esto es para ustedes, para que vivan una luna de miel mágica e inolvidable.

Atentamente,

—El nombre no me atrevo a pronunciarlo, pero aquí dice que es el director —añado.

—Bueno, agradezco que no sea más alcohol —tercia mientras lo veo coger los envoltorios plateados y guardarlos en su maleta—. ¿Lo quieres? —pregunta levantando el bote de lubricante.

—¿Qué estás haciendo? No vamos a usar eso —expreso con la voz más aguda de lo habitual mientras mi dedo nos señala a uno y a otro de manera alterna.

—Ya lo sé, tranquila. Pero son gratis —aclara encogiéndose de hombros.

—¿Qué hay de tu moral intachable? —cuestiono frunciendo el ceño.

—Estoy haciéndome pasar por tu marido. Creo que me voy a olvidar de mi «moral» en este viaje.

—Ah, ¿sí? Vaya… ¿Vas a volverte malo de repente?

—No vamos a hacer ningún *sinpa* ni nada de eso, si es lo que insinúas. Pero no creo que guardarme tres condones que nos están regalando vaya a impedirme dormir por la noche.

—Ya decía yo… —lo provoco, aunque no entra al trapo. Es más, creo que ni me ha oído porque sigue sacando cosas de la maleta. ¿Por qué hace eso? Vamos a pasar tres noches y nos largamos de ruta durante cuatro días.

Me siento sobre la cama, la cual noto demasiado mullida para mi gusto. Me tumbo mirando el techo y me siento algo mareada unos segundos. ¿El alcohol? Cierro los ojos. Es tan agradable esta sensación…

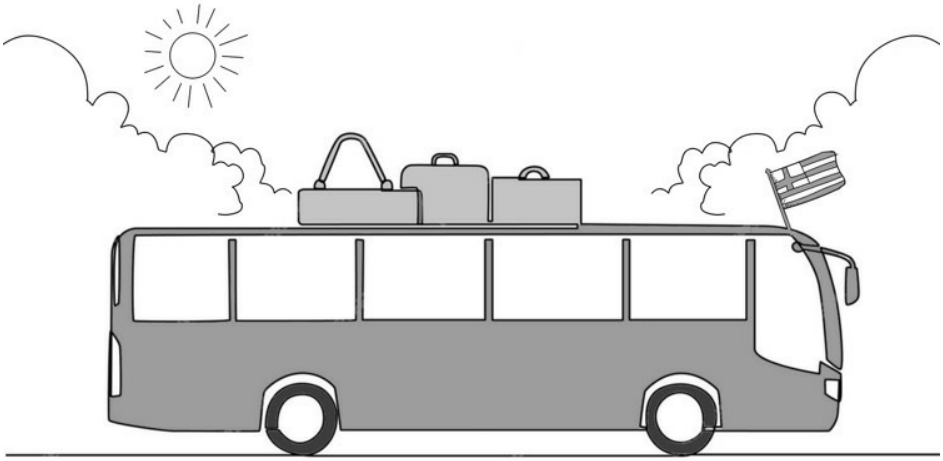
Si en vez de ser Hugo fuese Álvaro quien estuviera aquí conmigo, ya habríamos empezado a usar los regalitos del hotel. Creo que no me habría dejado llegar ni a la ventana para admirar las vistas. Me habría arrollado contra la pared y de ahí a la cama. Bueno, quizá aún ni siquiera hubiésemos encontrado la caja. Pero ya estaríamos haciendo buen uso de la luna de miel, eso seguro.

—Señorita Ortiz —me llama con retintín, al igual que yo hice con el chico del aeropuerto, y abro los ojos de nuevo. Veo que me mira desde arriba—. ¿Nos vamos?

—Sí —digo mientras me levanto—, necesito comprar algo de ropa y… lencería. A saber cuánto tiempo tardaré en recuperar la maleta.

No sé por qué he dicho eso, ni por qué lo he pronunciado de una manera tan seductora. Supongo que me he acalorado pensando en lo que Álvaro y yo estaríamos haciendo. Hace un mes desde que mi mundo dejó de ser como lo conocía. Un mes desde que me di cuenta de que tenía el novio más cobarde del planeta. Y una semana desde que tomé la decisión de no perderme este viaje solo porque él había decidido que ya no quería casarse conmigo.

No lo pensé bien al proponérselo a Hugo, esa es la conclusión a la que he llegado cuando he visto que nos tocaba compartir cama. Porque, de vivir una luna de miel de amor y lujuria, paso a vivir una no-luna de miel —sin amor y mucho menos lujuria— con su hermano gemelo.



2. Talón de Aquiles

HUGO

Ha sido un error mayúsculo venir con Nía a este viaje. Es su luna de miel. De ella y de mi hermano. Aunque, en honor a la verdad, Álvaro decidió bajarse del carro hace un mes.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó Nía nada más abrirle la puerta, y entró directa.

—Es moreno, como yo, tiene este aspecto —me señalé moviendo la mano— y…

—No te hagas el gracioso conmigo. Sabes de qué te estoy hablando —me interrumpió.

—La verdad es que no.

Ella analizó mis inexpresivos gestos con los brazos cruzados. Su mirada marrón café me tentaba y casi me hizo flaquear. Pero, como de costumbre, desvió la vista hacia otro lado y se dirigió a mi cocina. Como Pedro por su casa, fue hacia el frigorífico y sacó una lata de refresco que compraba más por ella que por mí.

—Se ha largado de casa. Me ha dejado tirada con el pufo de la boda. ¿Te lo puedes creer? Sí, claro que puedes. Supongo que, en el fondo, todos esperabais una noticia como esa —aclaró apoyada sobre la encimera.

Me quedé pasmado por la entereza con la que hablaba. Mi hermano llevaba saliendo con ella desde la universidad. Tenían sus problemas, como todas las parejas, que sorteaban con bastante facilidad porque Nía siempre ha evitado el conflicto. Así que ellos nunca habían reñido. Al menos, que yo supiera. Aun así, que me contara esto como si se tratara de otra persona me dejó perplejo.

—¿Tú cómo estás? —me interesé, acercándome a ella. Pero me pidió distancia alargando su brazo frente a mí.

—¿Tú que crees?

—Sería más fácil si mostraras alguna emoción.

Asintió frunciendo los labios y entendí que se estaba controlando.

—¿Emoción? ¿Quieres que llore? Porque resulta que no he hecho otra maldita cosa desde hace seis días. Ni siquiera he ido a la gestoría. Suerte que a mi padre le puedo decir que no me encuentro bien y trabajo desde casa.

—Nía… —Me acerqué a ella y entonces sí me permitió abrazarla.

Sollozó contra mi hombro y la sentí temblar. Me rompía por dentro verla así y me jodía que fuese por culpa de mi hermano.

Lo quiero, hemos sido inseparables durante muchos años, pero lo que hizo me parecía imperdonable. Puede que tengamos el mismo aspecto, pero somos tan diferentes que no parecemos pertenecer ni a la misma familia. Él es el gracioso, el vividor, el que no mide las consecuencias de sus actos, el que quiere más y más, el que no necesita a nadie y utiliza a los demás a su favor. Un tiburón. Un digno clon de mi padre. A mí me ha tocado la seriedad, la moralidad, la sensibilidad, la empatía… Todo lo que he heredado de mi madre. En resumen, él es el guay y yo soy el aburrido. Claro que Nía iba a fijarse en él nada más conocerlo.

De eso han pasado ya unos diez años. Era el primer día de clase en la universidad. Álvaro y yo, tras un gap year *en Sídney al que nos obligó nuestro padre para mejorar el nivel de inglés y aprender otra cultura, empezábamos el doble grado en Derecho y Administración y Dirección de Empresas. Álvaro, porque quería trabajar en el bufete de nuestro progenitor como abogado mercantilista; y yo, porque quería ejercer algún día como inspector de Hacienda.*

Estábamos esperando al profesor de Derecho Romano cuando una chica se sentó a mi lado con mucho apuro. «Pensé que no llegaba», me comentó, y empezó a sacar sus cosas y a esparcirlas por la mesa.

—Soy Hugo —me presenté, tendiéndole la mano— y él es mi hermano Álvaro —añadí dándole un golpe en el hombro para que la saludara y no quedara como el imbécil que solía ser.

—Nía —respondió ella, sonriéndonos a ambos—. ¿Sois hermanos?

—¿Por qué lo dices? ¿Nos parecemos? —bromeó Álvaro.

Le hizo gracia y empezaron a hablar entre ellos, ignorándome por completo. Yo la miraba embobado porque la chica era guapa a rabiar, pero no parecía creérselo. Era natural, espontánea, simpática… El tipo de chica que solía gustarme. Pero ella vivía ajena a la atracción que despertaba en mí y solo tenía ojos para Álvaro. De modo que, en ese momento, convertirme en su amigo me pareció lo más lógico.

A lo que iba, que ha sido un error. Sí, y por varias razones. La primera, porque no me gusta mentir, algo que en las pocas horas de viaje que llevamos ya he tenido que hacer un par de veces y seguro que habrá más. Esto está mal. Nía siempre se burla de mí, alegando que soy muy «cuadriculado», pero es que no sé ser de otra forma.

La segunda razón, no menos importante, es que me estoy metiendo en la boca del lobo. No puede salir nada bueno de compartir una cama de metro ochenta con Nía durante dos malditas semanas. Ha sido fácil controlarme durante los diez años que ha estado saliendo con mi hermano. Porque siempre iba con él, básicamente. Las veces que quedábamos solos ella y yo, no había ningún clima de intimidad y solo se trataba de algunas horas. Luego ella se largaba. Nada de pasar las veinticuatro horas juntos, ni compartir una cama, ni caminar agarrados de la mano. Nada de eso. Y, por supuesto, nada de profilácticos gratuitos a nuestro alcance.

Paseamos por la calle Ermou, que es donde están todas las tiendas de ropa internacionales. Es

una vía empedrada y peatonal con bastante encanto. Hay mucha gente y, aunque nos gustaría evitar tocarnos, vamos con nuestras manos unidas para no separarnos y perdernos entre la multitud. Eso, y que ella se detiene sin avisar en cualquier tienda y soy capaz de no percatarme.

Llevamos ya varias bolsas cuando decidimos pararnos a tomar algo. Creo que se le ha ido de las manos, estoy convencido de que mañana mismo recuperará su maleta y a ver dónde guarda todo esto, pero ella insiste en que si no aparece no quiere perder el tiempo en comprar, que quiere patearse la ciudad. La entiendo, porque desde que la conozco no ha parado de hablar de la cultura griega, de la mitología, del arte y de que su sueño era visitar todo esto algún día. De modo que me he callado mi opinión y he dejado que comprara lo que quisiera. Entrar en Zara o H&M no ha supuesto ningún problema, pero en Oysho o Intimissimi no lo he considerado apropiado y le he comentado que la esperaba fuera. Bajo ningún concepto iba a permanecer ahí dentro viendo los modelitos de ropa interior que elegía.

Nos hemos parado en una heladería en plena plaza Monastiraki y disfruto de verla hacer fotos al mosaico del suelo desde varios ángulos. Utiliza la cámara que le regalaron mis padres hace dos Navidades porque dice que es un viaje demasiado especial para hacer fotos con un móvil, por muy bueno y caro que este sea. La ilusión que le pone a todo lo que ve me embarga y me hace desear cosas que no pueden ser. No sé por qué, pero desde que me enteré de su ruptura se me hace cada vez más difícil continuar con mi papel de amigo. Mi voz interior me aclara que es porque ahora está soltera y disponible, pero es mi cuñada. O lo ha sido, da igual. No puedo comportarme como un depredador con ella, aunque tampoco quiero que, en la espera de lo imposible, aparezca otro. Conociéndola, será algún gilipollas. ¿Cuál es la solución a todo esto? Porque ya os avanzo que irme de luna de miel con ella suena a todo lo contrario. A suicidio emocional.

«No hagas nada», me pidió, y esas palabras siguen resonando en mi cabeza. Álvaro es mi hermano y necesitaba ir a hablar con él. Necesitaba una maldita explicación de por qué había jugado así con Nía. Si no pensaba casarse con ella, si no la quería, ¿por qué le pidió matrimonio? «Hugo, no», insistió al verme parado y sin intención de hacerle caso. «El lunes llamé a su secretaria y no pasó la llamada. No quiere saber nada de mí, ¿entiendes? Es demasiado humillante. Se habrá largado con alguna de sus putas. No quiero que vayas, no quiero que piense que yo te he pedido ese favor. Déjalo estar».

Él no hablaba expresamente sobre sus escarceos con otras, pero la fama de donjuán lo precedía y en numerosas ocasiones no había tenido problemas en besarse con alguna delante de mis narices como si fuera lo más natural del mundo. Sabía que Nía era consciente de sus infidelidades porque, como amigo, quise advertirla. Pero siempre le restó importancia y siguió con él a pesar de ello. No obstante, lo que me heló la sangre de aquella frase, fue la frialdad con la que dotó a cada palabra. Como si sintiera más odio hacia ellas que hacia mi hermano.

No sé qué fue lo que me empujó a ayudarla con los gastos de la boda, pero me sentí en la obligación de hacerlo. «No tienes que pagarlo todo tú y tampoco es necesario que tengas que tragar con la vergüenza de hablar con los invitados», propuse. «Tampoco te corresponde a ti hacerlo», rebatió. «Es mi hermano. Es una responsabilidad subsidiaria». Ella sonrió, asintió y yo me sentí un poco mejor al ser capaz de aligerarle un poco la carga.

Su largo cabello castaño y ondulado se mece con delicadeza por la suave brisa que agradezco que haga, porque el calor llega a ser insoportable. Me obligo a fijar la vista en otro lado para

evitar recrearme de más en esos pantalones tan cortos o en esa camiseta que resalta tantísimo su figura. Porque seré elegante y correcto, pero no dejo de tener una parte de mi anatomía que va por libre y Nía sigue siendo mi debilidad, mi kriptonita, o, usando la mitología que tanto la encandila, mi talón de Aquiles.

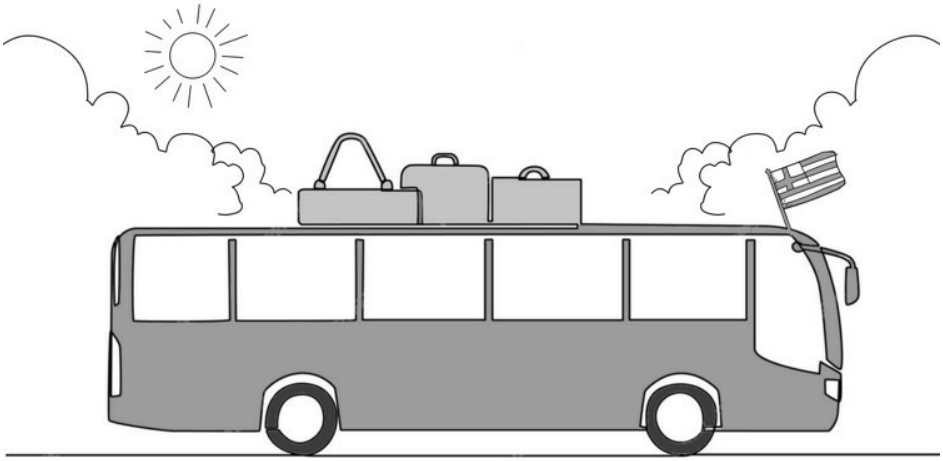
—Gracias por acompañarme —expresa volviendo a su asiento, tras lo cual da un enorme sorbo a su batido.

—Necesitaba unas vacaciones, al fin y al cabo —expongo encogiéndome de hombros.

—Sé lo difícil que es para ti.

«No tienes ni la más remota idea».

Me observa con sus pequeños y rasgados ojos marrones a la espera de que diga algo, pero, de entre nosotros dos, ella es la habladora y así va a seguir siendo. Nía desiste y empieza a soltar un montón de datos sobre la ciudad. Como una historia sobre por qué lleva el nombre de la diosa Atenea que me deja perplejo, para acto seguido empezar a comentar lo que veremos mañana. Está entusiasmada y preciosa. Demasiado preciosa. Este viaje va a ser una auténtica prueba de fuego.



3. La tienda de campaña

NÍA

No os caséis. Ese es mi consejo. Todo es muy bonito al principio. Una pedida en el Empire State con un anillo de Tiffany, noches de sexo desenfrenado celebrando que os vais a convertir en marido y mujer, las visitas a las masías e iglesias, la búsqueda del vestido entre copas de *champagne*… Parece un sueño hecho realidad. Pero, seamos realistas, las bodas son caras y, si el capullo de vuestro prometido os deja un mes antes del «sí, quiero», el dinero que ya habéis pagado no lo vais a recuperar. Y cuidado de que no tengáis que seguir pagando.

Llamé a mil proveedores y nadie me devolvió la señal. Muchos, además, alegaban que al bloquear la fecha tuvieron que rechazar muchas solicitudes y que con tan poco tiempo no podrían cubrir ese hueco con ninguna otra pareja, de modo que tuve que pagar todo igualmente. Son todos unos buitres sin corazón. Les daba igual que mi novio de hacía diez años me hubiera dejado. Vamos, que acabé aceptando la ayuda de Hugo porque el gestor del banco me llamó para decirme que tenía un descubierto de doscientos euros y que tratara de subsanarlo porque con los intereses la cifra se incrementaba cada día. Más buitres sin corazón. Por suerte, Alma, la chica que nos organizó el viaje al completo, me encontró una solución:

«Con los vuelos no se puede hacer nada porque no son reembolsables, pero si lo demás puedes anularlo no vas a perder tanto. O le puedes pedir a alguna amiga que te acompañe. Solo habría que adquirir otro pasaje, ya que no se puede modificar el nombre por ley para evitar la reventa. En los hoteles no pondrán ninguna pega y en las excursiones seguro que tampoco».

En ese momento me dije que no me apetecía hacer el viaje, que me recordaría demasiado a esa boda que no se había celebrado. Y así seguí pensando durante un par de semanas más. Luego pasó todo lo demás y Alma se sacó un recurso de la manga, de manera que aquí estamos.



Abro los ojos con la sensación de haber dormido mejor que nunca. Ayer recorrimos el barrio de Monastiraki y luego volvimos al hotel para dejar las bolsas, darnos una ducha y salir a cenar. Nos decantamos por probar la gastronomía local y buscamos un restaurante por esta zona. El local no era elegante, pero tenía su encanto. Era pequeño y sonaban *covers* instrumentales de canciones famosas. Disfrutamos compartiendo una ensalada griega y saboreando unos *biftekis* —hamburguesas— rellenos de queso feta que estaban de rechupete. Salimos rodando, de modo que alargamos el paseo de vuelta para bajar un poco la comida. Seguía haciendo calor a pesar de haber oscurecido un rato antes y por la calle había todavía demasiada gente, aunque no tanta como por la tarde.

Al volver a la habitación, no pude evitar sonreír con las vistas de la Acrópolis iluminada sobre esa colina que puede verse desde cualquier punto de la ciudad. Una imagen maravillosa.

Cuando quiero levantarme, me doy cuenta de que no puedo. La mano grande y cálida de Hugo abarca todo mi vientre desnudo. No sé qué ha ocurrido, pero voy a imaginar que la cama es tan blanda que, al moverme, el colchón me engulló y él me atrapó. A por qué la camiseta que Hugo me prestó para dormir se me subió hasta la cintura no tengo explicación. Supondré que también ha sido por el movimiento nocturno.

Pero lo peor no es eso, es la erección que se me está arrimando en el trasero. Sé que no tiene nada que ver conmigo, pero, ¡joder!, me está provocando un cosquilleo demasiado agradable y no es lo que debería sentir.

Giro la cabeza y lo llamo, pero no se entera.

—¡Hugo! —le hablo un poco más alto mientras sacudo su brazo.

—¿Uhm? —pronuncia aún medio dormido, y me estrecha un poco más contra él. Contra su cuerpo duro y contra su erección, la cual parece seguir creciendo. Me muerdo el labio y cierro fuerte los ojos. ¿Por qué a mí?

—Hugo, ¿me sueltas para que pueda ir a hacer pis?

—¿Qué? —pregunta, y una milésima de segundo después me suelta como si quemara.

Yo salgo de la cama, la camiseta me cae hasta los muslos y me cubre de nuevo. Hugo se sienta y coge una almohada para taparse. Me doy cuenta de que va solo con el bóxer, a pesar de que ayer se metió en la cama con un pijama antimorbo. ¿Qué coño ha pasado?

—Tenía calor y no podía dormir —aclara, como si me hubiera leído la mente—. No sé por qué te estaba abrazando, pero ha sido de manera inconsciente —añade a una velocidad anormalmente acelerada para él, como si estuviera nervioso por algo—, y esto… —prosigue, agachando la mirada y fijándola en el objeto que cubre la tienda de campaña con la que ha amanecido—. Lo siento.

—Lo sé, tranquilo, es normal. No es por mí. He dormido muchas veces con mi primo, no en la misma cama —apunto, nerviosa—, pero sí hemos compartido habitación a menudo cuando éramos adolescentes y él también se despertaba así.

Asiente sin atreverse a mirarme y voy al baño. A ver si se calma un poco la situación, pero no paro de darle vueltas a lo bien que me sentía cuando me he despertado. No es que haya dormido

un montón de horas, de hecho, son las siete y media. No nos fuimos a dormir tarde porque estábamos algo cansados y queríamos madrugar para salir a ver cosas. O «piedras viejas», como lo llamaba Álvaro para burlarse de mí. Reconozco que me costó convencerlo para hacer este viaje porque su idea de luna de miel era pasarse una semana en la playa sin hacer nada. O en la cama. Así que tuve que buscar uno que mezclara ambas cosas.

¿Soy tonta por seguir pensando en él? Aún me cuesta aceptar que ya no estamos juntos, que ya nunca nos casaremos ni tendremos hijos, que no haremos más viajes, no volveremos al restaurante italiano que tanto nos gusta —al menos, no juntos—, no volveremos a besarnos ni a acostarnos. Me duele admitir que eso último es lo que echaré más de menos, porque era increíblemente cariñoso y generoso en la cama. Sabe cómo hacer que una mujer se quede enganchada a él.

Me jode perder a una suegra tan encantadora como Dora, que desde el principio me trató como a una hija, me enseñó sus mejores recetas, me dio algunos de los mejores consejos y me ayudó con la boda sin imponer su criterio. Ya no la veré más. ¿Qué pensará ella de nuestra ruptura?

Cuando salgo, compruebo que Hugo se ha puesto un pantalón y ya no hay ni rastro de la tienda de campaña, gracias a Dios. Se ha sentado en un sillón y ha descorrido la cortina para dejar entrar la luz natural. Está ensimismado admirando las hermosas vistas que tenemos. Peco al quedarme observándolo más tiempo del que debería. Pienso que son dos putas gotas de agua, pero es que, además, deben de hacer el mismo ejercicio porque no logro ver diferencia alguna en ninguno de sus músculos. Si no fuera porque sus personalidades están a años luz, sería imposible saber quién es quién. Algo que solo adviertes cuando abren la boca.

—Voy a pedir una cama supletoria a recepción —anuncia con su mirada aún fija en el cristal.

—¿Por qué?

Se gira y me mira de arriba abajo. Noto que se tensa un poco y yo froto mis manos porque de alguna manera me incomoda ese escrutinio.

—No hace falta, de verdad.

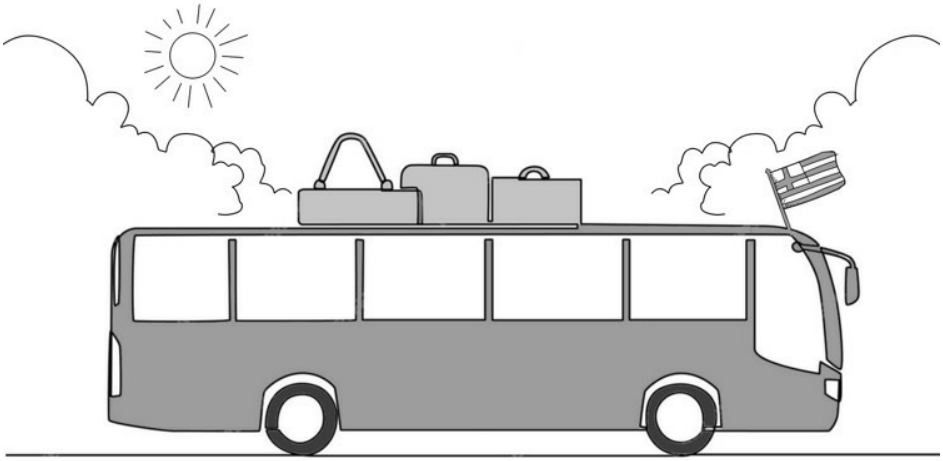
—No quiero que…

—Hugo, basta. No pasa nada.

Asiente y no añade más palabras. ¿Veis? He aquí una gran diferencia entre los hermanos Arias. Álvaro no calla, busca cualquier excusa para hacer bromas y no hubiera desaprovechado el momento «tienda de campaña» para hacer mil comentarios. Hugo, en cambio, se avergüenza, se calla, se disculpa… Supongo que, por esta razón, me fijé en uno y no en otro cuando los conocí, a pesar de ser iguales. Álvaro te atrapa con las palabras, te hace reír, mientras que Hugo pasa desapercibido y cuesta mucho llegar a conocerlo.

—¿Quieres ducharte tú primero…? —pregunto señalando el baño. Él me hace un gesto indicándome que le da igual, así que cojo algo de las bolsas de ayer y le indico que empiezo yo, a lo que responde con un sonido afirmativo.

Cuando, por fin, el chorro de agua me cae sobre el cabello, suelto todo el aire que no sabía que se había quedado atascado en algún lugar. ¿Sigue estando todo bien?



4. Dormir contigo

HUGO

Despertarme con Nía entre mis brazos es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Mejor que el año que pasamos mi hermano y yo en Australia, mejor que haberme graduado con honores o mejor que conseguir el piso que tanto me gustaba. Su vientre desnudo bajo mi mano me invitaba a jugar, su cuello tan cerca de mis labios me pedía a gritos que la besara, su olor inundando mis fosas nasales me mantenía en un perfecto estado de semiinconsciencia.

«Dormir contigo es el camino más directo al paraíso», canta Luis Miguel. Una canción preciosa que conozco por mi madre.

Pero todo eso se ha evaporado en medio segundo al darme cuenta de lo que estaba aconteciendo. Juro que no tengo idea alguna de lo que pudo suceder anoche entre las sábanas. Solo sé que, tras una hora cansado de dar vueltas, me levanté y me quité el *short* y la camiseta que usaba a modo de pijama porque me estaba entrando calor solo de verla a mi lado con tan pocas prendas encima. Le tuve que prestar algo para que se cubriera un poco porque no había comprado nada para dormir y bajo ningún concepto iba a permitir que se metiera en la cama en ropa interior.

Siento sus ojos fijos en mí y soy consciente de que está muy incómoda con esta situación. Me ofrezco a pedir una cama supletoria, pero me lo impide y se mete en el baño para ducharse. Respiro aliviado cuando oigo el agua correr.

Cada vez que escucho la famosa frase de que «un hombre y una mujer no pueden ser solo amigos» pienso en nosotros. Nía y yo. Claro que se puede. Incluso si tu hermano está saliendo con la chica que te gusta. Es verdad que la controversia que envuelve esa frase es precisamente eso, que uno de los dos siempre ansía algo más. Pero no es el caso, de verdad. Lleva tanto tiempo vetada que creo que sería incapaz de desearla para mí. A pesar de lo que siento por ella.

Me alegré como el que más cuando me dieron la noticia de que iban a casarse porque ella estaba radiante de felicidad. Así la había visto siempre en su relación. No sentí celos, lo juro.

Pero ahora, después de lo que ha hecho mi hermano, me cuesta controlarme. No sé cómo proceder en esta nueva realidad y me molesto conmigo mismo por ser incapaz de mantener a raya mis pensamientos.

Nía sale del baño envuelta en una toalla y tarareando alguna canción que, ahora mismo, no identifico. Me levanto como un resorte, voy hasta la maleta para buscar la ropa que tenía pensado ponerme y entro en el baño antes de que mi cuerpo o mi mente me jueguen una mala pasada. Solo el hecho de saber que ella está desnudándose al otro lado de la puerta, mientras yo hago lo mismo para meterme en la ducha, está causando que la sangre se acumule en una zona muy concreta. Roto el mando hasta que el agua sale helada, aunque por un momento temo que sea insuficiente. Por suerte, no es necesario recurrir a otros métodos más «físicos».

El agua me despeja el cuerpo, aunque no la mente. Mi cabeza está empecinada en hacerme creer que una vida a su lado es posible. No paro de imaginar situaciones inverosímiles en las que ella se enamora de mí y vencemos al pasado. Para luego recordarme que eso no es verdad. Que ella solo tiene ojos para los chicos como Álvaro y que mi hermano siempre hará todo lo posible para impedirnos estar juntos. Como ya me dejó claro el día que nos dio la noticia de que se cancelaba la boda.

Imaginaba lo que iba a decir antes de que abriera la boca. Cuando lo vi entrar en el salón de casa de mis padres, mi cuerpo se puso en tensión de inmediato. Él me miraba como si quisiera lanzarme algún tipo de advertencia.

—Os estaréis preguntando el motivo de que os haya reunido aquí —intervino Álvaro tras un rato de charla de relleno. Mis padres asintieron y yo me limité a dar un sorbo de mi Perucchi extra seco—. Bueno, pues es que tengo una noticia importante que daros…

—¡Oh! —Mi madre se tapó la boca con una mano, incapaz de disimular la emoción que sentía—. No me digas que Nía está embarazada.

Me atraganté con la bebida y mi padre me regañó con la mirada. Los ojos de mi hermano se posaron sobre mí durante un segundo en el cual fui incapaz de adivinar sus pensamientos.

—Mamá…

—¿Y por qué no ha venido contigo? ¿Lo está pasando mal con las náuseas?

—Hijo, espero por tu bien que esto no salga adelante. No podéis casaros de penalti. ¿Te puedes hacer una idea de lo que dirán?

—Nía no está embarazada —confirmó levantando ambas palmas de las manos para detener aquel alud de ideas disparatadas—. Lo hemos dejado. No hay boda.

—¿Qué?

—¿Cómo?

Mis padres estaban alucinando y poco a poco sus caras se transformaron. Él, enfado. Ella, decepción. Yo seguí sin pronunciarme y no me extrañaba que nadie se percatase de ello.

—Tienes que seguir adelante, hijo. Ahora no puedes cancelarlo. Los invitados están enviando sus regalos, han reservado en hoteles de la zona para poder asistir…

—No voy a casarme para quedar bien con tus colegas, papá.

—Pues deberías, son los que te pagan el sueldo.

—No voy a casarme. La decisión ya está tomada. No pienso pasar el resto de mi vida atrapado en una relación que no me permite ser feliz.

—Bueno, yo creo que me voy. Tengo unos asuntos que resolver —anuncié a la vez que me levantaba y, por fin, repararon en mí.

—Hugo, dile algo a tu hermano —exigió mi padre.

—Enhorabuena —declaré tras varios segundos—. Creo que es la primera vez que haces lo que debes.

—¡Hugo! —Mi padre gritó furioso mientras me marchaba del salón y llegaba a la puerta principal para salir a la calle.

Pero Álvaro me alcanzó cuando estaba por llegar al coche.

—Ella te lo contó, ¿verdad?

Me giré y asentí de manera seca.

—Me explicó lo del post-it*. —Reí de manera sarcástica—. Una maldita nota, eres un hijo de…*

—Cuidado con lo que dices, que es la misma que la tuya. —Sonrió y me crucé de brazos para controlarme. Es mi hermano, pero no tenemos nada que ver—. Además, no sé de qué me hablas. ¿Una nota?

—No te hagas el imbécil. Te largaste de casa sin decirle nada —escupí apuntándole con el dedo.

—¿La crees a ella antes que a mí? ¿Cuándo dejaste de ser mi hermano para convertirte en su perro faldero? —cuestionó.

—¿Y tú cuándo te convertiste en un ser tan despreciable? —contraataqué.

—Pensé que te alegrarías de que no fuera a casarme con ella.

—Y lo hago. Que haya podido librarse de ti es algo que merece celebrarse por todo lo alto.

Rio de manera falsa y me desquició un poco más.

—Claro, porque ahora tienes vía libre, ¿no?

—Eres idiota. Ella está enamorada de ti.

—No es verdad, solo lo está de mi dinero y de mi polla.

—Escúchame bien —lo encaré agarrándolo por el cuello de la camisa—. Como vuelvas a hablar así de ella…

—¿Qué harás? —me retó con la mirada más desafiante que le había visto nunca. Acto seguido, se rio como un maldito chiflado. Lo solté, me giré y abrí la puerta del coche.

—Yo no le he mentido. Conocía perfectamente mi afición por las mujeres, en cambio, tú… —me provocó.

—¿Yo qué? —entré al trapo como un tonto.

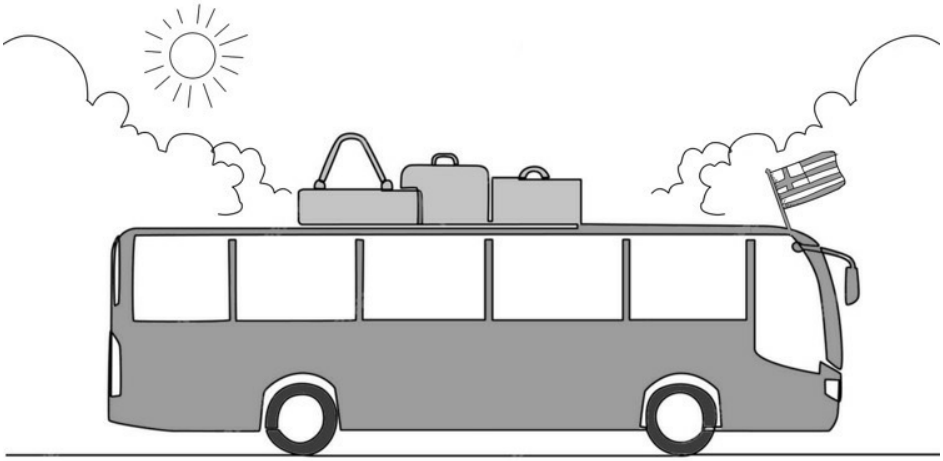
—Tú llevas años engañándola. Su «amigo». «Don valores sólidos y férreos», el que nunca hace nada que considere incorrecto.

Me quedé agarrando la puerta con fuerza y la mandíbula tan tensa que casi me dolía, mientras lo vi alejarse de vuelta a casa de nuestros padres.

Nía golpeando la puerta y preguntándome si me queda mucho me devuelve al aquí y ahora. No tengo idea de cuánto llevo en la ducha, pero creo que debería ir terminando.

—¡Ya salgo! —anuncio mientras cierro el grifo y busco mi toalla para secarme.

Debería dejar de pensar menos en imposibles y ser sincero de una vez por todas con ella. Antes de que todo me explote en la cara, porque, si no se lo digo yo, Álvaro lo hará y, en ese caso, ella jamás me perdonará.



5. Una sesión de fotos a los pies del Partenón

NÍA

Ni rastro de la maleta. Hugo ha llamado al aeropuerto después de desayunar para preguntar y le han dicho que no sabían nada aún, pero que tuviéramos paciencia. Suerte que me compré ropa y unas deportivas. Lo observo mientras se termina de preparar. Se ata los cordones de sus bambas, se echa perfume, se repeina un poco el pelo con los dedos… Me pierdo en cada uno de sus gestos porque guardan cierta similitud con su hermano, aunque los suyos son más pausados y sincronizados. Es como si tuviera un ritual y todo fuera en un orden determinado. Me muerdo el labio y dejo de hacerlo al darme cuenta de que es Hugo y no Álvaro quien tengo enfrente. Mi amigo, mi cuñado. Vale, eso último ya no.

Por la mañana vamos a visitar la Acrópolis. Paseamos durante un buen rato, guía en mano, y el pobre Hugo está desquiciado de tantos datos que le suelto. El Partenón es mucho más impresionante de lo que parece en las fotos. A pesar de las grúas y demás que están ahí para intentar reconstruirlo —o algo así nos han dicho—, puedes imaginar lo majestuoso que debía de ser en su momento. Las columnas dóricas de diez metros de altura se ven enormes al lado de los turistas y te impulsan a mirar hacia arriba para imaginarte en qué punto se chocarían. Por lo visto, los matemáticos de la época diseñaron un sistema para que las columnas se vieran siempre rectas, simétricas y armónicas, incluso de cerca, y eso lo arreglaron inclinándolas hacia el centro. De ahí que todos los turistas perdamos nuestra vista en algún punto del infinito.

Nos hacemos mil fotos, frente al Partenón desde distintos ángulos y laterales y frente al Erecteón, con el pórtico de las cariátides —unas columnas en forma de cuerpo femenino— de fondo. En la mayoría salimos solos, aunque también nos sacamos algún *selfie.* De repente, en medio de algún intento de foto que no nos sale bien, un matrimonio italiano de unos cincuenta años nos pregunta si queremos que nos tomen alguna. Ambos negamos, pues no lo consideramos necesario, pero la mujer insiste en que somos muy guapos y hacemos muy buena pareja. «Estamos de luna de miel», se escapa de mis labios sin control, y ella sonríe. No sé por qué he

dicho tal cosa. La frase correcta era «no somos pareja, solo amigos», pero, en vez de eso, la mente me ha jugado una mala pasada y ahora nos toca ceder.

La mujer sujeta la cámara con cuidado y parece dominarla bastante bien. Yo no sé cómo colocarme, estoy completamente bloqueada, oyendo al señor que nos pide juntarnos más. Cuando voy a girarme para ver a Hugo, él se me ha adelantado. Se ubica tras de mí y me rodea con ambos brazos por la cintura. Un gesto inocente que me turba por completo.

La mujer dispara y la veo juguetear con la cámara, mientras que el hombre nos insiste en que sonriamos y que nos miremos más. No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando deciden que han sacado suficientes fotos, nos devuelven el aparato y nos explican que regentan un pequeño negocio de fotografía en su pueblo natal.

—Lo siento —pronuncio un rato después de la sesión, aún incapaz de moverme del sitio.

—Tranquila. Realmente, es tu luna de miel.

Nuestros ojos se quedan enganchados un par de segundos hasta que bajo la vista hacia la cámara. Reviso las fotos que nos han hecho y son realmente buenas. Si esto fuera nuestra luna de miel, «nuestra», tendríamos unas imágenes preciosas para enmarcar y colgar en el salón.

Salimos del recinto y buscamos algún bar donde comprar un par de bocadillos y bebidas para llevar y comer en unos bancos que hay en la sombra, pues ahora pasa aire. Después tenía pensado visitar el museo de la Acrópolis, que está aquí al lado, de modo que no queremos irnos muy lejos. Hugo se sienta y empieza a hincarle el diente a su comida y yo me alejo unos pocos metros para llamar a Lara. Por la hora que es, seguro que estará comiendo en La Cantina de Nancy, un lugar regentado por una cubana que cocina como los dioses y que hace un menú riquísimo a un precio muy digno. Nosotras solemos ir mucho allí porque está a dos manzanas de la oficina.

—¿Qué pasa, Helena de Troya? ¿Cómo va todo?

—Qué graciosa eres —respondo entre risas por el apodo que se acaba de inventar—. Me perdieron la maleta.

—¡No jodas!

—Sí, tía, ya ves. Ayer por la tarde fuimos de compras, por si acaso. No tenía nada.

—Claro, cualquier excusa es buena para comprar ropa —bromea, y me río con ella, aunque no es gracioso gastarme la mayor parte del dinero que traje para el viaje en ropa. Menos aún cuando Hugo se empeña en pagar todas las comidas y no tengo opción a réplica porque:

Uno. Me he gastado un dineral que no tenía en pagar una boda que nunca aconteció.

Dos. Me he pulido lo poco que saqué para los gastos no incluidos del viaje en ropa porque me perdieron la maleta.

Tres. Hugo, al igual que Álvaro, tiene bastantes ceros en su cuenta bancaria y ha insistido desde el minuto uno en cubrir la parte que su hermano ha dejado sin pagar.

Me giro hacia él, que ya ha terminado su bocata y se entretiene con el móvil. ¿En serio ya se lo ha acabado? Lleva una camiseta gris oscuro bastante pegada a su torso y unas bermudas vaqueras muy *sexys*. Está guapísimo, todo hay que decirlo. No entiendo cómo en todo el tiempo que hace que nos conocemos solo ha tenido una novia con la que estuvo unos dos o tres años. Recuerdo que Álvaro siempre me decía que sospechaba que era gay y que la usó de tapadera hasta que ella se enteró y lo dejó. Hugo no es de esos, no se haría pasar por alguien que no es. Aunque ahora lo esté haciendo en esta no-luna de miel porque se lo supliqué juntando mis manos y poniendo cara de perrito abandonado hasta que me dijo que sí. Pero, para lo otro, no lo

necesitaría, no es que sus padres fueran a desheredarlo o algo así. Bueno, su padre…

—¿Me oyes? —oigo a mi amiga al otro lado del teléfono y soy consciente de que llevo un rato sin prestar atención.

—Creo que no hay muy buena cobertura. ¿Te parece que hablemos en otro momento? —miento descaradamente, ya que no puedo admitir que me he despistado por no ser capaz de quitarle los ojos de encima a Hugo.

—Vale, tranquila. Tú dedícate a hacer muchas fotos y pásame alguna de vez en cuando para darme envidia. ¡Ah! Y recuerda lo que te dije.

—No, no, olvídalo.

—Estás soltera y es el viaje de tu vida. Cuando vuelvas quiero que me cuentes que no has parado de fo…

—¡Para!

—… llar.

—Adiós, Lara, prometo mandarte fotos.

Oigo su risa antes de colgar. Ha sido pésima idea llamarla, no vuelvo a hacerlo en todo el viaje. Regreso con Hugo y empiezo con mi comida. Él me recibe con un «¿todo bien?» y yo asiento.

—Estás muy roja —señala con un tono demasiado neutro.

—Es que hace mucho calor —me invento rápidamente, pero el tono suena tan acelerado que se da cuenta de que le estoy mintiendo a la cara.

—¿Aquí? ¿Ahora? Pues yo me echaría una siesta —replica con guasa.

—No voy a decirte de qué hemos hablado.

—Ni yo quiero saberlo —aclara levantando ambas palmas con un gesto de negación.

—No es lo que piensas.

—Claro, seguro que te has puesto así de roja hablando de la lista de pendientes que tiene en la oficina —ironiza.

—Pues hay algunos clientes muy guapos en la gestoría —suelto, y me muerdo la lengua al instante.

—Ah, ¿sí? Vaya, yo que pensaba que serían todos cincuentones.

—Tú búrlate… Pero David Beckham y Leonardo DiCaprio tienen casi cincuenta añazos y si me proponen un trío no me voy a negar.

Levanta las cejas hasta el infinito y me queda claro que esa respuesta no se la esperaba. A ver, que yo no me veo metiéndome en la cama con dos tíos a la vez, pero es una situación tan irreal e imaginaria que obviamente no va a ocurrir jamás.

Parece que quiere hablar, aunque no se atreve. A ver si ahora lo he incomodado o algo.

—Qué —pregunto sin entonar al ver que niega con la cabeza y sigue a lo suyo.

—Nada, no sabía que te interesara eso.

—¿Los tríos o los maduritos?

—Ahora que lo dices, ambos.

—Oh, ¡venga ya! Era una coña… —Me río tratando de rebajar un poco de tensión a esta conversación porque no sé cómo hemos terminado hablando de este tema. ¿En serio? ¿De todos los que hay?—. ¿Tú has hecho alguno?

«Venga, Nía, lo estás enderezando de puta madre».

Hugo se atraganta con el agua que estaba bebiendo y escupe por todas partes. Le doy unas palmaditas en la espalda, pero no parece ser muy efectivo.

—No.

Pues vaya mierda de respuesta.

«Así es Hugo, ya lo sabes. O deberías saberlo. Por eso no te fijaste en él, sino en su hermano».

Qué asco de vocecilla interior y qué razón tiene. Cuando los conocí, Álvaro acaparó toda mi atención. Recuerdo que me hizo mucha gracia verlos. Eran idénticos y creo que, antes de ellos, jamás había tenido a ningún par de gemelos frente a mí. Me sentí emocionada y abrumada, me moría de miedo por si los confundía porque seguro que estaban hartos de que eso ocurriera. No tardé mucho en descubrir que tal cosa no iba a suceder.

Hugo era muy parco en palabras, sosegado, serio, con un vocabulario a veces «demasiado apropiado». Él era muy correcto en sí mismo, un ciudadano ejemplar, cívico, responsable, educado, que no mentía y respetaba todas las leyes al dedillo. Era guapísimo, pero tenía pinta de planes caseros y misionero. El amigo ideal. No llevaba las palabras «sexo salvaje» tatuadas en la frente como sí lo hacía su hermano.

Álvaro, por el contrario, era sinónimo de risas y diversión. Te invitaba a rebelarte y a portarte mal, te tentaba para que no estudiaras tanto, te ponía cachonda solo con verlo… Él era la tentación de lo prohibido, la promesa de una vida de felicidad, lujuria y pasión. Tenía una colección de multas que pagaba con demasiada facilidad y siempre buscaba planes exóticos y atrevidos.

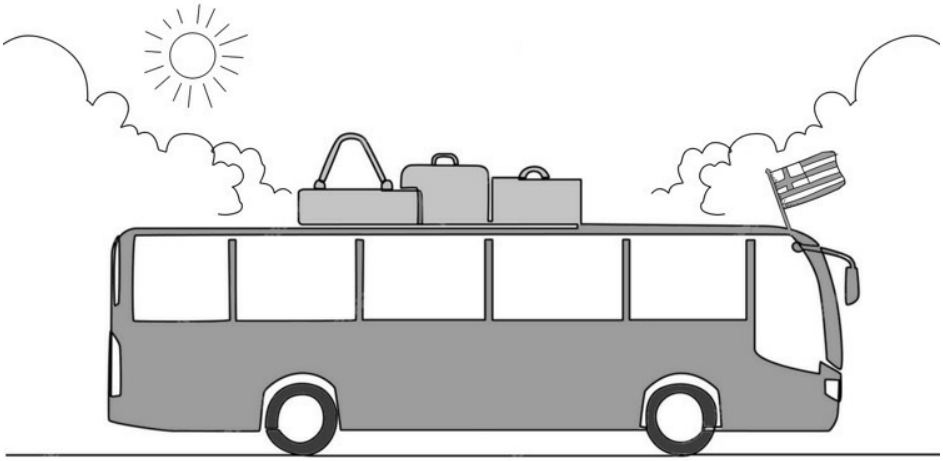
Debería haber sabido que él no se enamora. Él vive, disfruta, folla, bebe, viaja, juega. Puede hacer todo eso contigo, pero para él no serás suficiente. Es tan generoso que comparte su cuerpo con todas. Puede seleccionarte como «novia», pero será solo una etiqueta que no significará nada para él.

Yo estaba dispuesta a tragar con todo eso porque cuando estábamos juntos se me olvidaba y no pensaba en que había otras tocándolo, besándolo y disfrutándolo al completo. Solo veía que daba igual con cuántas estuviera ahí fuera, que él siempre volvía a mí. Con ellas no compartía ningún vínculo afectivo, era solo sexo. Y el sexo sin amor no es nada.

Fui una tonta y pequé de soñadora. Me doy cuenta ahora, diez años después de nuestra primera noche, de todo el tiempo que he perdido junto a él. Tiempo que podría haber utilizado en encontrar a alguien con quien construir un futuro en común. Y en el mismo instante que pienso en ello, me percato de lo poco enamorada que me siento ahora mismo de Álvaro. No sé en qué momento ha sucedido, ni si ha sido antes o después de dejarme. Pero no siento amor, ni odio, ni despecho. Solo rabia hacia mí misma por no haberme dado cuenta mucho antes y haber puesto fin cuando aún no estaba enganchada a él.

Pienso una vez más en las palabras de Lara y decido que no me quedaré llorando por los rincones. Que es una putada lo que me ha sucedido, pero me merezco vivir un amor bonito y eso no ocurrirá si sigo anclada en mi finiquitada relación con Álvaro.

Lo primero será disfrutar este viaje. Lo siguiente está por ver.



6. Tengo una información sobre Álvaro

NÍA

Hace una semana…

Me extrañé cuando Nacho me acompañó hasta la puerta de una de las salas de reuniones. Mi primo, al igual que yo, trabaja en la gestoría que mi padre y mi tío Ignacio montaron hace más de veinticinco años. Esto es una empresa familiar, al fin y al cabo. Mi progenitor lleva el departamento Fiscal y su hermano, el Legal y Laboral. Empezaron siendo solo ellos, en un pequeño despacho en pleno centro de la ciudad, y ahora sus más de cuarenta empleados ocupamos una planta entera de un edificio de oficinas en la Avinguda Diagonal.

Yo, cuando acabé la carrera en la que conocí al que iba a ser mi marido, empecé a trabajar en Fiscal y ahora llevo un par de cuentas grandes en exclusiva. Mi primo, en cambio, está en Legal. Por eso me pareció raro cuando me llamó y me explicó que tenía una visita.

Por el camino, localicé a Lara, mi amiga de la infancia y compañera de trabajo, quien no perdía detalle de lo que hacía y por su expresión me daba la impresión de que sabía algo. Ella entró hace tres años, cuando los socios se dieron cuenta de que necesitaban modernizar la empresa. Les hablé de ella, que se había preparado para ser *community manager*, y la contrataron enseguida. Nunca se arrepintieron, al contrario. Invirtieron más en Imagen y Comunicación al ver la avalancha de nuevos clientes que llegaron tras las primeras campañas en redes sociales.

Al llegar a la puerta, Nacho me abrazó y me dio un beso en la sien. No entendía nada y, cuando quise preguntar, me dejó más confundida aún.

—Ahora lo entenderás todo, lo prometo. Estaré por aquí fuera para cuando termines, ¿vale?

Levanté las cejas, esperando que me aclarase algo más, pero solo me indicó que entrase y hablase con ella. Una chica con el pelo rubio y liso hasta los hombros me daba la espalda. Di un par de pasos hasta la silla que había frente a ella y apoyé una mano sobre la mesa de cristal. Noté

que me temblaba y no entendí a qué podía deberse.

—Hola, soy Nía. Nacho me ha comentado que tenías algo que contarme…

Aquella desconocida me observaba con mucha atención y parecía inquieta. Su rostro no mostraba ninguna emoción, pero no paraba de mover los pies de manera frenética.

—Yo soy Eli. Tengo una información sobre Álvaro que quizá pueda interesarte.

—¿Estáis juntos? —pregunté en una inhalación, como si me costara la misma vida. Me dolía pronunciar esas palabras, al igual que sabía que me iba a doler su respuesta.

—Ya no. A mí también me ha dejado —reconoció con pesar.

—¿Cómo que «ya no»? ¿Qué quieres decir? —inquirí con voz trémula.

—Estaba con las dos, bueno, y con alguna más…

No podía creer lo que estaba oyendo. Si Álvaro apenas tenía tiempo para una novia, ¿cómo iba a tener más?

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Espero que no sea ninguna broma porque me parece de muy mal gusto.

—Por lo menos había una más, a la que ha dejado embarazada. Por eso nos ha dejado, se ha ido con ella. Yo ni siquiera sabía de ti hasta que Nacho y Lara contactaron conmigo. El muy cabrón supo hacerlo bien —aclaró con bastante reproche.

Tenía muchas preguntas, pero era incapaz de pronunciarlas en voz alta. Me quedé boqueando, procesando aquella revelación y buscando algo entre los recuerdos que me cuadrase con todo esto. No había nada, joder, nada.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Me lo contó él mismo —explicó encogiéndose de hombros. Creo que no entendía por qué yo no tenía esa información.

—A mí me dejó con una nota. Ni siquiera dio la cara. Joder, íbamos a casarnos… ¡la semana que viene! —exclamé con algunas lágrimas presionando para salir.

—Lo sé, tu primo me lo ha explicado. Por eso he venido a contarte lo que sé. Por si te ayuda en algo…

—¡¿Cómo va a ayudarme?! —grité un poco fuera de mí, por lo que algunos compañeros se voltearon hacia la sala. Unos segundos después, entró Nacho seguido de Lara, quienes se disculparon con Eli y le pidieron que saliera un momento.

Yo exploté y lloré muerta de rabia. Era incapaz de comprender cómo alguien con quien había compartido mi vida durante diez años fue capaz de eso. Una cosa era que se acostara con otras, con desconocidas con las que pasaba solo unas horas de diversión para luego volver a casa conmigo. Pero estar en una relación con más chicas… ¿Cómo haces eso si te vas a casar?

—¿Cómo se puede ser tan hijo de puta?

Ambos me abrazaron y trataron de calmarme, algo harto difícil. Mi padre y mi tío entraron, alertados por los gritos y por el corro de gente que se formó alrededor de la sala, el cual se dispersó al verlos a ellos. De fondo, oía comentarios de los empleados: «Se ha puesto a gritarle a una clienta», «No sabemos qué ha ocurrido»…

—Álvaro tenía otras novias y a una la ha dejado preñada. Fin —les informé cuando habían despejado la sala de cotillas en busca de carnaza.

El sofocante silencio que vino tras mis palabras me confirmó que o bien ya estaban al tanto, o bien no era algo que les sorprendiera. Parecía ser que todo el mundo tenía muy claro la clase de hombre que era Álvaro menos yo.

—Os avisé de que no era muy buena idea hacerlo en el trabajo —oí a mi padre con un deje de

nerviosismo.

—Lo siento, tito. Era lo más fácil y rápido. No le iba a doler menos.

—Ya, hijo, pero ahora tenemos a todos cuchicheando.

Yo me limpiaba las lágrimas como podía, pero no paraban de salir más y más. Los oía hablar sobre qué hacer ahora, pero mi cabeza estaba ocupada tratando de entender. ¿Por qué aguantar tantos años conmigo? ¿Por qué pedirme que me casara con él? Necesitaba encontrar una respuesta y no lo conseguía.

—Vale, haremos una cosa —intervino mi padre—. Tú —me señaló— tienes vacaciones indefinidas. No quiero que vengas por aquí en unos meses hasta que la cosa se calme.

—¿Me estás despidiendo?

—No, cariño. Seguirás cobrando tu nómina a final de mes. Pero necesitas un descanso. Vete a la agencia y que te cambien el viaje. Vete a donde te apetezca, como si quieres hacer una vuelta por el mundo. Yo lo pago, ¿vale?

—¡Papá! No quiero tener tiempo para pensar.

—Y yo no quiero que haya fallos en la contabilidad de nuestros clientes más importantes. Y vosotros dos —añadió señalando a Nacho y a Lara alternativamente, sin dejarme replicar— tomaos el resto de día libre. Quiero que os quedéis con ella.

—¡Papá! —me quejé nuevamente.

—Cariño —vino hasta mí y me abrazó—, hago esto porque te quiero. Te he dejado cometer tus propios errores aun sabiendo lo que iba a ocurrir. Porque la paternidad consiste, precisamente, en ver cómo tus hijos se dan de leches mientras aprenden, para luego decirles: «Eh, estoy aquí para lo que necesites».

Lloré de la emoción. Joder, tenía mucha razón. Desde el principio me di cuenta de que Álvaro no les caía bien a mis padres. Ni a nadie de mi entorno, vaya. Pero ¿les hubiese hecho caso si me hubieran advertido? No, por supuesto que no.

Le di un abrazo enorme a mi padre y le di las gracias por todo. Por estar siempre ahí después de cada una de mis caídas, con cuatro años o con veintiocho. Y por quererme siempre de manera incondicional. Le prometí que al día siguiente iría a la agencia de viajes para buscar una alternativa, que descansaría y que me recuperaría. Pero aquello no era un golpe tras caerme de las escaleras como cuando tenía cuatro años, ni de la bici con seis. Ni siquiera cuando Álex Maldonado me dio calabazas con trece. Aquello no era una caída, era un choque contra un árbol yendo a doscientos por hora. No iba a morirme, pero la recuperación sería algo más lenta.



El sonido del timbre me despertó. Miré el reloj y descubrí que había dormido más de tres horas. Jamás me había echado una siesta tan larga. Me levanté con desgana, maldiciendo a quien había osado despertarme. Lo único bueno que tenía ese momento de mi vida era dormir y alguien había interrumpido mi sueño.

Lara entró con una sonrisa comedida y me abrazó. Acababa de salir de la oficina y decidió pasar a verme para comprobar cómo había pasado la noche.

—Me he enganchado a dos series nuevas. ¿Te sirve como respuesta?

—Veo que al menos mantienes tu humor.

—No es humor, es ironía —aclaré, sin ser consciente en ese momento de que ella también había recurrido al sarcasmo.

La animé a pasar y vi que dejaba unas bolsas sobre la mesa del comedor antes de sentarse sobre el sofá.

—Nancy me ha preguntado por ti. Por lo visto, algunos empleados le contaron que tuviste una crisis en la oficina.

Ni me inmuté. Todo eso me importaba poco o menos que una mierda. Ella seguía hablando sobre que tuvo que callar las bocas a algunos, pero que era algo que, como amiga, seguiría haciendo el tiempo que hiciese falta.

—Me has comentado que habías ido a la agencia… —continuó tras ver que no estaba muy habladora.

—Hugo me ha acompañado.

—Vaya… —canturreó con un tonito que no sabía a qué venía—. ¿Ya sabes dónde vas a ir? Dime que a una playa paradisíaca llena de hombres guapos y me voy contigo.

—No hará falta.

—¿Y eso por qué? —inquirió levantando una ceja.

—Ya tengo acompañante —respondí mordiéndome el labio.

—¿En serio? Qué rabia, he llegado tarde. ¿Y quién es? Tu primo, seguro— conjeturó, con mucha confianza en sí misma.

—No.

—Tu madre.

—No.

Lara frunció el ceño. Quería adivinarlo, por eso le di tiempo a que llegara a la respuesta correcta.

—No me digas… —Abrió la boca y sacudió una mano—. No me digas que vas con aquel tío que te tirabas, el colega de tu primo.

—¿Leo?

—¡Ese! ¡Qué fuerte! Muy bien elegido, está bueno, me parece un reemplazo bastante digno…

—No voy con él —la corté, y sabía qué en su cabeza no había más opciones—. Hugo es quien me acompañará.

—Hugo.

—Sí.

—Arias.

—El mismo.

—¿El hermano de Álvaro?

—¿A cuántos Hugo Arias conocemos?

—No puedes irte con él, ¡es el hermano de Álvaro! —exclamó como si fuera obvio.

Resoplé. ¿Era una locura? Seguro. ¿Era tarde para arrepentirme? No, todavía faltaba poco más de una semana, pero ¿quería? Definitivamente, no. No quería echarme para atrás.

—Vamos a mantener el viaje a Grecia.

—¿La luna de miel? ¿Te vas de luna de miel con Hugo?

—No es una luna de miel. Es un viaje con un amigo que me está ayudando a que el banco no me meta en la lista de morosos.

—Qué exagerada… Te sugerí que hablaras con tu padre sobre lo del descubierto.

—Ya, bueno… —Meneé la cabeza—. Resulta que me ha acompañado a la agencia, le he explicado a la chica que mi novio anuló la boda y se piró porque dejó preñada a otra, así que quería cambiar el viaje. Que me buscara otra cosa.

—Hasta ahí todo normal.

—Ella ha comentado que ese era el viaje de mi vida, me ha recordado que fui yo misma la que le supliqué que buscara un paquete de «Grecia + islas» porque Álvaro quería playa y yo no estaba dispuesta a renunciar a mi sueño. Tenía razón, es lo que siempre he querido, ¿entiendes? ¿Voy a renunciar ahora solo porque el cabrón de Álvaro me haya dejado tirada?

—Vale. Entiendo eso. Pero ¿qué pinta Hugo? Yo podría haber ido contigo, no me habría importado.

—Pues que todo estaba a nombre de Álvaro y con Hugo solo había que hacer un pequeño cambio de nada —aclaré haciendo un gesto en el que juntaba mucho los dedos índice y pulgar.

Como ya os adelanté, Alma se sacó un recurso de la manga. Su plan maestro consistía en contactar con la compañía aérea, hoteles y agencia receptiva para explicar que hubo un error con los datos y que el nombre correcto era Hugo. Una trampa que funcionó a las mil maravillas, porque todos ellos cambiaron el nombre sin cobrar ningún extra.

Hugo no estaba nada de acuerdo, pero yo me moría de ganas de hacer ese viaje y no quería gastarme más dinero en nada que tuviera que ver con la no-boda.

—¿Os vais a hacer pasar por marido y mujer?

—Si es necesario, sí.

—Uhm…

Creo que le di material para que pensara durante un rato mientras yo me volvía loca con la espera. Era desquiciante.

—Hay algo que no me cuadra. No creo que Hugo aceptase así, sin más.

—Le he tenido que suplicar, la idea de mentir no le molaba ni un pelo.

—Bueno…, puede valer, está bueno.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Mira, Nía. Álvaro es un cabrón, te ha engañado durante diez años, pero has tenido la gran suerte de que te has librado de un matrimonio condenado al fracaso. Probablemente, incluso, de tener hijos con ese impresentable. Ibas a tener una boda de revista, sí, pero ¿a qué precio?

»Quiero que me prometas —continuó sosteniendo mis manos entre las suyas— que en este viaje vas a disfrutar, vas a vivir, vas a beber y vas a follar.

—¡¿Estás loca?! —exclamé soltándome y sintiendo cómo se me coloreaban las mejillas—. ¿Cómo puedes pensar que vaya a acostarme con Hugo? ¿Cómo puedes ni tan solo insinuarlo? —cuestioné ofendida—. Somos amigos.

—¿Qué más da? Es un tío, está bueno y, que sepamos, soltero.

—Que no, que no…

—Bueno, pues con otro. U otros… —sugirió levantando las cejas varias veces.

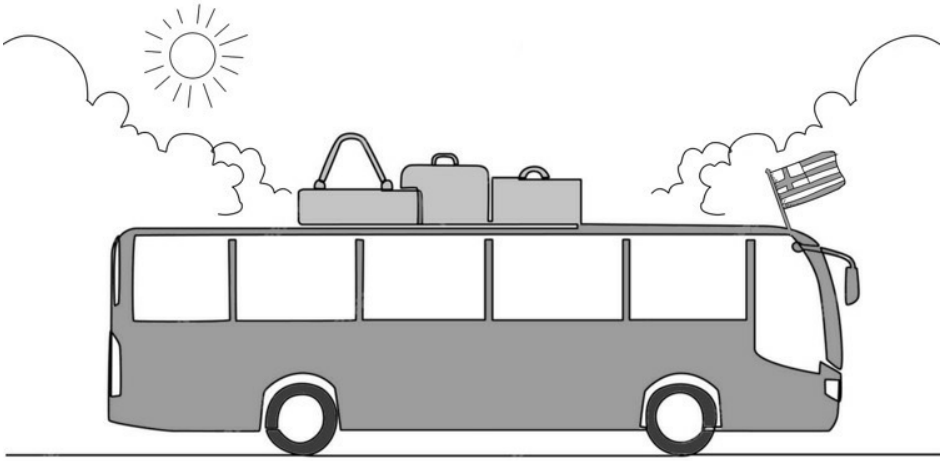
—A ver, ¿entiendes que me acaban de dejar? Que yo estoy… procesando todo esto, que no puedo ni pensar porque duele…

—¿Y tú puedes entender que él ya está follando con otra, algo que no dejó de hacer por tener novia? —me interrumpió, y esta vez su voz era directa—. Nadie te pide que dejes de quererlo, porque entiendo que son muchos años y hay un vínculo y tal… Pero, simplemente, folla. Sin sentimientos, no importa. Con Hugo, o con un camarero, un chico que conozcas en la playa o

todos a la vez, me da igual.

Negué con la cabeza. Se le estaba yendo la olla completamente. Cambié de tema preguntándole qué había en las bolsas que traía y me contestó que mi cena y medicamento para el alma, es decir, tequila. Le ofrecí que se quedara, pero declinó la invitación alegando que tenía una cita, aunque no quiso decirme con quién.

Cuando cerré la puerta de casa y me quedé sola de nuevo, la conversación que habíamos mantenido me dio vueltas. Era una locura todo, pero no quería pensar más. Guardé el tequila que no pensaba beberme y abrí los *tuppers* que me había traído. Dentro estaba guardado el menú de Nancy de aquel día: moje murciano y bacalao gratinado con alioli. Lo metí en la nevera y volví al sofá para ponerme alguna serie. Decidí que, por primera vez, no iba a hacerle caso a Lara. Iba a dejar que el tiempo me indicara qué hacer.



7. Recién casados

HUGO

—Estoy para que me hagan un masaje en los pies —suelta Nía tras unos minutos sin decir nada.

El día de hoy ha sido bastante productivo y cuando logramos volver al hotel estamos tan exhaustos que caemos sobre la cama y no nos movemos en un buen rato.

—¿Este hotel no tiene *spa*? —indago con un esfuerzo enorme al pronunciar cada palabra.

—Ni idea, pero estoy tan cansada que me duele hasta pestañear. No voy a averiguarlo ahora.

La entiendo, estoy igual. Yo cerraría los ojos y dormiría hasta pasado mañana. Quizá lo haga. Quiero hacerlo. Lo hago. Pero veo a Nía en una sucesión de imágenes que no para. Como una película antigua. Su risa, sus ojos, su pelo, su ilusión ante todo lo que hemos visto hoy, la tensión que se ha apoderado de su cuerpo cuando la he aferrado a mí para las fotos, su voz… Todo se confunde y me cuesta aislar las escenas. Ya no distingo la comida, del desayuno o las visitas. Son imágenes suyas con conversaciones de fondo que no se corresponden a esos momentos. Como si el reproductor de vídeo se hubiese estropeado. Las escenas se suceden cada vez más deprisa y su voz se atenúa y se entremezcla con su risa hasta que todo está negro de golpe.

De repente, una luz ilumina todo a mi alrededor. Es una playa de aguas cristalinas y arena fina. No hay nadie junto a mí, pero oigo unos ruidos a mi izquierda y me volteo a ver. Ahora están Nía y Álvaro tan acaramelados como solían estar antes. No hay nadie más y me siento un intruso de sus vidas. Ellos parecen no darse cuenta de que estoy ahí. Quizá no lo esté realmente.

Me levanto y empiezo a caminar hacia el pinar que rodea este precioso paisaje en busca de la salida, sin dejar de oír la risa de Nía. Me rompe por dentro verlos así, como si ella hubiera decidido perdonarlo, como si no hubiera pasado nada entre ellos.

—Nía siempre va a estar con alguien como yo.

Me detengo y me giro hacia esa voz que me resulta tan familiar. Álvaro me observa con una sonrisa arrogante. Ella ya no está. La busco con la mirada y él lo advierte.

—Jamás se fijará en ti, eres demasiado blando.

Comprimo los puños y la mandíbula por la rabia. Es mi hermano, hemos sido inseparables. ¿Por qué se comporta así conmigo?

—Deberías decirle la verdad, al menos —me hostiga.

—¿Qué verdad? —La voz de Nía a mi espalda me sorprende.

Cuando me doy la vuelta, estamos en la Acrópolis. Miro a mi alrededor y no hay nadie. Qué raro, antes estaba lleno.

—¿Qué verdad? —insiste, y esta vez su voz es más demandante—. Hugo, ¿hay algo que deba saber?

La observo con mucha intensidad y finalmente asiento, resignado.

—Dímelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me odiarías.

—Jamás podría odiarte —confiesa con la voz más melosa que me ha dirigido nunca.

—Lo harás —insisto.

—No creo que puedas hacer algo que me lleve a odiarte.

Trago saliva y me cuesta mantenerme callado. Tiene demasiada fe en mí, pero, si supiera lo que hice, sería el final de nuestra amistad. No habría más oportunidades. Aun así, decido confesarle la verdad porque no puedo mentirle por más tiempo.

—Nía, yo…

—Hugo.

—¿Sí?

—Hugo, ¡despierta!

—¿Qué? —balbuceo con la boca pastosa.

—Nos hemos quedado dormidos —explica con nerviosismo.

—¿Tú también? ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Bueno…, ¿quieres salir a cenar o estás muy cansada y prefieres pedir que nos traigan algo?

—¡De la mañana! —exclama alzando los brazos.

—¡¿Qué?!

Busco mi móvil sobre la mesilla, pero no tiene carga. Sospecho que será verdad lo que afirma porque en dos horas no se le habría agotado la batería.

—¡Joder!

—¡Acabas de decir un taco! Muy bien, estoy orgullosa de ti —bromea, y me guiña un ojo mientras levanta el pulgar derecho.

Me encojo de hombros y sonrío. Nos relevamos para asearnos y, cuando le toca a ella, aprovecho para llamar nuevamente al aeropuerto. Nada. La maleta de Nía continúa desaparecida.

Mientras sale, me da por pensar en el sueño que he tenido. Es una especie de pesadilla recurrente desde que rompieron. Porque una parte de mí se muere por estar con ella, aunque no sé ni cómo lograrlo. Pero, a la vez, me tortura ocultarle la verdad. Alguien como Álvaro podría dormir a pierna suelta, pero, a mí, tener el conocimiento de que hay algo incorrecto o inmoral en mi vida me perturba.

Mi hermano lo sabe y nunca ha tenido intención de confesar. Aunque sé que es demasiado

orgulloso para aceptar que ella y yo estuviéramos juntos y revelaría la verdad si eso llegase a ocurrir. Tengo que ser más listo y contárselo yo primero. Tengo que buscar el momento oportuno y rezar por que me entienda y me perdone. Antes de ansiar ningún movimiento con ella. Antes de que Nía pueda fijarse en mí, algo que, por otra parte, dudo que pueda hacerse realidad en algún momento.

El día de hoy lo pasamos viendo más vestigios y haciendo muchas más fotos. Monumentos como el Hefestión, el Templo de Zeus Olímpico, el Arco de Adriano, el Ágora Romana e incluso el Estadio Panatenaico saturan tanto las memorias de nuestros móviles como la tarjeta de la cámara de Nía. Nos duelen los pies, pero continuamos caminando por inercia, motivados por el miedo a no disponer del tiempo suficiente para verlo todo.

Le aseguro que si han perdurado miles de años seguirán aquí unos cuantos más para cuando decida volver. Porque estoy convencido de que repetirá este viaje. La ilusión de sus ojos me lo confirma. Ella responde con una risa preciosa que pensé que no volvería a ver después de lo destrozada que la dejó mi hermano.

Nos paramos a merendar unos *loukoumádes* bañados en miel y canela que despiertan nuestras papilas gustativas y nos dan el azúcar necesario para seguir nuestro camino. A la hora de comer, nos paramos en una terracita y pedimos varios entrantes para compartir: *kolokithokeftedes* —unas bolas de calabacín y queso feta cremosas por dentro y crujientes por fuera—, *tomatokeftedes* —buñuelos de tomate—, *spanikopita* —unos triángulos de espinacas envueltos en pasta filo— y un *saganaki* de gambas —un plato muy rico con salsa de tomate y queso feta. Tengo que admitir que todo lo que hemos degustado hasta el momento está delicioso y temo volverme adicto a la gastronomía helena.

De vuelta al hotel para descansar tras nuestro intenso día, me llaman del aeropuerto para indicarme que han localizado la maleta de Nía y que mañana ya estará aquí. Expongo a quien se encuentra al otro lado que nosotros partimos a primera hora y me asegura que la dejarán en la consigna del hotel para cuando volvamos del *tour*.

—Al final tendré que darte la razón. Hiciste bien anticipándote a comprar ropa —le comunico a Nía cuando cuelgo.

Ella sonríe y camina dando saltitos mientras aplaude como una niña pequeña.

—¿Ves? Te lo dije.

—Bueno, tú pensabas que no la ibas a recuperar, así que ninguno tenemos razón.

—O ambos la tenemos —puntualiza riéndose, y no me queda más remedio que claudicar.

Cuando llegamos, nos preparamos para salir a cenar, pero acabamos cambiando de opinión y nos pillamos unos sándwiches para llevar en un puesto cerca del hotel. Los comemos en la cama, viendo la tele y dejándolo todo lleno de migas, pero es genial.



A primera hora de la mañana, el autocar nos recoge frente a la puerta del hotel y me encargo de meter nuestro equipaje en el maletero mientras ella sube y elige nuestros asientos. Como la

maleta de Nía no había llegado a tiempo, tuve que hacer hueco para lo suyo en la mía. Lo bueno de eso es que viajamos más ligeros. Lo malo, que tengo su ropa interior mezclada con mis cosas. La he visto, sí. Demasiado encaje.

Cuando hemos recogido a todo el mundo, el autocar pone rumbo hacia el Canal de Corinto, para entrar en el Peloponeso, nombre que proviene del héroe mitológico Pélope, según nos indica Anthea, nuestra guía. Empieza a explicarnos muchísimos datos sobre la historia, mezclados con mucha mitología. Estas tierras están plagadas de mitos. Cada colina o llanura que nos encontramos fue el enclave de alguna anécdota, hazaña, guerra o castigo de los dioses. Nía, a mi lado, escucha atenta a todas esas historias que le fascinan, tratando de retener en su memoria todo lo posible.

Hacemos una primera parada en el Canal. Se ve impresionante desde aquí. El mar azul oscuro se ve calmo a los cuarenta y cinco metros que nos distancian y la piedra, perfectamente cortada y afilada, muestra los diferentes estratos que han compuesto este terreno desde los inicios. Es una vista preciosa e hipnótica. Nía se acerca a mi lado cuando vuelve de su parada para ir al baño y comprar algún tentempié en la tienda que hay aquí cerca. Su gesto me demuestra que se ha quedado tan impresionada como yo.

Retornamos al autocar a la hora acordada y ya hay un grupo de personas esperando. Anthea, que estaba mirando unos papeles, levanta los ojos al sentir nuestra presencia y nos mira con curiosidad.

—¿Sois Nía y Álvaro? —nos pregunta.

—Hugo —le corrijo—. Hubo un error con los nombres.

—¡Ah, sí! Es verdad, lo vi en algún lado, pero se ve que en la lista que me han entregado no lo han actualizado.

—¿Ocurre algo? —inquiero con cautela por si hubieran descubierto nuestra farsa.

—Nada, solo quería asegurarme de que erais vosotros los recién casados.

Oímos voces de sorpresa entre los otros viajeros, que nos sonríen con complicidad. Metidos de lleno en el paripé, paso mi brazo por detrás de su espalda y la agarro por la cintura. Siento un hormigueo con el roce de nuestra piel que me pide apartarme. Pero no puedo porque sería bastante sospechoso.

Alguien nos alienta a besarnos y los demás parecen acompañarlo. Nía busca mi mirada con un deje de preocupación en la suya. De manera automática, la giro y la pego a mí. Enmarco su rostro entre mis manos e intento transmitirle sin palabras que no se preocupe, que es solo un beso y no significa nada.

Con determinación, acerco mis labios a los suyos y nos miramos sorprendidos cuando estos chocan. Como si hubiéramos sentido la misma corriente eléctrica. Encajamos nuestras bocas y sus manos se anclan en mi cintura. Cierro los ojos y la gente a nuestro alrededor desaparece. Mis dientes atrapan su labio inferior y oigo un pequeño jadeo. Nos apartamos de manera un poco brusca y me llega el eco de vítores lejanos.

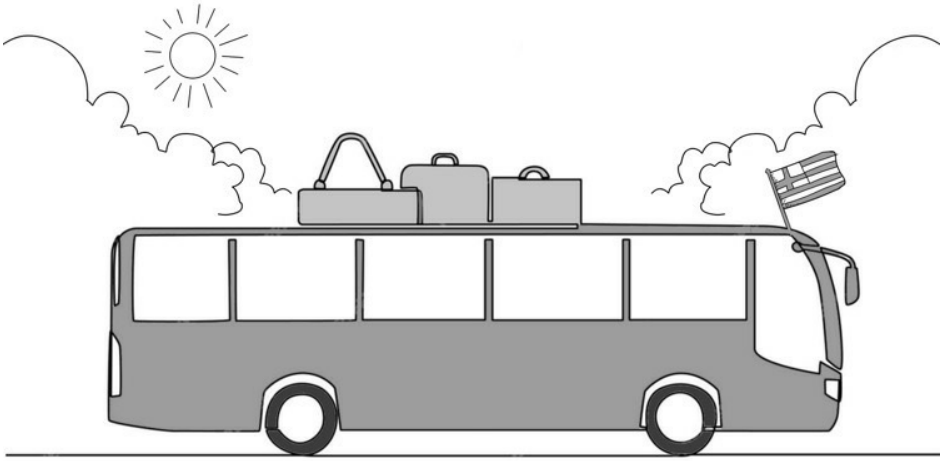
El corazón me late tan rápido que no puedo pensar nada coherente para decir en este momento. Y a ella le debe de ocurrir lo mismo porque me mira esperando a que me pronuncie. Carraspeo y desvío mi mirada. Los demás ya se encuentran en el autocar y nos observan desde las ventanillas. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Veo que Anthea nos sonríe desde la puerta y nos indica que ya podemos subir.

—¿Vamos? —pregunto tendiéndole una mano.

Ella sonríe y la agarra. Un hormigueo se propaga desde mis dedos y me alcanza el pecho.

Camina pegada a mí hasta que llegamos a nuestros asientos. Sus mejillas están sonrojadas y asumo que es por la vergüenza de caminar por este pasillo tan estrecho de mi mano, sintiéndose escrutada por todos los desconocidos que comparten esta excursión con nosotros.

Nos sentamos y somos incapaces de sostenernos la mirada. La conexión que he sentido me ha parecido brutal y mágica, pero entiendo que para ella ha sido diferente. Está sumida en sus propios pensamientos y tengo miedo de su reacción cuando por fin podamos hablar del tema. Sé lo que soy para ella y que esto es solo un paripé. Sé que querrá seguir porque son solo tres días y para ella no tiene ninguna importancia. Pero yo temo involucrarme demasiado porque para mí no es un juego y soy consciente de que tengo mucho que perder.



8. Solo tres días

NÍA

«Solo ha sido un beso», me repito una y otra vez, tratando de convencerme inútilmente. Un beso entre dos amigos que fingen estar casados y que están en su luna de miel. Un beso que no significa nada porque, aunque haya cariño, faltan el amor y la pasión. Un beso que es puro teatro, un favor, algo que no debería provocarme ningún placer. Pero, si solo ha sido un beso, ¿por qué me genera tantas dudas? ¿Por qué he sentido una conexión que ha brillado por su ausencia en diez años con Álvaro?

Siento cómo el calor se concentra en mis mejillas mientras camino tras él hasta nuestros asientos, con nuestras manos unidas y mi corazón latiendo tan fuerte que solo logro oír mis propios latidos. La gente no nos quita ojo, pero yo me centro en respirar y caminar. Mi mirada está fija en el horizonte para no deleitarme con las vistas que tengo delante. Porque ahora Hugo, de repente, es atractivo y si lo observo voy a parecer una adolescente hormonada.

Al sentarnos, nuestras manos se sueltan y dejo de sentir ese hormigueo. Me miro las palmas como si fuera a encontrar alguna respuesta ahí. Siento sus pupilas sobre mí, pero soy incapaz de girarme hacia él. No estoy preparada para enfrentarme a esos ojos todavía. Ni a esa boca. Para dejar de pensar en ello una y otra vez, presto atención a Anthea, que nos indica que no habrá más paradas hasta llegar a Micenas y sigue explicando algunos datos curiosos.

El trayecto se me hace eterno a pesar de lo entretenidas que son las explicaciones de nuestra guía. Pero es que, cuando esta calla, mi cabeza no para de darle vueltas a todo. A por qué me enamoré de Álvaro en vez de Hugo, por qué me he pasado diez años con él sabiendo que nuestra relación no iba a ninguna parte, por qué me ha dolido «tan poco» que me dejara con una nota…

«Porque te gustan los graciosos y aventureros».

«Porque evitas el conflicto y enfrentarte a una separación suponía una pelea».

«Porque no estabas enamorada de él».

No, ciertamente, no lo estaba. Al principio, sí. Pero con el tiempo eso cambió sin darme

cuenta. Normalmente, se acaba la pasión y se queda el amor. En nuestro caso, parece que fue al revés.

Álvaro me atrajo desde que cruzamos dos palabras. Era mi chico ideal. Me pasé dos meses tratando de llamar su atención, me hice amiga de Hugo para poder coincidir con él, aunque luego me di cuenta de que es uno de los mejores amigos que tendré jamás. Álvaro siempre se encontraba pegado a alguna chica, pero a mí no me hacía ni caso. Hasta que un día coincidimos en una fiesta.

Diez minutos después de entrar en la sala en la que los de Biología estaban haciendo una de sus míticas celebraciones, alguien a mi espalda exclamó: «¡Hostia, ha llegado Álvaro!». Mi cabeza se giró de manera instintiva y lo vi acercándose a la barra. Decidí que era «ahora o nunca» y me acerqué a él bastante decidida, tras dejarle mi cubata a Lara.

Como si hubiese sentido mi presencia, se giró y me abalancé sobre él sin darle tiempo a reaccionar. No se lo esperaba y se notó en su reacción, pero no tardó en responder. Me abrazó, me apretó a él y devoró mi boca como si estuviera hambriento. Era tan salvaje como siempre me había imaginado y no tardé en sentir un calor palpitante entre las piernas. Me aparté un poco de él, me atusé el pelo y me mordí el labio.

—¿Vamos a tu casa? —propuse cerca de su oído mientras mi mano aprovechaba para deslizarse por ese abdomen tan duro que se adivinaba bajo la camisa.

—Mejor a la tuya —sugirió tras un segundo más largo de lo habitual.

Asentí con una sonrisa pícara.

—Vale, pero vamos en mi coche.

Él me observó de arriba abajo.

—¿Has bebido?

Me reí y busqué la llave en mi cartera para ofrecérsela. Él la cogió y salimos de la sala tras despedirme de Lara. «Disfruta mucho, capulla, y haz cosas que hagan que me muera de envidia», me pidió con un guiño de ojos. Pensaba hacerle caso. Pensaba follar toda la noche. Me propuse que fuera algo memorable.

Fue una noche mágica y la conexión que sentí fue brutal. Creo que las únicas palabras que pronuncié fueron: «Joder, Álvaro, tu fama está completamente justificada». Poco después, caí rendida y, cuando desperté, ya no estaba.

Lo llamé por la tarde para hacerle saber que había disfrutado mucho y que, si en algún momento quería repetir, no dudara en decírmelo. Quedamos muchas más veces de manera informal hasta que un día se refirió a mí como «su novia».

La puerta de los leones que da entrada a la antigua ciudad se muestra imponente ante nosotros. Construida con unas piedras enormes, es imposible no preguntarse cómo la hicieron sin usar ninguna grúa. Anthea nos explica que, en épocas posteriores a su construcción, los helenos pensaron que era obra de los gigantes de un solo ojo, más comúnmente llamados «cíclopes». Vaya, esos también tenían la misma duda que yo.

El sol da de lleno y el calor es sofocante, pero la brisa que corre es bastante agradable y nos permite recorrer el yacimiento arqueológico sin problemas. Seguimos el camino empinado de tierra y piedras que bordea la ciudad, parándonos a hacer fotos y a beber agua cada pocos pasos. Nuestra guía nos ha explicado que Agamenón murió aquí y que hay unos montes que simulan ser su perfil tumbado sobre la tierra. Nos cuesta, pero creemos verlo. Hay que decir que con mucha

imaginación.

—Lamento haberme excedido —pronuncia Hugo a mi espalda. Su aliento impacta en mi nuca y me produce escalofríos.

Noto como se remueve mirando alrededor para asegurarse de que estamos lo suficientemente apartados del resto. Se acerca un poco más a mí y me abraza por la cintura. Contengo la respiración y, un segundo después, me acomodo apoyándome sobre su espalda al ver por el rabillo del ojo a algunos compañeros del *tour* a lo lejos. El latido pausado de su corazón me envuelve y me siento a salvo.

—Y yo lamento haberte metido en este lío.

—No importa. Ya me lo compensarás algún día.

—Estoy poniendo a prueba tu integridad.

—Mi integridad no se va al traste por un beso.

—Pero habrá más —conjeturo, y siento su cuerpo tensarse sobre el mío—. Quiero decir que…

—Lo sé —me interrumpe—. Pero solo serán tres días.

Tres días entre sus brazos y perdida en sus labios cuando estemos con los demás. Tres días puede significar muy poco en el total de una vida. Pero también puede parecer una eternidad. Porque siento que, si alargamos esto hasta que lleguemos a Atenas de nuevo, puedo llegar a sentir cosas que no me convienen en absoluto por varios motivos.

Uno. Hugo es mi amigo y lo único que siente él por mí es la misma amistad que yo. Admiración, respeto y confianza. Pero no caben más sentimientos.

Dos. Además de mi amigo, es el hermano de Álvaro. Eso sería demasiado raro para todos.

Tres… ¿Por qué me estoy planteando esto siquiera? No siento nada por Hugo.

—Nía, puedes parar esto si lo ves necesario. Pero creo que somos lo suficientemente adultos para saber separar las cosas y ser plenamente conscientes de que es solo una farsa.

Siento la espalda fría cuando se aparta de mí y empieza a caminar sendero arriba. Me quedo tan descolocada por las sensaciones que tardo en reaccionar. Cuando lo alcanzo, lo encuentro haciendo una foto panorámica de las vistas. No puedo evitar fijarme en él. En «todo» él. Su espalda, sus brazos, su culo…

«Mierda, joder, no».

—Solo tres días —asevero.

Nos paramos a comer en un restaurante en el que nos sirven la mejor dorada a la plancha que he probado nunca y compartimos mesa con dos chicas que viajan solas. Una es de Valladolid y la otra de un pueblecito cerca de San Sebastián. Pasamos la hora comentando nuestras primeras impresiones sobre el viaje. Estamos de acuerdo en que está siendo una experiencia enriquecedora y que nos parece alucinante todo lo que vemos. Hugo también comenta que, a pesar de no estar muy convencido al principio, le ha resultado bastante sorprendente.

—¿Cómo os conocisteis? —quiere saber la chica que se encuentra frente a mí.

—En la universidad. Estudiamos la misma carrera —respondo escueta.

—¡Vaya!

—Yo llegaba un poco tarde, aunque el profe aún no había entrado y vi un asiento libre a su lado —relato con una sonrisa al recordar ese momento, y me giro hacia él.

Hugo acerca su mano hasta la mía y la envuelve con delicadeza. Mis ojos no pueden evitar desviarse hacia ese punto. Mi estómago se encoge al descubrir lo bien que quedan juntas y trato

de entrelazar nuestros dedos. Su respiración me llega más densa y vuelvo a subir la mirada hacia él, hacia esos ojos que me desnudan el alma.

Sus labios se desplazan con cautela hasta los míos, como si estuviera pidiéndome permiso, y dejo que choquen, que estallen y que salten chispas con ese simple roce. Nos besamos ajenos a lo que nos rodea, aunque conscientes de que si lo hacemos es, precisamente, por quienes están junto a nosotros. Porque esto no es más que un paripé.

—Bueno, bueno, dejad algo para cuando estéis solos… —bromea una de ellas, creo que la que está frente a él, pero no lo puedo asegurar porque tardamos unos segundos más en separarnos.

Carraspeo nerviosa y pincho una patata para llevarla a mi boca. Él hace lo mismo y nos dedicamos a seguir la conversación para disipar este clima que se ha creado de la nada entre nosotros.

Salimos del restaurante corriendo porque ha empezado a llover y llegamos empapados a nuestros asientos. Mal día para ponerme una camiseta blanca. El encaje del sujetador queda demasiado a la vista y Hugo evita mirarme durante todo el trayecto hasta nuestra siguiente parada, el Teatro de Epidauro. Llueve a cántaros y Anthea nos comunica que permaneceremos en el autocar hasta que amaine un poco.

Veo que Hugo aprovecha la espera para leer y yo saco el móvil para escribirle a Lara.

Yo:
¿Qué haces?

Lara:
Trabajar.

Yo:
He besado a Hugo.

Deja de estar en línea y me llama al cabo de unos segundos. Seguro que se ha metido en algún despacho, pero no puedo hablar con ella ahora, así que le cuelgo y sigo escribiendo.

Yo:
Estamos en el autocar. Hugo está aquí a mi lado y un montón de personas más también.

Lara:
¡Explícame qué significa que has besado a Hugo!

Yo:
¿No está claro?

Lara:
¡¡No!!

Yo:
Ya sabes, se juntan los labios…

Lara:
[emojis diciendo palabrotas]

Lara:
¿Cuándo ha ocurrido? ¿Por qué?

Yo:
La guía nos ha delatado. Todo el mundo cree que nos acabamos de casar. Toca fingir.

Lara:
Ah, vale. Eso es otra cosa.

Lara:
A menos que… ¿todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

Yo:

Todo genial.

No me gusta mentirle, pero necesito entender qué me pasa primero a mí antes de poder contárselo a otra persona. Y la verdad es que yo no lo tengo nada claro.

Busco entre las últimas fotos y envío un par al grupo familiar, aun a riesgo de quedarme sin datos antes de que termine el viaje. Pero necesito tener la mente ocupada en otra cosa ahora mismo.

Nacho:
Pero qué guapa que es mi prima y qué bien le sienta el solecito.

Yo:
¿Me haces la pelota por algún motivo en concreto?

Mamá:
Tu primo tiene razón, estás diferente, más guapa.

Papá:
Eso es porque ya no está con ese idiota.

Yo:
¡Papá!

Tía Inés:
Pues cuando una mujer está tan guapa es porque está enamorada o embarazada.

Nacho:
Mamá, joder…

Tío Ignacio:
Esa boca, hijo.

Papá:
Dime que no estás embarazada.

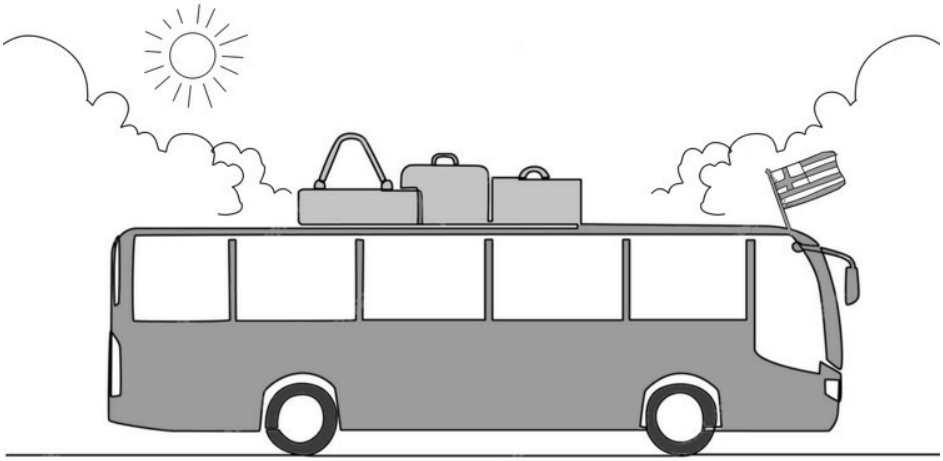
Yo:
Adiós.

Veo que me siguen llegando notificaciones, pero no pienso mirarlas en un buen rato.

Por fin, escampa y salimos, aunque cuando llegamos descubrimos que está todo encharcado. ¡Vaya mierda! El Teatro de Epidauro es famoso por su sonoridad. Millones de turistas llegan aquí cada año para lanzar una moneda al suelo y comprobar lo bien que se oye desde cualquier parte de las gradas. Pero es una prueba que no podremos hacer.

—Volveremos, no te preocupes por ello —asegura Hugo acercándose a mí y abrazándome por el costado mientras deja un beso sobre mi mejilla.

Y nos quedamos un rato así, viendo el escenario enfangado desde la última fila. No sé qué pasará por su mente, pero la mía está completamente colapsada. No sé qué me está ocurriendo y no sé si quiero saberlo.



9. Me equivoqué al fijarme en él

HUGO

«Por fin», bufa Nía cuando entramos en nuestra habitación y pausamos el teatro por un rato. Yo me siento igualmente aliviado, aunque mis dedos echan en falta el tacto de los suyos y me sienta impulsado a abrazarla y besarla nuevamente. Que es lo que me pasa todo el tiempo con ella.

—¿Te importa si me ducho primero? —consulto señalando hacia la puerta del baño.

Ella hace un movimiento con la mano indicándome que pase tranquilo mientras revisa su móvil. Tomo una muda completa y me encierro. Pongo algo en Spotify porque siempre me ha gustado relajarme con música. *Enemy*, de Imagine Dragons, suena y empiezo a desvestirme.

El agua fría cae libre sobre mi cabeza. Ajusto la temperatura, aunque no la subo mucho porque, con el calor que hace, necesito refrescarme. Cierro los ojos y parece que me transporto a otro lugar.

Una silueta desnuda se presenta ante mí con demasiada nitidez. Sus pechos son pequeños, pero a mí no me desagradan. Sus pezones, rosados y erectos, claman ser atendidos con urgencia. Me llevo uno a la boca y juego con él, llevando al límite a su dueña. Me relamo un pulgar ante su atenta mirada y lo llevo directo a ese pequeño botoncito de placer. El gemido ronco que sale de lo más profundo de su garganta provoca una sacudida en mi miembro.

Cuando mi boca termina con su pezón, se desliza en dirección descendente y se interna entre sus piernas. Su sabor solo me hace desear más y su reacción es un espectáculo para todos los sentidos. Explota en mi boca y vuelvo a ella para besarla. Su lengua me recorre atrevida, ávida y hambrienta.

Alarga el brazo hasta su mesilla y alcanza un condón. Me lo entrega, me lo enfundo rápidamente y entro en ella de una sola estocada por lo húmeda y preparada que está. El sexo llega a otro nivel con ella y se establece una conexión eterna entre nuestros cuerpos y nuestras almas.

Levanto una de sus piernas para colocarla sobre mi hombro y alcanzar un ángulo que nos

provoca más placer a ambos. Embisto con más fuerza y, cuando la veo alcanzar el orgasmo, me libero con un gruñido tan ronco que creo que se ha oído al otro lado de la puerta.

«Mierda».

Limpio los restos y salgo de la ducha más tenso de lo que entré. *Unholy,* de Sam Smith y Kim Petras, está sonando y no me puede resultar más oportuna para este momento.

—¿Te lo has pasado bien ahí dentro? —bromea, aun revisando el móvil, cuando oye el sonido de la puerta al abrirse.

—No puedo quejarme —respondo guiñándole un ojo cuando ella se decide a levantar la mirada de la pantalla.

Creo que se ruboriza.

—Álvaro también gruñía así —comenta sin darle mucha importancia, pero a mí me baja toda la tensión acumulada durante el día de hoy.

—Vaya, al parecer aquí también nos hacen un obsequio como celebración de nuestras nupcias —ironizo al llevar mi vista hacia la mesita que se encuentra frente al pequeño sofá en el que seguramente duerma esta noche.

La cortesía del hotel de hoy consiste en una botella de *champagne* y fresas bañadas en chocolate. Al menos aquí no hay preservativos.

—¿La abro? —propongo señalando la cubitera de acero inoxidable.

—Mejor después de cenar.

—Como prefieras, es tu luna de miel.

—Si fuera así, ahora mismo estaría follando, no pensando en…

Se calla de repente y se muerde el labio. Levanto las cejas y ella niega con la cabeza.

—Olvídalo.

—Mi hermano es idiota, puedes decirlo.

—«Idiota» se queda bastante corto, pero vuestra madre me cae demasiado bien para insultarla, así que no voy a decir lo que pienso.

No puedo evitar reírme.

—Mi madre tiene un disgusto muy grande encima —expreso, repentinamente serio—. ¿Sabes…? Cuando Álvaro fue a contarnos que no os casabais, ella pensó que la noticia era otra, que… —frunce el ceño— que estabas embarazada. Le hacía ilusión, que lo sepas.

Sus ojos se entristecen y muero de ganas de abrazarla, pero ella se levanta y va hasta la cristalera que da a la piscina del hotel.

—Tu hermano me ha jodido la vida. Tendría que haber cortado antes con él.

Me quedo plantado en el sitio porque no sé cómo reaccionar. La veo tan ilusionada todo el tiempo que se me olvida lo que es esto. Un viaje que le recuerda constantemente que ahora estaría casada con Álvaro. Que ha dedicado gran parte de su sueldo durante un año a pagar una boda que no se ha celebrado. Y que tiene un vestido de novia sin estrenar en su armario. Debería acercarme a ella porque seguimos siendo amigos, ¿no? Abrazarla sería lo correcto. Doy algunos pasos, pero me lo impide. Se gira y tiene los ojos brillantes. Me asegura que está bien y que solo ha sido un bajón momentáneo. No me lo creo.

—Que no te confunda esta farsa, debajo de este ficticio marido tuyo sigue estando tu amigo.

Sonríe, aunque apenas se nota.

—Lo sé. Pero estoy bien, de verdad.

—Es por lo del embarazo, te ha cambiado la cara. ¿Pasó algo? Nía, ¿hay algo que no me hayas contado?

Se muerde el labio. Pasa algo con eso, estoy seguro. Algo que tiene que ver con mi hermano y solo espero que no sea lo que me estoy imaginando.

—Es posible que nunca pueda tener hijos.

Sus palabras contundentes me golpean y casi me dejan sin aire en los pulmones.

—¿Cómo lo sabes?

—Da igual, Hugo. No sé si quiero tenerlos algún día. Pero… —inspira con fuerza, obligando a las lágrimas a mantenerse en su sitio— tengo que hacerme a la idea de que no los tendré.

Mando mi autocontrol a la mierda y voy hasta ella para abrazarla. Le beso la sien y me sabe a poco. Mis manos buscan sus mejillas y alzan su rostro hasta quedar muy cerca del mío. Desde aquí veo mucho dolor y muero por saber qué ha pasado y, sobre todo, por qué no me ha contado nada. Nuestras miradas se quedan enganchadas varios segundos y sé que debería decir algo para ponerle fin a este momento antes de que me arrepienta de cometer una estupidez.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Asiente, se agarra a mi cintura y apoya su mejilla en mi pecho.

—Me equivoqué al fijarme en él —confiesa en una especie de susurro ronco.

Me obligo a pensar que no lo dice por mí, sino porque se arrepiente de todo el tiempo que ha estado con él en vez de haber sido feliz con otro. Pero ese otro no soy yo.

Noto que se aparta y volvemos a mirarnos con demasiada intensidad.

—No tenéis los mismos ojos. No me había dado cuenta en todos estos años. Los tuyos tienen un tono más verdoso y un puntito negro ahí —señala sin dejar de observarme.

—Nos diferencian muchas cosas.

—Lo sé.

Se humedece los labios y creedme que hago el mayor ejercicio de contención de toda mi vida para no besarla. Sus ojos se desvían a mis labios y no puedo evitar hacer lo mismo. Incluso me atrevería a decir que están juntándose como si hubiera una fuerza gravitacional que hace que se atraigan cuando están cerca.

Pero ella deshace el hechizo y se aparta antes de que se rocen. La veo sentarse en el sofá y mover una pierna de manera frenética.

—Si te confieso algo, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que no.

—Ni a Álvaro.

—Si te soy sincero, últimamente no hablamos casi nada.

Frunce los labios y me siento a su lado. Necesita al Hugo amigo y eso voy a ser. Agarro su mano con ternura, animándola a que me cuente lo que sea que la está torturando ahora mismo.

—Cuando me enteré de que tu hermano había dejado preñada a otra… yo no podía pensar en nada más que en lo cabrón que era. Pero por suerte tengo una amiga que está en todo.

Ahonda un poco en los detalles de aquel día y me siento fatal por recordárselo. Pero cuando llega al final me quedo tan paralizado como debió de quedarse ella al enterarse. No entiendo cómo yo tampoco caí en ello. Odio a mi hermano un poco más si cabe.

Por instinto voy a buscar el móvil, sintiendo la mirada de Nía sobre mi espalda.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? Llamarlo.

Corre hasta mí para quitarme el aparato de las manos, pero ya le había dado al botón de llamada y, cuando ella logra arrancármelo, Álvaro descuelga.

—Vaya, hermanito, no te esperaba… —Su voz nos llega perfectamente, a pesar de no haber

activado el altavoz. O quizá le hemos dado al botón sin querer.

—Adiós, Álvaro —pronuncia ella intentando colgar.

—¿Nía? ¿No estabas de viaje?

—Así es, adiós.

—Qué listo es Hugo…

Cuelgo antes de que se digan cosas que no convienen, Nía suelta el teléfono y me lo guardo en el bolsillo. Ella resopla, gruñe y hace gestos y sonidos de enojo. Se mueve por la habitación y temo abrir la boca en este momento para no empeorar más las cosas.

—Te acabo de decir —bufa—, de «remarcar», que no hablaras con él —me reprocha señalándome con el dedo.

—Lo siento, pero…

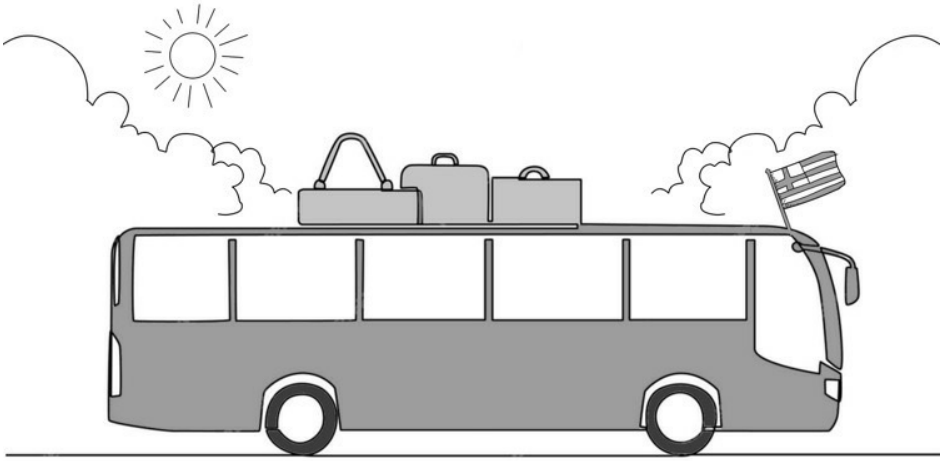
—No hay «peros», Hugo. Esto es algo mío y no te afecta en nada.

Tiene razón. No es algo que debería atañerme. Pero, de alguna manera, todo lo suyo me importa. Y más si tiene que ver con él. Aunque, siendo sinceros, ¿qué le iba a decir? No tiene arreglo y no le puedo reclamar nada porque, como ella bien ha dicho, «es algo suyo y no me afecta».

—No volveré a inmiscuirme en este asunto —rectifico con la voz seria y apenada.

—Bien.

Nos quedamos varios segundos sin hablarnos. En algún momento, ella decide romper el contacto visual conmigo y empieza a hurgar en la maleta hasta encontrar algo de ropa y su neceser. No dice nada, pero el portazo que da en el baño para entrar a ducharse me deja claro que ahora sí me he excedido y que necesita un poco de tiempo. Lo entiendo. Nunca hemos pasado tantísimas horas juntos, y menos a solas. Simplemente espero que estos roces no acaben con nuestra amistad.



10. La historia de Helena y Paris

NÍA

Los labios de Hugo, al igual que los de Álvaro, son adictivos. Es imposible no querer más cuando te separas. Es imposible no querer llevar tus manos hasta su cuello, hasta su pelo, enredarte en sus mechones y tirar de ellos. Es un arduo trabajo de contención finalizar el beso y que no vaya a más. Y ha estado a punto de volver a pasar, aquí en la habitación, donde no tenemos que fingir. Cuando nos hemos quedado mirándonos fijamente, mis dedos hormigueaban ante la urgente necesidad de tocarlo y mi boca clamaba por invadir la suya. Pero he decidido apartarme.

Creo que estoy tan confundida con lo que siento por él que necesito buscar cualquier cosa que nos mantenga separados. Y que por eso me he enfadado por una tontería. No debería haberse metido, pero creo que mi reacción ha sido un poco exagerada.

Salgo del baño dispuesta a hablar con él, aunque no lo veo. Una nota sobre la cama me indica que ha salido a dar una vuelta por el hotel y que, nuevamente, lo sentía mucho. Se me dibuja una sonrisa bobalicona no sé ni por qué, pero ahí está, demostrándome lo que tan solo un par de palabras me hacen sentir.

Reviso nuevamente las notificaciones de mi móvil. El grupo familiar echando chispas, Lara preguntándome si ya había llegado para que le explique lo del beso y mi primo preguntándome qué tal. Decido llamarlo.

—¡Hombre! Por fin das señales de vida… —bromea al descolgar.

—¿Estás ocupado?

—Para ti siempre estoy libre, ya lo sabes. ¿Qué ocurre?

—No sé ni por dónde empezar…

—Por donde quieras, aunque lo mejor es que lo hagas por el principio y así no me pierdo.

Me río y siento que aflojo un poco la angustia. Nacho y yo somos hijos únicos y nos criamos juntos, como si fuésemos hermanos. Nuestros padres estaban —y siguen estando— muy unidos,

así que desde niños hemos ido de acampada, de excursión y de viaje en familia. De ahí que tengamos un grupo en WhatsApp. Durante las vacaciones escolares, como mi madre era profesora y sus padres trabajaban, siempre venía a mi casa y nos pasábamos el día jugando, viendo la tele o en la playa. Crecimos juntos y vivimos mil anécdotas. Y aún ahora seguimos siendo la persona de mayor confianza del otro.

—Vale. Hace diez años me acosté con Álvaro…

—No tan al principio, por favor —me interrumpe entre risas.

—No sé en qué momento ha ocurrido, pero me he dado cuenta de que hace un tiempo que dejé de estar enamorada de él —confieso en un suspiro.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Pues no sé. Mal, porque he perdido demasiado tiempo con él. Aunque, por otro lado, me siento liberada.

Me muerdo el labio, a la espera de su respuesta. O aprobación, más bien.

—Me alegra oír eso. —Y sé que está sonriendo por cómo suena su voz.

—Ya, uhm…

—¿Qué más? —inquiere, suspicaz.

—Tengo dudas.

—¿Respecto a qué?

Me siento sobre la cama y me tumbo. Fijo mi vista en el techo y respiro varias veces antes de responder.

—Nacho, ¿cómo de mal está que me sienta atraída por Hugo?

Se produce un repentino silencio al otro lado que me pone demasiado nerviosa.

—¿Por qué crees que está mal?

—Porque… es su hermano, y mi amigo, y… ¡son iguales! ¿No crees que la gente pensará que es un sustituto?

—Creo que tú más que nadie sabes que no son iguales.

—Pero…

—A ver, Nía, ¿qué ha pasado para que tengas todas estas dudas?

Me muerdo un carrillo. Quizá me he precipitado llamándolo.

—Vale, voy a suponer que os habéis liado.

—Nos hemos besado. Dos veces. Pero es porque fingimos que estamos casados —suelto de carrerilla como si fuera un telegrama.

—Vaya, así que mi madre tiene razón, ¿eh? —canturrea—. ¿Por eso estás tan guapa?

No sé si lo dice en serio o de coña. Espero que de coña. Porque no-estoy-enamorada-de-Hugo.

—Te voy a contar una historia, ¿qué me dices?

No le respondo, pero entiende mi mutismo como una afirmación. Yo me levanto, voy hasta la cristalera y la abro para salir al balcón. A lo lejos veo a Hugo tumbado en una de las hamacas hablando con alguien por teléfono. Por su postura relajada y su sonrisa diría que es su madre. Me recreo un poco la vista observándolo desde aquí, ya que parece no verme.

—La princesa Helena estaba a punto de casarse con el rey Menelao.

—¿En serio me vas a contar una leyenda mitológica?

—Espérate. Helena creía que era muy feliz con Menelao, era el hombre de quien siempre había creído estar enamorada. Pero Menelao era un corrupto y un infiel que solo estaba con Helena porque era la princesa más guapa de todos los reinos conocidos y porque necesitaba una reina a su lado para gobernar. Alguien que le diera un heredero. Un día, el príncipe Paris,

hermano de Menelao…

—Paris no era hermano de Menelao —lo interrumpo con la vista aún fija en Hugo. Se ha levantado y está de espaldas.

—Pero es que esto no es la guerra de Troya. Presta atención a lo que te estoy contando. Paris descubrió que Menelao tenía algún asunto turbio y le pidió a Aquiles, el primo de Helena, que le ayudara a descubrir la verdad. Así que Aquiles junto a… a… una sirvienta, lo siento, pero no me sé más nombres…

Se ríe, pero yo no puedo porque estoy empezando a entender lo que me quiere decir.

—Aquiles le contó la verdad a su prima Helena y esta pudo librarse por fin del malvado Menelao, de quien había dejado de estar enamorada hacía tiempo. Helena le estuvo tan agradecida a Paris que se lo llevó de expedición y se dio cuenta de que, en realidad, de quien estaba realmente enamorada era de él, y no de aquel con quien iba a casarse.

—Para. —Repito, no-estoy-enamorada-de-Hugo. Pero, por algún motivo que desconozco, no se lo niego—. ¿Tú eres Aquiles? ¿Y quién es la sirvienta?

—Lara —confirma.

—Claro, tenía que suponerlo. ¿Me estás diciendo que Hugo te pidió que…?

—Hugo logró acceder a las facturas de teléfono de su hermano y a su banca *online.* Descubrió que hacía siempre las mismas llamadas y que había varias transferencias hacia una misma cuenta. Me pidió que le echara un ojo por si lo veía tan sospechoso como él y así fue como dimos conEli.

Estoy flipando. Estoy puto-flipando. Que Hugo mande a la mierda su integridad para recabar información sobre su hermano me parece de ciencia ficción y no sé cómo tengo que sentirme al respecto. ¿Agradecida? ¿Indignada? ¿No es ilegal lo que ha hecho?

Veo que Hugo cuelga y, al girarse, me pilla observándolo. Levanta la mano para saludarme y hago lo mismo con la esperanza de que no crea que lo estaba espiando.

—¿Nía? ¿Sigues ahí?

—¿Por qué hizo eso? Quiero decir, él jamás transgrede las normas y hacerlo para descubrir a la amante de Álvaro, no sé, ¿por qué iba a hacer algo así?

—¿No es evidente?

—No.

Y lo pienso en serio. Pero no añade nada más, simplemente me dice que tiene que colgar y que hablaremos otro día. Hugo ha desaparecido de mi vista y decido entrar en la habitación. Me quedo pensando en lo que me ha contado Nacho y sigo sin entender qué motivo tendría Hugo para hacer todo eso. Somos amigos, vale. Pero, aun así, sigue siendo su hermano y no he visto a nadie más leal que él.

Dejo el tema aparcado y pienso en llamar a Lara porque ella ha estado compinchada con mi primo y eso me escama un poco. Aunque debe de estar muy ocupada en algo, porque no me lo coge. ¿Qué estará haciendo?

El ruido de la puerta al abrirse me hace dar un saltito en el sitio y sonrío al ver a Hugo. Él me mira expectante y prudente, temeroso de decir algo que pueda estropear nuestra amistad.

—Lo siento.

—Gracias.

Hablamos a la vez y nos reímos.

—He hablado con mi primo. No sé por qué lo hiciste, pero muchas gracias. De verdad. Y siento lo de antes, no era para tanto.

Intenta ocultar una mueca y es tan hermético que no tengo ni idea de qué está sintiendo. A veces desearía saber qué piensa.

—No hay de qué.

—Pero no tenías por qué hacerlo. Él es tu hermano, deberías estar de su lado, no desenmascararlo.

—Si de algo me arrepiento es de haberle sido tan leal cuando no lo merecía.

Suerte que estamos a varios metros de distancia, porque nuestras miradas se han vuelto a quedar enganchadas y me cuesta la vida misma no acercarme más a él. Así que parpadeo y rompo el contacto.

—¿Estás listo para bajar a cenar?



Llevo mi plato lleno hasta los topes a la mesa. Me encantan los bufés libres, pero, si encima son en un hotel, en el extranjero, con manjares que no conozco y quiero probar, no puedo controlarme. Hugo levanta las cejas al sentarme, sorprendido por la cantidad de comida que he logrado meter en el plato.

—¿Has dejado algo para los demás? —me pica llevándose un trozo de carne a la boca. Esa misma boca que llevo unas horas deseando volver a probar.

—Muy gracioso.

Cojo el tenedor y examino el pegote de raciones varias que me he servido. Ensalada griega, carne y pescado a la plancha, y varias cosas que no sabría decir qué son, pero que parecen apetitosas. No a qué atacar antes.

—¿De dónde sois vosotros? —oigo que les pregunta Hugo a nuestros compañeros de mesa. Un matrimonio de unos cincuenta con una chica joven. Supongo que será su hija.

—De Mallorca.

—¡Anda! —exclamo—. Mis abuelos eran de allí. Los maternos. Se mudaron a Barcelona al mes de casarse para buscar un trabajo mejor. Cuando se jubilaron, quisieron volver, pero se quejaron de que la isla estaba «demasiado estropeada» y al final desistieron.

—Tus abuelos tienen razón. Nos la estamos cargando —reconoce el señor, con pesar.

—Tenían —especifico algo triste, pues aún me duele que mis abuelos ya no estén.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, no lo sabías.

Hugo posa una mano sobre la mía y entrelazamos los dedos de manera natural.

—¿Y habéis estado alguna vez? ¿Sigues teniendo familia allí? —Ahora es la mujer quien pregunta.

—Sí, de pequeña veraneábamos allí todos los años. Mi madre tiene muchos primos en la isla. Íbamos con mis abuelos, pero luego, cuando… pues dejamos de ir.

Hablamos casi toda la cena sobre esa tierra que a mí me habría gustado conocer más y a la que algún día deseé mudarme cuando fuera mayor. Algo que nunca llegué a hacer porque empecé a trabajar con mi padre, tenía mi vida en Barcelona y Álvaro nunca iba a querer

cambiarse de ciudad.

Volvemos a la habitación con nuestras manos unidas, incluso un rato después de encontrarnos solos. Como si ninguno de los dos quisiera dar el primer paso para separarnos, algo que únicamente hacemos una vez dentro. Mi cuerpo protesta y llevo mis manos tras mi espalda para evitar dirigirlas a algún sitio indebido. Voy directa hasta el cuenco de fresas con chocolate y me llevo una a la boca. Cierro los ojos y gimo de placer porque es un sabor inigualable. Exquisito. Delicioso.

Siento movimiento a mi espalda y me percato de que Hugo ha llegado hasta mí para abrir la botella de *champagne.* «Pop». El tapón vuela hasta la otra punta y el líquido dorado y espumoso empieza a deslizarse dentro de las copas. Me tiende una y las chocamos a modo de brindis, aunque no deseemos nada. Al menos, no en voz alta, porque yo empiezo a pedir muchas cosas mentalmente:

Olvidarme de Álvaro de manera definitiva. No quiero que ocupe ni uno solo de mis pensamientos.

Ser valiente para poder enfrentarme a él y decirle a la cara todo lo que necesito sacar de adentro y nunca me atreví.

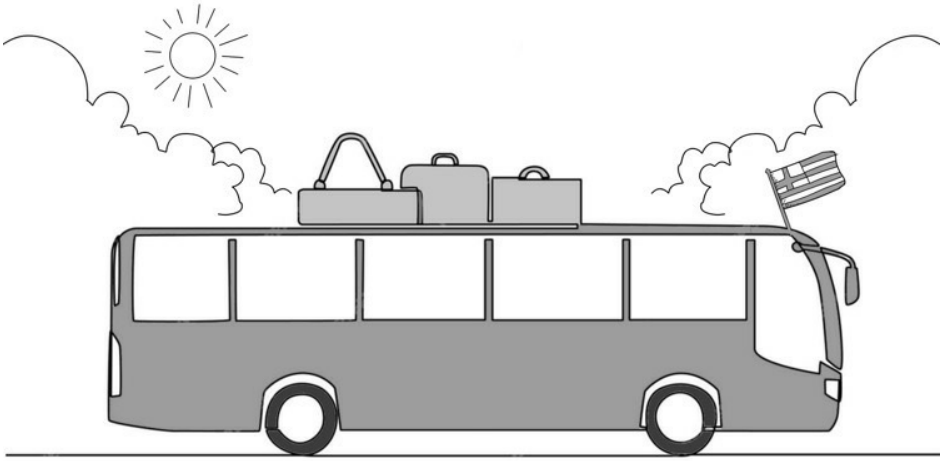
Fortaleza para mantenerme en pie tras todo este revés y recuperar mi vida.

No volver a tener ganas de casarme nunca más.

No salir mal parada de este viaje. Hugo y yo solo somos amigos, no puedo mezclar las cosas.

¿Se cumplirá alguno?

Sonreímos y yo me bebo mi copa en cuestión de segundos. Hugo me la rellena y agarro el bol de fresas para comérmelas en la cama tras descalzarme. Creo que, por primera vez en lo que llevamos de viaje, no pienso en que «ahora estaría compartiendo este momento con Álvaro».



11. Fresas y champagne

HUGO

Pocas cosas he visto más eróticas en toda mi existencia que la imagen de Nía mordiendo una fresa cubierta de chocolate y gimiendo de puro placer al hacerlo. La erección es inmediata. Me acerco a ella de manera sigilosa como un león acechando a su presa. Pero, en el último momento, gana la cordura y descorcho la botella. Tras chocar nuestras copas sin un deseo explícito saliendo de nuestras bocas, la veo tragarse todo el contenido como si estuviera sedienta, para inmediatamente después meterse en la cama con el bol de fresas. No sé qué habrá pedido Nía, pero yo deseo ser capaz de controlarme y no meter la pata con ella.

Vuelvo a llenar su copa, se la acerco y me siento a su lado. A diferencia de ella, bebo con calma, que el alcohol es traicionero.

—¿Te importa si pongo música? —lanza la pregunta al aire mientras trastea en su teléfono.

—A ver qué vas a poner…

—Confía en mí.

Kiss from a Rose, de Seal, nos llega a través del minúsculo altavoz y una sonrisa se me dibuja en la cara. Me encanta. Y a ella también. Dios, es una canción para hacer el amor.

—¿No vas a probarlas? —me indica acercándome el cuenco.

—Estoy muy lleno, gracias. ¿Sigues teniendo hambre?

Se encoge de hombros y continúa comiendo un par de fresas más para luego volver a vaciar otra copa.

—¿No crees que estás bebiendo muy deprisa? —insinúo con la voz serena, pero el tono acusatorio delata mi preocupación.

—Puede… —Y empieza a reírse como una demente—. ¿Me sirves más?

—No.

—Pues voy yo.

—Nía… —Intento detenerla con mi brazo, pero llego tarde. La veo rellenarse la copa hasta

los topes y beberse la mitad de golpe. Esto no va a acabar bien.

—Alguien tiene que acabársela y no parece que vayas a ser tú —se excusa con una de esas risitas que evidencian que el alcohol empieza a hacer efecto en su organismo.

—Venga, vuelve aquí —propongo señalando la cama para alejarla de la botella. No es que quede mucho, pero es capaz de vaciarla.

—¿A la cama? ¿Contigo? —Se muerde el labio de manera muy muy lasciva y me arrepiento de haber dicho nada.

Mi erección crece un poco más y ella se da cuenta. Puedo ver cómo sus ojos están puestos en mi entrepierna. Deja la copa sobre su mesita y aparta el bol de fresas de la cama. Se desabrocha el pantalón y sé que debería impedirle que siga, pero me paralizo en cuanto percibo el primer trocito de encaje rosa.

—¿Qué haces? —demando cuando soy capaz de pronunciar algo.

—Ponerme cómoda.

Por suerte, decide que la camiseta no le estorba, pero esa minúscula fracción de tela deja demasiada piel a la vista y mis ojos me traicionan no pocas veces. Ella se da cuenta y sonríe con malicia, como si estuviera haciendo todo esto para torturarme.

Me da la espalda para acabar de beberse lo que le queda de alcohol en su copa y me regala una magnífica vista de su culo terso y redondo apenas tapado por una raya horizontal que cubre la parte superior. ¿Cómo se llaman esas prendas? Tienen el nombre de algún país. Portuguesas, creo que era.

Trago saliva varias veces y rezo a un Dios en el que no creo a fin de que me dé fuerzas para mantenerme apartado de ella, ya que el deseo que he pedido al chocar nuestras copas no parece surtir efecto. Cuando se voltea hacia mí, me pilla recolocándome la erección y vuelve a sonreírme con esa misma picardía de antes. Se acerca a mí nuevamente, gateando por la cama cual felina en celo, hasta que me alcanza y me rodea con sus brazos sin que pueda poner mucha resistencia.

—Me gusta cómo besas.

El aliento a alcohol me golpea y me hace reaccionar.

—Estás borracha.

—Y muy cachonda. Como tú.

—Creo que has bebido de más.

—Quiero que me folles.

La miro un segundo porque su súplica me pilla desprevenido. Cuatro palabras que tienen un efecto inmediato en mi miembro y sé que necesitaré una ducha bien fría para bajar esto.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. Lara me rogó que follara en este viaje. Y voy a hacerlo contigo o sin ti.

—Nía… —gruño.

—Lo estás deseando. La naturaleza no os ha dado el don de poder camuflar vuestra excitación —añade llevando una mano a ese bulto que ya no sé cómo esconder.

—No voy a acostarme contigo —asevero apartándole la mano de manera suave pero firme. Me siento orgulloso de mi autocontrol, aunque espero que deje el jueguecito pronto y no me ponga las cosas aún más difíciles—. Tú no quieres esto.

—Claro que sí. —Estampa sus labios contra los míos y me quedo tan en *shock* que, para cuando logro reaccionar y quitármela de encima, ya se ha subido sobre mí a horcajadas.

—Nía, para. —La levanto y vuelvo a colocarla en su lado de la cama, asegurándome de dejar

medio metro de distancia entre nuestros cuerpos—. Tu consentimiento ahora mismo no es válido. Así que no-voy-a-acostarme-contigo porque eso sería vi-o-la-ción, ¿entiendes? —explico de manera lenta y haciendo una separación excesiva para que me comprenda.

—No has dicho que no lo hagas porque no quieras —me reta, repentinamente seria y sin apartar los ojos de los míos.

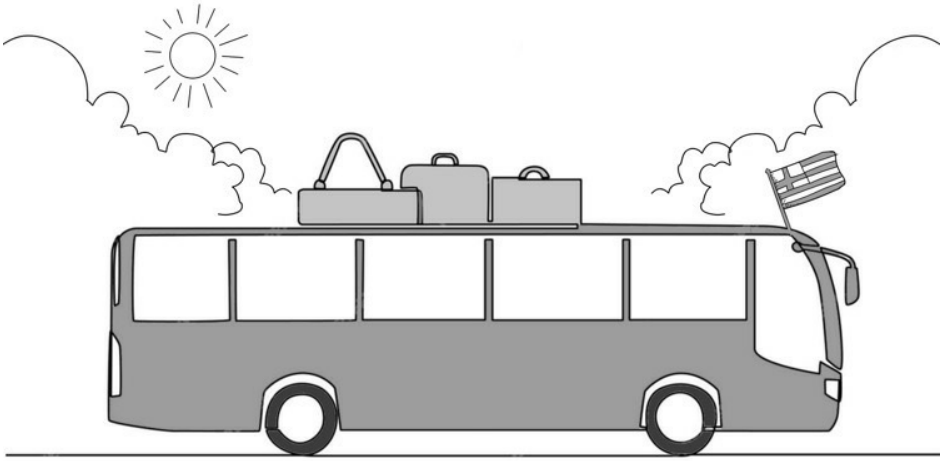
—Porque, como bien has dicho, es evidente que quiero. ¿Quién no querría? Pero, por esto y una multitud de motivos más, tú y yo jamás nos vamos a acostar, ¿de acuerdo?

—¿Cuáles son esos otros motivos?

—Mañana lo hablamos.

—Vale —acepta resignada, y frunce los labios como una niña pequeña—. ¿Puedes dormir conmigo? Prometo no violarte —añade con una risita que no me brinda mucha confianza, pero no puedo ignorar la voz con la que me ha suplicado que me quede en la cama. Asiento y le pido que se ponga la camiseta que le presté para dormir, que la que lleva ahora no tapa nada. Acepta de mala gana y aprovecho para ir al baño a lavarme los dientes.

Hago un poco de tiempo porque no estoy listo para salir aún y, cuando me atrevo a hacerlo, la encuentro dormida. Mi camiseta la cubre hasta medio muslo y la melena le ocupa casi toda la almohada. No puedo evitar mirarla embobado hasta que decido regresar al baño para darme una ducha bien fría antes de meterme en la cama.



12. Los borrachos no mienten

NÍA

Cuando abro los ojos veo a Hugo demasiado sonriente. Está frente a mí y ya va vestido para salir.

—¿Cómo te encuentras?

Auch. Mi cabeza.

—¿Puedes hablar más bajo?

Se descojona, pero su risa me taladra el cráneo y me llevo una mano a la sien como respuesta.

—Ya veo que genial.

—Idiota… —refunfuño de mala hostia.

—Te he traído algo para desayunar y deberías ducharte. ¡Ah! En media hora tenemos que estar en el *hall.*

—Joder… —gruño mientras me levanto para ir al baño.

No pierdo tiempo en la ducha porque también necesito comer algo, así que me enjabono y salgo tras enrollarme con una toalla. Me paro frente al espejo para limpiarme la cara, pero me doy cuenta de que no he cogido el neceser. Ni la ropa.

«Mierda, mierda, mierda».

Salgo a la habitación y Hugo se atraganta al verme. Rebusco dentro de la maleta lo que necesito y vuelvo a entrar.

«Uf, misión cumplida».

Empiezo a secarme y a mi cabeza le parece buena idea bombardearme con *flashes* de anoche. Me veo insinuándome a Hugo, desnudándome y ¿pidiéndole sexo? ¿En qué estaría pensando? Suerte que él supo mantener la cordura, aunque también lo deseara.

«Es evidente que quiero. ¿Quién no querría? Pero, por esto y una multitud de motivos más, tú y yo jamás nos vamos a acostar».

Sus palabras reaparecen en mi mente y tengo sentimientos encontrados. Emoción y sorpresa

al descubrir que siente atracción por mí. Decepción por su negativa tan rotunda. Ese «jamás» me produce cierta opresión en el pecho y no me explico cómo puedo sentirme así, si hasta hace nada yo hubiera pronunciado esas mismas palabras.

No voy a mentir, a estas alturas me siento irremediablemente atraída por él. Los borrachos no mienten y supongo que no tengo excusa, pero jamás habría montado una escenita así estando sobria. No porque el alcohol nos elimine los filtros, sino porque creo firmemente que acostarme con él sería un error. Hay muchos motivos para no hacerlo y no es necesario que los discutamos.

Cuando estoy vestida, salgo a la habitación para intentar desayunar algo de lo que Hugo me ha traído y no me pasa desapercibido el gesto que hace al señalarse la muñeca con varios golpecitos del dedo índice.

—Lo sé, lo sé… —me excuso mientras cojo una tostada con tomate.



Yo:
¿Cómo continúa la historia de Paris y Helena?

Nacho:
Ni idea, dímelo tú.

Yo:
Paris le dice a Helena que jamás querrá acostarse con ella.

Nacho:
¿Estás segura de que no estás obviando algún detalle?

Yo:
Helena se emborracha y se insinúa a Paris de manera bastante explícita y bochornosa. [emoji de monito tapándose los ojos]. Pero él le dice que en ese estado sería violación. Aunque hay mil razones más para no hacerlo.

Nacho:
Eso me cuadra más.

Nacho:
¿En serio hiciste eso?

Yo:
Estamos hablando de Helena, no de mí.

Nacho:
Cierto, disculpa. Creo que Helena tiene que aclararse un poco antes de actuar así, a lo loco.

Guardo el móvil en el bolsillo en el momento en que empezamos a entrar al recinto de lo que en la Antigüedad fue el lugar donde se celebraban los Juegos Olímpicos: Olimpia.

Sigo teniendo muchas dudas con mis sentimientos hacia Hugo. Antes de empezar este viaje creía que estaban muy claros. Pero cada vez parecen desdibujarse un poco más las líneas que separan la amistad de otra cosa. ¿Qué es esa otra cosa? No lo sé. Hay una atracción muy clara, que creo que es mutua, pero, por otro lado, estoy conociendo un Hugo que antes me negaba a ver. Esas cualidades que me parecían aburridas y sin interés, esas mismas que me hicieron descartarlo como candidato romántico en su momento, ahora me resultan maravillosas y encantadoras. ¿Cuántos hombres rechazarían una oferta de sexo tan clara como la de ayer?

¿Cuántos se habrían aprovechado?

Me gusta lo que siento cuando nos besamos, cuando nos tocamos, cuando nuestras manos se unen. Pero sigo sin tener claro si todo esto ocurre porque es clavado a Álvaro y, en lo más profundo, estoy buscando un sustituto.

Los dedos de Hugo entrelazándose con los míos me producen una chispa que me devuelve a la explicación de Anthea sobre este lugar. Nos habla de lo sagrados que eran los Juegos, que se celebraban cada cuatro años con estricto rigor, pausando las guerras para que los atletas pudieran acudir. Atletas que corrían desnudos, por cierto. Detalle imposible de pasar por alto.

Este sitio es increíble, precioso. Las ruinas de los templos quedan esparcidas en una zona arbolada, lo cual rebaja un poco la temperatura y se agradece. Al llegar a la pista de atletismo, nos detenemos un buen rato para que podamos correr y posar en la línea de salida.

—¿Una carrera? —reto a Hugo.

—¿Seguro que quieres competir contra mí?

Me encojo de hombros. Sé que me va a ganar, pero me apetece jugar un poco.

Nos ubicamos en la línea donde todos se hacen fotos y vemos cómo algunos nos animan sentados en el césped de la ladera que hace las veces de grada. Me pongo en posición y, cuando estamos en la cuenta atrás, se me ocurre una idea.

—Ey, ¿qué es eso de ahí? —Señalo con mi dedo a su izquierda y empiezo a correr en cuanto veo que se gira.

Corro con todas mis fuerzas. Pero, aun así, me alcanza a los pocos metros. Me agarra por la cintura y me levanta. Yo paso los brazos por su cuello y él, no sé cómo lo hace, pero de repente me sujeta por la espalda y por debajo de las rodillas en la clásica postura de recién casados entrando en la habitación. Yo sigo riéndome cuando nuestros labios chocan con urgente necesidad y, por primera vez, nuestras lenguas se conocen. El mundo desaparece a nuestro alrededor y me doy cuenta de que podría pasarme el resto del día así, colgada a su cuerpo y enganchada a él.

Sus manos me queman y mi boca solo desea más y más de la suya. No puedo determinar cuánto tiempo llevamos así, pero calculo que es más de un minuto y no tenemos intención de parar. Creo que ha sido la primera vez que nos hemos besado porque hemos querido, porque nuestras bocas lo deseaban, y no por fingir que somos una pareja en su luna de miel. Y ese pensamiento me da mucho vértigo.

Tras una eternidad, cuando decidimos separarnos, mi corazón está acelerado y no es por el ejercicio de correr. Nos acercamos a donde están los demás, que nos observan sonrientes, algunos incluso aplaudiendo. Oímos alguna frase como «guardad algo para la intimidad» o «déjala respirar» y nos entra la risa. Nuestras manos, como viene siendo habitual últimamente, están unidas, y me cuesta hacerme a la idea de que, cuando volvamos a Atenas, este paripé habrá terminado. Porque ya se habrán agotado las excusas para tocarnos.

Las siguientes horas pasan y nosotros estamos tan metidos en nuestro papel que ya no nos acercamos porque veamos a alguien, sino porque nuestros cuerpos se atraen entre ellos y se buscan. La incomodidad y la contención quedaron lejos.

En el *ferry* que nos lleva de Río a Antirio nos pasamos el breve trayecto en la baranda, observando las nubes de tormenta que nos esperan al otro lado. Él está detrás, abrazado a mi cintura y haciéndome cosquillas en el cuello con la nariz. Unas cosquillas que impactan en otras partes de mi cuerpo. Casi al final del recorrido, me giro entre sus brazos, engancho los míos a su

cuello y lo beso como si ese gesto fuera a llenar de aire mis pulmones.

El siguiente hotel nos recibe con una de sus mejores habitaciones y una cesta de frutas. Estamos en la última planta y tenemos un balcón enorme que no podemos disfrutar mucho porque mañana nos volvemos a marchar. Es una lástima, pues las vistas a la montaña y al mar desde aquí son impresionantes. Decidimos ir a dar una vuelta por la playa hasta que sea hora de ducharnos para ir a cenar. Agradezco la salida, no solo por el vientecillo sobre la cara, ya que parece que en esta región hay un clima más frío, sino porque estando solos en la habitación no hay excusa para tocarnos. Y me pican las manos de no poder hacerlo. Pero salimos a dar un paseo y así podemos alargar los roces hasta un poco más tarde. No nos sobra el tiempo, aunque lo apuraremos al máximo.

Cuando llegamos a la orilla de la playa, nos descalzamos para que el agua nos bañe los pies y caminamos uno al lado del otro en completo silencio durante unos segundos.

—Gracias —pronuncio sin dejar de mirar el agua entrar y salir en la arena.

—¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente. Por comportarte como toca. Por no aprovecharte de mí.

—O sea, que te acuerdas —conjetura con una sonrisa.

Siento cómo se colorean mis mejillas y me muerdo el labio inferior.

—Sí, y preferiría no hacerlo —reconozco riéndome.

—«Quiero que me folles. Lara me rogó que follara en este viaje» —repite mis mismas palabras en tono agudo, en un pésimo intento de imitar mi voz.

—No, por favor… —suplico.

Me tapo la cara con la mano que tengo libre porque debe estar más roja que las calles de Buñol durante la Tomatina. Él se descojona y su risa me llega a todas partes, liberándome, llenándome de felicidad. ¿Quién me iba a decir que me sentiría así con lo que ha ocurrido?

—No lo dije en serio —pronuncio en un murmullo.

—Lo sé.

No me pasa desapercibido el tono de resignación que envuelve su respuesta.

—Ahora mismo no podría ni mirarme al espejo —comenta como si hablara solo.

—¿Qué?

—Si no te hubiese respetado, si… me hubiese aprovechado, ahora mismo no me reconocería. Yo no soy así, lo sabes, ¿verdad?

Sus ojos anhelantes me buscan y yo me giro hacia él para ver la verdad en ellos. Asiento de manera casi imperceptible y nos detenemos. Tira los zapatos en la arena, sus manos se anclan en mi cintura y contengo el aliento.

—Nunca me des las gracias por comportarme como debería. No soy nada extraordinario.

—Lo eres.

—Pues no debería ser así.

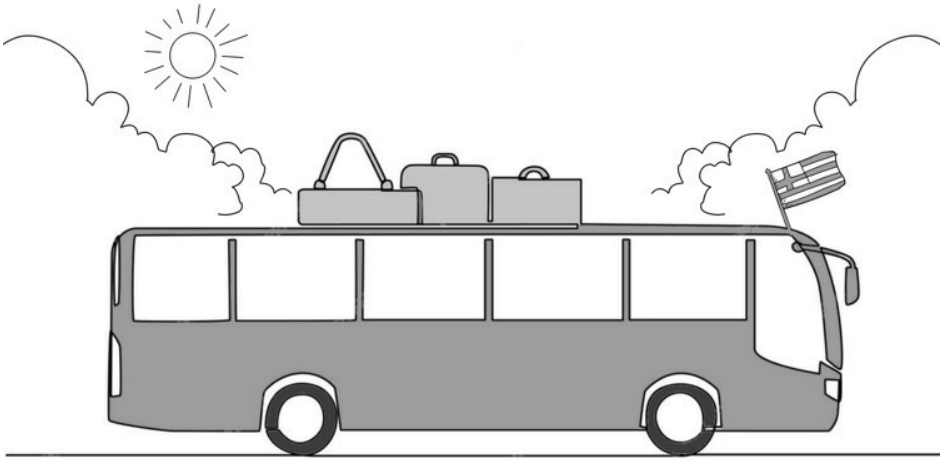
—Hugo —pronuncio con la intención de romper un poco este silencio—, los borrachos no mienten.

Suspira profundamente mientras desvía la mirada fugaz hacia un lado.

—A veces sí.

Asiento frunciendo los labios y me decanto por dejar de hablar porque no tiene pinta de que me vayan a gustar sus respuestas. Está ignorando adrede lo que crece entre nosotros. Como si dejara de existir por no mencionarlo.

Suelta mi cintura, se agacha a recoger sus zapatos nuevamente y reemprende su marcha. Lo sigo para evitar quedarme parada aquí en medio y obligarnos a hablar de algo que creo que me va a doler. El ruido de las olas acompaña nuestro silencio y me surgen nuevas dudas. Quizá no estoy sintiendo nada especial por él. Quizá lo veo tan parecido a Álvaro que me parece una buena opción para echar un polvo. Quizá él tampoco tiene ningún interés en mí. Quizá sería una locura que nos enamoráramos y es mejor cortar de raíz este… encaprichamiento. ¿Es un capricho? Seguro que cuando lleguemos a Atenas y termine el paripé dejaré de pensar en él como estaba empezando a hacer.



13. Es gay

NÍA

Hugo se está duchando y yo salgo a la terraza para llamar a Lara, que tenemos una conversación pendiente y la necesito más que nunca.

—¡Hombre! ¿Vas a contarme por fin lo de tu beso con Hugo?

—«Besos», en plural —especifico.

—Uy, que esto se pone interesante…

Me muerdo un carrillo para evitar dibujar una sonrisa bobalicona porque no-estoy-enamorada-de-Hugo. Le cuento un poco por encima cómo empezó esta farsa, aunque de momento me guardo mis sentimientos para mí.

—¿Y ya está? Pensaba que habría algo más de salseo… —me provoca con cierta desilusión en su voz.

—Bueno, ayer…

—¿Qué? —me interrumpe enseguida.

—Me emborraché un poco y le pedí que me follara.

—¡¿Te has acostado con Hugo?!

—No. Casi. Él se negó.

—Ningún tío en su sano juicio rechazaría una oferta como esa. Es gay, Nía.

—¡No! Solamente…

Le explico lo que me contó sobre el consentimiento y también le menciono que su erección imposible de ocultar se debía a algo. Pero no da su brazo a torcer e insiste en su teoría hasta que consigue llenarme la cabeza con más dudas.

Eso explicaría por qué tiene mil argumentos para no acostarse conmigo. «Tú y yo jamás nos vamos a acostar». Esas fueron sus palabras. Rotundas. Precisas. Si es homosexual, tiene sentido que tumbe esa posibilidad de una manera tan tajante. Y también es lógico que me rechazara, aunque lo adornara con la excusa de mi embriaguez. Álvaro también me aseguró en su momento

que era gay. ¿Será verdad?

—Prométeme que no te estás colgando de él —exige con la voz seria.

—¡Qué va!

—Te pedí que te divirtieras y follaras, no que te enamoraras. ¡Y mucho menos del clon de Álvaro!

—Pues tranquila, porque no me estoy quedando colgada de él ni de nadie —ratifico mientras cruzo los dedos a mi espalda.

—Eso espero.

Frunzo el labio y trato de disolver como sea ese nudo que se me ha formado en el estómago. No, no-me-estoy-enamorando-de-Hugo. Voy a repetirlo un par de veces más, a ver si así me lo termino de creer:

No-me-estoy-enamorando-de-Hugo.

No-me-estoy-enamorando-de-Hugo.

Mierda.

Me-estoy-enamorando-de-Hugo.

—Cuéntame algo de la *ofi*. ¿Algún cotilleo interesante? —pido para cambiar de tema.

—¿Aparte de la loca que montó un numerito y no ha vuelto a aparecer?

—Dime que han dejado de hablar sobre mí. —Resoplo.

—Han dejado de hablar sobre ti.

—Vale, ahora dime la verdad.

—Lina está convencida de que te han internado en una clínica de rehabilitación. Cree que eres drogadicta.

—Bueno, esa es una envidiosa. No me importa lo que piense.

—Bien.

—Todo el mundo la cree —conjeturo.

—No todo el mundo. Solo un par de idiotas. La gran mayoría te conocen lo suficiente para saber que eso es mentira, aunque están preocupados por ti.

Suelto un montón de aire y me acomodo en la tumbona. Fijo la vista en las montañas y me da por pensar en todo lo que ha cambiado mi vida en solo unos días. De creer que estaba enamorada de Álvaro y estar a punto de casarme con él, a estar disfrutando este viaje como si no me hubieran dejado plantada a un mes de la boda y como si el que era mi novio no fuera a tener un hijo con otra.

La brisa me acaricia y me siento flotar. Es magnífico estar aquí arriba en un día como hoy. Y más aún si sientes que te has librado de un peso enorme, como es mi caso. Casarme con Álvaro era el peor error que podía cometer. Casarme con alguien que nunca sintió lo mismo por mí. Casarme por tachar un ítem de la lista, porque es lo que hay que hacer y lo que se espera cuando llevas diez años de relación. Porque estaba convencida de amarlo.

Oigo un carraspeo a mi espalda y me levanto como un resorte deseando que no lleve demasiado tiempo ahí.

—Tengo que dejarte, hablamos otro día, ¿vale?

Cuelgo sin dejar que se despida y la imagen de Hugo recién duchado, perfumado y peinado me devuelve a la realidad. Al «mierda-me-estoy-enamorando-de-Hugo». Me repito mentalmente un millón de veces que es gay, porque las ganas de lanzarme a por él han aumentado un doscientos por cien desde que hemos vuelto del paseo por la playa.

—Tu turno —me indica señalando la habitación con la cabeza.

¿Me acaba de parecer *sexy* ese gesto?



El chorro de la ducha presionando mi clítoris me regala el primer orgasmo desde que Álvaro me dejó con una triste nota hace poco más de un mes. Ya casi no recordaba esa sensación y me duele pensar que estando con él jamás había pasado tanto tiempo de sequía. No lo hacíamos todos los días, ni siquiera todas las semanas. A veces estaba de viaje por trabajo, o sus clientes lo invitaban a fiestas para agradecerle que los sacara del lío en el que sus corruptelas los habían metido.

Sí, él es abogado mercantil y defiende a tipejos sin escrúpulos que viven evadiendo impuestos. Nunca me gustó eso, pero él me repetía hasta la saciedad que todos tienen derecho a un abogado. En cambio, Hugo aspira a lo contrario, a ser inspector de Hacienda. Y estoy convencida de que será el mejor. De momento, y hasta que pueda conseguir una plaza, se dedica a hacer auditorías de cuentas en una empresa muy joven y con bastante flexibilidad.

Me golpeo la frente con la mano mientras intento colocarme la toalla porque ya vuelvo a hacer esas estúpidas comparaciones entre los hermanos Arias. Como si esto fuera una lista de «pros y contras» para elegir cuál de los dos me gusta más. Uno se descartó solo y el otro nunca ha estado. Es gay.

«¿Gay? Si tuvo novia».

«Y se empalmó ayer por la noche».

Es gay. Tiene que serlo, ¿no? Álvaro me lo aseguró. Es su hermano y lo sabrá mejor que nadie. Se echó novia para aparentar y que su padre no sospechara. ¿Qué motivo tendría para mentirme en eso?

Me acabo de vestir, me arreglo un poco el pelo y salgo a la habitación, donde me encuentro a Hugo en la cama, recostado sobre el cabecero y tecleando en el móvil. Dedico un par de segundos a observarlo antes de que se dé cuenta de que lo estoy desnudando con la mirada y le pregunto si está listo para bajar a cenar.

—Un minuto, que me ha escrito mi jefe.

Asiento y entrecierro los ojos sin darme cuenta.

—Nunca lo hace —se excusa—, pero parece que una cosa no se actualizó bien antes de irme y me estaba pidiendo unas claves para poder hacerlo él. Ya sabes, la tecnología siempre falla cuando tienes prisa —añade entre risas.

—¿Tenías prisa? —pregunto curiosa y sonriente.

—Tenía una maleta que preparar.

Me guiña un ojo y vuelve la vista a la pantalla de su teléfono. Lo veo leer y teclear muy rápido. Acto seguido, se levanta y se lo guarda en el bolsillo. Yo llevo la vista hasta ahí, pasando por delante de la zona donde ayer estaba esa erección que me animó a pedirle sexo.

Carraspea y me obliga a fijar la vista de nuevo en él, en sus ojos, y siento cómo se me colorean las mejillas.

—¿Vamos?



Los escasos veintidós minutos hasta el recinto arqueológico de Delfos se me hacen eternos. Me he puesto los cascos para escuchar una *playlist* de Rosalía y *LLYLM* empieza a sonar cuando la mano de Hugo aparece en mi campo de visión para posarse sobre mi muslo. Su piel está caliente en comparación con la mía y un impulso eléctrico me recorre a toda velocidad, erizándome el vello a su paso. Me centro en su pulgar haciendo círculos a la vez que su mano va deslizándose hacia arriba de manera muy sutil. Es algo apenas imperceptible, pero a mí se me corta la respiración.

La letra de la canción se vuelve mía de repente. No necesito honestidad, solo que mienta lo suficientemente bien como para que esto parezca real. Como para que esto «se vuelva» real. Quiero algo de él que jamás tendré y esto es lo peor que podría pasarme porque lo prohibido y lo inalcanzable se convierten siempre en lo más deseado.

Su mano se queda a un escaso centímetro del límite del recato y creo que no es consciente de las sensaciones que me produce ese contacto. El centro de mi placer burbujea anticipándose a algo que no va a llegar, pero que me dejará para el arrastre.

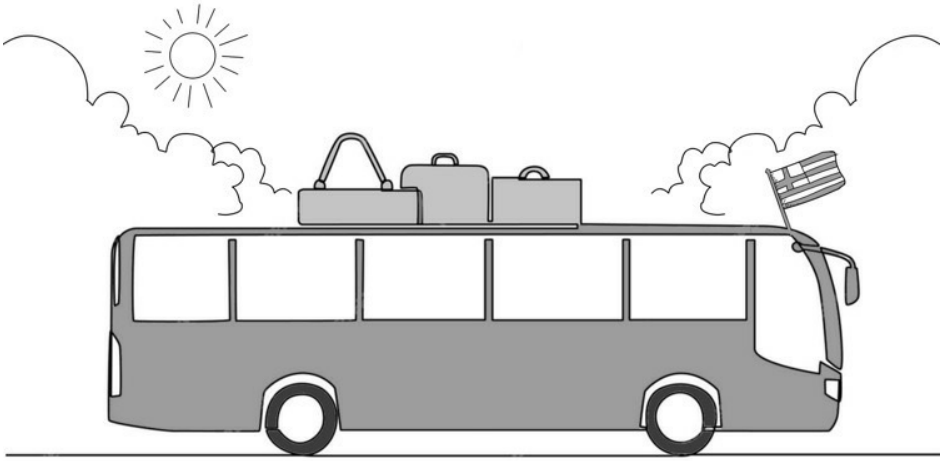
Me aprieta el muslo y me giro hacia él. Me dice algo y levanta las cejas, expectante. Me bajo los cascos y me doy cuenta, ahora que he salido de mi burbuja, de que ya hemos llegado.

Nos bajamos y cruzamos la carretera para entrar al recinto. Mientras subimos el camino de tierra y piedras, vamos haciendo paradas para que Anthea nos siga explicando mil detalles interesantes. Como que el famoso oráculo de Delfos era tan ambiguo que podían entenderse dos mensajes a la vez, por lo que siempre acertaba.

Las vistas desde aquí son impresionantes y me quedo mirando embobada el paisaje que se dibuja frente a nosotros. Siento los brazos de Hugo alrededor de mi cintura y me estremezco. Ya me he acostumbrado tanto a esto que creo que lo necesito para siempre.

«Esta noche no he bebido», le hice saber a Hugo ayer antes de meterme en la cama. Lo comenté bromeando, entre risas, pero por dentro sentía desilusión. Porque yo lo deseaba igual y él estaba claro que no. Albergaba la esperanza de que, conociendo mis intenciones y sin la excusa del alcohol, se lanzara a por mí. Pero eso no ocurrió. Y encima tardé más de una hora en dormirme por estar imaginando que ocurría.

Esta noche es la última del *tour*. Mañana regresamos a Atenas y esta mentira se terminará. Aunque temo que para mí sea demasiado tarde para que deje de ser real.



14. Noche de confesiones

HUGO

«Los borrachos no mienten». Sus palabras me han torturado toda la noche. Soy consciente de que nuestra relación ha cambiado, no tanto por mi parte —pues llevo lidiando con estos sentimientos desde hace unos cuantos años, aunque quizá no eran tan intensos como ahora que he experimentado cómo sería mantener una relación con ella—, sino también por la suya. Busca mi roce constantemente y no soporta la idea de estar encerrados en la habitación, al igual que yo, porque volvemos a ser solo amigos. Y los amigos no se besan, no se tocan, no se susurran palabras bonitas al oído.

«Pero sí, Nía, los borrachos a veces mienten. Como tú. Porque, aunque la otra noche me lo pusieras en bandeja, sé perfectamente lo que buscabas. Un polvo. Puede que algunos más, incluso. Pero nada más allá de quitarte las ganas y de demostrarte a ti misma lo poco afectada que te ha dejado Álvaro. No puedo ocultarte que lo desee, hasta tú te diste cuenta. Pero no puedo. Yo quiero otra cosa. Quiero más. Quiero esto que fingimos. Quiero caminar por la calle sin soltarte, abrazarte por la cintura y acariciarte la nuca con mi nariz mientras te susurro lo mucho que te amo. Quiero despertarme a tu lado todos los días, besarte y perder mi mano entre tus piernas. Quiero ser el que ocupa tus pensamientos sin miedo de ser el suplente. Quiero tanto de ti que dudo que puedas dármelo algún día. Pero, a la vez, temo las reacciones a nuestro alrededor. Que aquellos que no quieran vernos juntos hagan lo posible por separarnos».

Me cuesta alejar las manos de su cuerpo. Debería dejar de hacerlo si no es necesario. Siento cómo cambia su respiración cuando lo hago y soy más consciente que nunca de sus deseos. Y también de que lo que quiere de mí podría dárselo cualquier otro.

Sus dedos se entrelazan con los míos para deshacer el camino de descenso hasta la entrada. Atrás dejamos el Estadio, el Teatro y el Templo de Apolo. Frente al Templo de Atenea, unos compañeros de viaje se ofrecen a hacernos una foto para que tengamos alguna juntos. Una más, vaya, porque durante estos días todos han tenido la misma idea. A ver qué vamos a hacer luego

con todos esos recuerdos.

En la comida, nos sentamos con algunos con quienes ya hemos coincidido y con otros nuevos. Entre ellos, un chico joven que viaja solo y que está hablando con Nía, captando completamente su atención. Por lo visto, se ha enrolado en esta aventura de viaje para olvidar a una chica con la que salía y que lo dejó por su ex.

—Solía quejarse de que le hizo tanto daño que ni siquiera quería contarme lo que pasó. Pues ahí están, casados.

—¿Ya? —pregunta Nía sin poder creérselo. Ni ella ni nadie. ¿Te casas con un tío con el que llevas saliendo unos meses y que te destrozó la vida?

Él se encoge de hombros queriendo mostrarse indiferente, pero se le nota demasiado triste tras esa máscara.

—Tienen un hijo de casi siete años.

La respuesta sigue sin convencerme, pero supongo que sus motivos tendrá. Al final, a este chico no lo conozco de nada y solo conocemos su versión.

—Vaya, yo te entiendo. Y a ella —interviene Nía, y me giro para escucharla—. A mí mi novio me dejó a un mes de casarnos y…

—Pero… —El chico me señala con un gran interrogante en su gesto.

—¡Ah! —Nía me mira con cara de apuro y sostengo su mano para que se tranquilice—. No, ehm… Antes de él. Estuve a punto de casarme con un imbécil que me dejó a un mes de la boda y, créeme, hubiera vuelto con él.

Entrecierro los ojos y aflojo el agarre de su mano de manera inconsciente.

—¿Por qué? —pregunta el chico sin entender nada. Yo me acabo de quedar tan impactado como él. O más, porque… ¿quiere decir que ahora mismo volvería con Álvaro? Casi me duele pensar eso y trato de centrarme en su respuesta.

—Porque… no sé. —Se encoge de hombros—. No entiendo las relaciones de una manera racional. El amor no lo es. —Carraspea y me mira—. Pero lo bueno de que me dejara es que lo encontré a él y me volví a enamorar.

Devuelve la vista al chico en cuestión y continúan hablando, aunque no sé de qué porque he dejado de escuchar. En este punto, no puedo saber si lo que acaba de decir era una frase sin más dentro de toda la farsa que estamos llevando a cabo o si, por el contrario, era una declaración con todas las letras.

«Me volví a enamorar».

«Lo encontré a él y me volví a enamorar».

Es un impulso el que toma el control de mi cuerpo, lleva mis manos a su cuello para obligarla a girarse hacia mí y mis labios colisionan con los suyos. Su cuerpo se vuelve laxo y la abrazo para poder sujetarla bien. Un carraspeo me interrumpe justo cuando mi lengua quería aventurarse en su boca y me obligo a separarme de ella de manera abrupta.

El camarero nos pregunta si hemos terminado y asiento mientras me aparto un poco para que pueda retirar el plato con mayor facilidad. A Nía todavía le queda la mitad de comida, pero explica que, aunque está todo riquísimo, se siente muy llena. Podría ser verdad porque es algo habitual. Normalmente las raciones son demasiado grandes para ella y rara vez se termina el plato. A menudo, cuando le gusta mucho, lo pide para llevar. Aunque en este viaje estaba comiendo mucho más de lo normal. No obstante, en esta ocasión, apostaría a que se le ha cortado el apetito de repente.

Poso la mano sobre su muslo y se sobresalta.

—¿Estás bien?

—Sí, ya sabes. Había demasiada comida —zanja con indiferencia, aunque noto cierta tensión en sus palabras.

Decido dejarlo estar porque no es el momento de hablar sobre ello, aquí, frente a toda esta gente que cree a todas luces que nos acabamos de casar.

El trayecto hasta el siguiente y último hotel de la ruta se me hace muy pesado, más que ningún otro. Anthea nos habla de lo que veremos mañana, la zona de Meteora y algunos de sus monasterios. Nos previene, en especial a las chicas, para que vayamos con las rodillas y hombros cubiertos, pues es una de sus principales normas para poder acceder a visitarlos.

Sigue hablando, pero yo dejo de escuchar porque mi cabeza grita demasiado fuerte. Reproduce imágenes de estos días, escenas que tienen las horas contadas y de las que me cuesta despedirme. Era fácil mantenerme como solo su amigo cuando el contacto entre nosotros era mínimo. Ahora, después de estos días, me parece prácticamente imposible.

Pensándolo bien, nuestra amistad se potenció porque era mi compañera de clase y, posteriormente, mi cuñada. Por este motivo empezamos a coincidir cada vez más. Pero ahora no es ni una cosa ni la otra y es mi oportunidad para distanciarme de ella y enfriar la relación hasta que muera.



El hotel de Kalambaka se ve enorme, con poca altura y mucho césped alrededor, parece el típico hotel con campo de golf. Se respira un aire muy puro y mucha tranquilidad. Dejamos las cosas en la habitación y estamos tan fatigados que nos tumbamos un rato a descansar antes de ir a cenar. El viaje que Nía escogió para su luna de miel es mágico, pero esta ruta es agotadora. Tengo ganas de volver a Atenas y no salir de la habitación en un día entero.

La alarma del móvil suena y nos despierta a los dos. Yo me he quedado dormido en cuanto he tocado el colchón y ella creo que también. Me ducho veloz porque no nos sobra el tiempo y luego pasa ella. Aprovecho para escribir a mi madre y decirle que este viaje le entusiasmaría.

> **Mamá:**
> Me alegra saber que estás disfrutando. Cuídala.

Soy consciente de lo bien que se llevaba con ella y lo mal que lo está pasando. Mi madre es una mujer muy inteligente, pero también muy sentimental. Echa lazos enseguida con aquellas personas que encajan en su vida y le cuesta mucho cortarlos. Sin embargo, no abre su corazón a todo el mundo de manera gratuita. Tiene un radar o un don que le hace ver lo especiales que somos y parece detectar muy bien las cosas que no le cuadran. Menos con mi padre. A Ana, mi ex, nunca la toleró del todo. A pesar de ser una chica educada y *a priori* muy de su agrado, los celos que esta le tenía a Nía, la otra nuera, le impidieron acceder al corazón de oro de mi madre. Por eso lo nuestro estaba condenado al fracaso.

Al principio, todos se entusiasmaron y ella parecía a gusto en la familia. Hasta que notó la complicidad entre mi madre y Nía y se sintió excluida. Ninguna de las dos lo hizo a propósito, simplemente había más confianza entre ellas porque llevaban bastantes años viéndose casi todos los domingos. Era lógico.

Poco a poco, empezó a pedirme que terciara y hablara con ellas, pero no lo veía necesario. Yo entendía que, a medida que fueran conociéndola, se sentiría más integrada. Le contaba cosas de ellas sobre las que pensaba que podrían tener afinidad. Pero eso solo agravó el problema. Observó que hablaba de Nía como algo más que un amigo y empezaron las discusiones. La tensión se hizo visible para otros, mi madre no la trataba como a su otra nuera porque intuía que no se portaba bien conmigo y eso la enfureció. Nía quería llevarse bien con ella, pero Ana la despreciaba. Acabé poniendo fin a nuestra relación porque no soportaba hacerle daño y me dolía cómo hablaba de las otras mujeres de mi vida. Pensé que podría dejar de pensar en Nía como un obseso y no funcionó.

Después de la cena, salimos a tomar algo al bar de la piscina y nos acomodamos en una tumbona. Ella se coloca entre mis piernas y se recuesta sobre mi pecho. Pide un cóctel sin alcohol al camarero que se acerca a nosotros y me guiña un ojo. Ambos nos reímos.

—No vaya a ser que me dé por decir tonterías —bromea, pero siento su cuerpo tensarse sobre el mío. Decido ignorarlo y sonreír ante el comentario.

—Dime algo que no sepa de ti —pido mirando hacia las estrellas.

—Cuando era pequeña teníamos un perro. Se llamaba Cookie.

—¿En serio?

—¿Te extraña el perro o el nombre?

—Las dos cosas, la verdad —admito con un deje de vergüenza.

—Supongo que lo adoptaron porque no iban a tener más hijos. Era un *morkie* precioso, con el pelaje color crema y unas manchitas oscuras en las orejas.

La veo perderse entre sus pensamientos, supongo que evocando algunos momentos vividos con esa mascota que acabo de descubrir que tuvo. Sospecho que debió de morirse antes de conocernos, porque Álvaro nunca lo mencionó tampoco.

—Tuvo un cáncer. Fue una tragedia familiar y nunca hemos querido tener otro. ¿Vosotros nunca habéis tenido mascota?

—No. Mi padre jamás lo permitió.

Me mira con lástima y me encojo de hombros. Álvaro era el que insistía, yo lo pedía porque me ponía de su parte, pero no era algo que yo ansiara. No me hubiese importado tenerlo, que conste, pero mi prematura madurez me anticipaba a las responsabilidades que se derivaban de tener un animal en casa, así que tampoco me hacía especial ilusión tener que hacerme cargo.

Empezamos un inocente juego en el que, a través de preguntas, vamos descubriendo cosas del otro que no sabíamos, aunque sin entrar en terrenos pantanosos. El primer recuerdo que tenemos guardado en nuestra memoria, por qué nos regañaban nuestros padres, qué pensábamos que íbamos a querer ser de mayores… La mayoría relacionado con nuestra infancia. No me sorprende descubrir que a Nía nunca la regañaron ni castigaron por algo que hiciera, sino por defender a su primo. Ella era muy obediente porque evitaba el conflicto desde muy pequeña y no quería hacer enfadar a sus padres. Pero adoraba tanto a su primo que pretendía ser justa y «rebajar su condena», algo que siempre le costaba una reprimenda porque no «debía meterse en medio».

—¿Tu primer novio? —interrogo cuando ya se me han terminado las ideas.

—Pues… te lo creas o no, fue Álvaro.

—¿En serio?

Asiente.

—Tuve un rollete con un amigo de Nacho, Leo. Pero no era nada romántico. Álvaro fue el primero por el que sentí algo de verdad.

Nos quedamos en silencio y sé que está cavilando su próxima jugada. Miedo me da.

—¿Tu primera vez?

Me entra la tos tonta.

—Mi primera vez, ¿de qué?

—Lo sabes perfectamente, venga —insiste dándome un golpecito en el muslo.

—Mi niñera.

—¿Cómo? —cuestiona abriendo mucho los ojos. Tengo que aclarar esto.

—No es lo que imaginas, ¿vale? Adele era la hija de unos vecinos de la urbanización y se encargó de tenernos vigilados de los diez a los doce más o menos. Ella tenía unos dieciséis cuando empezó y pretendía pagarse sus caprichos. Luego se fue al extranjero a estudiar.

Veo cómo arruga el entrecejo y le suplico con la mirada para que no juzgue hasta que termine.

—Cuando Álvaro y yo nos fuimos a Australia para mejorar nuestro nivel de inglés antes de entrar en la universidad, nos encontramos en un supermercado de Melbourne. Éramos prácticamente vecinos. Con dieciocho años me parecía el sueño de cualquier adolescente, pero con veinticuatro era una diosa. Supongo que ella me encontró atractivo a pesar de la diferencia de edad, porque empezamos a quedar y un día… simplemente ocurrió.

—Guau. Eso ya es otra cosa. ¿Qué pasó con ella? ¿Seguís en contacto?

—Pues sí. Pero solo somos amigos. Hablamos a menudo pese a la diferencia horaria. Pasó que volvió con su ex y yo tenía que regresar a España. Nunca fuimos novios, era una relación muy casual.

—Ajá, como Leo y yo.

—Supongo. Ella ahora tiene tres hijos y es superfeliz con su novio *surfero* de dos metros.

—Vaya, tendrás que llevarme a Australia —bromea entre risas—. Te enamoraste de ella, ¿verdad? —elucubra poniéndose seria de nuevo.

No sé en qué lo ha notado, pero suspiro y vacío mis pulmones.

—Sí, pero ella no quería nada conmigo. Yo era un yogurín que le valía para divertirse, pero nada más. Aunque, bueno, luego volví a España, te conocí y me olvidé de ella.

Me doy cuenta tarde del error que acabo de cometer y cierro los ojos con fuerza, como si con ello pudiera volver atrás para no confesarle nada. Cuando los abro, noto un brillo especial en los suyos y percibo un temblor en su labio inferior.

—¿Yo te gustaba? —tantea con temor a equivocarse.

—Sí. Y la verdad es que sigues haciéndolo —admito en un arrebato de sinceridad.

—Entonces…, ¿no eres gay? —inquiere dubitativa.

—¿Gay? ¿De dónde sacas eso?

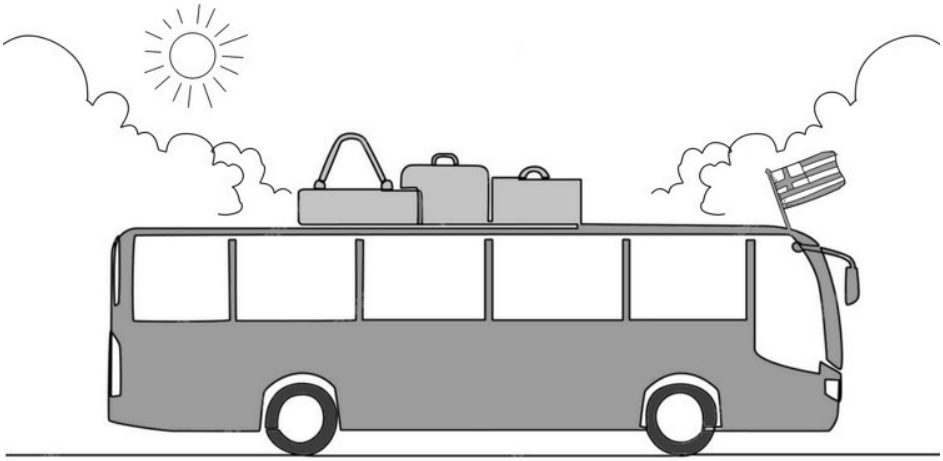
La veo estudiar su respuesta y admito que me pone un poco de los nervios.

—Álvaro me contó que salías con Ana para que tu padre no sospechara porque nunca habías tenido novia. Me costaba creer que hicieras eso solo por evitar una bronca más con él, pero no sé… Lara también lo sugirió cuando le conté tu rechazo del otro día.

Me quedo tan asombrado que no sé ni cómo empezar a responder.

—Vamos por partes. Uno. Te rechacé porque habías bebido y tu consentimiento en ese estado no valía nada. Dos. —Resoplo—. Mi hermano sabía perfectamente lo que yo sentía por ti, así que supongo que te mintió para que nunca pensaras en mí de esa forma.

Parpadea y traga saliva mientras yo espero ansioso su siguiente movimiento hasta que lleva una mano tras mi cuello para acercarme a ella. Nuestras bocas colisionan, arden, se humedecen, y no hago nada para evitarlo. Me rindo a ella.



15. Esto es lo que quiero

NÍA

Mi corazón late desbocado. No es gay. Le gusto. Y este beso es de verdad. Aunque los últimos los sentía completamente reales, no existían más que para alimentar esta farsa. Pero ahora no estamos fingiendo. De hecho, ya no queda nadie del grupo aquí con nosotros.

Me aprisiona el labio entre sus dientes y jadeo. Me remuevo entre sus brazos para buscar una mejor postura. Mi rodilla roza su erección y me cuesta mantener mis manos alejadas del borde de su camiseta.

Me pilla por sorpresa cuando se separa y nos miramos con las bocas entreabiertas, jadeando.

—Creo que deberíamos ir a la habitación o daremos un espectáculo no apto para menores de edad.

Asiento, nos levantamos y casi nos caemos. Nos reímos. Me coge de la mano con firmeza, se detiene en la barra para pagar las consumiciones y seguimos por el pasillo hasta llegar a nuestro destino, deteniéndonos a cada pocos pasos para besarnos. No está lejos, pero tardamos una eternidad en llegar.

La puerta se cierra y el deseo se eleva a la máxima potencia. Mi cuerpo sabe lo que va a pasar y se vuelve impaciente. Voy a acercarme a él de nuevo, pero sus palabras me detienen.

—¿Qué es esto para ti, Nía? —exige saber con un tono serio. Como no respondo, continúa—: ¿Soy un simple polvo? ¿Tu amiga te sugirió que follaras y eso es lo que quieres de mí?

Hay dolor y reproche en su voz, pero casi no se nota.

—¿Qué? ¡No! —me apresuro a responder. No quiero que piense eso.

—Antes aseguraste con muchísima facilidad que volverías con mi hermano.

—No, eso… No es verdad. —Agito la cabeza hacia ambos lados de manera frenética—. Quizá al principio, los primeros días, pero ahora… ¿No te quedó claro cuando mencioné que me estaba enamorando de ti?

—¿Eso es lo que sientes? —me pide con cierta desesperación.

—No sé ni cómo ni cuándo ha pasado, pero en algún momento esto dejó de ser una mentira para mí. No quiero echar un polvo, Hugo. Quiero mil, pero contigo. Solo contigo. Necesito que me toques y me beses porque lo sientes de verdad y no por hacerme el favor de fingir que nos hemos casado. Porque yo también estoy deseando tocarte y besarte sin pensar que estoy interpretando un papel.

Se acerca de manera sigilosa. Me acecha, más bien. Sus manos se aferran a mi cintura y sus labios hablan sobre los míos.

—Yo no soy él, Nía. Quiero que tengas muy claro con quién vas a acostarte.

—Lo sé. Esto es lo que quiero —aseguro con convicción.

—¿Te arrepentirás mañana?

—De lo único que me arrepiento es de haber perdido diez años con él. Me equivoqué de gemelo.

Sus ojos se oscurecen un poco más y su boca ataca la mía sin piedad. Apreso sus labios con los míos, me abro paso entre ellos con la lengua hasta encontrar la suya y ambos jadeamos de pura necesidad. Sus manos siguen posesivas en mi cintura y me guía hasta la pared, despacio, procurando no hacerme daño.

El cuerpo me tiembla de emoción y empieza a faltarme el aire. Se aparta de mí. Sigue observándome con esos ojos anegados en deseo. Veo el hambre en su mirada, el anhelo contenido durante todos estos años, y me enciende aún más a mí. Me siento venerada, como una diosa, y no hay nada comparado a esa sensación.

Con mucha parsimonia, lleva una mano al tirante de mi camiseta y juega con él mientras escruta dentro de mi mirada. No me besa, no me toca y, aun así, estoy ardiendo. Me someto a él, que me está sacando la prenda por la cabeza. Se aprieta contra mí, dejándome notar su excitación contra mi vientre, y me sujeta ambas muñecas arriba con una sola mano. Me frustra no poder tocarlo, pero me dejo hacer porque estoy al borde del colapso y todavía no ha empezado a hacer nada.

—Si sigues así, me correré antes de que me toques.

—Estoy deseando verlo —me reta con la voz grave.

Su mano libre juega conmigo y con mi raciocinio. Sobrevuela mi cuerpo a un escaso milímetro, pero sin llegar a tocarlo, y mi piel se eriza en ese recorrido serpenteante. Me muerdo los labios, desesperada e impaciente.

Me suelta las muñecas y me indica que puedo bajar los brazos —si quiero— para agacharse frente a mí. A este hombre le gusta jugar con mi salud cardíaca. Agarra un pie y lo apoya sobre su muslo para deshacer la hebilla de la sandalia y quitármela con una lentitud asombrosa. Me besa en la rodilla y, con sus manos en mi pierna, vuelvo a apoyar la planta en el suelo, para repetir la misma acción con la otra extremidad. Hugo convierte el momento de desvestir a una mujer en un arte solo al alcance de unas privilegiadas.

Aún arrodillado, desabrocha mi *short* y lo deja caer al suelo. Levanto los pies y aparto la prenda de una patada hacia la puerta de entrada. Sus manos, calientes y grandes, suben por la cara externa de mis pantorrillas, rodillas y muslos, hasta aferrarse a mis caderas. Su boca reparte besos húmedos en ambas extremidades mientras me mira, desde abajo, con fuego en los ojos. Contengo un gemido cuando su boca se pega a mi monte de Venus y siento mis piernas tan flojas que agradezco que me tenga bien sujeta.

—No te reprimas conmigo —me pide con un suave mordisco sobre el encaje de mis braguitas.

—No quiero parecer escandalosa —respondo entre jadeos entrecortados.

—Pues no te preocupes por eso. Solo disfruta.

Sus palabras me liberan y me dejo llevar. Había mantenido mis brazos estirados hacia arriba porque me excitaba, pero ahora necesito bajarlos y apoyarlos sobre algo porque siento que me voy a caer. La mano derecha la sostengo sobre el escritorio y la izquierda sobre su cabeza.

Hugo desliza mis braguitas con mucha delicadeza y su lengua devora mis pliegues a un ritmo totalmente distinto. No puedo evitar un gemido que retumba en toda la habitación cuando su saliva entra en contacto con esa piel tan fina y sensible. Voy a separar las piernas, pero él agarra una y se la sube al hombro para tener más espacio.

La mano que tengo sobre su cabeza le tira del pelo y él responde aumentando el ritmo e intensificando los movimientos. Más húmedos, más profundos, más rápidos, más todo. El calor me invade y llega a todas las partes de mi cuerpo. Me detengo cuando lo siento llegar y me dejo arrastrar por las olas del placer más supremo que existe.

No me caigo al suelo porque Hugo reacciona a tiempo. Se levanta y me sujeta bien pegada a su cuerpo.

—Ha sido espectacular —me confiesa cerca del oído.

—¿El qué?

—Tú.

Me ruborizo, aunque no se nota porque ya estaba roja de antes. Sus labios se pegan a mi cuello y mis manos viajan a su espalda. La tela de su camiseta me impide sentirlo, así que se la quito sin ningún impedimento por su parte. Él aprovecha para hacer desaparecer mi sujetador, pero estoy tan embriagada por el placer y el deseo que ni me entero de cuándo sucede.

Mis manos ansiosas pelean con su cinturón y me siento torpe. Él se ríe y me besa. Todavía sabe a mí. Me ayuda con el cierre del pantalón y pronto cae al suelo. Se deshace de él, de sus zapatos y calcetines en un abrir y cerrar de ojos y vuelve a pegarse a mí. La erección se marca debajo de ese último trozo de tela. El último lastre.

—¿Estás segura de querer seguir?

—¿Tú qué crees?

—Tenía que asegurarme —responde entre risas antes de volver a besarme—. Al final vas a darme las gracias por haber cogido los condones del primer hotel —comenta separándose de mí para ir hacia la maleta—, acostarme contigo no era algo que tenía previsto.

—Ni yo.

—¿Seguro? Porque parece que tu amiga y tú habéis urdido un plan para cazarme.

—¿Y ha funcionado?

Me muerdo el labio de manera sensual, aunque él no me esté viendo.

—Mañana, cuando volvamos a Atenas, vamos enseguida a comprar novecientos noventa y siete condones —propone al volver con un envoltorio cuadrado en la mano.

—¿Cuántos? —pregunto de manera nerviosa.

—Para los mil polvos. Aquí solo tenemos tres.

Suspiro y me río mientras dejo escapar un montón de aire. El sonido de ambas cosas simultáneas es similar a una pedorreta.

—No vamos a echar mil polvos en este viaje. He venido a ver cosas, a hacer turismo.

—Vale, durante el día vemos piedras rotas, vamos a la playa y lo que tú quieras. Pero por la noche te voy a dejar dormir tan poco que cuando lleguemos de nuevo a Barcelona te van a ver tan ojerosa y feliz que todo el mundo sabrá que te has pasado el viaje follando.

Abro la boca para responder, pero me he quedado sin palabras. Él levanta las cejas, a la espera de alguna frase que lo descoloque.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —lo provoco levantando el mentón.

—Uy, tú no sabes con quién estás hablando…

Se deshace del bóxer, rompe el envoltorio y se enfunda el condón en lo que dura un pestañeo. Yo sigo pasmada cuando se arrima a mí y, de manera muy delicada, aunque con más urgencia que antes, me pega a la pared.

—¿Tienes algún problema en usar la cama? —inquiero de manera traviesa.

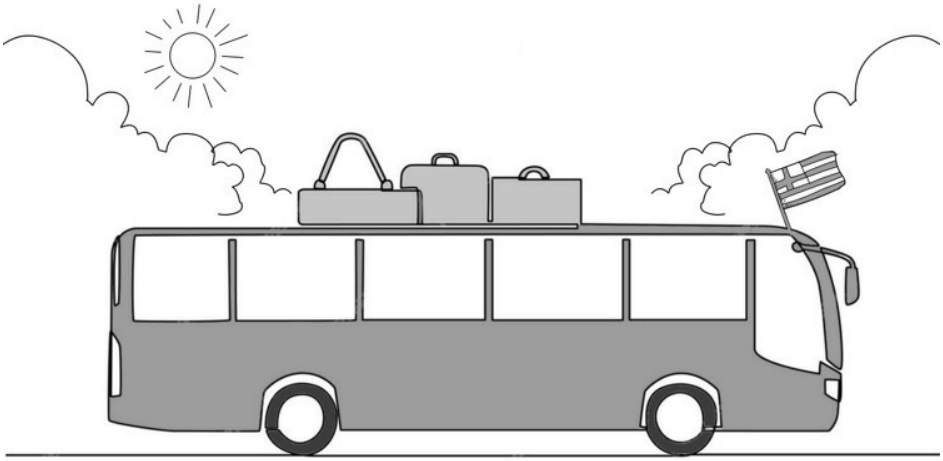
La verdad es que me encanta. Me está desmontando la imagen que tenía de él en lo que al sexo se refiere.

—Ya habrá tiempo para eso, tranquila —asegura antes de darle un bocado a mi cuello que me hace vibrar por dentro.

Me sujeta de la cintura y salto para anudar mis piernas a sus caderas. Tantea mi entrada introduciendo dos dedos y se ve que el resultado es de su agrado, porque lo siguiente que siento es su miembro dentro de mí. El gemido por parte de ambos es incontrolable.

Con mis brazos sobre sus hombros, llevo mis manos a su cabello y jugueteo con él mientras los embates van aumentando de ritmo y de ferocidad. Sé que esto no va a durar mucho, es una postura para polvos rápidos y urgentes. Y hay que ser un dios para aguantar así mucho rato. Por eso no me sorprende cuando me anuncia que se va a correr en breve. Cuelo una mano entre nosotros, acaricio mi clítoris para acelerar el proceso y logro terminar casi al mismo tiempo que él.

Sale de mi interior y me vuelve a dejar en el suelo, pero estoy tan débil que tiene que sujetarme para evitar que me desplome sobre el parqué. Nuestros resuellos suenan ahogados, como si acabáramos de hacer un maratón. Nuestros ojos están enganchados, no nos queremos perder ninguna reacción del otro. Me sienta sobre la cama, deja un pico sobre mis labios que me sabe a poco y va al baño para tirar el condón a la papelera. A su regreso, su sonrisa me indica que solo me está dando un respiro.



16. No vamos a usar la cama

HUGO

Sé perfectamente la imagen que Nía tenía de mí. Lo que he proyectado hacia los demás siempre ha sido seriedad, honestidad y sinceridad. Alguien fiable. Un buen amigo a quien confiarle tus secretos. El hombro sobre el que llorar y los oídos que escuchan sin juzgar. La versión sosa de Álvaro.

No sería la primera vez que una chica me hace saber que se imaginaba otra clase de sexo conmigo. Posturas más clásicas, sin jueguecitos ni bromas. Sospechaba que esa era la percepción de Nía y el comentario sobre la cama me lo ha dejado clarísimo.

La verdad es que el sexo me gusta y, a pesar de no tener la amplia experiencia de mi hermano, lo disfruto y busco probar cosas nuevas. Puedo ser muy clásico y predecible en otros ámbitos de mi vida, pero no en este. Todos saben que voy al gimnasio los martes, jueves y sábados a primera hora de la mañana. Los domingos cocino para toda la semana. Los lunes veo *Suits*, los martes leo un libro de ficción y los miércoles uno de no ficción. Los jueves juego a la Play y los fines de semana cultivo mi vida social: cervezas con los colegas de la universidad, paellas con los amigos de toda la vida, videollamadas con Adele para ponernos al día y comidas los domingos con mis padres. Voy al *spa* una vez al mes y cada dos sábados cambio el gimnasio por una partida de pádel con mi amigo Beni. El mismo que me advirtió de que venir a este viaje era una completa locura.

El sexo es lo único que no me gusta convertir en rutina. Deseo sorprender y que me sorprendan, descubrir, aprender, variar y experimentar. Pero eso solo lo saben unas pocas.

Cuando salgo del baño me la encuentro igual que la dejé, sentada a los pies de la cama con la mirada fija en la pared, pensativa, distante. Tiene las manos apoyadas sobre el colchón a ambos lados y las piernas enganchadas de los tobillos en un movimiento pendular arriba y abajo.

—¿Estás pensando en cómo decirme que no te ha gustado sin herir mis sentimientos?

—¿Uhm…? —Se gira hacia mí y levanta las cejas—. ¡No! ¿Que no me ha gustado? ¿Es una broma o necesitas que te suba el ego un poco? —inquiere entrecerrando los ojos.

—En algo pensabas. No estabas aquí.

—En algo…

—¿No vas a decírmelo?

Me observa seria y prudente. Le hago un gesto con la mano para que olvide el tema. No hemos llegado a ese punto en que nos contamos todo.

—¿Con cuántas te has acostado? —pregunta de repente a bocajarro, y no sé si es eso a lo que le estaba dando tantas vueltas o un cambio de tema muy disparatado.

—No las he contado, pero creo que entre diez y veinte.

Asiente y desvía la mirada.

—¿Puedo preguntarte lo mismo a ti?

—Claro que puedes. —Sonríe y sé que lo hace porque le gusta que le pida permiso—. Pero igual te decepciona saber que solo sois cuatro. El chico con el que me deshice de la virginidad mientras hacíamos un trabajo de Historia, Leo, Álvaro y tú. Fin.

»El primero lo cuento, pero eso no fue follar —se ríe—, eso fue un completo desastre. Éramos vírgenes los dos y nos entró la curiosidad. Pero él no sabía cómo dar placer a una chica, se corrió muy antes de tiempo… Nos reímos y no estropeó nuestra relación para nada. Aunque durante unos años pensé que eso era así. Fue Leo quién me enseñó casi todo lo que sé.

—Bueno, seguro que aún podemos aprender cosas juntos —insinúo arrodillándome frente a ella y separando lentamente sus piernas con una caricia sutil en las rodillas.

Su apetitoso sexo queda expuesto ante mí y, aunque me apetezca devorarlo otra vez, no es lo que voy a hacer. Soy testigo de que se está calentando solo por la anticipación y mis dedos viajan arriba y abajo por sus muslos, cada vez más arriba, hasta que bordean sus pliegues. Sus jadeos llegan hasta mí y permiten que me recupere en un tiempo récord. Como si fuera la melodía que activa el mecanismo por el cual la sangre se concentra en mi miembro y aumenta su tamaño. Sus ojos están puestos en el espectáculo mientras mis dedos deciden entrar a jugar y, cuando vuelve a mirarme, puedo ver el deseo que la posee.

Me levanto y le tiendo una mano. Ella la toma y no opone ninguna resistencia. Se pone de pie y la giro como a una bailarina para que su espalda quede apoyada sobre mi pecho. Sus brazos vuelan y se quedan anudados en mi nuca. Mi boca mordisquea su oreja y lamo su cuello. Mi mano izquierda se ancla a su cintura y la otra se sumerge en sus cálidas profundidades.

Nuestros cuerpos encajan como si hubieran sido creados para estar juntos. Como un puzle de dos piezas. Poco a poco, la guío hasta un sofá que hay al lado del ventanal. Las vistas son despejadas y no hay riesgo de que alguien nos vea. Sin pronunciar ninguna palabra, le indico cómo quiero que se coloque. Ayudándola con mis manos, se arrodilla sobre el asiento y apoya sus brazos en el respaldo.

—Vale, veo que hoy no vamos a usar la cama más que para dormir —se burla separando sus piernas.

—Tenemos tres condones y pienso usarlos todos —asevero dándole a entender que todavía quedan opciones.

Su risa se cuela en mi interior y me llena de una calidez que pocas veces había sentido. En algún momento pensé que Nía era una especie de obsesión, pero ahora entiendo que no, que lo que sentía era algo real y bonito.

Me arrimo a ella y reparto besos por toda su espalda sin dejar de tocarla por todas partes. Se

remueve para frotarse contra mi dureza y, para que esto no termine antes de tiempo, me coloco el preservativo y me introduzco en su interior de una embestida a la que acompañan varios gemidos.

—¡Oh, joder!

Sus manos se agarran con fuerza al respaldo acolchado y su mandíbula se tensa dejando el espacio justo para que puedan escapar sonidos de todo tipo. Es espectacular.

Anclo una mano a su cintura y la otra la utilizo para acariciar sus pechos. Juego con el ritmo y mi mano para llevarla al límite y luego me detengo. El sonido de frustración viene acompañado de un movimiento de caderas para obligarme a seguir.

—No pares —jadea a la tercera vez que intento frenar el ritmo, y sé que esta vez va en serio. Está a punto de correrse y yo solo puedo obedecer.

Aumento el ritmo de mis embestidas buscando el placer mutuo y me vacío nuevamente tras el gemido incontrolable que suelta al levantar la cabeza como si buscara el oxígeno que le falta.

La abrazo por miedo a que carezca de la fuerza necesaria para mantenerse derecha y salgo de su interior, muy a mi pesar. Me siento y me las ingenio para recolocarla sobre mí, a horcajadas, y dedicamos un buen rato a besarnos para calmar nuestra sed.

Varios minutos después se aparta de mí y apoya su cabeza sobre mi hombro en silencio. Le acaricio el cabello con una mano y la espalda con el pulgar de la otra. La suya se pasea por mi abdomen y repasa cada músculo, provocándome un agradable hormigueo.

—He tenido un *déjà vu.*

—¿Ahora?

—Hace un rato. Supongo que una parte de mi cerebro aún no os distingue.

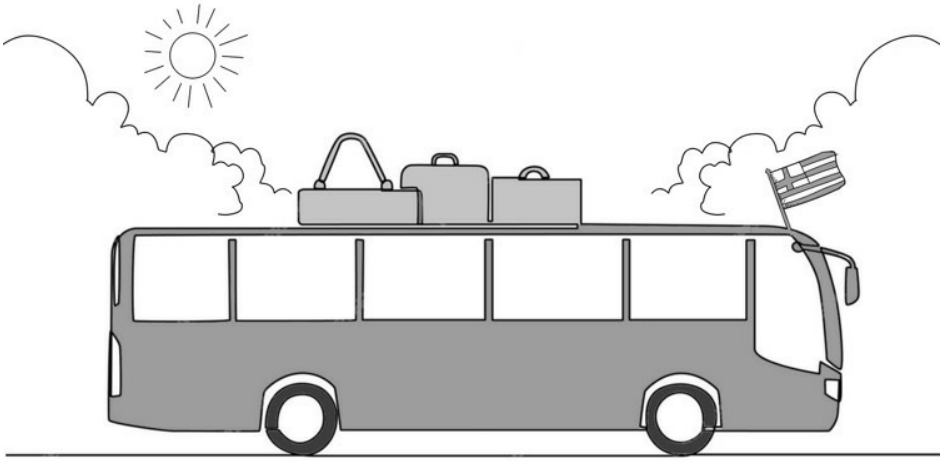
Trago saliva y disimulo como puedo lo descolocado que me ha dejado esa confesión.

—¿Crees que eso va a ser un problema?

Se queda callada un rato, tanto que temo que se haya quedado dormida.

—Espero que no. Porque esto es lo que quiero.

Y cuando termina la última palabra sé que el tercer condón se quedará para mañana porque su voz no puede reflejar más sueño. Decido levantarme y dejarla sobre la cama. Protesta un poco y creo que me pide el último polvo, que no se le ha olvidado. Pero podría estar diciendo otra cosa. Voy al baño a darme un agua para quitarme el sudor del esfuerzo, pongo la alarma y me coloco a su lado. No tengo sueño y no quiero dormir por si mañana me doy cuenta de que nada de esto ha sido real.



17. ¿Te vas a casar con él?

NÍA

Por fin llegó el día que llevo esperando desde hace meses. Hoy me caso. El vestido me queda como un guante y mis rizos naturales caen sobre mis hombros desnudos. Salgo al salón de la casa de mis padres y todos se emocionan. Nacho ha venido para conducir el coche porque mi padre mencionó que estaría demasiado nervioso. También parece feliz de verme.

—Estás preciosa —interviene por encima de las voces de los demás, que pronuncian cosas sin sentido, a la vez que me entrega el ramo.

Lo agarro y me lo llevo a la nariz. Huele increíble. Siempre quise que lo preparase mi tía con flores de su jardín. No puedo estar más contenta con el resultado.

La iglesia es bonita, aunque demasiado grande para mi gusto. Yo quería algo más sencillo, pero había muchos compromisos por parte del novio y tuve que ceder en algo. Álvaro me espera frente al altar y lo veo tranquilo, no como yo, que estoy hecha un flan.

Cuando por fin llego hasta él, un escalofrío recorre mi espalda. Hay algo diferente en su semblante. Me sonríe y me da un beso en la mejilla. Mi padre está tranquilo en el momento que alcanzamos el altar y eso me hace sospechar porque nunca le gustó mi prometido. Aun así, sigo adelante.

Todo va según lo estipulado y, cuando ya estoy a punto de alcanzar el cielo con mis manos, alguien irrumpe en la iglesia.

—¡Nía! No te cases con él.

Tengo que pestañear varias veces porque no doy crédito. ¿Es Álvaro? Me giro hacia el que tengo a mi lado y lo sigo viendo a él. Esto es una pesadilla, alguno de los dos es Hugo, pero ¿cuál?

—Nía, soy yo, créeme —suplica cuando me alcanza. Su indumentaria no tiene nada que ver con este momento y parece que se hubiese ido de marcha ayer y se hubiese despertado con alguna de sus amantes—. Me han tendido una trampa para que no llegara a tiempo a la boda y

te casaras con Hugo.

Empiezo a alternar la vista entre ambos como si de un partido de tenis se tratara hasta que me doy cuenta de que es verdad, iba a casarme con Hugo. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta?

—Mi hermano y tu primo me emborracharon y me metieron en un tren a París.

Busco a Nacho con la mirada, pero no parece afectado por esa información. Con lo cual asumo que es verdad y no está para nada arrepentido. Hugo, en cambio, se muestra tenso, aunque trate de disimularlo.

—¿Qué excusa es esa, Álvaro? —exijo—. Uno no bebe si no quiere, ni se acuesta con otras, tampoco.

—Vamos, muñeca, no te ha importado eso hasta ahora —contraataca—. ¿Nos casamos o qué?

—No.

—¿Cómo?

Agarro la mano de Hugo y lo miro a los ojos un segundo para luego enfrentarme a Álvaro. Siento que debería haber hecho esto mucho antes.

—¿Te vas a casar con él? —Lo desafío con la mirada y afianzo mi agarre a la mano de Hugo, que me pega a su cuerpo para mostrarme su apoyo—. Te vas a arrepentir de esto… —me amenaza señalándome con el dedo y sé, por sus ojos incendiados y llenos de odio, que lo que va a decir a continuación va a romperlo todo—. Nía…

Abro los ojos y me cuesta ubicarme. Esto de dormir cada noche en un hotel distinto es una tortura. Miro a mi alrededor hasta reconocer el espacio y una sonrisa se me dibuja al evocar lo último que viví antes de dormirme sobre el cuerpo desnudo de Hugo. Me caliento solo de recordarlo.

Me doy la vuelta en la cama con la mente puesta en el sueño que acabo de tener. Mi primo y Hugo confabulando juntos contra Álvaro, yo decantándome por el pequeño de los Arias…, elementos que existen en la realidad y que han mutado para tener otro aspecto en el total de esa pequeña escena que bien podría haberse producido en la vida real. Lo que me cuesta ver es que Álvaro se vaya a molestar por esto. Él me dejó con una triste nota. Va a tener un hijo con otra. Le importará un bledo que esté con su hermano, ¿no?

Disfruto unos segundos de verlo dormir y deslizo la sábana unos centímetros hasta dejar el objeto de mis perversos deseos a la vista. Se adivina un principio de erección, no obstante, como si pudiera notarme, empieza a hincharse un poco más. Mis dedos traviesos no pueden evitar acariciarla. No tengo intención de ir más allá, pero el movimiento de mi mano va subiendo de nivel cada vez más.

De su garganta sale un gruñido que no me espero, aunque no parece despertarse. Sigo con el juego, aumento el ritmo y voy un paso más allá al llevármela a la boca. Sus ojos se abren de repente y me miran abiertos de par en par, impactados por la manera en que le estoy dando los buenos días. Por su boca salen todo tipo de sonidos tan eróticos que no hacen más que ponerme como una moto. Pero no me detiene, y eso me gusta.

Alcanzo el punto de no retorno y me hace una señal por si quiero apartarme, pero lo ignoro. Estoy tan hambrienta de él que quiero llegar hasta el final. Dejo que se vacíe en el interior de mi boca y me trago hasta la última gota. Me relamo ante sus ojos y escalo hasta sus labios dejando pequeños mordiscos por esos cuadraditos tan marcados que tiene en el abdomen.

—Eso ha sido… —interviene aún con voz de dormido.

Lo interrumpo atacando su boca y buscando su lengua porque sigo tan sedienta que no quiero que hable. Quiero que me bese y me llene los pulmones del aire necesario para que las mariposas que anidan en mi vientre puedan volar muy alto.

—¿… el mejor despertar de tu vida? —sugiero, terminando la frase que había interrumpido anteriormente.

—Ya te digo… —reconoce con una sonrisa imposible de contener—. ¿Así me vas a dar los «buenos días» a partir de ahora? —pregunta, juguetón, levantando las cejas varias veces.

—No te acostumbres —reconozco, muy digna, sacándole la lengua, y me levanto de la cama para contonearme hasta llegar al baño.



Meteora es el paisaje más alucinante que he visto en mi vida. Montañas altas y estrechas, como enormes columnas creadas de manera natural, sobre las que se construyeron monasterios ortodoxos a los que era prácticamente imposible subir. Parecen el castillo de Rapunzel. El clima aquí, al menos hoy, es bastante fresco, de modo que, además del pantalón largo que nos sugirió Anthea, he cogido una chaqueta porque hacía frío al asomar la nariz por la ventana.

¿Sabéis en qué momento se ha gastado el tercer condón? Exacto, en la ducha. Hugo no ha podido resistirse a mi provocación y ha irrumpido cual lobo feroz buscando a su presa. El golpe que ha dado la puerta contra la pared no ha dejado un hueco de milagro. Tres polvos y ninguno de ellos en la cama.

A lo que iba, las vistas desde aquí no son comparables a nada que haya visto antes. Además, la niebla colándose entre las montañas le confiere un aspecto aún más especial.

Los brazos de Hugo rodean mi cintura con la misma naturalidad de estos días, pero mi sonrisa es más auténtica. Me siento bien y es exactamente donde quiero estar. Ojalá me hubiera dado cuenta mucho antes.

—He soñado que me casaba con Álvaro —confieso, y lo noto tensarse al instante—. Pero en realidad eras tú.

—¿A qué te refieres? —inquiere. Siento que sus pulsaciones se aceleran.

—Pues que era la boda que planificamos, hasta llevaba el mismo vestido. Pero tú y Nacho lo llevasteis a que se emborrachara y lo metisteis en un tren…

—¡Vaya! Esa sí que es buena —me interrumpe entre risas, tras lo cual parece relajarse un poco.

—El caso es que él no volvía a la ciudad a tiempo y tú te hacías pasar por él, pero lograba llegar y, cuando lo desvelaba todo, me quedaba contigo.

—¿Por qué? Se supone que yo actuaba mal…

—Es un sueño, Hugo, no le des más vueltas.

Una ráfaga de aire me hace arrebujarme con la chaqueta, pero él lo nota y me arrima más hacia él, sacando sus brazos de mi cintura para envolverme en ellos.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué? —pregunta repentinamente tenso, aunque suena a que finge que no sabe de qué le hablo.

—Lo sabes perfectamente. Ponerte a investigar con mi primo. Creo que saber la verdad ha sido definitivo para darme cuenta de que no lo quería. Si no, seguramente seguiría hundida, dándole vueltas a todo…

—Tenía que hacerlo. Tú estabas destrozada y no me cuadraba nada su comportamiento. Le fui leal a mi hermano demasiado tiempo, aun con nuestra maltrecha relación de los últimos años. —Hace una pausa, pero espero a que siga hablando. Tiene que haber algo más—. Hice muchas cosas para ganarme su cariño y su respeto y él siempre me ha utilizado. Estoy harto, esto fue la gota que colmó el vaso.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —Frunzo los labios.

—¿Esperabas un plan oculto para conquistarte?

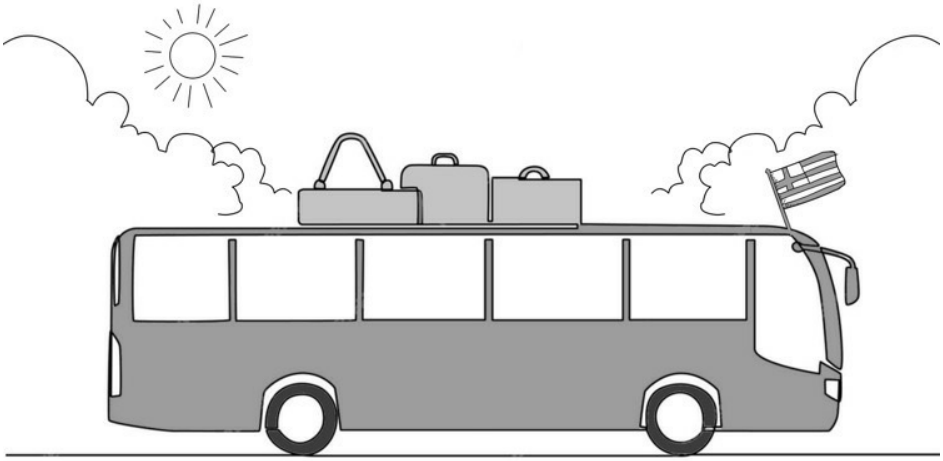
—Pues sí —bromeo mordiéndome el labio, y él me gira para poder besarme.

—Te recuerdo que aquí la que ha obligado a alguien a venir de viaje, a hacerse pasar por su marido y ha seducido enseñando el culo has sido tú.

—¿Que yo te he seducido? Qué mentiroso eres, no te pega nada…

—Te emborrachaste y te «pusiste cómoda» —me reprocha burlándose, y solo se me ocurre seguir besándolo para que no se ría más de mí.

—¿No estáis casados?



18. Solo he cometido un error

NÍA

«Menuda cagada». Nos hemos creído que, como ahora «estamos juntos» de verdad y nuestras muestras de cariño son totalmente espontáneas, ya no hacía falta disimular nada. Nos hemos puesto a hablar como si nadie fuera a oírnos y… ¡Tachán! Nos han pillado.

Anthea nos mira como si fuéramos unos estafadores que se han hecho pasar por marido y mujer para obtener algún tipo de descuento, aunque la realidad es que cuando dices la palabra «boda» siempre te hacen pagar más y no menos. Se cruza de brazos y levanta ambas cejas, a la espera de una explicación lógica a esta historia, y decido ser sincera. Se lo explico todo desde que me desperté un día con una triste nota pegada a la puerta de casa hasta que Hugo y yo decidimos hacer este viaje juntos.

Supongo que es una historia tan humillante que se apiada de mí y nos asegura que no comunicará esta irregularidad porque «ni habéis pagado menos, ni a nosotros nos importa qué relación tengáis». Esto último lo acompaña de un guiño de ojos y una sonrisa. Me cae bien Anthea. Nos deja solos, no sin antes recordarnos que en quince minutos tenemos que estar en el autocar para volver a Atenas.

El trayecto de vuelta se hace larguísimo a pesar de pasarlo pegada a los labios de Hugo. Pero es que estamos acostumbrados a ir haciendo paradas culturales y esta vez solo nos detenemos a la mitad para comer y estirar las piernas, que falta nos hace.

Una vez que llegamos a nuestro hotel, volvemos a hacer el *check-in* y nos dan una nueva habitación, aunque nos aseguran que las vistas son las mismas o incluso mejores. También me entregan mi maleta, la cual tenían guardada en la consigna, y doy saltitos cuando la veo. Ya ni recuerdo lo que hay dentro, pero, teniendo en cuenta que ahora paso más tiempo desnuda que vestida, poco importa.

Cuando la abro, la examino a conciencia y reviso el contenido, sintiendo la respiración de

Hugo en mi nuca.

—¿Se supone que eso es un pijama? —inquiere mientras me quita dos prendas que tapan más bien poco.

—¿No te gusta? —lo provoco, a la vez que ubico cada prenda con una mano a la altura que debería ir, mientras dibujo una sonrisa traviesa.

—¿Ves como sí que tenías un plan para seducirme?

—¡Venga ya! Es un pijama de verano… —protesto.

—Hay ropa interior que cubre más que eso.

—Bah… —Le resto importancia con un gesto de la mano.

Sus manos sobre mi abdomen detienen mi risa y su aliento me calienta la parte de atrás de la oreja. Toda mi piel se eriza y la boca se me queda seca.

—Oye, ¿te parece bien que vaya a buscar una farmacia mientras te reencuentras con tu ropa? —susurra de manera muy ronca, tanto que debería estar prohibido por peligro de ir derritiendo féminas por ahí.

Me convierto en líquido. O, más bien, mi interior empieza a deshacerse y me siento húmeda. Asiento con una sonrisa bobalicona porque no me sale ninguna palabra ahora mismo y quiero que vaya a comprar esos condones o tendremos serios problemas. Mi mente ya está pensando con qué postura va a sorprenderme esta vez hasta que la puerta se cierra de un suave portazo y soy consciente de que estoy a solas.

Respiro un par de veces y rebusco mi teléfono dentro del bolso. Tiene un millón de notificaciones a las que no pienso hacer caso porque estoy de vacaciones. Mi padre «me obligó» a irme de viaje. Así que no voy a malgastar mi tiempo en leer chorrocientos mensajes, la mayoría de ellos absurdos. Pero tengo la imperiosa necesidad de hablar con alguien.

Sostengo el móvil como si fuera una bomba a punto de estallar. No puedo llamar a Lara porque se dará cuenta de que me he enamorado y no me apetece oír sus reproches. A mi primo tampoco porque me temo que se va a enterar todo el mundo. Deambulo por la habitación buscando entre mis contactos hasta que lo veo y lo tengo claro.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Qué tal le va a la ninfa de mis fantasías por la tierra de los dioses?

—Corta el rollo, Leo —me río, porque con él no puedo hacer otra cosa.

—Vale, vale. —Su risa me calienta el pecho—. Es que no sé si sigues afectadilla o estás disfrutando la vida a tope.

—Lo segundo.

—Bien, me alegra oír eso. —Se me dibuja una sonrisa sincera, como la que sé que está esbozando él, aunque no lo vea.

Leo es un chico genial, somos amigos ante todo y tenemos una confianza total y absoluta para contarnos cualquier cosa. Estuvimos liados durante un año y pico, hasta que lo mío con Álvaro parecía ir en serio, pero no hemos dejado de vernos ni de hablar. Colegas como él se cuentan con los dedos de una mano. Por Leo supe que Álvaro me engañaba. Había salido de fiesta con mi primo, que son uña y carne, y lo vio liándose con otra en un momento que Nacho estaba pendiente de un grupo de rubias. Le hizo una foto y vino al día siguiente a hablar conmigo.

La semana anterior habíamos celebrado nuestro tercer aniversario. Me dolió mucho, lloré y le aseguré a Leo que cortaría con él. Pero no lo hice porque cuando lo volví a ver me quitó las preocupaciones a base de polvos. Asumí que había sido un desliz, un error, y que estaba arrepentido. Me quería a mí. Lo olvidé, enterré el asunto en algún lugar donde no me molestara y seguí con nuestra vida.

Recuerdo que las siguientes conversaciones con Leo fueron las más tensas que hemos tenido. Él no entendía que me convirtiera en «esa clase de chica» y yo no entendía por qué él le daba tanta importancia. Me pedía que hablara con Álvaro para confirmar si fue un error o había ocurrido más veces. Pero yo le respondía que no hacía falta preguntárselo, que era obvio.

Lamentablemente, no fue así. Aumentaron los viajes de trabajo y las excusas para no cogerme el teléfono. Leo, Lara y Nacho insistían en que hablara con él y cortara si no era feliz. A pesar de las evidencias, rehusaba creer lo que me decían. No lo entendían. Aunque quizá era yo la que no entendía nada. Hasta que, al final, ocurrió lo que no podía negar y la verdad cayó sobre mí como un edificio que se desploma por la fuerza de un terremoto. Ojalá les hubiera hecho caso antes.

Habíamos salido de fiesta Lara y yo y, como siempre, Nacho, Leo y otros compañeros de la noche habituales se nos unieron. Mi amiga y yo fuimos al baño. Yo entré primero porque solo había uno libre y ella se quedó retocándose el maquillaje. Nos reímos un poco porque en uno de los cubículos había alguien follando. Terminaron en lo que yo entraba y el chorro se me cortó de repente.

—Joder, mierda, coño —gruñó Álvaro. Imposible no reconocer su voz, incluso con la música de fondo y la pésima acústica del baño.

—Vaya, si es Álvaro, el chico perfecto —ironizó mi amiga con un tonito que dejaba claro el odio que sentía por él en ese momento.

—Espero que no vayas a contarle nada…

—No hará falta —le reproché saliendo de mi cubículo, con ojos vidriosos.

Quería enfrentarlo, pero no podía, no sabía, no me gustaba pelearme. Así que contuve las lágrimas y salí corriendo. Él me siguió, pero me camuflé entre la gente, aprovechando la multitud y la penosa iluminación, con lo que logré despistarlo unos minutos. Me choqué con Leo, que al ver mi cara me sacó del local inmediatamente y, una vez fuera, me abrazó sin hacer preguntas. Quería decirle un montón de cosas que se me atascaban, pero con él no era necesario. Sabía ser un amigo.

—Nía, tenemos que hablar. —Su voz a mi espalda no me hizo girarme. No quería hablar en ese momento.

—¿No ves que ella no quiere? —Leo me apretó más a él.

—Nía…, de verdad que puedo explicártelo. Venga, vamos a casa —insistió, de manera inútil. Puso su mano sobre mi brazo y yo me agarré más a la cintura de Leo.

—¡Ahí está! —oí decir a Lara, y luego me llegó la voz de mi primo tratando de echar a Álvaro.

Leo me alejó unos pasos mientras ellos tres discutían a tan solo unos metros. Lara y Nacho le pedían que se marchara porque yo no quería saber nada en ese momento.

Esa noche la pasé en casa de mi primo, aunque los otros dos vinieron conmigo. Me quitaron el móvil porque no paraba de sonar y me quedé dormida en el sofá, entre los brazos de Leo.

Al despertarme sobre la cama del cuarto de invitados-barra-despacho, sola y con un pijama que usaba cuando me quedaba en su piso, Nacho ya me había preparado café y tostadas. Me serví una taza, pero le indiqué que no tenía hambre.

—Leo te llevó a la habitación y entre él y Lara se encargaron de ponerte ropa cómoda. Luego los tuve que echar porque querían montar guardia en el sofá.

—Me reiría si supiera hacerlo —reconocí, porque era gracioso imaginarme la escena.

Me sentí halagada porque no todo el mundo cuenta con gente tan leal a su alrededor y ellos

son quienes han estado ahí para mí durante años.

—Sí sabes, pero ahora no te sale.

Asentí y di un sorbo.

—¿Por qué sigues con él? Hace un año que Leo ya te advirtió sobre esto.

Suspiré sin dejar de mirar la taza llena de ese líquido negro que hace más llevaderas las mañanas.

—Porque lo quiero. Y porque todos cometemos errores.

—Eso no es un error, es ser un caradura.

Sentí su dedo acusador señalándome y me atreví a enfocarlo. Su cara no era de reproche, sino de preocupación.

—Tengo que hablar con él.

—Saca tus cosas de ahí, Nía. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

Me despedí de él con un abrazo largo y cálido, con la promesa de ser firme, valiente y valorarme lo suficiente como para dejar a Álvaro si él no me quería. No tenía miedo a estar sola. Por suerte, podía contar con un buen grupo de gente que permanecía conmigo a las buenas, a las malas y a las horribles. El problema era el de siempre, que odiaba los conflictos, las peleas y las discusiones. Siempre he sido incapaz de contradecir a nadie. Busco la paz, ante todo. Álvaro lo sabía y lo usaría para manipularme.

Al llegar, lo encontré en la terraza fumándose un porro. Nunca lo hacía en casa y no recordaba la última vez que lo había visto hacerlo. Por eso me sorprendió.

—Pensaba que lo habías dejado —declaré para hacerle saber que había llegado.

Él se giró hacia mí y se levantó, pero le indiqué que no se moviera con un gesto de la mano y ocupé la silla frente a él, al otro lado de la mesa.

—Estaba nervioso. No sabía si volverías. Pensé que mandarías a tus matones para recoger tus cosas.

—¿Has dormido algo? —pregunté con interés al ver sus ojos rojos y su cara de cansado. Decidí ignorar su comentario sobre Leo y mi primo.

—No.

Asentí y empecé a dar golpecitos sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda mientras miraba hacia el lado opuesto.

—¿Has dormido con él?

Su pregunta me sorprendió y volví la vista hacia el que todavía era mi novio.

—No puedo creer que me preguntes eso —bramé, a punto de levantarme y pirarme. Pero no lo hice.

—Lo entendería, querías vengarte.

—No voy a responder.

Mi voz era firme, aunque mis gestos empezaban a delatar mis nervios. Su mano izquierda se cerró en un puño con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. No dijo nada, se estaba mordiendo la lengua. En cambio, le dio otra calada al porro.

—Vale. No necesito saberlo. Y me merezco que me hagas esto.

—No te estoy haciendo nada.

—No te das cuenta, pero sí lo haces. Me vas a dejar y encima no sabré si te has tirado a otro tío por venganza.

—¿Importa eso?

—Yo solo he cometido un error…

—Ha sido más de uno —lo corté, y por una vez me sentí distinta. Estaba haciendo lo que tenía que hacer. Poner límites y dejarle las cosas claras. Iba a decirle que aquello se había terminado, que iba a recoger mis cosas y que no intentara tomarme por tonta.

Iba…, iba…

Como ya os he dicho antes, Álvaro me conocía y no dudaría en manipularme.

—Te quiero a ti, no a ellas. No son nadie en mi vida, tú sí. ¿A quién he elegido para compartir mi vida? ¿En quién crees que pienso cuando me levanto? ¿A quién echo de menos cuando viajo solo? No arruines esto por una tontería, por favor…

—¿Tontería? —Me levanté indignada con la intención de marcharme y pedir ayuda a mi primo, a Leo y a quien hiciera falta, porque estaba claro que, si me quedaba a solas con Álvaro, él iba a conseguir lo que quería.

Pero me agarró de la muñeca cuando pasé por su lado en mi huida hacia la salida.

—Lo sabías y nunca me has reprochado nada. Porque me quieres igual que yo te quiero a ti y no pretendes arruinar lo nuestro.

Mi vista estaba puesta en la puerta corredera que separaba el salón de la terraza. Me había quedado paralizada. Él estaba jugando sus cartas y tenía muy claro que iba a ganar porque sabía qué teclas tenía que tocar.

Mis ojos empezaron a encharcarse y me volví aún más débil. Él lo notó y tiró de mí para sentarme en su regazo sin apenas resistencia por mi parte. Sus pulgares limpiaron las primeras lágrimas que descendían por mis mejillas con mucha ternura.

—Lamento haberte hecho daño. Siento que hayas tenido que presenciarlo, no era mi intención.

Quería responder, lo juro. Quería levantarme y salir corriendo. Pero no podía mover ni un músculo. Ni tan siquiera aquellos que necesitaba para pronunciar «eres un maldito manipulador». Ejerció su embrujo como el maestro que era. El pulgar derecho bajó de la mejilla hasta el labio y sus ojos siguieron el recorrido.

—Eres lo mejor que me ha pasado, lo sabes, ¿verdad? Mi vida era un caos antes de ti. Eso tiene que significar algo —susurró muy cerca de mi boca, para luego terminar de acercarse a ella y rozarla de manera suave.

Sus besos solían ser salvajes, y ese no lo estaba siendo. Era lento y dulce. Ya lo había conseguido. Cualquier cosa que fuera a decirle murió ese día entre las sábanas. Me hizo el amor como nunca antes y como nunca más lo hizo. Y no se volvió a hablar de ello. Me autoconvencí de que nos queríamos y teníamos una relación perfecta porque no discutíamos nunca. De que cuidábamos el uno del otro. De que las otras jamás tendrían esto con él.

—¿Cómo de mal está que me haya acostado con el hermano de Álvaro? —tanteo mordiéndome el labio, y regreso al aquí y ahora.

—¿Mal? Eso está genial. Preferiría que fuera conmigo, pero… —se ríe—, ya me entiendes. ¿Quieres que nos veamos a la vuelta?

—Claro.

—Perfecto. Me alegra que vuelvas a ser una mujer libre —añade de manera seductora.

—Leo, como amigos —aclaro.

—Eeeeeeh, valeeeee… —pronuncia dubitativo, sin entender nada.

—Hugo y yo estamos… empezando algo.

—Ah, ya…

—No sé qué me pasa con él. Es tan igual a Álvaro, pero tan distinto…

—Dime que es malísimo en la cama y que no lo tengo todo perdido —suplica en tono bromista.

—Pues no sé qué decirte, aún no hemos usado la cama.

—Me acabas de matar —zanja descojonándose, y me contagio de su risa—. Oye, morena, en serio. Si el otro Arias te sale rana, ya sabes dónde estoy, ¿eh?

—Claro. ¿Te recuerdo nuestro pacto?

—No hace falta, no me olvidaré.

Cuelgo con una sonrisa agridulce en el rostro. Leo es…, ¿cómo os lo puedo describir? Es pura vida. Es un enamorado del mundo, de las mujeres, de la comida y la bebida, del deporte —sobre todo los de riesgo—, de la fiesta, de la naturaleza. Es de esas personas que no tienen televisor en casa. Cuando le apetece ver algo coge el portátil y se conecta a alguna de las plataformas de las que disponemos actualmente. No quiere ver las noticias y no le entusiasman los planes sedentarios y estáticos, salvo quedadas con amigos en las que haya comida y alcohol de por medio. Da la cara por los suyos y se enfrenta a quien haga falta para defender sus derechos. Lo envidio enormemente porque yo siempre acabo cediendo en todo por ser incapaz de levantar un poco la voz y generar conflicto.

Nunca ha tenido novia ni lo he visto pillado por nadie, aunque tampoco es de esos que vayan de flor en flor. Simplemente es un alma libre. Tiene su propia empresa de actividades deportivas en la naturaleza. Escalada, senderismo, barranquismo, *coasteering*, piragüismo… Todo con guías de lujo y en diferentes ámbitos de nuestra comunidad. Empezó él solo y ahora ha crecido tanto que apenas tiene tiempo para dirigir algunas de las actividades. Pero es feliz y se gana bien la vida.

El ruido de la puerta al abrirse me trae al presente de nuevo y corro hacia Hugo antes de que le dé tiempo a cerrar. Entramos a duras penas y caemos sobre el colchón. El contenido de la bolsa que traía se desparrama sobre la cama y no puedo contener una carcajada.

—¿Pero cuántas cajas has comprado?

—Todas las que quedaban.

—Te veo muy optimista —lo provoco.

—Y yo a ti muy pesimista —rebate mordiéndome el cuello.

Quiero continuar esta batalla, pero me rindo a sus atenciones porque, sinceramente, me secuestran la cordura.

Sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta y acarician mis pechos mientras su boca ataca la mía sin intención de abandonarla. Yo desabrocho su pantalón y acaricio su miembro para que se hinche bajo mi palma.

—Estoy ansiosa por descubrir cómo vamos a follar ahora. ¿Sobre la encimera del lavabo? O… ¿haciendo el pino? No sé, me pone más la incertidumbre que tú. Y tú me pones mucho, que conste.

Su carcajada es tan potente que hace que retumben las paredes, pero no responde. Y eso me pone aún más.

Sus manos me desvisten sin prisa y su lengua lame cada centímetro de piel que va quedando a la vista. Yo hago lo mismo, pero de manera más ansiosa. Habrá, así a ojo, unos cien condones y conviene que empecemos a usarlos, ¿no?

Un rato después de habernos desnudado del todo, se levanta y me examina de pie a un lado de la cama. Como si no supiera qué hacer conmigo. Quiero preguntarle si se le han acabado las ideas para provocarlo un poco más, pero la mirada que me dedica me deja seca y el único sonido que sale de mi garganta es un jadeo lastimero cuando vuelve a acercarse a mí.

Finalmente, me acecha como un león a su presa. Se mueve sobre el colchón con la gracilidad propia de un felino y emitiendo un sonido a medio camino entre ronroneo y rugido. El movimiento de sus músculos es hipnótico, las pulsaciones me suben y me cuesta tragar saliva.

Se coloca sobre mí y pasa su boca sobre la piel de mi cuello, clavícula y hombro izquierdo sin llegar a rozarla, quedando a un escaso milímetro. Mi piel se eriza. Siento frío donde su aliento me acaricia y calor en el resto del cuerpo. Sus pulgares juegan con mis pezones y me parece increíble cómo un gesto tan sutil e insignificante dispare tanto mi necesidad de sentirlo dentro de mí.

Dejo escapar un gemido tímido y me agarro a las sábanas cuando su boca desciende por mi cuerpo, dejando un rastro de mordisquitos por el camino. Estoy hiperventilando.

Me acomoda las piernas a su antojo y colma mi zona más sensible de tantas atenciones que casi exploto antes de empezar. Pero él se detiene justo antes de que eso ocurra y me mira con una intensidad que me derrito en el acto.

—Quería probar otra cosa, pero ahora necesito esto.

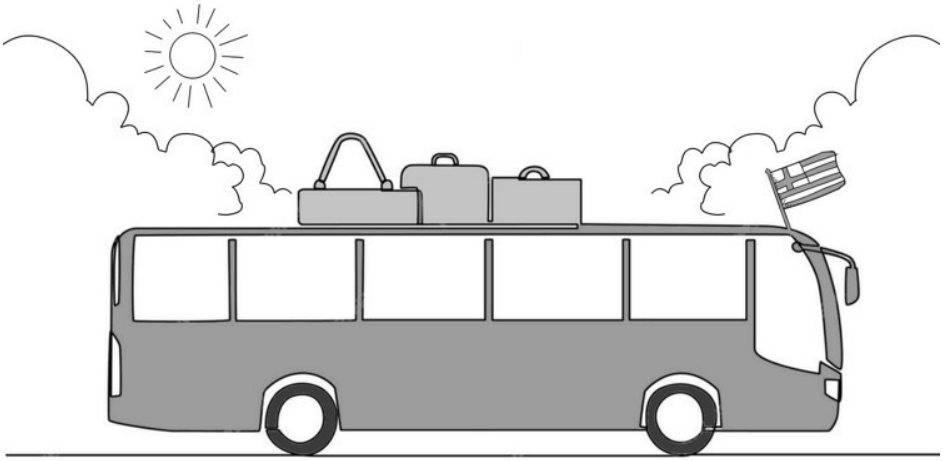
—¿El qué? —pregunto a la vez que veo cómo agarra uno de los condones que están esparcidos sobre nuestra cama y se lo coloca sin dejar de mirarme.

Entreabro los labios. La visión que tengo frente a mí es maravillosa. Ahora que puedo fijarme en él, no es el clon de Álvaro que pensaba que era. Los lunares y pecas que salpican sus torsos no siguen el mismo dibujo, Hugo está menos bronceado, aunque sus músculos están mejor definidos. No son grandes diferencias, pero ahora sé que no son iguales ni siquiera de manera física.

Se introduce despacio en mi interior y disfrutamos de cada sensación que este nuevo ritmo nos origina. Es un vaivén agradable y armonioso, acompañado de nuestros jadeos y besos húmedos. Es un momento de conexión tan intenso que me produce escalofríos. Las mariposas vuelan alto y quiero vivir con este cosquilleo para siempre.

Qué triste que en diez años de relación nunca había hecho el amor de esta manera. Ni siquiera es comparable a esa vez después de pillarlo en el baño con otra. Me engañaba a mí misma diciendo que estaba a gusto con ello. Pero no, en el fondo necesitaba sentirme así de amada.

Conectamos a un nivel tan íntimo que dejo de percibir el tiempo y soy incapaz de calcular cuántos minutos han pasado cuando culminamos a la vez y cae sobre mí, sudado y exhausto.



19. ¿Estamos juntos?

HUGO

En algún momento he debido de morirme, pues esto es el paraíso. Sonrío ante ese pensamiento porque no puedo creer lo que ha ocurrido entre nosotros. Me mostraba reticente a pensar que Nía pudiera sentir algo por mí, pero al fin comprendo que es consciente de mis diferencias con Álvaro y me elige a mí, no como sustituto, sino porque yo era lo que buscaba, no él.

A mi hermano no le va a gustar. Ignoro el porqué, él la dejó y nunca la quiso. Pero no aceptará que estemos juntos. Cuando cometí el error de llamarlo y se enteró de que estaba en este viaje con Nía, me escribió después de un mes sin hablar.

Álvaro:
¿Te la estás follando?

Así de directo fue. Tardé un día en responder.

Hugo:
Solo estoy acompañando a una amiga que está destrozada después de que su novio la dejara plantada un mes antes de casarse porque el cabrón había dejado embarazada a otra.

Álvaro:
¿Cómo sabéis eso?

Hugo:
Déjala en paz.

Álvaro:
Qué de puta madre te ha venido todo esto…
¿Sabes una cosa? Podrás ligártela, pero recuerda que en su mente estará follando conmigo.

Ni le respondí. No entiendo a qué viene esa actitud conmigo ahora.

Mis brazos rodean a Nía por la cintura y su espalda reposa en mi pecho mientras observamos el cambio de guardia. Hemos decidido parar a verlo de camino al restaurante al que iremos a cenar esta última noche en Atenas.

Sigue haciendo un calor excesivo aun a última hora de la tarde, y eso que estamos en junio. No quiero ni imaginar cómo será esto en pleno verano.

Saboreo la musaka que me ha recomendado el camarero porque no me apetecía decidir. Lo que he aprendido estos días en este país es que da igual lo que pidas en un restaurante regional, va a estar de muerte. Nía se ríe contándome una anécdota de la oficina y yo la miro embobado con una sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos.

—¿Qué pasará cuando volvamos? —cuestiona de repente mostrándose seria.

—¿A qué te refieres?

Se encoge de hombros.

—No sé…, ¿seguiremos juntos? ¿Estamos juntos? —añade veloz temiendo haber metido la pata al ponerle nombre a esto.

Sonrío y creo que logro calmarla.

—Yo diría que sí. Vamos, yo siempre voy muy en serio. Y, sinceramente, si esto es un rollete de dos semanas, me destrozas —confieso con la mano en el corazón, a lo que ella responde riéndose.

—En realidad sería un rollete de una semana, que es lo que nos queda aquí.

—Peor me lo pones.

Nos reímos y siento que el pecho se me llena de un calor agradable. Al poco tiempo, Nía se desinfla y lleva una mano hasta la mía por encima de la mesa.

—Me siento muy bien contigo. En serio, no quiero que esto acabe, pero me quedaría aquí para siempre porque me dan miedo las reacciones —confiesa algo cohibida por lo que acaba de decir.

—Tienes que aprender a defender lo que quieres, aunque eso signifique alzar un poco la voz o que la otra persona se moleste. No puedes ceder siempre.

—No me gustan los malos rollos y si puedo evitarlos…

—Pues que los demás aprendan a aceptarte a ti, a tus gustos, necesidades y decisiones. Tienes que ser egoísta y priorizarte. Pero, sobre todo, entender que si alguien se molesta es su problema. Muchas veces es la reacción inicial, ya luego se calman las cosas —añado, interrumpiéndola, y mi voz se torna más dura y áspera.

—Para ti es muy fácil decirlo —responde mientras suelta mi mano y la esconde sobre su regazo.

Quiere aparentar indiferencia, pero está asustada porque sabe que tengo razón, a la hora de la verdad nunca se atreve a hacerse valer.

—Seguramente sea la persona que más te entiende porque lo he vivido. —Suspiro, desviando fugazmente la mirada hacia un lado, y siento su expresión interrogante sobre mí—. Con Álvaro. Cuando empezaron a hacerse evidentes nuestras diferencias, yo quería seguir igual de unido a él porque lo era todo para mí. Él tenía un montón de amigos, pero yo no tantos. Vivía por agradarle y me mordía la lengua cuando veía cosas que no me gustaban un pelo porque no quería perderlo. Algo que acabó pasando de todas formas.

—Me di cuenta. Él decía que habíais crecido de manera diferente y os separaban demasiadas cosas. Lo veía afectado cuando me hablaba de ello, como si no le gustara este distanciamiento.

Río sarcástico.

—No se cansa de mentir. Claro que «nos separan cosas» —repito con sorna—. Que él vive al margen de la ley y lejos de lo moralmente aceptable. Que se mueve por puro egoísmo y carece de empatía. Que vendería a nuestra madre si fuera a librarse de la cárcel.

Su semblante cambia de repente al oír la última palabra y temo que mis sospechas sean ciertas.

—No creo que acabe en la cárcel. Solo se aprovecha de todos los vacíos legales —especifica, conocedora de cada uno de sus movimientos al ser su gestora desde hace años.

—Tú dale tiempo.

Frunce los labios y desvía la mirada hacia otro lado. Luego vuelve a mirarme y se acerca más a mí, como si fuera a contarme un secreto.

—Hemos detectado algunas irregularidades. Creo que Nacho y su equipo lo estaban revisando. Pero ahora estoy fuera y nadie me dice nada, así que desconozco cómo va todo.

Pronuncia esa última frase con una tranquilidad apabullante, recostándose de nuevo en su asiento y fingiendo que no ha soltado ninguna bomba.

—Lo siento, seguro que tu padre te dejará reincorporarte cuando regresemos.

—A ver si le voy a coger el gusto a esto de estar de vacaciones indefinidas —bromea, para a continuación dar un sorbo a su copa de vino.

—Tú no eres así. Y no me digas esas cosas, que no puedo estar saliendo con una ociosa que hace trampas.

—Uf…, ha vuelto el aburrido juez moral —se burla, y me dirige una sonrisa que me hace saber que no es ningún ataque, sino más bien que le encanta que yo sea así.

—No te parezco un aburrido juez moral cuando te corres en mi boca… —replico con mucha seriedad bajando la voz por si alguien pudiera entenderme.

Ella se sonroja y se tapa la cara como si con esto fuera capaz de disimular lo colorada y, sobre todo, acalorada que esas palabras le han hecho sentir.

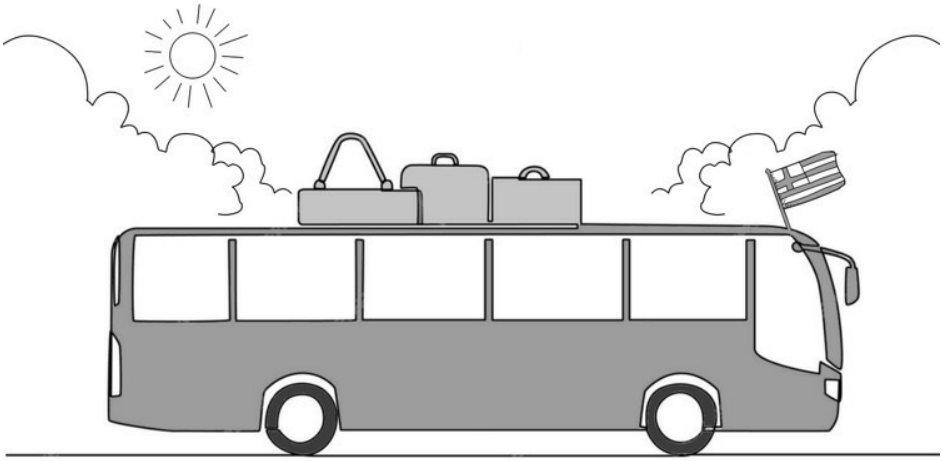
Me río y siento una vibración en la muñeca. Miro el reloj y veo que me entra un nuevo mensaje de mi hermano que ahora mismo no pienso leer, pero que me corta la risa y las ganas de bromear. Por suerte, ella no se inmuta.

—No puedes decirme esas cosas en público —me suplica avergonzada.

—Nadie me ha entendido.

—Por suerte —expresa haciendo una señal de agradecimiento al cielo.

Me río por su gesto tan teatral y me recreo pensando en lo que voy a hacerle al llegar a la habitación. Pienso tenerla toda la noche gritando de puro placer hasta que se olvide incluso de su propio nombre.



20. Un pacto

NÍA

Los besos de Hugo sobre mi espalda desnuda me sacan del letargo en el que el cansancio, el sol y el ruido de las olas me han sumido.

La noche ha sido muy corta. A las cuatro caí rendida suplicando que me dejara descansar y a las siete y media nos despertábamos para subir a desayunar y abandonar el hotel. Nuestro *ferry* salía temprano y no nos convenía perderlo. Al llegar al hotel, ya más despejada después de una cabezadita en el trayecto hasta Santorini, he querido venir a la playa para refrescarme un poco, pero al salir del agua no he podido evitar que se me cierren los ojos. Suerte que Hugo está atento y no me deja dormirme bajo el sol o, de lo contrario, me achicharraría.

Aunque, por otro lado, si estoy tan cansada es culpa suya.

La conversación que mantuve ayer con Leo regresa a mi mente y me lleva de nuevo a la última noche que pasé en Barcelona antes de subirme a ese avión que parece haberlo cambiado todo.

Había salido de fiesta con Lara para celebrar no sé muy bien el qué, porque yo no estaba nada convencida de que lo que había ocurrido era lo mejor. Pero se presentó en mi casa vestida para arrasar y se metió en mi habitación para buscar el modelito perfecto para mí, un vestido color vino, corto y estrecho. Lo combinó con unos tacones de infarto y me obligó a arreglarme. Sin ánimos para protestar, cedí y le hice caso. Total, tampoco tenía nada mejor que hacer y no perdía nada.

Intuí que había quedado con los chicos porque estaban allí también y me pareció mucha casualidad. La ciudad es demasiado grande para coincidir así, sin más.

Las horas pasaban y el alcohol hacía mella en mi amiga, quien estaba lo suficientemente borracha para bailar con Nacho, ese con el que parecía no saber hacer otra cosa más que discutir. Pues ahí los tenía, bailando como si lo estuvieran pasando bien, como si hubiera

feeling *entre ellos.*

—Morena, ¿qué haces aquí tan sola? —preguntó Leo, poniéndose frente a mí y sacándome de mis pensamientos.

Yo seguía en la barra después de que mi primo hubiese secuestrado a Lara con una excusa de lo más absurda. De eso habían pasado por lo menos tres canciones y yo estaba desesperada por volver a casa, ya que a la mañana siguiente me tocaba ir al aeropuerto y temía quedarme dormida. No podía perderme ese viaje.

—¿Me acompañas a casa? —supliqué, y casi se atragantó con la cerveza.

—Vaya, pensé que no me lo ibas a pedir… Me despido de tu primo y…

—Déjalo, luego le escribes. No vayas a interrumpirlos, un día que no quieren sacarse los ojos…

Agarré su mano y lo guie por el local hasta la salida. Él me siguió hasta mi coche y entró sin cuestionar quién conducía. Él había bebido un par de cervezas y yo, nada.

Una vez en el salón, nos quedamos de pie, mirándonos, a la espera del siguiente movimiento por parte del otro. Pero ninguno de los dos reaccionaba.

—¿Nos sentamos? —propuse, finalmente.

Él me observó un segundo y asintió. Creo que no tenía muy claro lo que iba a suceder. Las otras muchas veces que habíamos llegado juntos a casa después de una fiesta había sido para acostarnos. Excepto el tiempo que estuve con Álvaro. Pero ese día, a pesar de estar soltera de nuevo, no iba a ocurrir. Ambos lo sabíamos.

—Quería darte las gracias —empecé a decir tras unos segundos de titubeos—. Has sido un amigo. Me advertiste y no te hice ni puñetero caso.

—Siento que haya terminado así. Tu primo siempre me mantiene informado de todo, ya lo sabes. Aunque preferiría que fueses tú quien me lo contara.

—Me daba demasiada vergüenza —admití.

—Lo sé.

Su mano buscó la mía y nuestros dedos se entrelazaron con naturalidad. Yo me entretuve mirándolos, sintiéndome aliviada.

—Todo hubiera sido tan fácil contigo… Pero no eres de los que hacen promesas de amor.

—Dices eso porque estás dolida. Pero, si yo fuera de los que se enamoran, jamás te habrías fijado en mí.

—Nunca lo sabremos —rebatí encogiéndome de hombros, y él me dirigió una sonrisa tan llena de ternura que me impulsó a cometer la tontería del día: besarlo.

Mis labios rozaron los suyos lo justo para saborearlos y comprobar que sabían igual que siempre.

—Tú no quieres esto —se excusó al apartarse.

Lo miré dolida porque su rechazo me estaba afectando más de lo que hubiera imaginado.

—Mira, si te sintieras bien y eligieras besarme libremente, sabes que no opondría resistencia alguna. No sería la primera vez, tú y yo nos conocemos de sobra en ese aspecto. Pero no quiero aprovecharme de tu dolor, eso no es lo que un amigo haría. —Asentí—. Además, tengo mis necesidades bien cubiertas, ya sabes, no necesito acostarme contigo ahora.

No pude evitar reírme.

—Te has tirado a alguna en los baños. Por eso has desaparecido.

Me guiñó un ojo como confirmación.

—Date un tiempo y, cuando estés lista, me llamas —sugirió recuperando la seriedad.

Como respuesta, estreché su mano, la cual seguía unida a la mía porque me negaba a soltarla, y me eché hacia atrás. Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y miré hacia el frente mientras sentía sus ojos sobre mí.

—¿Y si no encuentro a nadie? He perdido diez años de mi vida en los que podría haber estado buscando a mi hombre ideal. ¿Acabaré sola?

—Tú nunca estarás sola, eso para empezar. —Volví la vista hacia él—. Estoy convencido de que ese hombre está por ahí y puede que hasta más cerca de lo que crees. Pero tú no vas a acabar soltera y rodeada de gatos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay que ser muy idiota para no querer pasar el resto de la vida contigo.

La declaración más bonita de amor que nunca alguien me había hecho venía de parte de un amigo. No sabía cómo sentirme al respecto, pero él debió intuirlo y carraspeó para romper el momento.

—¿Qué te parece si hacemos un pacto?

—¿Qué clase de pacto? —inquirí entrecerrando los ojos.

—Si no has encontrado a ese alguien especial a los… ¿cuarenta?, ¿te parece bien?, me comprometo a casarme contigo.

Levanté una ceja y lo miré perpleja. ¿Me estaba hablando en serio?

—Estás de coña —zanjé.

—Para nada.

—¿Un matrimonio sin amor? Eso tiene un nombre…

—Tenemos lo más importante: cariño, respeto y confianza. Además del sexo, claro. Mucho más que la mayoría de parejas tras varios años de matrimonio.

—Ah, que hablas en serio…

—Es algo que solo haría por ti. Además, no siempre voy a tener este cuerpo y algún día deberé sentar la cabeza.

No sé cómo lo hizo, pero me acabó convenciendo. O le hice creer que me había convencido, porque la verdad es que tanto él como yo sabemos que eso no ocurrirá jamás. Ni yo quiero casarme con alguien porque sea mi única opción ni él quiere atarse a nada. Hacerle pasar por ello solo destruiría nuestra amistad.

—Me muero de sueño —balbuceo.

—Has sido tú quien ha preferido venir a la playa en vez de quedarte durmiendo en la habitación.

—¿A ti no te apetece hacer nada más aparte de follar y dormir? Todavía nos queda una semana y quiero hacer cosas que no pueda hacer en casa.

—Tengo que echarte los mil polvos cuanto antes, no te vayas a arrepentir, y allí también tenemos playa.

—Eres muy intenso, no sé si me convienes —bromeo.

—Tranquila, me queda una semana para convencerte —replica tranquilo, y se lanza a por mi boca con hambre voraz.

La abro para darle acceso a su lengua y él se acerca más a mí, pegando su cuerpo frío y lleno de gotitas saladas al mío, que al llevar un rato al sol parece abrasar.

Me empuja para tumbarme boca arriba y llega a la misma conclusión que yo. Estamos en un

sitio público y abarrotado de gente. Se aparta con una sonrisa macarra que viene a decir que no tengo escapatoria. ¿Debería decirle que no pienso irme a ningún lado sin él y que estoy ansiando el siguiente polvo?

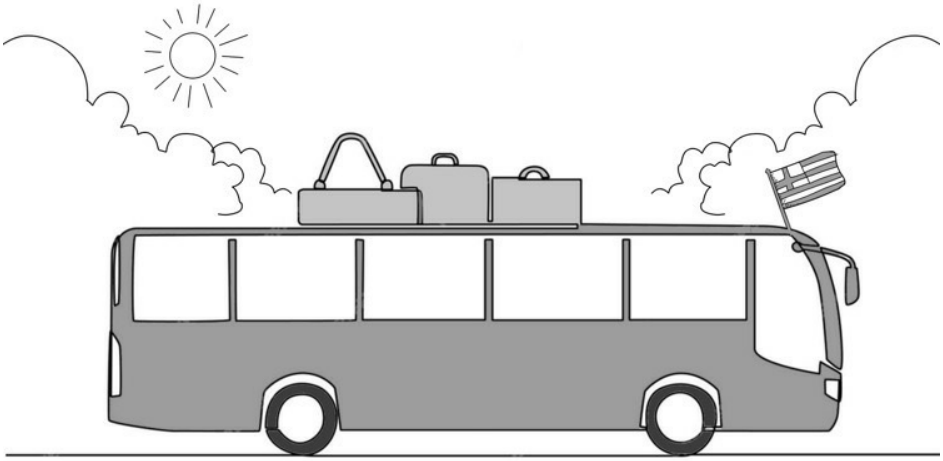
No, es más divertido así.

Hugo es tal cual me imaginaba y, a la vez, todo lo contrario. Estoy confirmando todo lo bueno que ya sabía de él y desmintiendo los mitos que yo misma creé. Definitivamente, es el hombre que necesito en mi vida. Bueno, cariñoso, atento, ético… Alguien que se preocupa por mí, que se interesa, que me escucha cuando hablo y a quien le parezco suficiente. Alguien con quien pasar horas charlando y hacer planes interesantes más allá del sexo. Alguien que se gana a mi gente con su encanto natural y que no tiene intenciones ocultas. Alguien que quiere estar conmigo por mí, y no porque necesite mostrarse a los demás como algo que no es. Alguien que no me traicionará ni me mentirá porque va en contra de todas sus reglas.

Pero, además de todo eso que ya sabía, he podido comprobar que es alguien con quien no me voy a aburrir jamás. Es más divertido de lo que creía, lo cual me hace sentir fatal porque hace años que somos amigos, y es creativo e insaciable en la cama —y fuera de ella—. ¿Cómo no iba a enamorarme de él?

Parte 2





21. Helena ha elegido a Paris

NÍA

Una semana después…

El despertador suena y me obliga a abrir los ojos. El brazo de Hugo sobre mi cintura me estrecha contra él y su boca besa la piel de mi hombro. Es una maravilla despertarse así. Ayer volvimos de nuestra no-luna de miel y nos costó tanto separarnos al dejarme en mi casa que decidió quedarse él también.

—Tengo que ir al trabajo —protesto cuando sus dedos se aventuran hacia el centro de mi placer.

—No, no tienes —me recuerda, colando un dedo en mi interior.

—Pero quiero ir, es evidente que ya estoy lista para volver.

—Nadie lo sabe.

—Lo intuyen.

—Ah, ¿sí?

Me muerde el lóbulo de la oreja y siento una corriente eléctrica que me atraviesa.

—Hugo, para…

—Está bien —accede mientras se aparta de mí, y me siento fría. Él se levanta y se pasea desnudo por la habitación mientras busca algo de ropa para ponerse. —Yo me voy a casa a ducharme y ponerme algo adecuado para la oficina. Si aparezco vestido de turista, todo el mundo sospechará.

—A lo mejor creen que se te olvidó poner la lavadora antes de irte de viaje y no tienes ropa limpia —sugiero.

Se ríe.

—Nadie va a creer eso —asevera con un exceso de confianza.

—Seguro que piensan que eres un aburrido —lo pincho.

—Allí voy a trabajar, Nía, no a hacer amigos ni a entretenerme.

Me burlo de él haciendo una mueca porque sí, es un aburrido y sus compañeros lo saben.

Me levanto y le robo una camiseta de la maleta, una que solía usar los primeros días para dormir y que sigue oliendo a él. Me la pongo ante su atenta mirada y veo cómo sonríe.

—Te la regalo —conviene guiñándome un ojo.

—Pensaba quedármela de todas formas.

—Lo sé, por eso te la regalo. No quiero salir con una vulgar ladrona.

Me río y vuelvo a la cama para cubrirme con la sábana. Él me alcanza y aparta la tela que uso como escudo. Me hace cosquillas, me besa y cae sobre mí. Nuestras lenguas juegan y sus manos calientan mi piel a su paso.

—Hugo… —suplico casi sin voz, porque soy consciente de que mis planes se han ido al traste.

Su boca abandona la mía y desciende por mi cuerpo hasta que siento un lametazo en mis pliegues. A la mierda la gestoría. Me entrego al placer tan intenso que me atraviesa y dejo que el fuego que crece en mi interior me consuma. Sus manos se aferran tan fuerte a mis muslos que estoy segura de que me dejarán marca. Su lengua juega con varias velocidades y sin ayuda de nada más consigue deshacerme en pocos minutos.

«Joder».

Se levanta y veo cómo se limpia la boca con el dorso de la mano. La sonrisa que me dedica casi me provoca otro orgasmo. Se viste ante mi atenta mirada y me siento desilusionada al darme cuenta de que se va.

«Pues claro, si se lo has pedido tú».

—¿Nos veremos luego? —pregunto sin querer sonar desesperada, aunque no lo logro.

—Claro. ¿Quieres que te recoja del trabajo y te lleve a mi casa?

—No, mejor ven a buscarme aquí para que pueda poner un par de lavadoras y prepararme un neceser.

—A sus órdenes —acepta con el típico gesto militar de la mano horizontal sobre la frente y el otro brazo recto pegado al cuerpo.



Entro en la gestoría quince minutos más tarde de lo habitual con una sonrisa bastante delatora de mi felicidad. Camino hasta el despacho de mi padre y soy consciente de que estoy atrayendo las miradas de todos mis compañeros.

Me ha costado un rato reaccionar después de que Hugo saliera de casa. Como si no pudiera creer que es algo real, que hemos vuelto a nuestras vidas y seguimos juntos después de una semana llena de playa, fotos, caricias, besos, vistas preciosas, cosquillas, duchas compartidas y, sobre todo, sexo. Mucho sexo. Tanto que vengo con un evidente déficit de sueño.

—Lista para reincorporarme —anuncio nada más abrir la puerta.

Mi padre me observa con detenimiento desde su silla, analizando cada gesto y rasgo que se pueda apreciar desde su ubicación.

—No parece que hayas descansado mucho. Tómate un par de días más.

—¡Papá…! —protesto de manera infantil, y entro para sentarme en una de las butacas que hay frente a su mesa—. Estoy bien, de verdad, ¿no me ves?

Dibujo una amplia sonrisa y procuro que el resto de mi cuerpo muestre la misma euforia.

—Nía…

Unos golpes en la puerta nos interrumpen y me giro para encontrarme a Nacho, quien se acerca a mí para darme un cálido abrazo.

—Ah, bien, a él le das un abrazo y a mí ni me saludas… —interviene mi padre.

—A ti te saludaré como toca cuando me dejes volver —le reprocho en tono de broma.

—¿Eso es un chantaje?

—Tito, yo la veo bien. Igual sí que está lista —tercia mi primo, guiñándome un ojo.

—Gracias —le susurro.

—De «gracias», nada. Creo que tienes que contarme algunas cosas de tu viaje.

—Ya hablaréis en vuestro tiempo libre, ahora tenéis bastante trabajo, ¿me equivoco?

Mi padre me deja boquiabierta con esa frase y corro hacia él para darle tal achuchón que tiene que apartarme a la fuerza. Nacho se ríe y oigo sus pisadas al salir del despacho. Me separo y vuelvo a sentarme frente a él porque después de dos semanas fuera necesito que me ponga al tanto de todo para saber por dónde tengo que empezar.

—La secretaria de tu novio nos ha notificado que, a partir del trimestre que viene, trabajarán con otra gestoría.

—No es mi novio —escupo.

—Por eso se van.

—¿Carmen te ha dicho eso?

—No, pero ¿acaso no es evidente?

Voy a abrir la boca, pero la cierro de nuevo. Me ha dejado sin palabras.

—La cosa está mal, Nía. Ese bufete suponía el diez por ciento de nuestros ingresos. Si no logramos otros clientes que compensen esa pérdida, tendremos que despedir a algunos empleados.

Mi cabeza hace cálculos a gran velocidad, aunque no sé por qué. Si mi padre lo dice es porque ya los ha hecho con anterioridad y seguro que varias veces. Él no soporta tener que echar a nadie a la calle. Por eso no me extraña su cara de angustia al darme esta noticia.

—Pero gracias al trabajo de Lara seguimos incorporando nuevos clientes cada mes —intervengo, buscando una solución.

—No al ritmo que necesitamos para cubrir el bufete. La mayoría son pequeños autónomos.

—Lo recuperaré —declaro con convicción.

—No. No quiero que tengas nada que ver con esa familia nunca más. Encontraremos otra solución.

«Pues, de momento, sigues relacionada con esa familia».

Ignoro a mi vocecilla interior y sigo.

—Lo recuperaré y le pasaré el caso a Collado.

—Nía…

—¿Algo más?

Él entiende que no quiero seguir hablando del tema y continúa con su explicación sobre los

asuntos pendientes. Cuando salgo de su despacho no puede evitar despedirse de mí con un «ten cuidado». Yo asiento y me trago las lágrimas que amenazan por hacerme retroceder y contarle que no voy a alejarme de esa familia porque me he enamorado de su hermano. Obviamente, no es una buena ocasión para ello.

Voy hasta la mesa de Nacho y le pregunto si tiene un momento para una reunión rápida. Me dice que sí, pero que le dé unos minutos para cerrar un asunto. Así que, para hacer tiempo, me voy hasta mi mesa y enciendo el ordenador. Los *e-mails* empiezan a entrar en cascada y parece no terminar nunca. Menos mal que he vuelto ya.

—Listo —anuncia Nacho cuando estaba entretenida poniendo en orden todos los temas pendientes.

Bloqueo la pantalla y me levanto, no sin antes coger mi cuaderno y mi bolígrafo de Disney.

—¿Cómo va el asunto? —suelto nada más cerrar la puerta. No hace falta que le especifique más, sabe a lo que me refiero.

Al principio solo me observa, como si tuviera miedo a mi posible reacción y estuviera buscando las palabras adecuadas. Luego carraspea y se endereza en su silla.

—Están muy jodidos.

Tres palabras que me bastan para llevar a cabo mi siguiente movimiento. Dejo que me explique todos los detalles y yo le cuento mi plan. Sonríe porque está orgulloso de mí, de cómo voy a dar la cara por el negocio, aunque se muestra comedido porque teme que esté metiéndome en un jardín innecesario y no las tiene todas consigo en cuanto a mi estabilidad se refiere.

—No te preocupes por ello. Al final, Helena ha elegido a Paris —confieso guiñándole un ojo.

Tarda un poco en reaccionar, supongo que se ha olvidado de la historia que él mismo me contó, pero cuando entiende de qué estoy hablando se levanta para abrazarme nuevamente.

—Me alegro, es un buen chico. Me cae bien.

De repente, como si cayera en la cuenta de algo, se aparta de manera brusca y, con las manos sobre mis hombros, me observa con mucha atención.

—Así que por eso vienes tan feliz y «cansada», ¿eh? —insinúa levantando las cejas varias veces.

—¡Nacho! —me río avergonzada y me tapo la cara con ambas manos.

—Me gusta verte así. Te noto incluso mejor que con Menelao.

Ambos salimos de la sala con una sonrisa de oreja a oreja y nos dirigimos a nuestras mesas para seguir trabajando. Termino de organizar las tareas y marco ese número que ya me sé de memoria.

—Bufete Arias, despacho de don Álvaro, buenos días.

—Carmen, soy Nía.

—Hola, ¿qué tal? —me responde con un entusiasmo exagerado, y hago una mueca de burla.

—Hola, mira, me han informado que ya no vamos a llevar nosotros vuestra fiscalidad…

—Así es, te seguiremos enviando todo lo que falta de este trimestre, pero después lo pasaremos a otra gestoría.

—Ya…, ¿puedes ponerme con Álvaro?

—Está ocupado ahora mismo.

—Vale. —Pongo los ojos en blanco. No pienso preguntar si lo está realmente—. En ese caso dile que, si no quiere pasarse una temporada en la cárcel, me llame.

—¿Qué…?

Su voz suena contrariada y asustada. Cuelgo porque ya he dicho lo que tenía que decir, pero sé que la he dejado tan descolocada que irá corriendo a buscarlo.

Si tuviera que apostar, diría que, en menos de cinco minutos, Álvaro va a llamarme. No sé si Hugo aprobará lo que voy a hacer, aunque tengo que reconocer que lo he visto flexibilizar sus rígidos valores morales en más de una ocasión. Y esto está justificado. A Nacho lo único que le ha parecido mal era que tuviera contacto con Álvaro. Por eso me ha hecho prometer que no estaré a solas con él.

La luz de mi teléfono se ilumina y no tengo ninguna duda de quién es.

—¿Tan desesperada estás por hablar conmigo que le mientes a mi secretaria?

—Hola a ti también.

—Corta el rollo. No voy a volver contigo.

—No sabes cómo me alegra que digas eso.

Suelta una risa tan falsa que casi me hace desviarme del tema.

—Venga, dime qué quieres y acabemos con esto.

—Necesito que vengas, es algo demasiado serio para tratarlo por teléfono.

Su risa se detiene de golpe y sé a ciencia cierta que intuye de qué voy a hablarle.

—¿Te va bien en una hora?

Miro la agenda de mi primo y veo que tiene varias reuniones y horas bloqueadas por diferentes asuntos. La mía está vacía, así que ni la miro.

—Después de comer, mejor. A las tres y media.

—Allí estaré.

Se produce un silencio extraño y ninguno de los dos hace nada por cortar la llamada. Empiezo a sudar y agarro el teléfono con fuerza.

—¿Todo bien? —pregunta con voz seria, y su respiración al otro lado de la línea me pone nerviosa.

—Ajá. Adiós —corto de manera apresurada antes de empezar a hablar de más.

A la hora acordada, Álvaro entra en la gestoría y viene hasta mi mesa. Mierda, se me ha olvidado decirle a la recepcionista que no lo dejara pasar.

—Un segundo —pido haciéndole una señal con la mano, y aviso a Nacho por el chat interno.

—Yo…

—Luego —lo corto. No me interesa lo que vaya a decirme y mientras no haya nadie más conmigo no quiero oír nada. Sigue siendo un manipulador.

Nacho llega hasta nosotros y no puedo estar más agradecida de que no me haya hecho esperar. Entramos en la sala de reuniones y tomamos asiento. Nosotros en un lado y él, en otro. La tensión es evidente.

—Tenemos documentos suficientes que demuestran vuestras «irregularidades». El departamento legal lo ha estado revisando y aseguran que tú y tu padre podéis acabar entre rejas —le comunico sin ninguna familiaridad en mi voz, como si no hubiese existido nunca nada entre nosotros.

Se toma unos segundos para asimilar la noticia, aunque no muestra señales de sorpresa. Lo sabe y es consciente de que los hemos pillado.

—Creo que podemos ofrecerte un trato.

—¿A cambio de no denunciarnos? Viniendo de vuestra parte, suena más a chantaje.

—Vais a quedaros en la gestoría...

—Y, además, os vamos a actualizar las tarifas —me interrumpe Nacho—. Vuestro bufete ha gozado de ciertos privilegios debido a tu «cercanía con la familia» —expresa con retintín—, pero, como ahora la situación ha cambiado, creo que es justo que paguéis lo mismo que los demás.

Álvaro lo mira incrédulo y empieza a mostrarse nervioso.

—¿Tú estás de acuerdo con esto? —me pregunta directamente a mí, conocedor de mis debilidades.

Su mirada pretende ablandarme y poner en peligro el plan, pero no surte el efecto esperado porque ya no soy la misma.

—Lo que yo piense es irrelevante. Trataréis con un compañero mío y yo le ayudaré al principio… —continúo explicándole.

—Si yo caigo, tú caes. Eres mi gestora —me amenaza señalándome con el dedo.

—Preocúpate mejor de quién os va a defender a vosotros. Aunque os estamos ofreciendo una alternativa más económica que los costes de un juicio —contraataca mi primo. Doy gracias al cielo de tenerlo a mi lado. Yo no sé si sería capaz de mantenerme firme tanto tiempo.

Álvaro se queda callado un rato mientras digiere toda la conversación. Se siente acorralado y su plan de manipularme no le ha funcionado. Porque ya no estamos juntos y me ha hecho tanto daño que no puede importarme menos que él se sienta mal.

Parece pensarse mucho la respuesta, pero él es abogado, como mi primo. Estudiamos la misma carrera los tres, aunque cada uno se haya especializado en materias diferentes. Por eso sabe que no tiene escapatoria. Se ha pasado de listo y su ambición lo ha llevado a traspasar el límite, así como su exceso de confianza le ha hecho creer que era posible, que nadie se iba a enterar si lo hacía «bien». No contaba con que, por nuestra relación, me había dado acceso a demasiadas cosas. «Necesito que controles que todo está bien», me pedía. Debió de creer que siempre estaría de su lado.

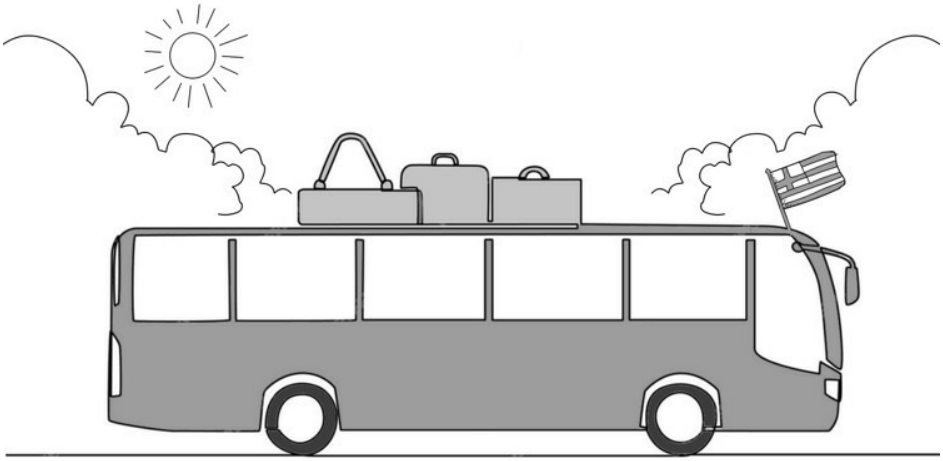
—Sabía que era un error confiar en ti. Mi padre me lo advirtió, me sugirió que no mezclara las cosas… —Sonríe de manera sarcástica y agita la cabeza de lado a lado—. Nunca pensé que alguien como tú fuera a traicionarme.

—¿Yo te he traicionado a ti? —lo encaro, y no me reconozco.

—Me estás cobrando bien caro lo que he hecho. ¿Acaso querías que me casara contigo sin tenerlo claro?

Tengo ganas de llorar y lo único que se me ocurre es salir de la sala y de la oficina. Camino hasta llegar a La Cantina de Nancy y me refugio en una mesa apartada del fondo.

No puedo creer que me intente hacer quedar a mí como la mala después de todo lo que él ha hecho. No sé en qué momento me enamoré de él y lo idealicé de esa manera. No es más que un pedazo de mierda que arruina la vida a los que lo rodean. Solo me quería porque era la relación formal que necesitaba para aparentar en su trabajo, con los amigos de su padre. Nunca me ha querido y nunca le he importado. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. Mucho antes.



22. No contéis con mi apoyo

HUGO

«Emergencia familiar» es el escueto mensaje que ha escrito mi hermano en el grupo en el que estamos nosotros y nuestros padres. Ese es el motivo por el que he salido antes del trabajo y me dirijo a la urbanización donde ellos residen. Normalmente pensaría que es una exageración y saldría a mi hora, pero estoy acojonado. ¿Tendrá que ver con que esté saliendo con Nía? ¿Se habrá enterado? Creo que si alguien entrara en mi casa se daría cuenta de que he pasado la noche fuera. Pero solo mi madre tiene una copia de las llaves y ella jamás entraría sin avisarme ni les contaría que no he dormido en casa.

—Eres un estúpido, hijo… —La voz de mi padre reprochándole algo a mi hermano me hace entender que no me han esperado para empezar a hablar del asunto. ¿Para qué me hacen venir entonces?

Avanzo hasta el salón y los encuentro sentados y muy tensos. Mi madre, en cambio, solo muestra preocupación y tristeza.

Pido que me pongan al día. Álvaro me explica lo sucedido en la gestoría de Nía sin dejar de examinar mi reacción. No sé cuál espera que sea mi respuesta, pero nunca le he dado muestras de estar del lado de la ilegalidad.

—Según me comentas, no van a denunciar a nadie. ¿Cuál es el problema?

—Nos está chantajeando. ¿Eso te parece bien?

—No, tampoco.

Respondo muy escueto porque no me apetece hablar demasiado y que se enteren de nuestra relación, pero me parece que Nía y su primo simplemente están defendiendo su negocio. Sé lo que un cliente de este calibre significa en el plano económico para una pequeña gestoría como la suya y que, si lo pierden, es posible que haya despidos. Me crea un dilema moral porque no puedo aprobar un chantaje, pero si Álvaro y mi padre están en esta situación es porque tampoco han actuado bien.

—Nos vas a costar una fortuna, hijo —le recrimina mi padre.

—Fue idea tuya que saliera con ella —lo culpa de vuelta, y no me gusta nada el cariz que está tomando la conversación.

—Porque me aseguraste que sería fácil manejarla para nuestro beneficio.

—¿Cómo? —pregunto, y no me avergüenzo de interrumpir tan deleznable discusión.

—Y lo ha sido hasta ahora… No sé qué le pasa, está… diferente —responde, ignorándome, con el desconcierto impregnado en su voz y sus gestos.

—¡Que huiste de casa con una triste nota a un mes de la boda porque has dejado embarazada a otra! —lo acuso.

—Shhhhhh —me pide, aunque ya se han enterado. No me importa en absoluto.

—¿Es eso cierto? —exige saber mi padre, bastante alterado.

—Claro que no…

—Sí. Por supuesto que sí —intervengo. Que asuma las consecuencias de sus actos de una maldita vez.

Disfruto viendo a mi hermano entre la espada y la pared, obligado a contar lo sucedido, aunque me siento asqueado al enterarme de ciertos detalles. Al parecer, él tenía varias relaciones a la vez, además de los escarceos de una sola noche, y no se avergüenza en absoluto de ello. Lo cuenta con una naturalidad que me asombra.

—Papá, estaba con Nía porque me obligaste a buscar una «adecuada» para las apariencias, pero no la quería. A ella sí la quiero y vamos a tener un hijo.

—Pues será un hijo bastardo. Le mandas dinero a la madre, pero necesitas a Nía. Reconquístala y cásate con ella.

—No va a caer esta vez —afirmo.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Tú sabes algo? —me acusa directamente, y no sé si lo hace porque sospecha o simplemente para sacarme información y usarla en su contra, una vez más.

—Muchas cosas, pero no te las diré. Está mejor sin ti. Por una vez voy a ser mejor amigo que hermano. Lo siento, pero ya la has destrozado bastante.

—Hugo, deberías recordar quién es tu familia y quién quiere romperla… —me reprocha mi padre.

—No contéis con mi apoyo —declaro antes de levantarme y salir de casa. Mi padre y mi hermano intentan detenerme con palabras que no me afectan, pero yo me quedo con que mi madre sonríe ante mi reacción. Sé que ella está de acuerdo conmigo.



Tengo que hacerlo. Habría vuelto al trabajo para recuperar las horas perdidas, pero no podría concentrarme sin hablar antes con ella. Ya terminaré en casa lo que no he podido hacer.

He tenido que buscar la dirección por internet porque nunca había venido antes, pero, cuando llego, me quedo alucinado. La oficina es más grande de lo que imaginaba.

La chica de la recepción me mira con recelo y me indica que Nía no está, pero que, además, tiene órdenes de no dejarme pasar. Frunzo el ceño.

«¿Qué?»

—Su nuevo gestor se pondrá en contacto con usted para explicarle los cambios.

—Disculpe, pero creo que ha habido un error.

—¿Usted no es Álvaro?

—No —sonrío aliviado—, soy Hugo, su hermano. Somos gemelos.

Ella levanta una ceja, incrédula, como si no creyera una palabra de lo que estoy diciendo, y me pide que me espere sentado. Le hago caso y veo que marca un número de teléfono.

—Nacho, disculpa que te moleste, ¿te acuerdas de lo que me has dicho antes sobre el exnovio de Nía? Pues ha vuelto y dice que es su hermano gemelo. —Hace una pausa. Estupendo, no me ha creído—. Vale, gracias. Ahora viene —me indica, y no sé si se refiere a Nía o a su primo.

Miro el reloj y compruebo que han pasado cinco minutos. Esta chica y yo tenemos un concepto muy distinto de la palabra «ahora». La oficina es grande, pero no para tardar tanto en llegar.

—Disculpa, ¿sabes si va a tardar mucho? Tendría que estar trabajando…

—El señor Ortiz siempre está bastante ocupado. Aun así, ha decidido atenderle sin cita para un asunto «no urgente».

—Ya, pero insisto, si va a tardar mucho, vuelvo al trabajo y ya hablo con ellos en otro momento.

—Como usted prefiera.

—No va a venir, ¿verdad?

Por su cara, entiendo que eso es lo que está ocurriendo. Nacho tampoco cree que sea yo y lo entiendo. Porque Álvaro sería capaz de recurrir a esa excusa y hacerse pasar por mí.

Decido ir a lo práctico y lo llamo. Da varios tonos y por fin responde.

—Estoy en la gestoría.

—¿En serio?

—No te hagas el idiota.

—Vale, espera, dame cinco minutos y salgo.

La recepcionista me sonríe. No entiendo nada.

—Él dijo que usted tenía su número privado. Que, si de verdad era el hermano, lo llamaría.

«Hijo de… fruta».

Cuando Nacho llega hasta mí, camina con una sonrisa en los labios, me saluda y me acompaña fuera.

—Nía me lo ha contado.

—Ah, ¿sí?

—Lo único que no me mola de todo esto es que tenga que seguir en contacto con él. Pero si está contigo supongo que dejará de manipularla.

—Tranquilo, mi hermano y yo no estamos en nuestro mejor momento. Por mi parte, no van a coincidir más de lo indispensable.

Asiente con una mirada de aprobación que me hace sentir bien. Cuento con su apoyo y eso es importante.

Nacho me cuenta lo sucedido hace unas horas y me explica que Nía ha salido llorando de la oficina.

—Creo que ha sido un error. Me he dejado llevar por el orgullo de verla enfrentarse, pero no estaba lista. Y era innecesario. No los necesitamos.

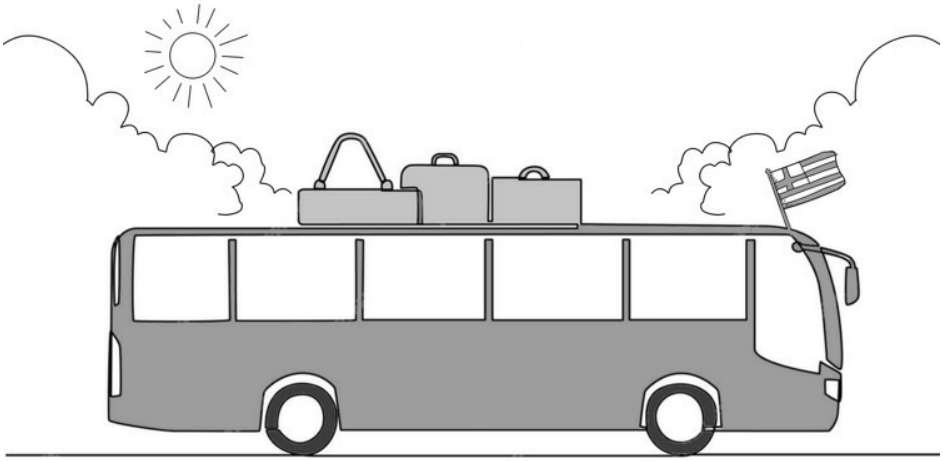
—Me conoces, sabes que el chantaje no puedo aprobarlo y mi familia espera que me posicione de su lado en esta guerra. Mi padre le pide que la reconquiste y se case con ella. —Niego mientras sonrío de manera irónica—. ¿Te lo puedes creer? Estaba con ella porque necesitaba mostrar una imagen de hombre que, claramente, no es. Una mujer con la que casarse y tener hijos para que los amigos de mi padre estuvieran contentos.

—Es repugnante. No sé si quiero mantener este negocio con su dinero, la verdad. Lo siento por la parte que te toca, pero… qué familia.

—Si quieres, puedo ayudaros a encontrar ese cliente que os hace falta. Mi jefe no está muy contento con su gestoría y quería recomendarle la vuestra.

—¿En serio?

—Solo una cosa: si conseguís llevar su contabilidad, os olvidáis del asunto —añado guiñándole un ojo—. Entonces, ¿Nía está en su casa?



23. Tareas pendientes

NÍA

«Te quiero» son dos palabras que han perdido su valor. Cada vez que alguien las pronuncia sin sentirlas, erosionan un poco más su significado hasta desgastarlo. Creo que muy pocas personas lo dicen de verdad. La mayoría, no obstante, las usa para manipular, para corresponder, por inercia, por no discutir, por vagancia… Cuando alguien las siente, no es necesario pronunciarlas porque lo demuestra en cada pequeño gesto inconsciente. Cuando preparas un chocolate caliente a la otra persona sin que te lo pida, solo porque sabes que le apetece. Cuando vas a recogerla en coche porque está lloviendo y no quieres que se moje. Cuando preparas su comida favorita después de un día de mierda. Cuando escuchas todo lo que dice y no le haces repetir las cosas veinte veces. Cuando haces equipo en casa y no te conviertes en un parásito. Cuando al llegar a casa la recibes con un «¿qué tal el día?». Detalles que salen sin pensar en que estás haciendo algo por la persona que quieres. Simplemente, deseas que se sienta a gusto porque la quieres de verdad y lo demuestras sin necesidad de hacer «grandes gestos románticos».

Álvaro parecía desvivirse por mí y se le llenaba la boca de «te quieros» con demasiada facilidad. Ahora soy consciente de la falsedad de todo aquello.

El timbre suena. Me arrastro hasta el recibidor para descolgar el telefonillo y abrirle al repartidor de algún vecino que no está en casa. Pero, cuando veo su cara a través de la pantalla, le doy al botón sin tan siquiera preguntar quién es.

Abro la puerta y espero apoyada en el marco a que suba. Es solo un piso, de modo que sube por las escaleras porque con estos ascensores tan *vintage* que tienen los edificios del Eixample tardaría muchísimo más.

—¿Estás bien? —me pregunta nada más verme, y me alcanza para darme un pequeño pico.

El beso me sabe a demasiado poco, pero sé que lo hace así porque espera a que le conteste.

—Sí…

—¿Seguro? —insiste con sus manos en mis mejillas y su boca a pocos centímetros de la mía.

Frunzo el ceño y me separo un poco.

—¿Por qué lo preguntas?

—He ido a la gestoría para verte y he hablado con tu primo.

—Ah… —murmuro—. Pasa —le indico extendiendo el brazo hacia el interior de la vivienda.

Entramos y vamos a la cocina, que es donde estaba trabajando con mi portátil. Enciendo la cafetera y preparo una medida de café natural para los dos. No le pregunto, porque hace años que nos conocemos, de modo que ya sé lo que quiere y cómo lo quiere. Voy a por unas tazas y las coloco sobre la rejilla. Me gusta que se mantenga en silencio y me dé tiempo para pensar en lo que quiero decir.

—¡Qué ingenua! Pensé que podría hacerlo, pero ha sido un desastre. Me siento sucia por recurrir a algo así. Estoy orgullosa por cómo me he enfrentado a él, pero sigue haciéndome daño. Es demasiado cruel, Hugo.

—Creo que tengo algo que puede beneficiarnos a todos.

Alzo las cejas y no me doy cuenta de que la cafetera ya está lista hasta que él me lo indica con un movimiento de cabeza. Doy un respingo y enciendo el botón para que empiece a salir el milagroso líquido negro y lo paro cuando las tazas están llenas. Le acerco la suya, la cual se bebe sin echarle nada, y yo voy a por mi dosis de eritritol, que parece que es el edulcorante de moda. Hasta que se saquen de la chistera uno aún más saludable.

—¿A quién te refieres con «todos»?

—Mi jefe está harto de sus gestores, dice que son unos chapuceros y que, si él no está pendiente de todo, enviarían los números mal. Quería hablarle de vosotros. Es una cuenta similar al bufete. Vosotros no perdéis el diez por ciento de vuestros ingresos, tú dejas de tener contacto con Álvaro y evitas sentirte mal por chantajearlo, y ellos se libran de ti.

—Habías ido a buscarme porque él ya os ha ido con el cuento —conjeturo.

—Mi padre estaba instigando a Álvaro para que te reconquistara y me pedían ayuda para lograrlo.

—No me lo puedo creer… —bufo, dejando la taza aún llena sobre la mesa y moviéndome hacia el salón.

Siento sus pasos detrás de mí y me abraza cuando me detengo. Apoyo mi espalda sobre su pecho y me dejo sujetar por él como si de un ejercicio de confianza se tratara. Estoy tan agotada de este tema que no quiero ni seguir hablando de ello.

—¿Te quedas a dormir? —pregunto, o suplico, más bien.

—Tengo que terminar unas cosas del trabajo —anuncia, y siento cómo traga saliva con cierta dificultad—. He tenido que salir antes porque había una «emergencia familiar». No obstante, por muy moderna que sea la empresa en la que trabajo, tengo que hacer mis horas y cumplir mis objetivos. He venido a ver cómo estabas porque me había quedado preocupado, pero debo volver.

—Puedes terminar y venir solo a dormir —insisto.

—¿«Solo a dormir»? —Puedo imaginarme la sonrisa que está dibujando por la voz que ha puesto. Sus manos se agarran con fuerza a mis caderas y me aprietan contra él. Siento un calor inmediato en el trasero al chocar con un principio de erección.

—Tú sabes que no existe «solo dormir».

—Ya me entiendes…

—Así que lo que quieres —empieza a susurrar con voz ronca en mi oído mientras su mano derecha se cuela dentro de mi pantalón— es que me vaya, termine el trabajo, para luego volver

aquí —un dedo me acaricia el clítoris y me arranca un jadeo involuntario— a seguir con esta otra tarea pendiente y dormir.

—Ajá —gimo, y me abandono a él.

El pantalón no permite grandes movimientos y, cuando voy a desabrocharlo para facilitarle el trabajo, me detiene, saca la mano y se lleva un dedo a la boca.

—Luego vuelvo y sigo con eso —anuncia, soltándome y dejándome completamente aturdida en mitad del salón.

Me doy la vuelta, frustrada, esperando encontrarme con una sonrisa provocadora, pero está observándome de manera seria.

—Cualquier cosa me llamas, ¿vale? Si se pusiera en contacto contigo o se presentara aquí…

Asiento. Me observa con atención un par de segundos más y empieza a caminar hacia la puerta.

—¿Me dejas así? —suplico desesperada.

—De esta manera me aseguro de volver porque he dejado algo a medias —explica guiñándome un ojo.

Quiero acompañarlo hasta la puerta, pero estoy bloqueada aquí en medio. Él aprovecha mi estado para abrir y despedirse desde la distancia con la firme promesa de regresar para resolver todos los asuntos pendientes. Me hace sonreír. Lo amo.

Tardo unos segundos en recordar que yo también estaba trabajando antes de que él viniera, así que vuelvo a la cocina para continuar por donde lo dejé. Aunque esto sea mucho más aburrido y no pueda evitar echarlo de menos. Aún siento un cosquilleo allí donde sus dedos han estado que dificulta la tarea de concentrarme. De modo que me distraigo constantemente. Que el móvil no pare de vibrar por la llegada de nuevos mensajes no ayuda. Decido revisarlo y veo que es el grupo familiar.

Mamá:
Nía, este domingo es la noche de San Juan. Vendrás a la barbacoa, ¿verdad? Todavía no te he visto desde que volviste. Aunque si nos vemos antes, mejor, cariño.
Papá:
Está bien, cielo, aunque muy cansada.
Mamá:
Pues no sé de qué estará tan cansada. Ha estado dos semanas de vacaciones.
Nacho:
Sí, sí. «Vacaciones»…
Papá:
Yo solo sé que la he visto muy animada, pero con aspecto de no haber dormido en días.
Tía Inés:
Hijo, ¿tú sabes algo?
Nacho:
¿Yo?

Yo:
Por cierto, papá. Ya he resuelto el asunto del bufete.

Papá:
Sí, Nacho ya me ha contado.
Tía Inés:
En este grupo no se habla de trabajo.
Papá:
Sabes que no me gusta nada lo que estás haciendo.

Yo:

Tranquilo, he encontrado otro posible cliente de tamaño similar. Así podemos enviar a Álvaro y a su padre a tomar por culo de aquí.

Mamá:
Esa boca.
Papá:
¿En serio?
Tía Inés:
En este grupo no se habla de trabajo.
Papá:
Vale, hija, mañana lo hablamos.

Creo que he podido desviar el tema de mi «no-descanso». A ver si nadie lo retoma. Me apunto mentalmente ir a ver a mi madre mañana a la salida del curro, algo que quería hacer hoy, pero que finalmente he descartado por no sentirme con fuerzas. Vuelvo al ordenador y regresan las notificaciones.

«¿Por qué?».

Veo que es mi primo y suspiro aliviada.

Nacho:
Medalla de oro a la que mejor desvía la atención.

Yo:
Cabrón. Solo te ha faltado contarlo todo.

Nacho:
Ah… ¿Es un secreto?

Yo:
Idiota.

Nacho:
Ja, ja, ja. Tranquila.
Nacho:
Yo creo que se alegrarían, están bastante preocupados. ¿Vas a llevarlo a la cena?

Yo:
¿Estás loco? Como me presente con él, le arrancan la cabeza.

Nacho:
Quizá si hablas con ellos antes…

Yo:
Grrrrr.

Nacho:
Vale, vale, ya paro… ja, ja, ja.
Nacho:
Por cierto, creo que ya es hora de apagar el ordenador.

Yo:
Si sabes que sigo trabajando es porque tú también estás conectado.

Nacho:
Solo había entrado a revisar una cosa.
Nacho:
Venga, no trabajes mucho y cuídate, ¿vale?
Nacho:
Intenta dormir bien esta noche [emoji de guiño].

Y**o:**
¡Nacho!

Varios emojis de partirse de risa sirven como despedida. Me quejo mucho, pero es genial tener un primo así, ¿verdad?

Reviso los *e-mails* pendientes y decido hacerle caso. Termino de redactar el último, le doy a enviar y cierro todo. Hasta mañana.

Me preparo una infusión de frutos rojos y me hago una lista mental de las tareas pendientes. Tengo que meter todas las cosas de Álvaro en una caja y ~~guardarla en el trastero~~ pedirle a Hugo que se la lleve a casa de sus padres. Tengo que cambiar la decoración de la casa para ~~dejar de ver a Álvaro por todas partes~~ que hable de mí.

El piso en el que Álvaro y yo hemos vivido los últimos dos años perteneció a mi abuelo paterno. Mi primo y yo nos vinimos a vivir aquí cuando estudiábamos en la universidad, ya que está a pocas calles de distancia y, como sobraba una habitación, Lara se vino conmigo, muy a pesar de mi primo. Al terminar la carrera, Álvaro y yo alquilamos un apartamento diminuto, pero con una gran terraza, en un pueblo cercano, rodeado de naturaleza. Era precioso y decorado con muy buen gusto. Allí aprendimos a convivir y nos unió aún más. Aunque, también, viví algunos de los episodios más tristes al enterarme de sus infidelidades.

Supongo que me vi tan encerrada allí y apartada de todos que le propuse buscarnos otra cosa. Él estaba empezando a ganar mucho dinero, mientras que mi padre me delegó ciertas tareas de su área, comencé a tener trabajadores a mi cargo y mi salario también se vio incrementado de manera considerable. Podíamos permitirnos otra cosa. Aunque, cuando esta idea llegó a oídos de su padre, quiso «ayudarnos» regalándonos una casa. «Para cuando la familia crezca», comentó como si nada.

Me agobié mucho. No quería eso. No quería que nadie pensara que salía con él por dinero y no quería estar atada a él de aquella manera. Por suerte, en una comida con mi familia, mi tío nos recordó que el piso del abuelo estaba libre. Nacho también se había buscado otro lugar más acorde a él y nuestros padres lo habían reformado y puesto en Airbnb para generarle algo de rentabilidad.

Llevé a Álvaro a ver el piso y le encantó. Estaba cerca de su trabajo, del mío, del centro, de todo. Era grande, tenía una terraza enorme, más aún que la del apartamento, tendríamos una habitación con baño dentro y un vestidor bastante amplio. Una habitación de invitados con su propio baño y un despacho. Además del gran salón-comedor con cocina abierta, que se veía desde la entrada.

De modo que ya es hora de hacerle algunos cambios y empezar a sacar todo lo que me recuerde a él.

Volviendo a la lista de tareas, debería ir pidiendo cita a la peluquería para cortarme las puntas y hacerme la manicura. Ya que estoy, pedir también una limpieza facial. ¿Qué más?

Abro la nevera para buscar alguna fruta y me la encuentro prácticamente vacía.

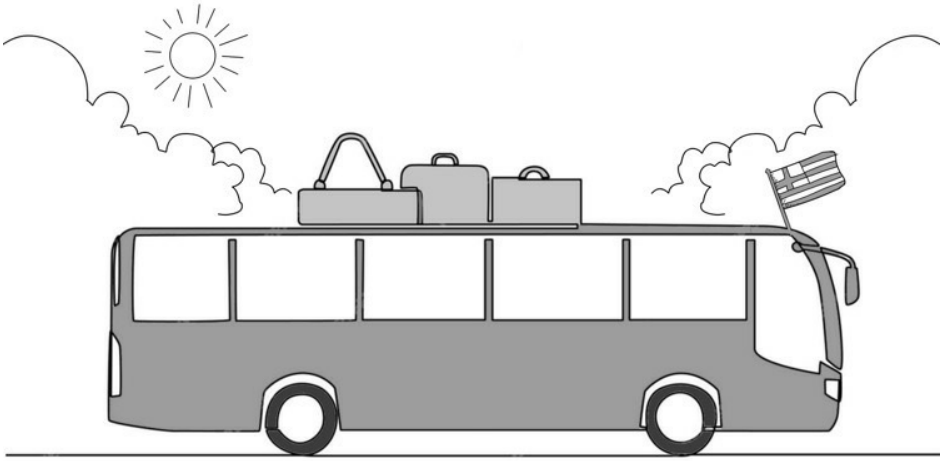
«Pues claro, si te fuiste de viaje y le indicaste a tu madre que se llevara todo lo que iba a caducar».

Vale, otra tarea importante: hacer la compra. Ya mismo.

Doy el último sorbo, cojo el bolso y salgo. ¿Cómo es posible que no haya abierto la nevera desde que llegué?

«Pues a ver, bonita, ayer estabas pegada a Hugo y pedisteis algo para cenar. Para desayunar te has parado en la cafetería de la esquina y has pedido un café para llevar y una napolitana de crema. Y, para comer, como siempre, has ido a La Cantina de Nancy».

Vale, sí. Pues voy a llenar la nevera y a preparar una cena increíble para esta noche.



24. La mejor madre del mundo

NÍA

Una tortilla de patatas precocinada, una ensalada y un salmorejo de brik es la cena que he podido preparar. Hugo me mira con una ceja arqueada creyendo que le estoy gastando una broma.

—No me mires así. Quería preparar algo guay para los dos, no para ti en plan mujercita de los años cincuenta —recalco levantando el dedo índice—, pero cuando he llegado a casa me he dado cuenta de que no me daría tiempo a hacer lo que tenía pensado, así que he tirado de básicos.

—Vale.

—¿Vale? —cuestiono. ¿Qué quiere decir?

—Me encanta la tortilla. —Se encoje de hombros—. Otro día podemos hacer esa cosa tan especial.

No me pasa inadvertido ese «podemos», dando a entender que quiere participar en la elaboración. No es algo a lo que esté habituada, recordad que vivía con un parásito.

—Tampoco es nada del otro jueves —murmuro restándole importancia.

—Da igual. Cualquier comida contigo se vuelve especial. Aunque sea algo que ha cocinado una máquina en una fábrica a cientos de kilómetros de aquí.

—Te había quedado una declaración preciosa. Lástima que la hayas tenido que estropear con esa ironía tuya tan borde y carente de gracia.

—Pues pretendía ser un cumplido.

—Ah, ¿sí?

—Te estoy diciendo que tú eres especial y que conviertes en especial cualquier cosa.

Vale, ahora sí que me ha dejado con la boca abierta y sin saber qué responder.

—¿Comemos?

Asiento, aún con la boca abierta como si fuera lerda. Suerte que no está Lara aquí para decirme que deje de babear, que parezco un bebé al que le están saliendo los dientes.

Si no le gusta la cena no se le nota. Me habla sobre su trabajo y me encanta ver la pasión que le pone a todo lo que hace. A mí, auditar me parece aburridísimo, pero él hace que parezca el trabajo más emocionante del mundo. Me cuenta que su jefe tiene un humor extraño que nadie entiende, salvo él, que parece cortado por el mismo patrón. Es un hombre de unos cuarenta y muchos, casado y con cuatro niñas. Según Hugo, porque iban en busca del niño y nunca llegó. No descarta que tengan otro. Por las cosas que me cuenta, le tiene bastante aprecio y es como un padre para él. Me alegro por eso, porque el biológico deja mucho que desear.

Cuando me pregunta sobre lo que ha pasado hoy me quedo callada de repente.

—Pensaba que ya lo sabías.

—Me gustaría conocer tu versión.

Lo observo unos segundos. Sus ojos me estudian con cierta calma y no muestra señal alguna de tensión. Creo que es otra manera de mostrar su aprecio y preocupación, interesándose por mí para poder calmar mi malestar.

Le cuento todo y no puedo sentirme más escuchada e importante en este momento. Cree lo que yo le cuento y no desconfía ni me juzga. Tal y como alguien debe actuar con su pareja.

—Iba a contártelo, no quiero que pienses que…

—No pienso nada de eso —me corta con demasiada calma en su voz.

Abro la boca. La cierro. Estaba cogiendo carrerilla y ahora que me ha interrumpido me cuesta seguir.

—Pero, si hubieras hablado antes conmigo, te habría contado lo de mi jefe y nos habríamos ahorrado esto.

—Ya…, fue un impulso. Quería… quería ser valiente y…

—Tendrás más ocasiones de serlo, y yo estaré contigo.

Me deja sin palabras. Otra vez. Porque él es tan intenso cuando me habla que nunca sé qué responderle. Decido cambiar de tema.

—Mis padres hacen una barbacoa la noche de San Juan. ¿Querrías venir?

—¿Tú quieres que vaya? —inquiere levantando una ceja. Qué astuto—. Cariño —¡me ha llamado «cariño», me ha llamado «cariño»!—, no sé por qué no quieres que se enteren, pero lo harán tarde o temprano. Tu primo parece encantado, ¿por qué crees que con los demás sería distinto?

—No les gustará que siga involucrada con su familia. —Entrecierro los ojos—. Tu familia. Vuestra…

—Repito, se acabarán enterando.

—¿Querrás venir, sí o no? —vuelvo a preguntar, porque no me gusta el rumbo que ha tomado esta conversación. Esperaba que me dijera que no podía. O que sí, y tener que contarlo a mi familia por narices.

—No —responde seco—. Si tú no quieres que vaya, no quiero meterte en ese aprieto.

—Aprovecharé para tantear el terreno —propongo, aunque a él no parece convencerle mucho mi respuesta. Supongo que esperaba otra.

Se limpia los labios con la servilleta y vacía su vaso. La nuez le baila al ritmo de los últimos tragos de agua. Al terminar, y sin decir nada, se levanta y recoge su plato para llevarlo a la cocina.

—¿Te vas? —pregunto, muerta de miedo. No puede irse así, no podemos discutir por tonterías y enfadarnos.

—Solo si tú quieres que me vaya.

Él y su manía de dejar siempre la pelota en mi tejado.

—Jamás te echaría de mi casa. No sin follar antes —puntualizo con una sonrisa.

Nos reímos y creo que he conseguido rebajar la tensión.

—Perfecto. Follamos y «hasta luego, Lucas», ¿no? ¿Ahora soy tu Satisfyer personal? —bromea.

—Eres mucho más que eso. Eres mi… —alza una ceja, retándome a decirlo— novio.

—Novio… —pronuncia de manera grave mientras se rasca la mandíbula.

—Sí.

—Me gusta cómo suena —confiesa acercándose y agarrándome de las muñecas para tirar de mí y levantarme.

Me aprieta contra él, con sus manos en mi culo, y yo pongo las mías alrededor de su cuello. Nos besamos y vamos dando pasitos en dirección al dormitorio principal. Nos chocamos con algo y reímos, pero sin despegar nuestros labios. Nos caemos sobre la cama y la ropa vuela por los aires.

Soy feliz con él y estoy orgullosa de cómo hemos redirigido esta pequeña discusión.



—¿Sabes qué me dijo ayer mi padre cuando le conté la mierda de plan? —planteo mientras espero que el café salga y Hugo prepara unos *bagels* con queso crema y salmón.

Quizá no tiene importancia, pero está tan guapo solo en calzoncillos, preparando el desayuno, que me dan ganas de hacerle una foto para enmarcarla y ponerla en algún lugar privilegiado de la casa. Eso ayudaría a borrar la huella de Álvaro. Sí, aunque parezcan idénticos. Él jamás preparaba el desayuno así de servicial, como si pasar ese rato juntos fuera lo que más le apeteciera hacer. Otra vez comparando, vaya.

—¿Que era una mierda de plan? —responde con ironía.

—¡Has dicho «mierda»! —Lo señalo con el dedo, fingiendo estar escandalizada.

Se ríe, aunque sé que está mordiéndose la lengua.

—Me estás llevando por el mal camino. ¿Qué te dijo, a ver?

Reviso las tazas y veo que ya están llenas. Le doy al botón para detener la cafetera y me agarro a la encimera sin despegar los ojos de él.

—«No quiero que tengas nada que ver con esa familia nunca más».

Aparta la vista de lo que está haciendo para fijarla en mí. Ya no me río y él tampoco.

—Vaya.

Me muerdo el labio y no sé por qué me entran ganas de llorar.

—Por eso no quería llevarte a la barbacoa. Pero…

—No hace falta que me expliques nada. Eso ya estaba aclarado.

—No. ¿Querrías venir conmigo? Por favor.

Levanta las cejas y creo que no está muy convencido de ello.

—¿Tú quieres que vaya?

Y dale con esas preguntitas.

—Sí.

—¿Por qué? —me reta.

—No tengo nada que esconder. Y porque… —agacho un poco la cabeza y él se acerca a mí— quiero hacerles ver que estoy bien. No me lo expresan con esas palabras, pero me tienen lástima. —Suspiro. Sus brazos me rodean y lo miro a él de nuevo—. Tú mismo lo mencionaste, algún día se enterarán porque mi intención es que esto dure.

—La mía también —confirma, antes de juntar nuestros labios y regalarme el mejor de los calmantes.

Tanto pasamos así que no oímos el sonido de la puerta hasta que se cierra de un portazo. Ambos nos apartamos sobresaltados y descubrimos que mi madre acaba de entrar y viene hacia nosotros sin dejar de mirar a Hugo con mucha ira.

—¿Ya te ha vuelto a liar? —me reprocha—. ¿Qué ha sido esta vez? Me juego lo que quieras a que solo intenta librarse de la cárcel.

—¡No es él, mamá, es Hugo! —exclamo antes de que siga haciéndome sentir mal, porque al final todos continúan creyendo que soy una blanda.

Mi madre lo mira de arriba abajo y Hugo trata de taparse un poco con una mano mientras le tiende la otra para saludarla. Ella hace lo mismo con la boca completamente abierta.

—¿Hugo, su… hermano gemelo? —balbucea, mirándome con mucha incredulidad.

—Yo… —carraspea el aludido— voy a vestirme y así os dejo solas.

—Oh, por mí no lo hagas, ¿eh?

—¡Mamá!

—¿Qué? Si yo tuviera veinte años menos… —continúa, y la puerta cerrándose nos confirma que ya no nos oye. O sí, porque está aquí al lado—. Virgen santísima.

—¿Le acabas de mirar el culo a mi novio? —susurro.

—¿Acabas de llamarlo «novio»? —interroga, alzando una sola ceja.

Entorno los ojos y decido ignorar su contraataque.

—¿Qué haces aquí? No puedes entrar así…, ¿y si estuviéramos…?

—¿Cómo iba yo a saber que podía encontrarme con semejante estampa?

—Pues ya lo sabes —zanjo, cruzándome de brazos sobre la enorme camiseta de Hugo que uso para dormir.

«Bueno, dormir…, más bien para cuando sales de la cama».

Mi madre me echa un vistazo y me sonrojo. Jamás nos hemos visto en una situación similar. Siempre ha tenido llave de mi casa para emergencias, pero nunca la ha usado, por lo general llamaba al timbre. Precisamente por si iba a encontrarme en una situación embarazosa, como esta.

Pero como ahora todos piensan que estoy destrozada y llorando a mares todo el día…

—¿Y desde cuándo…? ¿Por eso te fuiste con él?

—No, mamá. Eso fue porque era más fácil de arreglar con la agencia, ya os lo expliqué. Pero… surgió.

Me mira sonriente y me relajo. Sé que ella lo aprueba porque solo quiere verme feliz y le da igual su familia.

—¿Podrías… no decirle nada a papá aún?

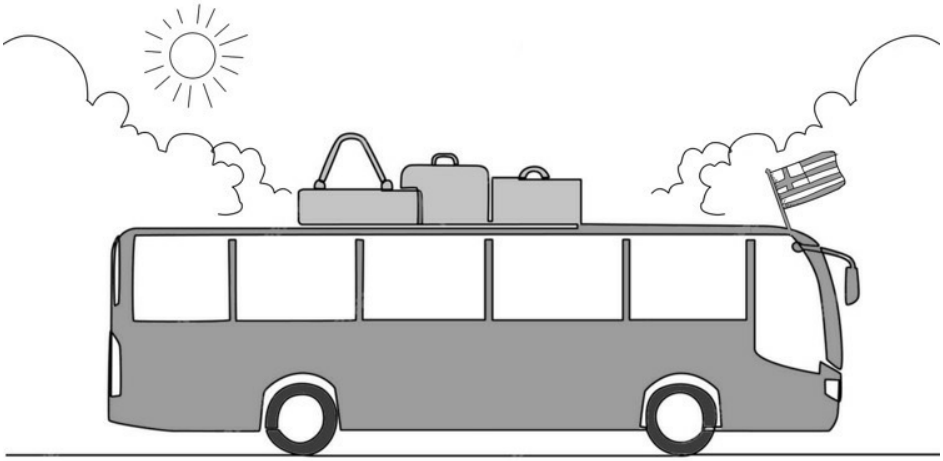
—Tranquila. —Me guiña un ojo.

—Oye, mamá, ¿a qué venías? ¿Ha ocurrido algo?

—Solo quería desayunar contigo y ver cómo te encontrabas. Pero, como ya he comprobado

que estás genial, me iré por donde he venido. Espero verte el domingo, cariño.

Nos abrazamos, nos besamos y hasta lloro de la emoción. Porque ella, para mí, incluso con sus defectos, es la mejor madre del mundo. Y lo acaba de demostrar.



25. Nueva Nía

NÍA

—¿Quieres escucharme?

—¿Eh? —Lara vuelve a fijar la vista en mí y me mira nerviosa.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te tiene tan distraída? —pregunto casi al aire mientras me giro hacia donde sus ojos se dirigían hace tan solo unos segundos. No veo nada interesante, la verdad. Está Nacho hablando con unos compañeros del área de legal al otro lado del *office* y Martina haciéndose un café, pero creo que no queda en su ángulo de visión.

—Nada —responde, y carraspea.

La interrogo con la mirada porque tiene una actitud un tanto atípica. Y estamos hablando de Lara, que es la persona más rara e impredecible que conozco.

Veo que sus ojos la traicionan y se mueven de un lado a otro. Sigo su mirada y solo veo a Nacho saliendo de la pequeña sala que tenemos para comer y descansar.

Un momento…

—¿Le estabas mirando el culo a mi primo?

—¿Eh? No… ¿Qué me decías?

Me lo habré imaginado. Es imposible que mi amiga se fije en mi primo, en este o en cualquier otro universo. Siempre se han llevado fatal, aunque últimamente parecen haber madurado un poco porque se comportan como dos seres civilizados cuando están juntos. Pero Nacho es muy pijo para ella. De modo que decido ignorarlo.

—Que si vas a venir a la barbacoa este año. Ya sabes, hamburguesas, salchichas, la verdura de mi madre, mucho alcohol, ir a la playa a ver los fuegos…

—Lo de siempre, ¿no?

—Sí. —Nos reímos.

Lara no tiene tan buena relación con su familia y casi cada año ha venido conmigo a celebrar este día a casa desde que tenemos catorce años. Menos cuando me dejaba tirada a última hora

porque prefería largarse con un guaperas para hacer cosas indecentes.

—No sé si este año iré.

—¿Has conocido a un motorista, roquero o bombero con el que prefieres pasar esa noche tan mágica?

—Qué va, además, él la va a pasar con su familia.

Abro la boca y agito la mano porque soy incapaz de creer que suelte la bomba de esta manera.

—¡Tía! ¿Cómo no me dices nada?

—Porque ni siquiera sé qué tenemos, llevamos muy poco tiempo.

—Necesito saber más detalles. ¿Es guapo? Claro que es guapo, seguro, vamos. ¿A qué se dedica? Es… no me lo digas, tatuador. Lo conociste haciéndote alguno nuevo. Y… tiene una Harley, y…

—Para, para. No es nada de eso. ¿Qué imagen tienes de mí?

La miro escéptica porque no cuela. A Lara le atraen los malotes como a la que más. Va en moto a todos lados porque dice que es mucho más ágil que los coches. En eso le doy la razón, aunque a mí me aterran las motos y cada vez que voy con ella me da un puto infarto. Tiene varios tatuajes y siempre está queriendo convencerme para que me haga alguno. Cada vez que lo intenta le recuerdo que me dan pánico las agujas, algo que es cierto. ¿Analíticas de sangre? No, gracias.

—La que das —me burlo de manera irónica.

—Pues esta vez no es ningún macarrilla, como solías llamarlos —puntualiza.

—Porque lo eran.

Resopla. Sabe que tengo razón, pero no me la va a dar porque es así de orgullosa.

—Da igual, es secreto, ¿vale? Por eso no voy con él.

—Vale. —Quiero insistir porque somos amigas y me muero de curiosidad. Pero recuerdo que yo también le estoy ocultando lo de Hugo porque me «prohibió» enamorarme de él, así que… me callo—. Pero, entonces, no entiendo por qué no vienes con nosotros.

«A ver, bonita, si viene se enterará de lo de Hugo».

Pongo los ojos en blanco internamente. Qué asco de vida todo, de verdad.

—Lo pensaré.

Es una respuesta tan educada y comedida que no me suena a ella. Creo que está zanjando el tema para no hablar más de ello y decido dejarlo estar. Miro el reloj y alucino con lo rápido que pasa el tiempo.

—Mierda, tengo que volver.

—¡Ostras, sí!

El resto de la mañana pasa como siempre. Responder *e-mails*, atender llamadas, recalcular impuestos, elaborar facturas… Hasta que un mensaje me saca una sonrisa que no pasa desapercibida para nadie.

> **Hugo:**
> Mi jefe te llamará esta tarde. Ya está hecho, pero quiere hablar contigo y conocerte.
> **Hugo:**
> ¿Qué tal la jornada? Han pasado solo unas horas y ya te echo de menos. Estoy demasiado acostumbrado a verte todo el día. ¿Cuándo volvemos a viajar a algún lugar?

¿Morimos ya de amor?

«Sí».

Los recuerdos de esta mañana me asaltan. El polvazo que hemos echado antes de desayunar, las caricias, los besos… Mi madre. Ay, Dios. Hugo se ha estado descojonando hasta que se ha ido a trabajar.

«Ya ves, cariño. Si me dejas, quizá pueda probar suerte con tu madre», ha sido lo primero en decirme tras volver a la cocina, aún en bóxers. Seguro que había estado poniendo la oreja. Y yo me he reído con él, porque no podía hacer otra cosa que ser así de feliz por tener el mejor novio —ahora sí— y una familia que me quiere.



—Mi madre es vegetariana.

—Lo sé. Has salido con mi hermano. Tus padres han venido a comer a casa varias veces al año —me tranquiliza Hugo con su mano en mi rodilla, algo que termina por ponerme más nerviosa.

Esta semana nos hemos visto mucho, hemos compartido casi todo nuestro tiempo libre y hemos «convivido», podría decirse. Hugo tiene un cepillo de dientes y algunas mudas en mi casa, así como yo tengo un kit básico y algunas prendas en la suya. No sé si porque nuestra relación surgió así, «pasando todo el día juntos y compartiendo cama», pero ahora se nos hace imposible cenar y dormir solos. De modo que surgió de manera natural y espontánea en la conversación que a lo mejor podríamos disponer de lo necesario en la casa del otro para evitar hacer viajes innecesarios y aprovechar más las mañanas.

Quedé con mi madre un día para ponerla al tanto de todo y me alegra saber que es una aliada en este asunto. Lara sigue sin soltar prenda sobre quién es el amante misterioso, pero ha declinado mi invitación a la barbacoa cada vez que se lo he propuesto. Todo esto me parece muy raro y solo espero que no sea ninguna de las cosas horrorosas que me estoy imaginando. ¿Creéis que es alguien tan celoso que no quiere que salga ni con sus amigas? ¿Le habrán diagnosticado algo chungo? Ojalá que no sea así.

¿Por qué no quiere decirme nada?

En fin, conduzco hacia casa de mis padres porque es mi terreno y mi familia. A pesar de estar histérica porque me aterra la reacción de mi padre cuando me vea aparecer con Hugo. Mi madre me ha comentado que dejó caer que iría acompañada, pero no le ha especificado ningún nombre.

—Y mi padre…

—Tu padre no come ternera porque de joven participó en un reto y ahora le da asco hasta el nombre.

—¡Dios!

—Tranquila…

—Quiero que le caigas bien a todos.

—Bueno, a tu madre ya me la he ganado —bromea y, por fin, aflojo un poco esa angustia.

—No me recuerdes eso, por favor —comento riéndome como un cerdito. Mierda, no, ¿por qué?

—Incluso con ese ruidito eres encantadora.

—Sí, claro.

Aparco tres calles más abajo, tras dar varias vueltas. El adosado de mis padres está a unos cien metros de la primera línea, por lo que aparcar aquí siempre es bastante complicado. Hoy más porque mucha gente viene a la playa a cenar y a ver los fuegos.

Toco el timbre y mi madre me abre la puerta a los pocos segundos. Nos saludamos con un abrazo y Hugo le entrega un vino que parece muy caro y exquisito. No sé si pega con una barbacoa, pero él está convencido de que ese, en concreto, es estupendo en todas las ocasiones. Habrá que hacerle caso.

Recorremos el pasillo hasta la cocina para salir al patio trasero y nos encontramos a Nacho buscando cervezas en la nevera. Me sonríe y me guiña un ojo mientras saluda a Hugo y le dice que se alegra de que haya venido.

«No estoy yo tan convencida».

Al atravesar el umbral, nadie se percata de nuestra presencia. Hasta que mi madre avisa a todos de que «la niña ya está aquí».

«Gracias, mamá».

¿Captáis la ironía?

Veo varias caras extrañadas, alegres y una que no sé qué significa. Pero mi padre no muestra ni una ni otra. Parece molesto.

—¿Qué significa esto, Nía? —me reprocha.

Hugo me aprieta la mano para darme ánimos y, de reojo, vislumbro a Nacho a mi otro lado.

—Papá, no es Álvaro.

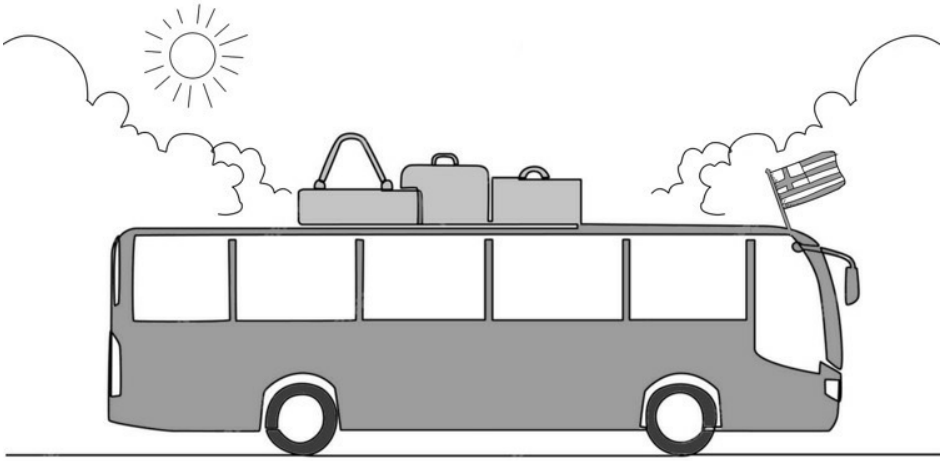
—¿Es que no puedes enamorarte de otro que no sea un maldito Arias? —me reclama con un tono entre la decepción y la resignación. Pero no está enfadado.

El nudo que se me había creado en el estómago de la nada desaparece y me permito sonreír cuando él lo hace. Me separo de Hugo y voy corriendo a abrazarlo porque entiendo que, aunque la idea de seguir unida a esa familia no es algo que le agrade, me apoya y respeta.

La cena se desenvuelve como siempre, entre chistes y anécdotas del pasado. Mi padre y mi tío se han propuesto avergonzarme frente a Hugo recordando los momentos más humillantes de mi vida. Pero él sonríe y me abraza. Me siento bien.

Después de varias horas de comida y música de cuando mis padres eran jóvenes, recogemos todo y salimos hacia la playa para ver los fuegos y darnos un baño nocturno. Yo voy achispadilla debido a que el vino que ha traído Hugo y los chupitos de licor de mandarina de mi tía han creado una mezcla poco recomendable.

El mar está frío y, aun así, lleno de gente. Me sumerjo del todo porque alguien aseguró alguna vez que eso daba suerte y no sé si será verdad, pero ahora mismo la necesito. Quiero hacer borrón y cuenta nueva a mi vida, empezar de cero y mostrar una nueva versión de mí. Una Nía que no tenga miedo de decir lo que piensa ni de pelear por lo que quiere, que no se deje arrastrar más y se dé el valor que tiene a sí misma. Que no pierda el tiempo en personas que no valen la pena. Esa quiero ser y me propongo serlo desde ya mismo.



26. Álvaro tiene a quién parecerse

HUGO

Sigo sin creerme que Nía y yo estemos juntos. Mi hermano solía burlarse de mí diciendo que estaba obsesionado con ella. Pero ¿qué sabrá él, si nunca se había enamorado de nadie? La quería tan poco que nunca le importaron mis sentimientos hacia ella. Bueno, miento, no le importaron mientras ellos seguían siendo la pareja de moda. Ahora que la ha dejado, todo parece indicar que no soportaría la idea de verla conmigo. Por ese motivo, nuestra relación debe mantenerse en secreto para mi familia durante un tiempo.

He quedado con Nía en esta cafetería nueva que descubrí un día en una reunión informal de trabajo. Creo que es muy de su estilo.

Llega tarde y me impaciento. Me acaba de escribir disculpándose porque ha salido un poco más tarde de lo previsto, aunque asegura que ya está en el metro. Le propuse ir a recogerla a la gestoría, pero se negó. Supongo que no le apetece que la vean conmigo para evitar habladurías tras lo ocurrido con mi hermano.

Empiezo a trastear con el móvil hasta que siento una mano femenina sobre mi hombro. Me giro esperanzado al suponer que es Nía, pero la sonrisa se vuelve nerviosa al descubrir a mi madre acompañada de mi padre.

—¡Vaya! ¿Qué hacéis aquí?

Honestamente, es el último sitio en el que esperaba encontrármelos. No parece muy de su estilo, sobre todo de él.

—Tu madre, que quería ir a algún sitio nuevo, más moderno, y una amiga le recomendó este —explica echando un vistazo al local mientras trata de disimular lo poco que le agrada.

—Pues el café está exquisito, seguro que os encantará.

—Oh, ¿ya has venido antes, cariño?

—Sí, tuve una reunión.

—¿Una reunión aquí? —cuestiona mi padre, arrugando el ceño.

—¿Esperas a alguien? ¿Podemos sentarnos contigo? No parecen quedar mesas libres.

Mi madre quiere cambiar de tema y lo agradezco, pero me está poniendo entre la espada y la pared. Al llegar he ocupado la única mesa libre que quedaba y es para cuatro personas, de modo que no me queda otra que aceptar. Solo espero que Nía tarde un poco más en llegar, a ver si me puedo librar de ellos antes de que eso ocurra.

Asiento y ocupan el banco que hay frente a mí. Mi padre masculla algo sobre que los camareros llevan *piercings* y tatuajes como si fuera una ofensa y la decoración es demasiado moderna para él. Tiene ese estilo industrial que está tan de moda ahora y, aunque ves clientes de todo tipo, incluso gente como mi padre, es obvio que él no encaja aquí.

Mientras revisan la carta y debaten entre ellos, aprovecho para escribirle un mensaje a Nía.

Yo:
Mis padres están aquí, me tomo un café con ellos y nos vemos en otro sitio.

Ella está de acuerdo conmigo en no contarles nada, de momento. Por lo que entiendo que dará una vuelta por la zona y buscará otro local.

—Uy, pero si es Nía, ¡Nía! —interviene mi madre, y la saluda estirando el brazo hacia arriba para que la vea.

Me giro y la veo ahí plantada en la puerta, con el horror y la sorpresa reflejados en su rostro, mientras sujeta el móvil en el que supongo que estaba leyendo el mensaje que le acabo de enviar.

«Mierd…, demasiado tarde».

Se acerca con pasos temblorosos y dubitativos, interrogándome con la mirada. Yo intento tranquilizarla, pero lo cierto es que tampoco sé cómo vamos a salir de esta.

—Hola —saluda de manera poco entusiasta. Me mira y sé lo que está pensando. No sabe cómo dirigirse a mí.

«Nía, como siempre. Somos amigos».

—Ey, ¿qué tal la vuelta a la rutina? —pregunto con normalidad.

Ella parece entenderme y me sonríe.

—Bien, supongo. Un poco estresante porque tenemos un cliente nuevo y me toca examinar mucho papeleo.

Sé que se refiere a mi jefe, pero no menciono que conozco ese detalle por no dar explicaciones ni levantar sospechas.

—¿Has quedado con alguien? —inquiere mi madre. Ella niega de manera rápida.

—No, yo… solo estaba por la zona. Hay una librería por aquí cerca que me gusta mucho y mi amiga Lara me habló de este sitio. Había venido a por un café para llevar.

Me asombra lo bien que miente y, por una vez, la envidio. Qué bien que alguno de los dos sepa manejar esta situación.

—Ah, sí, creo que sé cuál me dices. Yo también vengo mucho, el trato al cliente es fantástico —confirma mi madre.

«Vale, eso de que las mentiras hay que sustentarlas sobre algunas verdades para que no te pillen».

—¿Por qué no te sientas con nosotros? Así puedes tomarte ese café con más calma.

—Eeeeh —duda, pero mi madre es muy insistente y termina por sentarse a mi lado—. ¿Ya habéis pedido?

—Hugo sí, pero nosotros acabamos de llegar y estos vagos no parecen dispuestos a tomarnos nota.

—Matías, por favor —lo corta mi madre.

Hace una mueca y se controla. Dios, esto va a ser un desastre.

—Cuéntame, ¿qué tal el viaje? Yo… sabes que te aprecio mucho y te echaré de menos los domingos en casa, pero… te veo muy bien sin él.

—Dora, no te metas.

—Solo he hecho una observación.

—Estoy genial, gracias. La verdad es que ha sido un viaje… impresionante. Me ha venido muy bien —interviene Nía, con una sonrisa enorme. Hasta le brillan los ojos.

—Vaya, me alegro mucho.

—Tranquila, volverás a verla de nuevo. Acabará regresando con él.

—¡Papá!

—Eso no va a ocurrir —balbucea Nía.

—Estoy segura de ello —tercia mi madre muy calmada, y desvía los ojos hacia mí durante un segundo. Creo que lo sabe, pero ¿cómo?

—Sé que mi hijo se ha portado mal, pero sigue queriéndose casar contigo. Simplemente tenía dudas, como todos.

—Papá… —gruño.

—Yo… creo que me voy —murmura Nía mientras se levanta y se cuelga el bolso del hombro. Se despide de mí y de mi madre con una simple mirada y un gesto que lo dice todo.

Me quema la mano por detenerla y mis piernas se agitan por la necesidad de ir tras ella. Pero sería mucho peor, ¿no? Ya habéis visto a mi padre, él ha tomado partido en esta historia incluso antes de saber que hay una historia.

Detecto que mi madre me hace un gesto muy sutil con la cabeza y creo que me indica que vaya a buscarla. Me levanto y anuncio que tengo que hacer una llamada para poder salir sin levantar sospechas. Algo que funciona, porque mi padre parece no enterarse de nada.

Salgo de esa pequeña cafetería y camino por donde la he visto marcharse. La alcanzo a los pocos pasos y la detengo agarrándole la muñeca. Ella se vuelve hacia mí y me observa con una mirada demasiado triste.

—Tenías razón, Hugo. Y yo pensando que mi padre sería la parte más difícil.

—Álvaro tiene a quién parecerse.

—Lo sé. —Resopla—. ¿Qué vamos a hacer?

—Esperar. Cuando mi padre se dé cuenta de que no vais a volver, dejará de insistir.

—¿Por qué tiene tanto interés? Debería odiarme, los he chantajeado.

—Pues por eso mismo. Si estuvieras con Álvaro, mantendrías la boquita cerrada.

—Arrrrrrrrrg —exclama muerta de la rabia—. ¿Cómo puede estar tu madre con alguien así?

Me encojo de hombros. Es algo que yo también me he preguntado miles de veces.

—Bésame.

—¿Qué?

—Hugo, he tenido un día tedioso revisando la documentación de tu jefe. Quería pasar un ratito contigo y he terminado sentada en una mesa con tus padres, fingiendo que seguíamos siendo solo amigos. Necesito que me b…

Estampo mis labios contra los suyos porque me apetece tanto o más que a ella. No poder hacerlo ahí dentro casi me mata. Su lengua busca la mía y no le pongo ningún impedimento. Yo también la necesito a ella y necesito saber que seguimos juntos pese a todo, que superaremos cualquier cosa.

—Lo que me faltaba —oigo gruñir a mi padre. Ambos nos apartamos sobresaltados.

De manera instintiva, agarro la mano de Nía con firmeza y la acerco a mi cuerpo. Ella tiembla y se escuda en mí, buscando mi protección. Mi madre sonríe. Parece feliz confirmando que estamos juntos, aunque no se atreva a decirlo en voz alta en este momento.

—Casi hubiera preferido que fueras gay a que te comieras las sobras de tu hermano.

—Me da igual lo que me digas.

No es verdad, me duelen mucho sus palabras. Por mí y por ella, que también se ve salpicada.

Niega con la cabeza con una sonrisa idéntica a la de Álvaro. Mi cuerpo se tensa porque sé que no se dará por vencido. Están cortados por el mismo patrón.

—Sabes que solo está contigo para darle celos, ¿no?

—Eso es mentira. Álvaro rompió conmigo… —se defiende. Me enorgullece que le plante cara, pero la va a destrozar.

—Y como chantajearlo no te ha servido de nada, vas a por Hugo, que es el débil y siempre ha estado colado por ti.

—¡Basta, papá!

—Solo quiere nuestro dinero y nuestro estatus social.

—Matías, ya está bien. Vamos a casa.

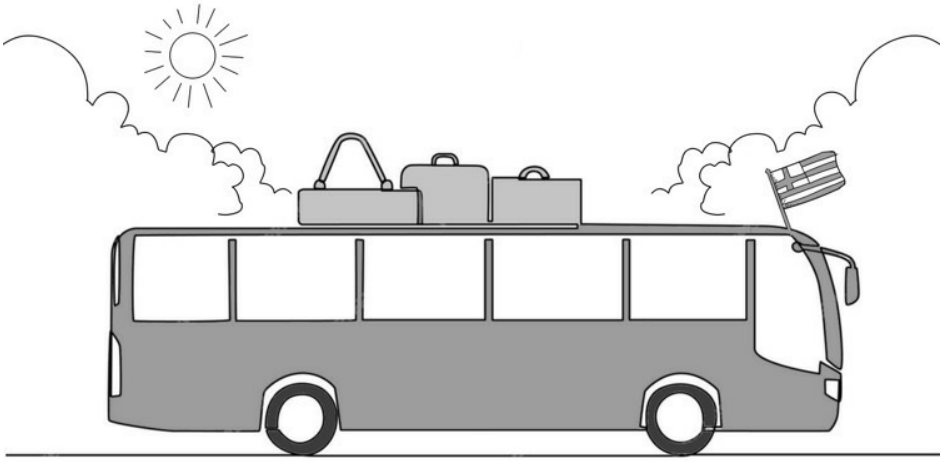
—¿Qué ocurre, Dora? ¿Estás de acuerdo con esto?

—¡Por supuesto que sí! —Mi padre alza tanto las cejas que parece que se le van a salir de la frente—. Nía es una chica encantadora y no es nada de lo que estás insinuando. Y tu hijo está feliz. ¿Es que no lo ves?

Mi padre se muestra incómodo y empieza a mirar a todos lados porque, aunque la gente que está caminando por esta calle sea muy disimulada, no quieren perderse el culebrón.

—Vamos a casa, sí, será lo mejor —anuncia recuperando toda su seriedad mientras emprende su marcha hacia dondequiera que tenga aparcado su Mercedes.

Mi madre nos abraza a los dos y nos susurra que está muy feliz de vernos juntos y que ya hablaremos en otro momento. Se despide de nosotros y va tras mi padre. Ciertamente, sigo sin entender qué hace con él y por qué lo sigue aguantando.



27. Vete

NÍA

«¿Sabes qué? Mi madre lo sabía».

«¿El qué?»

«Que estábamos juntos. Lo intuyó, no sé cómo, pero lo sabía».

Me he pasado los últimos minutos de trayecto hasta casa con el recuerdo de ayer en mente. ¿Cómo puede existir ese nivel de mezquindad en el mundo? ¿Cómo le puede gustar a alguien hacer daño a otra persona? Y si hablamos de familia, aún lo entiendo menos.

Estoy demasiado acostumbrada a vivir en una familia sana y con relaciones muy bonitas. Hay discusiones como en todas las casas. Pero nos queremos y no humillamos a nadie. Supongo que por eso nunca entendí a mi suegro.

Nunca hasta ahora me había tratado así de mal. Siempre fue alguien serio y recio, incluso autoritario. Pero la educación iba por delante. Debí suponer todo lo que encerraba esa falsa amabilidad conmigo mucho antes. Solo era una marioneta, la chica modosita y educada que era perfecta para su hijo. La que le daría la imagen que necesitaba en su trabajo. La esposa, la madre, la que calla, la que tiene la casa perfecta y siempre ofrece una imagen cuidada de sí misma. La que ofrecía estabilidad y contribuiría al mantenimiento de una familia tradicional y de valores cristianos.

Me asquea.

Por otro lado, conservar a Dora como suegra es una bendición. La adoro. Supongo que el nombre le viene como anillo al dedo. Además, nació con una extrema sensibilidad para los detalles y emociones. Quizá por eso se diera cuenta, nada más vernos, de que estábamos juntos.

Llego a casa y me descalzo. Nunca me ha gustado ensuciar el suelo con la porquería de la calle, pero con Álvaro lo di por imposible. Así que ahora disfruto de ir descalza por la casa sin ensuciarme tanto los pies. Me gusta que Hugo respete eso y deje los zapatos en el armarito de la entrada sin que tenga ni que pedírselo.

Enciendo el altavoz y pongo *Try*, de P!nk a todo volumen mientras voy al cuarto para ponerme cómoda. Un *short* y una camiseta básica de tirantes sin sujetador. Total, con lo enanas que tengo las tetas ni me hace falta. Guardo las cosas que he comprado en la nevera y empiezo a preparar la cena.

Cuando Hugo llega, se pone a mi lado y cocinamos juntos. Bueno, cocinar… Nos distraemos más que otra cosa y casi se nos quema el pescado. Pero hemos logrado parar el horno a tiempo y ahora mismo estoy sobre la isla de mármol, con Hugo encajado entre mis piernas. Sus manos me están desabrochando el botón del diminuto pantalón y las mías se enredan en su pelo. Nuestras bocas no se sacian y nuestros jadeos nos impiden oír el ruido de la puerta hasta que se cierra de golpe.

Déjà vu.

—O sea, que es verdad.

Ambos nos giramos de golpe hacia la procedencia de esa voz que tanto conocemos y me bajo de un salto para abrocharme el *short* de nuevo.

Álvaro se acerca a nosotros con una mirada que no sabría descifrar. Creo que está ocultando adrede sus emociones.

—¿Qué haces aquí? —le increpo.

—Venía a recoger mis cosas.

—Justo hoy, claro —ironiza Hugo.

—Lástima no haber entrado unos minutos más tarde. Seguro que el espectáculo hubiera valido la pena.

—Eres un cerdo —escupo, y quiero darme la vuelta porque no puedo con esto. Quiero que recoja sus cosas y se largue de una vez.

—Y dime, ¿sigue follando como hace diez años o ha mejorado en algo?

Me detengo cuando solo había dado apenas un par de pasos. Lo observo detenidamente esperando a que diga algo que me sirva de explicación porque os juro que no entiendo una mierda de lo que está diciendo. Lo que no me cuadra nada y me llama la atención es sentir la tensión y los gestos de Hugo a mi izquierda.

Los miro a uno y a otro y sus caras me confirman algo que me niego a creer. Hugo me evita y Álvaro parece disfrutar con todo esto.

—¿Qué…? ¿Qué está diciendo, Hugo? —le pregunto con la voz rota, porque es imposible que él haya hecho lo que estoy imaginando.

—Pues que ya te habías acostado con él antes. ¿No lo sabías?

Siento una punzada de dolor en el pecho. Un nudo enorme que me oprime.

—¿Me habéis estado compartiendo? Dios, quiero vomitar…

—¡No! ¿Cómo iba a hacer eso? —demanda Hugo, sintiéndose dolido por mi pregunta.

—¿Entonces…? —cuestiono, atacándolo directamente a él.

—No es lo que piensas…

—Nuestra supuesta primera vez fue con él —zanja Álvaro. Me pican tanto los ojos que no voy a aguantar mucho más.

—¿Cómo? —pregunto en un hilillo de voz—. ¿Eso es cierto? —pido a Hugo, deseando que no sea así.

—Puedo explicártelo…

—Vete —suplico, incapaz de mirarlo a la cara. No sé cómo me ha podido mentir durante

tantos años. Me siento traicionada por alguien que pensé que jamás lo haría. Esto va tan en contra de sus principios que empiezo a dudar de todo, incluso de sus sentimientos hacia mí.

—Nía, por favor.

Intenta acercarse, pero doy un paso hacia atrás. Me mira con los ojos tristes, aunque no puedo sentir lástima por él, no ahora. Quizá soy injusta y debería dejarle hablar. Pero dudo que ahora mismo sea capaz de escuchar. Necesito un tiempo.

La puerta se cierra y me derrumbo. Poco me importa que Álvaro siga en mi casa con una sonrisa triunfal que desearía borrársela a patadas. No sé si odiarlo aún más por esto o agradecerle que me haya quitado la venda de los ojos. Me tiro en el sofá y lloro tanto que mojo el cojín que estoy agarrando sin darme cuenta.

Álvaro se sienta a mi lado y se mantiene callado, a la espera de que me calme. Supongo que teme mi reacción ante lo que pueda decir o hacer.

—¿Por qué sigues aquí? —cuestiono limpiando las últimas lágrimas.

—No quería dejarte así. Me sigo preocupando por ti.

—¿Desde cuándo? —escupo.

—Entiendo que estés enfadada conmigo, no me he portado bien. —Su mano se posa en mi rodilla y me muevo para que la aparte—. Pero te quiero.

Río de manera sarcástica y no le respondo porque no quiero darle conversación. Sé que es mentira porque Hugo me lo contó todo y solo quiere que vuelva a salir con él para contentar a su padre. Así que dejaré que diga lo que tenga que decir y que se vaya.

—Lo digo en serio. Tenía la vida perfecta, la novia perfecta, la… esposa perfecta. Quise hacer lo correcto y al final he terminado por joderlo todo.

—¿Lo correcto era dejar preñada a otra? —disparo, y me arrepiento enseguida. «No alimentes al trol, Nía. Nunca».

—Eso fue un error. Una cagada enorme, pero lo estoy arreglando.

—¿Cómo? Es un bebé que va a nacer. Es real, Álvaro, y no puede deshacerse.

—No estoy con ella, no la quiero. No la dejaré tirada, recibirá el dinero que necesite, pero no me ocuparé de manera activa.

—Vale.

—¿Vale?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Eh? —espeto, levantándome del sofá. Él hace lo mismo y se acerca un poco más a mí.

—Nía, escúchame. Podemos ser felices. Solo tenemos que reanudar lo nuestro en el mismo punto donde lo dejamos.

—Voy a hacer como que no he oído lo que acabas de decir.

—¿Por qué? Sabemos que lo nuestro funciona. Solo tenemos que casarnos, tener dos o tres hijos y darnos mucho amor —añade mientras me agarra de la cintura para atraerme hacia él. Ubico mis manos sobre su pecho para poner un mínimo de distancia y le suplico que me suelte, aunque no cede mucho.

—Pues lamento no poder ayudarte con eso. No puedo tener hijos, así que mejor te buscas a otra.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —pregunta soltándome, al fin, algo que aprovecho para dar un paso atrás y poner distancia.

—Ojalá fuera una tontería, pero te puedo asegurar que es verdad.

—¿Cómo lo sabes? ¿No es necesario hacer pruebas para afirmar eso?

—¿Quieres pruebas? Dime, ¿te enseño los resultados? Porque esto es culpa tuya, igual debería compartirlo contigo… —le reprocho con toda la intención de ir al despacho a buscar la carpeta con todos los documentos.

—¿Culpa mía? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

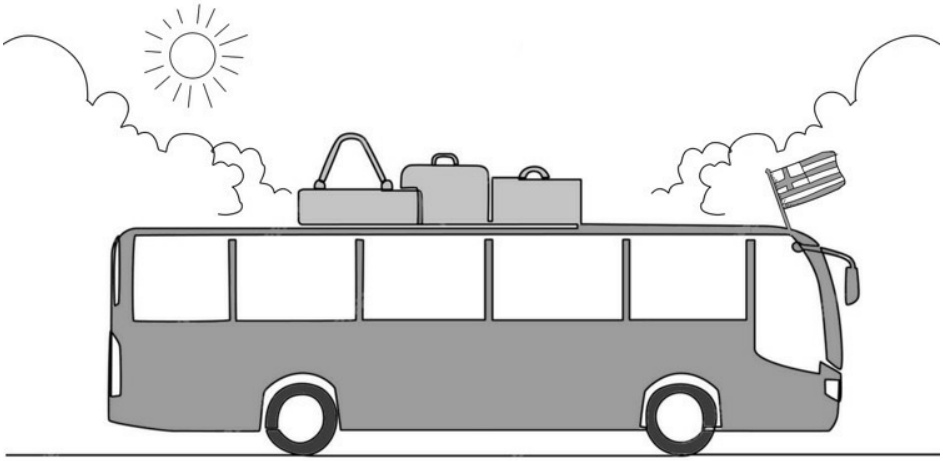
—Cuando eres tan miserable de ponerle los cuernos a tu novia, deberías, al menos, tener la decencia de usar condón, imbécil —lo acuso señalándolo con el dedo—. Es de primero de cuernos, joder.

Lo dejo tan callado que voy a buscar los resultados que me dio la ginecóloga y se los estampo contra el pecho.

—Aquí tienes. Tu «amiguita» se llama clamidia. Muchas veces es asintomática y si no se detecta a tiempo puede causar infertilidad. Así que muchas gracias por negarme el derecho a ser madre.

Cuando me enteré de que Álvaro había preñado a otra, Lara enseguida entendió que él había dejado de usar condón en algún momento con sus amantes, por lo que me obligó a ir a la ginecóloga para hacerme pruebas porque yo tomaba la píldora hacía años y no los usábamos. Al duelo de que me hubiera dejado a un mes de la boda había que sumarle que era un maldito inconsciente, egoísta e irresponsable que había puesto mi salud en riesgo por el placer de meter la chorra sin plastiquito.

Sé que debería llamar a mi primo, a Leo o a la policía si hace falta, echarlo a patadas, sacar sus cosas o quemarlas y cambiar la cerradura. Pero ¿sabéis qué? No puedo hacer nada de eso. El dolor no me deja pensar ni actuar y estoy tan bloqueada que lo único que soy capaz de hacer es quedarme ahí plantada frente a él, dejando que la rabia dé paso a las lágrimas.



28. Vivir una mentira

NÍA

No he dormido en toda la noche. He llamado a mi padre para decirle que hoy iba a trabajar desde casa y creo que no sospecha nada. Por suerte, es algo que suelo hacer muchas veces si no tengo reuniones porque puedo aprovechar mejor el tiempo al no distraerme con conversaciones ajenas.

Sigo dolida con Hugo, mucho. No me esperaba esto de él. En cambio, de Álvaro ni me sorprende. Pero ahora mismo está… raro. Cuando le conté lo de mi problemilla de infertilidad —ese por el cual Hugo se volvió loco al enterarse y lo quiso llamar en medio de nuestro viaje—, se mostró arrepentido y amable conmigo. Lloré y me abrazó. No quise al principio, pero estaba tan escasa de fuerzas y tan necesitada de afecto que lo permití. También intentó besarme, pero ahí sí que me aparté.

«Todavía recuerdo las cosas que dijiste la última vez en la gestoría».

«Estaba enfadado, querías denunciarme».

Me sentí tan agotada que no tenía fuerzas para exigirle que se largara. Me metí en la habitación y eché el pestillo. Él me habló a través de la puerta y yo solo era capaz de pedirle que se marchara desde el otro lado de la madera. En algún momento dejó de insistir y creí que se iba. Me metí en la cama, pero seguía oyendo ruidos. Y yo seguía sin ser capaz de salir a enfrentarlo, como si en su presencia me volviera pequeña.

Álvaro se me ha acoplado en casa. Maravilloso, ¿verdad? Esta mañana, cuando he vuelto a salir, lo he encontrado preparándome el desayuno. Mis «buenos días» han sido un «recoge tus cosas y devuélveme la llave» que he repetido varias veces, pero ni caso. Por suerte, se ha ido al bufete y me ha dejado sola, aunque sé que volverá porque no se ha llevado nada. A estas horas ya tendría que llamar a Nacho y a Leo para que me ayuden, pero me avergüenza tener que explicar lo que ocurrió ayer.

Me hago un ovillo en el sofá y trato de hacer memoria. Mi cabeza vuela a esa vez que creí acostarme con Álvaro, cuando en realidad era Hugo haciéndose pasar por él. No quiero saber qué

mierda de excusa tendría para hacer eso ni mucho menos para no haberme contado nada en todos estos años. Éramos amigos y él era la persona más honesta e íntegra que había conocido jamás. Buceo entre los recuerdos y lloro al darme cuenta de lo especial que lo sentí. Ahora es una mentira. Una de las mejores vivencias es una sucia y asquerosa mentira. Odio a los gemelos Arias, a los dos.

Cuando termino el trabajo de hoy, y previendo que Álvaro aparecerá en cualquier momento a tocarme un poco más los ovarios, decido ponerme el primer conjunto que encuentro en el armario, hacerme una coleta y salir de casa.

Camino hasta la parada del metro y agradezco no tener que esperar demasiado, aunque, por ser hora punta, va hasta los topes.

«Genial».

Al llegar al edificio, me encuentro con un vecino que sale a pasear el perro y entro sin llamar. Subo por las escaleras a pesar de ser el sexto. Me viene bien el ejercicio. Toco al timbre y me impaciento al no recibir ninguna respuesta. Quizá debería haber avisado antes. Insisto y toco de nuevo porque me niego a volver por donde he venido sin probar otra vez. Y tocaría mil veces más porque estoy tan desesperada ahora mismo que no quiero regresar a casa.

Mi primo me abre un montón de minutos después con la camiseta a medio poner.

—Ya era hora… —suelto entrando en su piso sin esperar a que me dé permiso, y voy directa al sofá.

—¿Estas bien? —inquiere apoyándose con los brazos sobre el respaldo de una butaca.

—Hugo lleva años mintiéndome y Álvaro se me ha instalado en casa porque quiere que vuelva con él.

—¿Qué? Espera… ¡¿Qué?!

Da algunos pasos en círculos, nervioso.

—Resulta que hace diez años me acosté con él y no con Álvaro. ¡Dios! Sigue dándome asco.

—No me lo creo. ¿Estamos hablando del mismo Hugo?

—Sí.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero lo ha reconocido.

Se sienta a mi lado con cara de lástima, sin saber qué decir. Lo entiendo, porque la situación es una mierda.

—Lo siento. ¿Por eso no has venido hoy a trabajar?

Asiento y noto mis ojos húmedos. Estoy cansada de llorar.

—¿Puedo dormir aquí esta noche?

—Eeeeh…

—Uy —me limpio las lágrimas que empezaban a salir—, ¿estás con una chica? —Abro mucho los ojos, como si acabara de caer—. ¿Por eso has tardado una eternidad en abrirme? Mierda, ¿y la tienes ahí encerrada en la habitación?

—¿Por qué no le pides a Leo que se pase por tu casa? Así mantendrás alejado a Álvaro.

—Álvaro está controlado —lo corto, está cambiándome de tema.

—Si no lo llamas tú, lo haré yo.

—Vale.

Nos quedamos un rato en silencio. Creo que estorbo y debería volver a casa, aunque sea lo último que me apetece. Pero, cuando me levanto y empiezo a caminar, me llega una música

desde la habitación de Nacho. *Toxic,* de Britney Spears. Solo conozco a una persona con esa canción en el móvil.

Abro los ojos como platos y sé que estoy en lo cierto cuando veo la reacción de mi primo. Se lleva la mano a la cara con mucha tensión e incomodidad.

—¿Lara? —grito a la puerta.

Se hace el silencio. Deja de sonar la música y no se oye nada.

—Nos ha pillado, sal —reconoce Nacho.

Oigo pasos y movimiento que no sabría decir qué es, pero intuyo que se está vistiendo. Cuando abre la puerta, su cara muestra algún tipo de vergüenza.

Los miro a ambos de manera intermitente. ¿Desde cuándo están juntos estos dos?

—Qué fuerte… Pero ¿por qué no me dices nada?

—Porque ni nosotros sabemos qué tenemos.

—Eh, habla por ti —le recrimina Nacho, y Lara chasquea la lengua.

«Uy, aquí hay uno que está más pillado que la otra».

—Y tú, bonita, estabas saliendo con Hugo y bien callado que te lo tenías —me reprocha cruzándose de brazos, ignorando a mi primo.

—Pues porque me prohibiste enamorarme de él —me excuso tontamente.

—Eres adulta, no puedo prohibirte nada.

—Bueno, ya me entiendes. Y mira, tenías razón —admito alzando un brazo y sintiendo mis ojos a punto de llorar otra vez.

—Lo siento —declara con una mano sobre mi brazo—. La verdad es que a mí también me ha decepcionado.

—¿Estabas poniendo la oreja? —río de manera muy débil porque yo también necesito cambiar de tema.

—Claro, pero ya me lo explicarás mejor en otro momento.

—Ahora mismo no hay mucho que contar y no me hace especial ilusión recordar lo ocurrido.

—¿Eso que seguro que estás haciendo una y otra vez?

—Exacto.

Me siento mala amiga y mala prima por interrumpir su momento, pero las piernas no están muy a favor de llevarme a casa de nuevo. No sé ni cómo me han traído hasta aquí. Me derrumbo sobre el sofá y me dejo cuidar. Hay un momento en el que ni siquiera escucho lo que hablan entre ellos porque estoy reviviendo todo lo ocurrido en Grecia, donde volví a ser feliz después de lo de Álvaro. Resulta que todo ha sido una gran mentira. ¿Y si era algo que ellos ya tenían planeado desde el principio? ¿Y si Hugo es así en realidad y no como lo he conocido todos estos años?

—¿Otra vez dándole vueltas a las cosas? —inquiere Lara mientras se sienta a mi lado.

—Es que no tiene sentido. Se acostó conmigo siendo consciente de que yo creía que era otra persona y no me dijo nada. Ni en ese momento ni después ni… ahora.

—Quizá cuando salías con su hermano consideró que no era oportuno.

—Ya, pero ¿y ahora? Álvaro me dejó, hemos pasado mucho tiempo solos en Grecia y era evidente que crecía algo entre nosotros. Podría habérmelo contado antes.

Les narro la escenita que viví ayer en casa. Mi primo va y viene porque aprovecha para hacer cosas, pero sé que está escuchándolo todo. Cuando termino, deja lo que hace y viene a abrazarme.

—Le he escrito a Leo para que venga a buscarte. Estará aquí en una media hora.

Asiento y contengo un par de lágrimas. Vuelve a abrazarme. Lloro. Vuelve a preguntarme si necesito ayuda para echar a Álvaro. Le respondo que no, que estoy convencida de que se cansará. No caeré esta vez. Me repugna y me duele demasiado para caer. Me ha jodido la vida.

—¿Por qué es diferente esta vez? —me pregunta desconfiado. Entiendo que no me termine de creer y que piense que en algún momento volveré con él porque es un manipulador.

Trago saliva. Él no lo sabe y me da bastante vergüenza.

—Me hice unos análisis.

Lara me sujeta una mano para infundirme ánimos. Le cuento a mi primo esta otra historia que él desconocía y se levanta furioso.

—No vas a volver mientras él siga ahí.

—¡Nacho! —Me levanto yo también y me coloco frente a él—. Sé cuidarme sola y, sinceramente, ya no puede hacerme más daño.

—Pues Leo se quedará en tu casa contigo.

—Eso no lo decides tú —lo encaro.

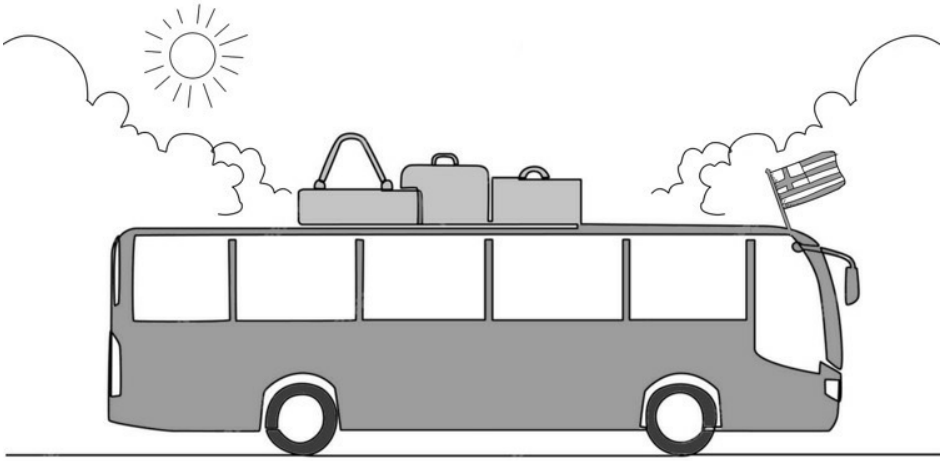
—¿Crees que va a dejarte sola cuando sepa esto?

—No tengo cinco años. ¿Os preocupa que Álvaro me manipule y vuelva con él? Pues no va a ocurrir. Ya no estoy enamorada de él y, ahora mismo, ni siquiera podría tener nada con nadie, ¿entiendes? —Hago una pausa y expulso tres toneladas de aire por la nariz—. Se quedará un par de días y, cuando vea que no tiene nada que hacer, se irá. Si no, entonces, cambiaré la cerradura y os pediré ayuda para sacar sus cosas. Pero necesito que me des un voto de confianza.

Nacho me observa con detenimiento durante varios segundos, luego cruza la mirada con Lara, que parece suplicarle lo mismo que yo, hasta que asiente.

—Siete días contando desde hoy. Si en una semana sigue ahí, se arrepentirá —me advierte señalándome con el dedo.

Pongo los ojos en blanco, pero, finalmente, asiento. Estoy muy tranquila, Álvaro es demasiado orgulloso para manejar un rechazo y está muy acostumbrado a que las cosas le salgan bien a la primera. Confío en que no estará ni tres días.



29. Lo que ocurrió hace diez años

HUGO

Era evidente que se iba a enterar. Las insinuaciones de Álvaro fueron bastante claras: si pretendía algo con Nía, él se lo contaría todo. Y, aun sabiéndolo, lo dejé pasar. Porque cada vez la cosa se ponía más seria y me aterraba que no lo llegara a entender. Pero ni tan siquiera me permite explicárselo.

Asumo que esté disgustada conmigo. Lo he arruinado todo con ella y debería haber hecho uso de esa sinceridad de la que tanto predico. Lo que llevo mal, fatal, es que mi hermano se esté aprovechando de su vulnerabilidad y se instale en esa misma casa que él abandonó hace ya dos meses para acosarla hasta que ella acepte reiniciar lo suyo. Sé que ocurrirá, porque llegará un día en que estará tan agotada de tenerlo ahí, haciéndose el romántico y fingiendo ser el hombre más enamorado del planeta, que volverá con él. Es un manipulador nato.

¿Cómo sé que está viviendo con ella?

Porque mi hermano no iba a perder la oportunidad de hundirme más en la miseria, relatándome, con toda clase de detalles, su vida en el piso de Nía. Intuyo que la mayoría son falsos, pero mi mente no puede distinguir realidad y ficción ahora mismo.

—Me gusta tu novia, es lista y competente. Gracias por presentármela —expresa mi jefe al acercarse a mi mesa. Estaba tan distraído que ni lo he oído venir.

Miro alrededor por si alguien estuviera poniendo la oreja, pero no hay nadie.

—Ya se han ido todos a casa. Son las siete y media, ¿qué haces aquí todavía? —explica, adelantándose a mi pregunta.

—Tengo mucho trabajo.

—Venga, vete a casa. No quiero que tu chica se enfade y me haga mal las cuentas —bromea, pero no me río.

—Ya no estamos juntos —respondo de manera escueta y seria. Él parece que va a preguntar algo, pero decide callarse y se lo agradezco—. Pero, tranquilo, es una profesional y no te afectará

en nada.

—No me preocupa eso. —Asiento—. Sabes que, si necesitas algo, puedes contar conmigo. Unas cañas, un partido de fútbol, menos irnos de putas… —nos reímos— lo que sea.

—Eso no será necesario.

—Mejor. —Sonríe de manera franca y me agarra el hombro con firmeza—. Vamos, a casa, Arias.

Durante los veinte minutos que tardo en llegar a casa me da tiempo de revivir aquella noche unas cinco veces. Y en los tres días que han pasado desde que me echó de su piso sin opción a réplica, unas quinientas, creo.

Por aquella época, Álvaro era tan popular que lo invitaban a todas las fiestas, algo que le encantaba. El problema era que no podía asistir a todas, dada la imposibilidad de clonarse. A menos que…

Sí, habéis acertado. Me pedía que lo suplantara.

No me hacía especial ilusión. Las fiestas no eran mi sitio y fingir que era otra persona hacía tambalear mis férreos principios. Pero era mi hermano y, entonces, no me preguntaba si estaba bien o si me apetecía. Simplemente me pedía un favor y no podía negárselo.

Esa noche era como cualquier otra de las que me hacía pasar por él. Buscaba algo en su armario que ponerme, me peinaba como él, usaba su perfume y salía a buscar un taxi.

Al llegar, me despojé de lo último que quedaba de mí, mis gestos y mi forma de hablar. Bien pensado, era como un juego. Uno que no se me daba bien, pero, como nadie nos distinguía, nunca se daban cuenta.

Saludé a varios compañeros de clase y a mucha gente que no conocía. «Ey, ¿qué tal?», pronunciaba a todo aquel que se detenía a hablarme. Llegué a la barra con la facilidad que el nombre de Álvaro Arias otorgaba, porque mi hermano chasqueaba los dedos y tenía un corro de lameculos dispuestos a apartar a la gente para que él no tuviera que andar dando empujones. También lo seguía un grupo de chicas prometiéndole toda clase de obscenidades, peleándose entre ellas para obtener un poco de su atención.

No me dio tiempo a pedir una copa. La vi acercándose a mí por el rabillo del ojo, como si tuviera un radar para ella. Poco me importaban todas las chicas que estaban a mi espalda ni tampoco el tanga que una de ellas me había colado a traición en el bolsillo trasero. Sentía lástima por ellas y por sus pobres aspiraciones, pero conmigo no tenían nada que hacer. Menos aún, si ella estaba cerca.

Cuando me di la vuelta para confirmar que mi cerebro no me estaba traicionando, se abalanzó sobre mí sin darme tiempo a reaccionar. Nía me estaba besando como no podría haber imaginado que fuera a hacerlo nunca. Sabía a ron y a cola, pero parecía estar en pleno uso de sus facultades. No se tambaleaba y sus movimientos no eran lentos ni perezosos. Quizá acababa de llegar y no había tenido tiempo más que de dar algún sorbo a su vaso.

Tardé un poco en reaccionar porque no podía creerme que aquello estuviera ocurriendo de verdad, pero la abracé, la apreté contra mí y devoré su boca como si estuviera hambriento, dejándole claro que yo tenía las mismas ganas que ella.

Me sentí algo confundido cuando se apartó de mí. Pensé que se había arrepentido, pero la vi atusarse el pelo y morderse el labio de manera tan seductora que entendí que solo necesitaba tomar un poco de aire.

—¿Vamos a tu piso? —propuso cerca de mi oído mientras aprovechaba para deslizar la mano por mi abdomen.

Se me puso dura al instante. ¿En serio me estaba pidiendo lo que creía que me estaba pidiendo?

Recordé que llevarla a casa no era la mejor opción. No le ocultaba nada a mi hermano, pero eso quería guardármelo para mí. Además, la imagen de la mañana siguiente desayunando los tres y la chica con la que se hubiese acostado él no era algo que me apeteciese recrear. Tendría que haber respondido que sí. Se habría dado cuenta de que era yo nada más entrar en la habitación, le habría explicado por qué me hacía pasar por él y ella hubiera podido decidir si seguir adelante o no. Nuestra relación y la suya serían muy distintas. Quizá nunca hubiéramos acabado juntos o quizá…

—Mejor a la tuya —sugerí, y cambié el rumbo de nuestra historia para siempre. La fastidié y la condené a ella a vivir una mentira. Y me condené a mí a ser esclavo de mi cobardía y mi silencio durante años.

Asintió con una sonrisa pícara.

—Vale, pero vamos en mi coche —me propuso. Perfecto, porque yo había ido en taxi.

La observé de arriba abajo buscando algún signo de embriaguez y la vi bien, pero, aun así, me vi obligado a preguntar.

—¿Has bebido?

Se rio y buscó la llave en su cartera para ofrecérmela. Yo la cogí y salimos de la sala tras despedirse de su amiga Lara.

Por aquel entonces, Nía conducía un Fiat 500 color crema. Solo le faltaba ser rosa para convertirse en el coche de la muñeca Barbie. Me vi ridículo al volante de ese automóvil, en serio, parecía de juguete. Le hice un par de bromas y ella se rio de manera nerviosa.

Al llegar a su casa, me dejé guiar por ella. No era la primera vez que estaba ahí, pero no había ido a hacer un trabajo de clase. Ella volvió a besarme a la vez que sus manos aprisionaban las mías para conducirme hasta su dormitorio. Nos desnudamos entre besos y caricias y nos regalamos placer mutuamente durante varias horas. Fue una noche mágica y la conexión que sentí fue brutal. En algún momento, de hecho, oímos la puerta de la entrada cuando su amiga Lara llegó, pero estábamos tan metidos en nuestra burbuja que no pudimos detenernos.

En ningún momento Nía articuló palabra, salvo cuando, ya extasiada, me hizo entender lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

—Joder, Álvaro, tu fama está completamente justificada.

Inmediatamente después, cayó rendida.

«Álvaro».

«Álvaro».

«Álvaro».

«Álvaro».

«Álvaro».

Se había acostado con él, no conmigo. En ningún momento se dirigió a mí por su nombre y entendí que sabía que yo era Hugo. Creí que ella sí nos diferenciaba. Aunque fuera disfrazado de él.

Me sentí como un estúpido. Tras darle varias vueltas al asunto, asumí que sobraba y que lo mejor era marcharme. A la mañana siguiente advertiría que era yo y se enfadaría. Y yo estaba

molesto porque… ¿de verdad que no sabía que era yo? La única vez que logré que Nía se fijara en mí y fue porque se confundió. Tener un hermano gemelo como Álvaro siempre fue una maldición. No sabía cómo proceder a continuación, por lo que decidí regresar a casa y esperar al día siguiente para aclarar mis ideas.

Pero todo cambió cuando mi hermano apareció a última hora de la tarde, mientras yo estaba escribiéndole un mensaje a Nía para quedar con ella y explicarle el malentendido.

—¿Te acostaste con Nía? Mira que recurrir a suplantarme para mojar… —me acusó directamente al llegar al salón. Entré en pánico y borré lo que había escrito. Solté el móvil sobre el sofá como si fuera a romperse.

Era muy obvio que lo sabía porque ella ya había hablado con él. Debí suponer que aquello podría ocurrir y me sentí como un miserable al perder mi oportunidad de sincerarme con ella a tiempo.

—¿Se lo has contado? —quise saber tratando de aparentar normalidad, algo que no logré.

—No creo que me corresponda a mí.

Él se movió por el salón de aquel piso que compartimos durante el primer año de universidad, antes de que nos enfrentáramos para siempre. Se detuvo frente a mí e inspeccionó la estantería que quedaba a su izquierda.

—Fue un error —me lamenté, porque tenía que haberme asegurado de que sabía que era yo y no él.

—Un error de puta madre. Quiere repetir. Gracias, hermanito —rebatió con un gesto triunfal que no entendí. Nía llevaba todo el curso colada por él. No debería haberle supuesto ningún problema acostarse con ella si así lo hubiese deseado.

—Creí que no estabas interesado —le reproché entrecerrando los ojos.

—Porque tú estabas loco por ella y te la dejé a ti. Pero si me la entregas en bandeja como lo has hecho tampoco voy a rechazar la oferta.

—¿En serio? —lo increpé, levantándome y yendo hacia él.

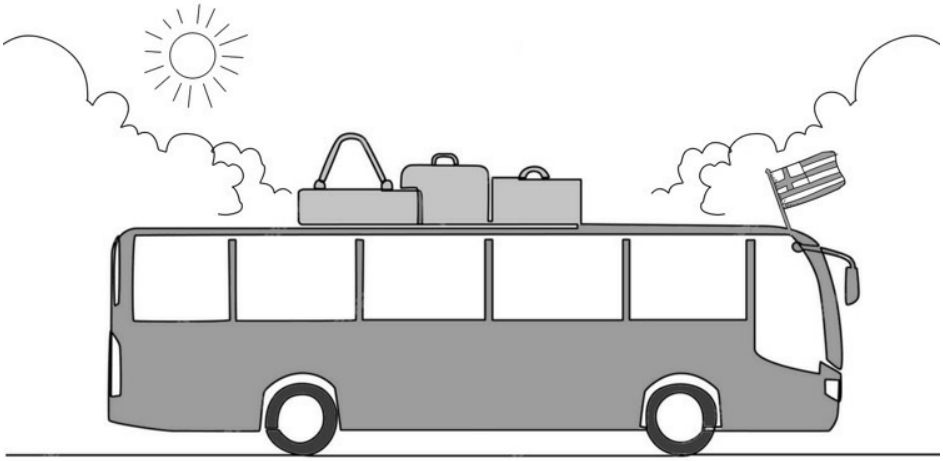
—Cálmate, no pienso salir con ella. Nos acostaremos alguna vez y cuando vea lo cabrón que soy vendrá a buscarte.

Alcé las cejas bastante incrédulo por las palabras que acababa de soltar.

—¿Se supone que estás haciéndome un favor? —cuestioné.

—¿Qué crees que pasará si le cuentas la verdad? Que se enfadará contigo, como es lógico. Yo voy a enseñarle lo peor de mí y, cuando busque tu hombro para llorar, aprovechas para ligártela. Como Hugo. —Fui a decir algo, pero me interrumpió—. Ella nunca sabrá que se ha acostado contigo previamente porque yo voy a cubrirte. Pero para eso necesito saber cómo es. Imagínate que algún día sale en una conversación algo sobre un lunar o algo. Obviamente tengo que conocerla en profundidad. —Cerré la boca y empezó a convencerme su actuación—. Y tú podrás estar con ella porque no se sentirá traicionada por ti.

Me crucé de brazos y lo observé durante una eternidad. Sus palabras parecían honestas, aunque su sonrisa ocultaba algo. No obstante, me aterraba perderla como amiga y su plan era muy tentador. No debí confiar en él, pero, por aquella época, Álvaro me manipulaba a su antojo como el perrito faldero que yo era con él.



30. Un secreto difícil de guardar

NÍA

Álvaro sigue en casa. Quedan dos días para que venza el plazo de mi primo y me estoy acojonando porque pensé, de manera ingenua, que ya se habría ido. Al menos, ha dejado de ser tan insistente como cuando llegó. Pero yo estoy tan harta de pedirle que se marche que creo que empezaré a cobrarle un alquiler, a ver si así surte efecto.

Estoy viendo un capítulo de *You* que dejé a medias mientras el parásito de mi ex trastea en la cocina. No sé qué está haciendo ni quiero saberlo. Ha mencionado algo de una sorpresa, pero no pienso comer nada que haya preparado él. Voy a salir con Leo, Nacho y Lara y no tengo intención de informarle hasta que me esté yendo por la puerta. Y de paso me quedo a dormir fuera, que es otra cosa que me ha insinuado mi primo que haga, ya que mi plan no está saliendo tan bien como yo creía.

Nacho:
Cambio de planes: Voy a buscarte para ir a cenar y sacamos a Álvaro por la fuerza.

Yo:
Quedan dos días.

Nacho:
Tic, tac.

El timbre suena y voy a levantarme para comprobar quién es, pero Álvaro me pide que me quede quieta y me relaje, que él se encarga. Solo espero que no haya invitado a nadie.

—Aparta —oigo la voz de su madre, y me levanto para ver cómo lo empuja bastante molesta —. Nía, cariño…

—Dora…, ¿qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—Claro… —asiento y le indico que se siente en el sofá, pero no me hace caso. Se queda

mirando a su hijo que se ha plantado frente a nosotras, con la misma expresión desconcertada que muestro yo.

—Hijo, ¿puedes salir a dar una vuelta?

—Estoy haciendo la cena —responde señalando hacia la cocina.

—Muy oportuno —murmura Dora, quien acto seguido se desplaza hacia ese mismo lugar—. Ya me encargo yo, venga, que tengo que hablar con Nía.

—A ver qué le dices, que intento volver con ella…

—Por eso mismo, venga, largo.

—Mamá…

—Fuera —le ordena con tanta autoridad que no le queda más remedio que obedecer.

Lo observo salir de casa y me pregunto por qué no puedo tener yo esa firmeza para echarlo. Me está toreando, claramente.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —le pido a mi suegra. Ex-suegra.

—¿El qué? —pregunta mientras revisa lo que estaba haciendo su hijo y empieza a rebuscar en los armarios de la cocina.

—Hablarle así para que me haga caso. No soy capaz de echarlo.

—Ay…, eso son años de experiencia. Bueno, y ser su madre. Lo comprobarás cuando tengas los tuyos…

—No creo que los tenga —reconozco, y me dejo caer sobre el taburete de la isla.

—Claro que sí, no pierdo la fe en que Hugo y tú volváis.

Se detiene a observarme cuando me suelta esa frase para comprobar mi reacción. Pero estoy tan abatida que no puedo ni pensar en responder. Podría contarle que su otro hijo acabó con esa posibilidad, pero no me apetece volver a contarlo. Es algo que sigo procesando y esta señora, por mucho aprecio que le tenga, ya no es mi suegra ni lo volverá a ser. De modo que no es que le importe esa historia.

—Tienes que hablar con él —insiste—. No está bien lo que ha hecho, pero no puedes juzgarlo sin darle la oportunidad de defenderse.

—Él lo admitió, Dora.

—Lo sé. Me lo ha contado.

—¿Entonces? ¿Qué más necesito saber? Se acostó conmigo y no me aclaró que era él. Vestía como Álvaro, se movía como Álvaro, hablaba como Álvaro…

—Te falta información.

—Me da igual, no quiero saberlo. Ha tenido diez años para contármelo.

—Vale, está bien, quizá aún sea demasiado pronto, sigues bastante molesta. Pero, por favor, ni se te ocurra volver con él —me pide señalando la puerta por la que hace dos minutos se ha marchado Álvaro.

—Tranquila. Esta vez no caeré. No estoy enamorada de él. Ya no puede manipularme —replico con determinación, tal y como hice con mi primo hace unos días.

Ella me observa y creo que logro convencerla porque continúa con lo que estaba haciendo y me cambia de tema. Decido ayudarla y me lamento perderla como suegra nuevamente porque es genial.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro.

—¿Por qué sigues con Matías? No os parecéis en nada y no… no… sinceramente no sé ni cómo pudiste llegar a enamorarte de él.

Ella sonríe sin mirarme. Una sonrisa triste, de aquellas que dibujas cuando la nostalgia hace acto de presencia.

—Antes no era así.

—¿No? Pues no logro imaginarlo de otro modo.

—Si te cuento algo, ¿me guardarás el secreto?

—Por supuesto.

—Yo era la secretaria de su padre cuando me quedé embarazada. Mi novio de aquella época se largó al enterarse y nunca más volví a saber de él. Mis padres me iban a echar de casa cuando se lo hiciera saber y en el trabajo tampoco habría tenido mucha más suerte. Mi suegro era demasiado tradicional para tener a una madre soltera en su plantilla y, además, una madre no debía trabajar, sino estar en casa.

—¿En serio? —Asiente—. ¿Y qué pasó? —pregunto, aunque me temo lo peor.

—Matías llevaba unos años allí y se había empezado a labrar un nombre. No nos tratábamos mucho, pero siempre tenía algunas palabras bonitas para mí cuando pasaba a ver a su padre. Era un hombre… era como Hugo, educado, cortés, simpático…

—Me cuesta creerlo…

—El día que entendí que mi novio no iba a regresar, Matías me encontró llorando en el baño. Me invitó a tomar un café y le expliqué todo: que estaba embarazada, sola y que me iba a quedar sin casa y sin trabajo. Permaneció callado un buen rato, aunque se notaba que estaba dándole vueltas a algo. Hasta que, al final, me propuso que me casara con él.

—¿Qué?

—Eso mismo dije yo. —Sonríe—. Me explicó que se haría cargo del bebé como si fuera su padre y de mí también como esposo, ya que el trabajo no habría manera de mantenerlo.

—Pero ¿qué pasó con ese bebé? —tanteo con cuidado.

—Que fueron dos.

—¡¿Cómo?! —exclamo llevándome las manos a la boca—. ¿No son sus hijos?

—No, cariño, es estéril.

—¿Qué? —No soy capaz de elaborar ninguna frase. Estoy alucinando mucho—. ¿Ellos lo saben?

—Claro que no y debe seguir así, ¿me oyes?

Asiento con cara de boba y dejo que continúe.

—El plan funcionó. A mis padres no les hizo gracia igualmente porque se olían que me casaba embarazada por la urgencia de todo y porque no me encontraba muy fina, pero tenía una casa a la que irme a vivir y un marido que no dejaría que los bebés y yo nos muriésemos de hambre. Fue raro al principio, porque no estábamos enamorados, pero nos queríamos a nuestra manera. Había respeto y cariño, que era lo importante.

»El problema llegó cuando quiso que tuviéramos un hijo que fuera también suyo. Fue… raro. No sentía ningún deseo por él, pero lo entendí y acepté porque me sentía en deuda con él. Estuvimos intentándolo meses y meses. Nunca llegó el ansiado embarazo. Fuimos a ver a varios médicos y descubrieron que su esperma era de muy baja calidad. Yo me sentí fatal, porque, al parecer, él estaba enamorado de mí, se casó conmigo para demostrarme su amor, con la esperanza de que yo un día llegara a quererlo igual y le diera hijos propios. Nunca antes me lo había confesado, pero en aquel momento se convirtió en un dardo. Me sentí estúpida por no prever que querría algo a cambio de todo lo que hizo por nosotros.

»Al final sí acabé enamorándome, aunque fuera demasiado tarde. Porque él ya había

empezado a cambiar. Montó un bufete propio con un compañero de la universidad, se dedicaron al derecho mercantil y empezaron a trabar amistades con empresarios sin escrúpulos mientras amasaban una gran fortuna. Ahí lo perdí para siempre.

Veo que se limpia un par de lágrimas y me siento fatal por preguntarle. Ella sigue terminando de preparar la cena y yo me quedo ahí en medio, sin saber qué decir ni qué hacer porque esta información es demasiado impactante para poder digerirla. Y, sobre todo, para poder guardarla.

—Recuerda que es un secreto —interviene, como si fuera capaz de oír mis pensamientos.

—Yo… lo siento.

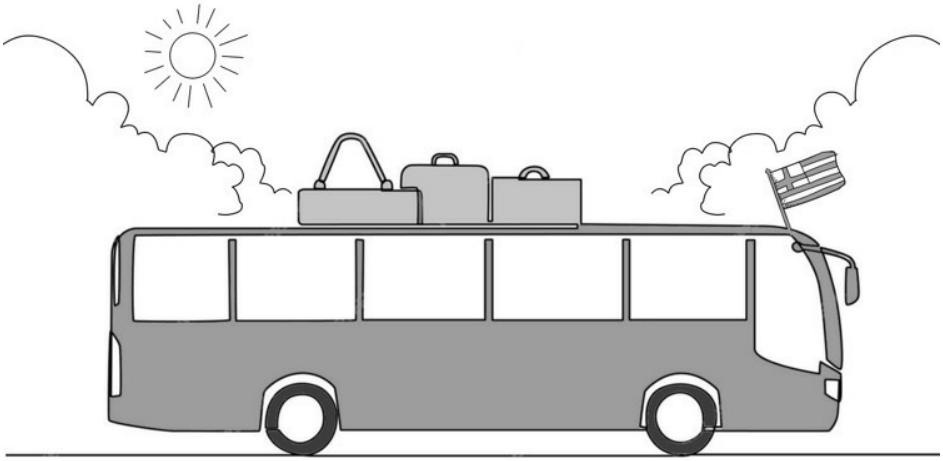
—Tranquila, quizá no debería habértelo contado, pero llevo cargando con ello demasiados años y necesitaba sacarlo. Mira —apaga la *vitro* y aparta la olla para observarme bien—, mis hijos y yo hemos tenido una vida de bienestar económico gracias a Matías. Nunca dejó de tratarlos como sus hijos.

—Hugo se siente bastante despreciado por él.

—Ahora sí, pero hubo un tiempo que era al revés. Además, eso también ocurre con los padres biológicos. Soy consciente de que los quiere.

Empiezo a entender muchas cosas de su matrimonio a las que no encontraba explicación y que creo que sus hijos jamás comprenderán. Porque me va a costar, pero no puedo decepcionar a Dora en esto y este secreto se vendrá conmigo a la tumba. Se despide de mí con un abrazo que me llena el alma y vuelve a pedir las mismas dos cosas: que hable con Hugo y que no vuelva con Álvaro.

Aunque sabe que solo le haré caso en una de ellas.



31. Me alegro de verte

NÍA

«¡Qué caprichoso es el destino y qué pequeño es el mundo!». Eso es lo que pienso cuando veo aparecer a Hugo en el mismo restaurante al que Nacho, Lara y Leo me han traído para huir de Álvaro, quien campa a sus anchas en mi casa como un maldito acosador. Estoy por mandar a la mierda mi plan y pedirles a mis tres mejores amigos que lo echen, aunque necesiten tirar el edificio abajo. Lo siento por mis vecinos, daños colaterales. Los desalojaré antes de que ocurra, no quiero correr con un asesinato en mi conciencia.

En la terraza del Bella Venezia corre el aire y hace fresco, lo cual se agradece. Aunque hay un poco de humedad y empiezo a estar algo pegajosa. Martina, la novia de un antiguo compañero de la universidad que, además, es uno de los mejores amigos de Hugo, me ha saludado al llegar. Por lo visto también vienen a cenar aquí hoy. ¿Y quién más viene con ellos? Más compañeros con sus parejas, entre ellos, el chico del que sigo tan enamorada que hace que el corazón me lata desbocado al verlo, a pesar de lo mucho que duele.

Me levanto a saludarla, a ella y a su pareja, porque hace tiempo que no los veía y me caían genial. Saludo también a un par de chicos y chicas más, algunos conocidos y otros a quienes me presentan como la «ya-no novia de Álvaro». También podría ser la «ya-no novia de Hugo», aunque quizá no lo sepan. Pero, al quedarme quieta y sin nada que decir cuando no hay nadie más a quien dar la mano o dos besos y solo queda él, todos nos miran extrañados porque saben de sobra lo amigos que somos y no es normal que no nos digamos nada.

—Me alegro de verte —interviene él con la sonrisa más triste que le he visto nunca.

Echa una mirada a los demás integrantes de la mesa, deteniéndose de más en Leo, y emprende su marcha hacia la puerta, donde ya hay algunos de sus amigos esperando. Yo vuelvo a sentarme porque me tiemblan las piernas, aunque lo que más me apetece es salir huyendo.

El camarero trae nuestras *pizzas* y me paso la hora entera con la cabeza en otro sitio y el estómago vacío. Pido una caja para llevarme la mía a casa, ya que no he sido capaz de probar

bocado. Tampoco sé de qué han hablado los demás porque, cada vez que me preguntaban algo, tenían que repetírmelo.

—Voy al baño —anuncio levantándome cuando están pidiendo la cuenta.

Entro y voy directa, pero Martina me frena en la puerta.

—Ey, ¿estás bien?

Alzo la cabeza y creo que no soy consciente de mis propios gestos hasta que la veo mirarme con esos ojos tan tiernos.

—Claro. —Fuerzo una sonrisa.

—¿Ha pasado algo con Hugo en estos años en los que no nos hemos visto?

—Ya no es mi cuñado —resumo encogiéndome de hombros.

—Sí, eso lo sabemos y no por él. Ya sabes, AJ y Félix estaban invitados a la boda, así que la noticia corrió como la pólvora. Pero… —añade al adivinar mis intenciones de zanjar la conversación y entrar en el baño— erais muy amigos, ¿no?

—Ya, bueno…, es su hermano, ¿sabes? Es raro —miento sobre la marcha y me asombra lo bien que se me da improvisar a veces.

Por su expresión, parece que la he convencido, de modo que me da un abrazo, me expresa que lo siente mucho, pero que me he librado de una buena, y vuelve a su mesa. La sigo con la mirada y, en la distancia, mis ojos encuentran los de Hugo, quien parece suplicarme que hable con él y lo escuche. Decido meterme en el baño cuanto antes porque, si tardo mucho, aquellos son capaces de entrar a buscarme.

Al salir, aún en el pasillo oscuro que conduce a los servicios, unas manos me agarran de la cintura y me atraen a un cuerpo duro que ya reconozco a la perfección. Su olor crea estragos en mi organismo y el contacto que ejerce a través de la tela de mi vestido me abrasa la piel.

—Suéltame, Hugo.

—Dame cinco minutos, por favor. Necesito explicarte lo que pasó.

—Has tenido diez años.

—Nía… —me suplica.

—Suéltala —ordena Nacho, que ha venido a buscarme, tal y como vaticiné.

Hugo me suelta y mi piel protesta, mi corazón llora y mi cabeza suspira aliviada por no tener que recordarme el dolor que me ha causado.

—Sabes que no le haría daño adrede…

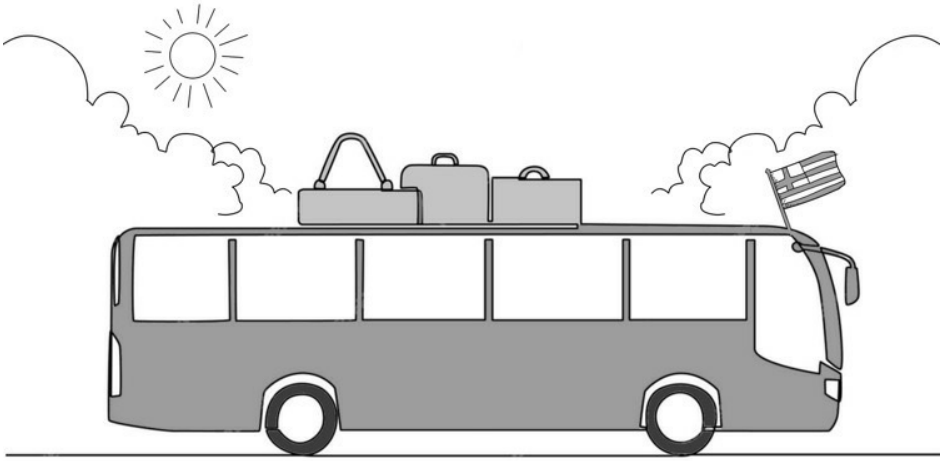
—Confiaba en ti, me gustabas para mi prima, pero parece que el apellido Arias viene con la condición de ser un pedazo de mierda.

—Nacho, para —le pido.

—Ahora no lo defiendas.

—Vámonos…

Entiende que lo único que quiero es largarme de aquí y alejarme de él y me hace caso. Salimos y el fresco aire del exterior parece relajar nuestro humor. Nos reunimos con Lara y Leo, que nos esperan de pie cerca de la puerta, y continuamos nuestro camino hacia los coches.



32. Etapa cerrada

NÍA

«Hazlo y me iré de casa. Recogeré mis cosas y no volverás a verme».

Eso me ha asegurado Álvaro esta mañana cuando he vuelto a casa tras pasar la noche fuera. El plan de Nacho era ir a algún bar a escuchar un poco de música y tomar algo, pero no me sentía con fuerzas para ello y Leo me llevó a su casa, vimos una peli cualquiera con el portátil en su cama y me quedé traspuesta. Aunque creo que él optó por dormir en el sofá y no sé por qué, no era necesario.

Queda un día para que mi primo se encargue de echar a mi ex a patadas, pero estoy tan ansiosa por librarme de él que no podía esperar y he aceptado. Total, solo es venir a la consulta de esta doctora que no conozco de nada para que revise los informes que la mía ya me explicó. Álvaro está empeñado en que tiene que haber una solución y no ha parado hasta que he aceptado pedir una segunda opinión. Bueno, hasta que me ha prometido que se largaría si accedía a su loca petición.

Estoy rodeada de embarazadas, algo muy típico en la sala de espera de ginecología. Algunas solas y otras acompañadas por sus parejas. Me siento extraña en este espacio con Álvaro. Es como siempre imaginé nuestro futuro, uno que ya no existirá ni con él ni con ningún otro. Me pongo triste y me sale alguna lagrimilla que él limpia con el pulgar. Se acerca a mí como si fuera a besarme, pero se queda a unos centímetros. Intuye que ahora mismo lo detesto como ser humano y, por alguna razón, creo que él tampoco desea hacerlo.

—Ah, vaya, así que has vuelto con ella. ¿También la has dejado embarazada o te estás comiendo el marrón de tu hermano?

Nos giramos a la vez y volvemos la vista al frente. Es Alma, la chica de la agencia de viajes que nos organizó la luna de miel, y muestra una barriga ligeramente abultada. Álvaro se levanta como un resorte y va hacia ella. Declara que no es lo que parece y que luego le explicará todo.

Yo me quedo en mi asiento y creo que me falta el aire. ¿Ella es la chica que dejó embarazada?

¿La misma a la que luego fui a contarle que mi novio me había dejado? ¿La que se sacó de la manga la opción de irme con Hugo de viaje?

—Nía Ortiz —oigo que me llaman, y me apresuro a entrar, esperando que Álvaro no se percate, pero sí, se entera y pasa también a la consulta. Genial.

No deja de mover las piernas de manera frenética y no sé si está nervioso por mi diagnóstico o por lo de su novia. ¿Puedo decir que es su novia? Bah, me da igual.

La doctora, que por lo visto es la misma que lleva el embarazo de Alma —¿os lo podéis creer?—, se pasa un buen rato analizando los resultados para terminar afirmando lo mismo que ya me explicó la mía hace un mes. «Es muy probable que no puedas tener hijos de manera natural. No digo que no puedas, pero tienes que estar preparada por si no lo logras». Luego añade que ella, como mucho, lo que puede hacer es repetirme los análisis por si hubiera surgido algún error en el laboratorio. Álvaro responde que sí enseguida, pero yo me hago valer y le comento a la doctora que ahora mismo no quiero volver a pasar por todo esto, que ya lo he asumido y que, en este momento, tener hijos ni siquiera es algo que pueda plantearme, ya que no tengo pareja. Lo mira a él, que debía suponer que es mi novio, y luego a mí otra vez.

—Está bien. Si algún día te interesa que lo volvamos a mirar, pídeme cita a mí o a otra compañera, ¿vale?

Asiento y salgo de la consulta cabizbaja porque no quería volver a pasar por esto, pero la oferta de Álvaro de largarse para siempre era tan tentadora que tuve que aceptar.

De nuevo en la sala de espera, me pregunta si puedo volver sola a casa y le indico que no se preocupe. Volver en su coche con él no me parece una opción válida ahora mismo.

En la calle, busco entre mis *playlists* hasta dar con la que necesito para acompañarme en mi trayecto a casa. Son unos cuarenta y cinco minutos a pie y me vendrá de perlas el paseo. La voz grave y rasgada de Paloma Faith en *Only Love Can Hurt Like This* me llega a la perfección cuando me coloco los diminutos auriculares sin cables.

Al llegar a casa me siento agotada, pero necesitaba caminar. Estoy tan confundida con lo que acaba de ocurrir que no sé si quiero que vuelva Álvaro y me lo explique o que no regrese nunca más y me pida que le envíe sus cosas. Me han engañado los dos en mi cara. Ella sabía que se iba a casar ¡conmigo! Y, aun así, se acostó con él. Luego nos vendió un viaje superespecial de luna de miel «que jamás olvidaríamos». ¿Puede haber algo más hipócrita que esto? ¿Ya sabía que no íbamos a casarnos y que no iríamos a ese viaje?

Y yo contándole que mi novio me había dejado por otra mientras ella fingía lástima cuando, en realidad, se debía descojonar de mí. Le debí parecer patética. Seguro que pensó que era lógico que me hubiera dejado porque era la típica pardilla. Seguro que la escogió a ella porque tiene las tetas grandes. O porque tiene los labios gruesos o es rubia o mantiene su melena larga y brillante. Dios, es perfecta, la odio.

Quiero poner una reseña en Google. Quiero advertir a otras chicas que no vayan a esa agencia de viajes si quieren conservar a sus novios. Quiero escribir tantas palabras feas que dudo que sea capaz de hacerlo. Porque la reseña no es para ella, sino para el negocio. Y yo no soy así.

Álvaro llega una hora después y me encuentra metiendo sus cosas en cajas, algo que debería haber hecho mucho antes, pero me dolía enfrentarme a ello. *Vampire*, de Olivia Rodrigo, se detiene y me cabreo porque sé que ha sido él.

—Te prometí que iba recogerlo todo.

—Te odio, Álvaro. No quiero que estés ni un minuto más aquí.

—Lo sé, y me voy. Pero tengo que contarte dos cosas primero.

—Mucho pides tú —rebufo mientras sigo sacando ropa suya del armario y lanzándola a la caja de cartón que hay en medio del dormitorio.

—Siento lo de Alma, surgió sin más.

—Sin más, claro —ironizo.

—Para —me pide agarrándome para que deje de maltratar sus camisas y trata de llevarme al salón, pero me resisto. Por desgracia, él es más grande y fuerte y me levanta del suelo sin dificultad. Sí, para follar era una ventaja, pero ahora resulta que es un inconveniente.

—¡Suéltame! —grito mientras pataleo.

—Te di mi palabra de que me iría y voy a cumplirla. No quiero volver contigo. Pero necesito aclararte un par de cosas primero. Solo dos, ¿vale? Luego recogeré todo y saldré de tu vida.

Dejo de agitarme y me suelta sobre el sofá. Lo observo un rato y asiento.

—Habla y lárgate.

Suspira y se sienta a mi lado.

—No busco tu perdón porque no lo merezco. Eres buena, Nía, demasiado. No estás hecha para alguien como yo.

—Al grano —exijo, más borde de lo que pretendo. Sé que le cuesta expresar todo esto, pero no quiero que se ande por las ramas. Cuanto antes termine, antes se irá.

—Me enamoré de Alma. No es justo para ti y lo siento, pero a ti no te amé. No sabía qué hacer porque contigo solo interpretaba el papel que mi padre me pidió.

Las primeras lágrimas empiezan a caer, pues, a pesar de saber lo que fui para él, que me lo suelte así, a bocajarro, duele. Aunque ya no guarde ningún sentimiento de amor hacia quien fue mi novio durante tanto tiempo. Porque han sido diez años a su lado y nunca he significado nada.

—Lo siento, joder. —Se acerca a mí y quiere limpiar mis lágrimas, pero no se lo permito. Retira la mano y me pide perdón nuevamente.

—No hace falta que me expliques eso. No quiero saberlo, de verdad. Te acostaste con ella, te enamoraste y se quedó embarazada. Me abandonaste sin una mísera explicación para irte con ella y luego la dejaste para regresar aquí, ¿a qué?, ¿a volver conmigo?

—El Álvaro cobarde le echaría la culpa a mi padre, pero debería haberme enfrentado a él.

—Pues sí, deberías. Antes de hacerme perder el tiempo y de arruinarme la vida, deberías haberle plantado cara —escupo sin mirarlo.

—Lo sé, joder, por eso intento arreglar las cosas.

—Lo mío no tiene arreglo.

—Sí que lo tiene.

—Basta. —Me levanto sintiendo mis ojos húmedos, pero él me detiene en mi intento de volver a la habitación.

—Nía, por favor, escúchame. Os debo la verdad.

—¿De qué verdad hablas?

Me hace un gesto para que vuelva a sentarme y regreso a mi sitio. Él suspira nuevamente y yo empiezo a ponerme muy nerviosa.

—No es fácil ser el hermano de Hugo, el perfecto. Crecí siendo el desobediente, el travieso, el que disfrutaba haciendo cualquier cosa menos abrir un libro, el que necesitaba clases de repaso. Mientras él se llevaba todas las atenciones y las buenas palabras, a mí solo me pedían que fuera como él.

—Vaya, no lo sabía. —Arrugo el ceño—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Hugo no tiene la culpa, siempre fue un hermano de diez. El problema es que los adultos, sobre todo mi padre y mis abuelos, se dedicaban a recalcar que él era todo lo que yo jamás sería y acabé odiándolo. Así que cuando tuve la ocasión fui a joderlo.

Mi corazón se acelera, anticipándose a sus palabras, ya que con lo que me ha dicho y lo que sé empiezo a darle forma a la historia completa.

—A veces le pedía que se hiciera pasar por mí para poder asistir a todas las fiestas a las que me invitaban. Por eso pensaste que era yo.

—¿Declinar la invitación no era una opción para ti?

—Sabes que no. —Rebufo—. Él quiso confesártelo todo, pero yo lo convencí de que no lo hiciera.

Me cuenta la mierda de plan que le propuso a Hugo en su momento para que yo no me enfadara y me parece increíble que le llegara a hacer caso.

—O sea, que tenías que acostarte conmigo un par de veces y darme la patada.

—Más o menos —reconoce.

—¿Entonces?

—Pues que así fastidiaba a Hugo. Mucho. Porque estaba colado por ti. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil se le hacía contarte la verdad por miedo a tu reacción. Luego mi padre me pidió que buscara una «chica adecuada» y le hablé de ti.

—Por eso dejasteis de compartir piso —deduzco, porque lo único que sabía era que se habían peleado.

—Así es.

—Y cuando me decías que era gay…

—Reconozco que eso me hizo gracia. Pero, como habrás comprobado, no lo es.

Pongo los ojos en blanco.

—Todo esto me supera. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque la he cagado mucho con vosotros y quiero arreglarlo. Habéis pagado el pato de mis inseguridades y no os lo merecéis. Hacéis buena pareja.

Me cuesta creer este cambio de actitud y pienso que esconde algo, aunque no tengo ni idea del qué.

—¿Qué ganas tú con esto? —lo encaro.

—Nada. Paz mental, supongo.

Me río en su cara, pero su mirada se entristece.

—Merezco que no me creas, me lo he ganado a pulso. Pero, en serio, lo único que quiero es poder arreglar las cosas con Alma y que tú y mi hermano volváis a estar juntos.

—¿La quieres?

No me importa, pero no quiero seguir hablando de Hugo.

—Sí —admite en un suspiro.

—Pues creo que la has cagado.

—Lo sé. Con ella también. Todo por ser un cobarde y hacerle caso a mi padre.

—¿Tienes algún plan?

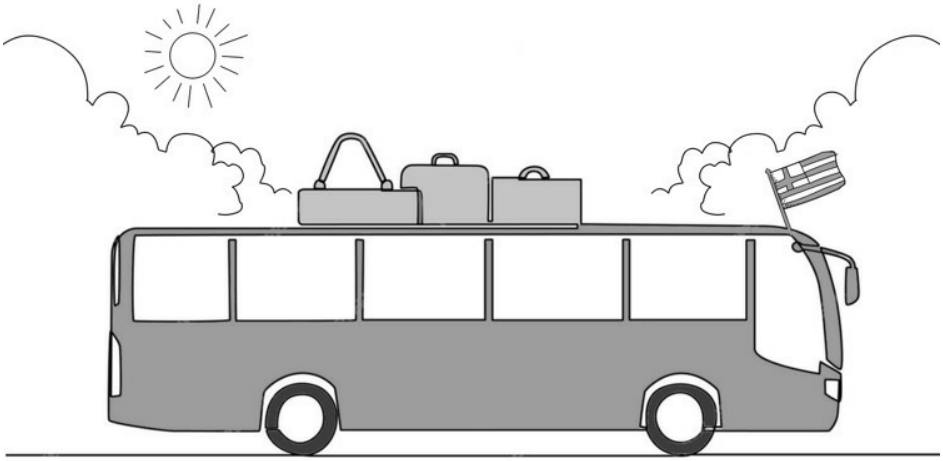
—¿Meterme en su casa y ser el novio perfecto? —bromea.

Me río, pero esta vez de verdad.

—Mejor prueba otra cosa.

Sonrío y me siento en paz por haber cerrado esta etapa. Él se levanta y va hasta la habitación.

Por el ruido intuyo que está empacando sus cosas. Me sentiría feliz, pero sigue faltándome algo. Alguien, más bien.



33. Algo que deberíais saber

HUGO

Llevo un mes sin saber nada de ella y estoy perdiendo la fe en que llegue a perdonarme algún día. Hace dos semanas, Álvaro vino a verme y me dejó tan sorprendido y confundido que no supe qué pensar. Declaró que estaba arrepentido de muchas cosas, que ya lo había hablado con Nía y la había dejado en paz. Supuso que vendría a verme o me llamaría, pero no he recibido noticias suyas y no puedo agobiarla. Ya me quedó claro cuando coincidimos en aquel restaurante. Si no me permite defenderme y contar mi versión, tendré que asumir que lo nuestro ha acabado para siempre.

Mi hermano está irreconocible, por cierto. Con la que tiene encima —me refiero a tratar de recuperar lo suyo con su chica— y siempre tiene un momento para llamar y preguntarme cómo me encuentro.

Me termino de vestir para ir a hacer la compra y, cuando paso por el baño, me niego a tirar ese cepillo de dientes que sigue en un vaso sobre el mármol del lavabo, a la espera de que su dueña cambie de opinión. También siguen sus cosas en un cajón de la cómoda, esas que trajo para aprovechar las mañanas cuando se quedaba a dormir aquí. Es posible que ni se acuerde.

Cuando abro la puerta, mis ojos no dan crédito a lo que ven.

—¿Nía?

Está frente a mí y creo que se debatía entre llamar al timbre o huir, porque me observa con cara de apuro mientras se muerde el labio y juega con las manos tras la espalda.

—¿Tienes prisa? ¿Puedo pasar? Será rápido.

—Claro…

Me aparto y la dejo entrar. Cierro la puerta y la sigo hasta el salón. Ella recorre la estancia con los ojos hasta que los posa sobre mí.

—No quería venir enfadada y he vivido mucho estrés últimamente.

Asiento. Yo también prefiero que tengamos esta conversación tranquilos, aunque hubiera

deseado poder exponer mi versión mucho antes y no vivir toda esta incertidumbre.

—¿Por qué no me contaste la verdad?

—Estuve a punto en varias ocasiones. Cuando nos acostamos, me molestó que me llamaras «Álvaro». Por eso me marché. Estaba… decepcionado. En ningún momento creí que no supieras quién era. Yo estaba loco por ti, casi obsesionado, y darme cuenta de que tú solo tenías ojos para él fue muy duro. Porque ya lo sabía, ¿de acuerdo? Era evidente para todo el mundo, yo incluido. Pero pensé que finalmente te habías fijado en mí.

—Vale, eso puedo entenderlo —responde tras reflexionarlo un segundo.

—Al día siguiente, te estaba escribiendo para quedar y contártelo, pero llegó Álvaro y me dijo que…

—Que no me lo contaras porque me iba a cabrear. ¡Dios!, me siento tan estúpida… Él no sabía de qué le estaba hablando cuando lo llamé y cualquier persona se habría dado cuenta, pero yo no lo hice.

—Porque estabas tan loca y obsesionada con él como yo por ti.

—De haber sabido que era un pedazo de mierda no me habría fijado en él.

Me encojo de hombros. No quiero decirlo, pero sé que no es cierto. Se habría fijado en él en cualquier mundo que haya en este multiverso. Sí, he visto mucho *Flash, Arrow* y *Legends of Tomorrow.*

—¿Por qué no después? Él no cumplió su parte, ¿por qué seguiste cubriéndolo?

Resoplo.

—No sé, Nía. Había pasado mucho tiempo, te ibas a molestar conmigo por tardar tanto en confesártelo y ya estabas saliendo con él. Parecías realmente feliz y decidí dejarlo estar. ¿Con qué derecho iba yo a estropear eso? Lo querías a él, no a mí. No cambiaría nada…

—O sí… —lamenta con los ojos brillantes.

—¿Qué…? —carraspeo, porque no me sale la voz—. ¿Qué quieres decir?

—Que sentí algo contigo aquella noche que no se ha repetido en diez años y no lo volví a experimentar hasta Grecia. Por eso me duele tanto que no me hayas dicho nada, porque… ¿y si estaba enamorada de ti y no de él? Joder, Hugo, podrías haber cambiado algo.

Ahora los ojos ya no están solo brillantes, sino húmedos. Las lágrimas son bastante visibles y trata de limpiárselas con la palma de la mano. Yo la observo como si lo que acaba de decir no me afectara en nada.

—Te habrías enfadado.

—Sí, quizá al principio, sí. Pero luego…

—No podemos saber qué habría pasado. Me equivoqué y lo siento.

—¿Y cuando me dejó? ¿O en el viaje? Ya no estaba con él…

—¿De verdad, Nía? ¿Crees que es buena idea que te lo cuente cuando Álvaro te acaba de dejar casi plantada en el altar? —replico en tono irónico, y me arrepiento enseguida.

—Pues para acostarte conmigo no tuviste tanto reparo.

Rebufo y me paso una mano por la cara. ¿Había dicho que esto iba a ser rápido?

—Era consciente de que había algo entre nosotros. Me negué a creérmelo porque me parecía imposible que estuvieras sintiendo algo por mí. Pero la cosa avanzaba y yo cada vez tenía más dudas. Cada día me levantaba con la determinación de contártelo porque sabía que, si no lo hacía yo, lo haría él. Hasta que… ocurrió y… me pareció vivir un sueño. No iba a ser yo quien lo estropeara. Pero te quiero, joder, te quiero. Y sí, he dicho «joder». Dos veces. —Se ríe y yo también—. Jamás te engañé de manera intencionada. No me hice pasar por otro para acostarme

contigo y mucho menos hubiera accedido a compartirte con mi hermano. Mi único delito ha sido ser un cobarde.

La veo respirar profundo mientras se limpia las últimas lágrimas. Ya no parece enfadada, al menos.

—Yo también te quiero, cobarde —responde, finalmente, tras varios segundos que podrían ser un minuto perfectamente.

—¿Y cuál es mi condena por ello? —pregunto muerto de miedo por si decide que lo nuestro acaba aquí.

La pregunta le sorprende y va a hablar, pero siento que me vibra el móvil. Por el reloj inteligente, veo que es mi madre quien llama. Seguro que puede esperar. Decido no responder, aunque la vibración en mi bolsillo no cesa. Empiezo a agobiarme porque quiero zanjar esta conversación con Nía, pero parece algo importante y debería responder.

—¿Me das un segundo? —le pido levantando el dedo índice.

—Claro —accede. Parece liberada, como si deseara esa interrupción.

—¿Todo bien, mamá? —quiero saber nada más descolgar, y me desplazo a la cocina buscando un poco de intimidad.

—Tienes que venir a casa, ya he avisado a tu hermano. Tu padre y yo tenemos algo que comunicaros…

—¿Algo cómo qué?

—No puedo contártelo por teléfono.

—¿Os vais a divorciar?

—¡Claro que no! Es algo que deberíais saber y Nía merece poder dormir bien por las noches…

—¿Qué tiene que ver Nía en todo esto?

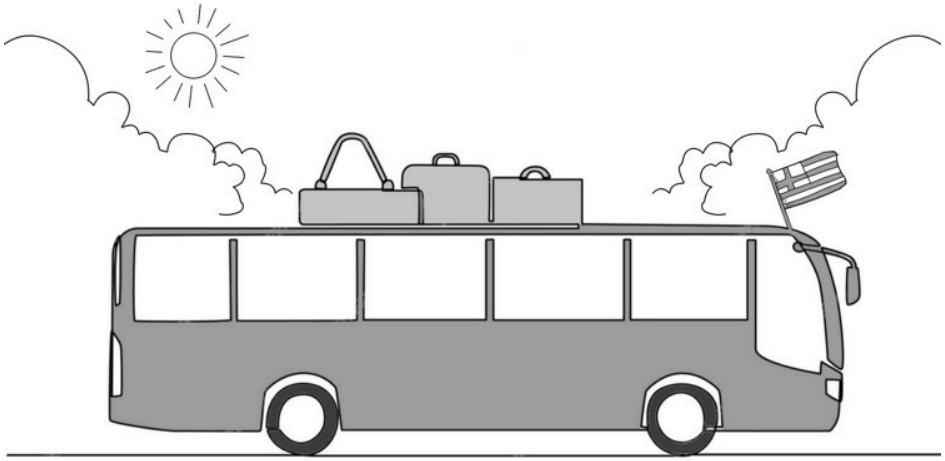
—Ven y lo sabrás.

—¡Mamá!

Tarde, ha colgado. Gruño y Nía aparece en mi campo de visión.

—¿Qué pasa conmigo?

—Eso me gustaría saber a mí. Mi madre dice que tiene algo que contarnos. —Alza las cejas y su mirada se vuelve sospechosa—. ¿Tú sabes algo?



34. Mi condena es esto

NÍA

Deseo perdonarlo. Lo echo de menos y creo que jamás voy a poder sentir nada tan intenso como con él ni encontrar a nadie que me entienda, me respete y me complemente más que Hugo. No me da miedo quedarme sola y criar una colonia de gatos, ya no. El problema no es ese. Puedo decirle que no quiero saber nada más de él, que me ha dolido mucho su silencio y que ya no podría confiar en él. O puedo entender que su hermano lo manipuló como hizo conmigo porque le tenía celos y que ambos somos las víctimas de ese odio que fue generando tras las horribles comparaciones que tuvo que recibir en toda su infancia. Entender lo difícil que fue para él gestionar ese miedo a que jamás lo perdonara y olvidar ese asunto para dedicarnos a ser felices de ahora en adelante.

Por suerte, no tengo que decidir justo ahora porque su madre ha decidido en este mismo momento contarles la verdad sobre su padre a sus hijos, algo que me parece genial, porque no se puede vivir con mentiras. Son mayores y sabrán aceptarlo. Aunque sé que será una noticia dura para ellos.

Por eso, he decidido venir con él. Creo que me va a necesitar. No he querido entrar, porque es algo que deben hablar en familia y ya sé más de lo que, en mi opinión, debería. Pero estoy en la calle, caminando arriba y abajo hasta que oigo que se abre la verja y salen los gemelos Arias. Ambos parecen expertos en esconder sus sentimientos, ya que me resulta imposible ver, al menos desde aquí, cómo se encuentran tras descubrir la verdad.

Me acerco a ellos, aunque yo tampoco sé cómo comportarme. No somos nada ahora mismo. Con ninguno de ellos. Ni novios ni amigos. He venido porque sabía que a Hugo le iría bien tener a alguien que lo comprendiera, pero dudo de todo. Quizá prefiere estar solo. Quizá quiere algo de mí que no sé si puedo ofrecerle.

—¿Tú lo sabías? —pregunta Álvaro.

—Vuestra madre me lo contó el día que vino a verme. Lo siento, me pidió que no os dijera

nada y no me pareció correcto hacerlo. Además, era un tema familiar y ya no…

«Ya no formaba parte de ella».

—Creo que me voy a mi casa provisional.

—¿Dónde estás viviendo ahora? —pregunto con genuina curiosidad.

—Alquilé un apartamento en Airbnb, uno de larga estancia.

Asiento y él me dedica una sonrisa triste.

—No sabía cuánto tiempo tardaría en perdonarme.

—Ojalá que sea pronto.

—Gracias. Significa mucho viniendo de ti. —Sonrío. Me siento bien teniendo esta pequeña conversación con él. Creo que es el primer paso para perdonarlo—. ¿Puedo darte un abrazo?

—Preferiría que no lo hicieras.

Sé que lo único que estoy haciendo mientras alargo esto es ganar tiempo para la conversación que sí es importante y que aún no sé cómo enfrentar. Porque la llamada de su madre interrumpió justo ese momento en el que tenía que decidir si perdonarlo o no y yo aún no lo tenía claro. Y lo peor es que sigo igual de indecisa.

Hugo me mira abatido y no sé si es porque él también desea ser perdonado como parece que estoy haciendo con su hermano o por todo lo que acaba de conocer hace unos minutos. O una mezcla de ambas cosas.

Álvaro se despide de nosotros y nos quedamos solos, el uno frente al otro, mirándonos como si pudiéramos leernos las mentes, algo que yo, al menos, no logro.

—Vamos, te llevo —interviene, rompiendo el silencio, mientras se pone en marcha hacia su coche. Supongo que para no darme tiempo a decir algo que no quiera oír.

El trayecto hasta mi casa es muy incómodo, sobre todo cuando he sido consciente de que me traía aquí y no a la suya, que es donde estábamos antes. Sabe que no quiero responder a la última pregunta que me ha hecho y él no quiere que responda si simplemente voy a romper de manera definitiva.

Le pido que suba para que podamos hablar, pero rechaza mi invitación porque necesita estar solo y pensar en todo lo que acaba de descubrir. No es justo, yo había ido con él porque me iba a necesitar y no estoy cumpliendo con esa función. Quizá no podamos estar juntos, pero al menos deberíamos conservar nuestra amistad.

—Hugo, no hagas esto. Sube conmigo, preparo algo, o pedimos algo, vemos una película y lloramos juntos. Me haces sentir que soy una pésima amiga porque tú sí estuviste a la altura cuando Álvaro me dejó. Ahora me toca a mí hacer lo mismo.

—Es que no es lo mismo, Nía.

—Sí que lo es.

—Está claro que mi condena es esto. Ver cómo perdonas a mi hermano por todo el daño que te ha hecho de manera consciente y premeditada el mismo día que mi mundo se viene abajo porque ahora resulta que mi padre no es mi padre. ¡Y tú lo sabías! Te lo has callado, joder. ¿En serio lo que yo he hecho es peor que lo que ha hecho él? Por que tú tampoco me has dicho nada a mí de ese secretito que compartías con mi madre, no sé a cuento de qué…

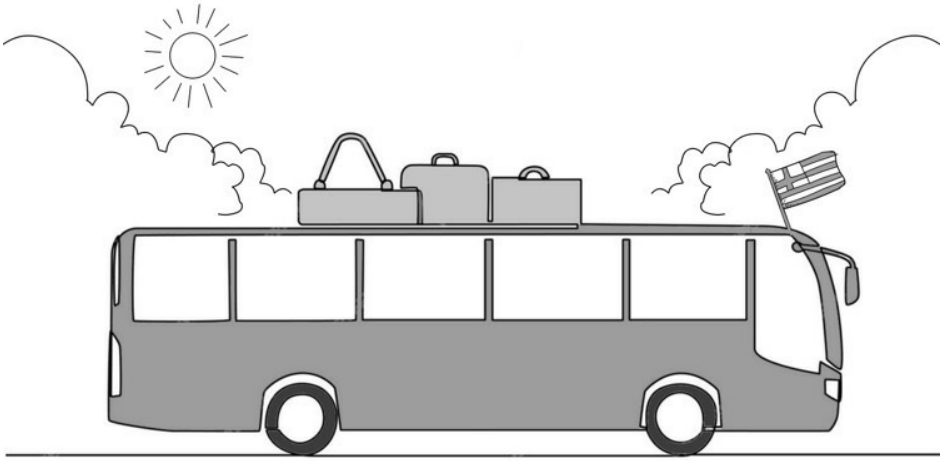
—Hugo… —Trato de tranquilizarlo poniendo una mano sobre su muslo, pero me la aparta de inmediato.

—Baja del coche —me pide mirando al frente y con las manos en el volante—. Ahora mismo no puedo, necesito irme a casa y pensar.

Acojonada, abro la puerta del coche y salgo. Agarro la puerta con fuerza porque soy incapaz de cerrar. No quiero que se vaya, y mucho menos de esta forma.

—Nía… —suplica, y no me queda más remedio que ceder.

El coche desaparece de mi vista y vuelvo a quedarme hecha polvo de nuevo.



35. Deuda pendiente

HUGO

«Matías no es vuestro padre».

«Matías es un buen hombre que no dejó que nos muriéramos de hambre».

«Siempre he cuidado de vosotros y os he querido como si fuerais mis hijos».

«¿Quién es nuestro verdadero padre? ¿Dónde está?».

«No sé nada de él y no creo que os interese nada suyo».

La turbulenta conversación de ayer sigue sonando en mi cabeza en bucle. La serenidad con la que mi madre y ese hombre que nos dio el apellido nos lo contaban, las preguntas que tanto mi hermano como yo hacíamos, y hasta los silencios. Recuerdo hasta en qué momento abríamos la boca para coger aire, cada carraspeo y cada movimiento de manos. Siento que mi pasado no existe y mi presente me duele.

Apenas he dormido esta noche. No sé cómo se sentirá Álvaro, pero a mí me cuesta aceptar esta información. Mi padre no es mi padre. Por eso me odia, porque no soy como él. Porque no soy su hijo. Da igual lo que haga, jamás tendré su aprobación.

Suena el timbre, pero no pienso ir a ver quién es. Con toda probabilidad, será algún repartidor. O alguien que se ha equivocado. Eso último ocurre muchísimo. Seguro que es eso. Vuelven a llamar. Ya se cansarán. No estoy para hablar con nadie y si descuelgo el telefonillo voy a parecer un ogro. Mejor que toquen a otro.

El timbre sigue sonando y cada vez con más insistencia, hasta que al final deja de hacerlo. Lo que yo dije, ya se cansarían. Vuelvo a mis pensamientos autodestructivos y me doy cuenta de que nunca antes he estado tan perdido y tan solo como ahora. Ninguno de mis amigos sabe lo que ha ocurrido con Nía y mucho menos esto. Bueno, lo de Nía alguno sí lo sabía. Mi hermano, con quien había recuperado la amistad, está tan destrozado como yo y solo puedo pensar en que Nía se siente cómoda a su lado, pero no conmigo. Y mi madre me ha mentido durante todos estos

años. Por no hablar de que la chica que era mi amiga y después mi novia, ahora no puede ser ni una cosa ni la otra.

El timbre de aquí arriba sonando sin parar junto a unos golpes en la puerta me perturban y me obliga a abrir, aunque solo sea para decirle a quien se haya atrevido a molestarme que me deje en paz y que se largue.

Palabras que mueren en cuanto veo a esa chica en la que no dejo de pensar ni un solo minuto del día. Mi corazón se acelera al verla, aunque mi cabeza me pide prudencia.

Esta vez no pide permiso para entrar, se cuela por el hueco que dejo entre mi cuerpo y el marco y no hago nada por impedírselo. Pasa al salón y abre las cortinas para que entre la luz del sol, algo que yo no había hecho y de lo que me doy cuenta ahora.

—Primero de todo, lamento ser una amiga de mierda. Fui contigo porque pensé que necesitarías mi apoyo. Dejé de pensar en «nosotros» por un segundo y pensé en ti. Porque, aunque en aquel momento no hubiera un «nosotros», eras mi amigo y sabía que eso te hundiría. Quería estar para ti como tú lo estuviste para mí.

Se muerde el labio y me acerco a ella. Aunque me detengo a un metro de su menudo cuerpo.

—No sé qué me ocurrió, supongo que al quedarse nuestro tema «a medias» no sabía cómo tratarte, si ser una amiga o una novia.

Se frota las manos de manera nerviosa.

—¿Lo has perdonado a él?

Suspira y expulsa una gran cantidad de aire.

—No sé si podría afirmar que lo he perdonado del todo, pero me gustaría hacerlo.

Quiero preguntarle si va a perdonarme algún día a mí también, pero las palabras mueren en mi garganta.

—Repíteme la pregunta —me pide, aún jugando con sus manos.

Yo la observo como si me hablara en otro idioma.

—Hugo —chasquea los dedos frente a mí—, repíteme la pregunta que me hiciste ayer, antes de que tu madre nos interrumpiera.

—No sé si quiero saber la respuesta —rebato, volviendo a ese momento.

—¿Crees que he venido hasta aquí para decirte lo mismo que ya te estás diciendo tú?

Frunzo el ceño.

—¿Cuál es mi condena por ello?

Me mira con malicia.

—Pues, verá, señor Arias —empieza a decir mientras camina hacia mí—, sé de buena tinta que tiene una deuda pendiente.

Me observa golosa y se muerde el labio. Quiero hablar, pero prefiero no estropear esto. Da un paso hacia mí y sus manos agarran el bajo de mi camiseta.

—¿Qué clase de deuda? —titubeo.

—Según mis cálculos, aún me debes más de ochocientos polvos.

—¿Tantos? Para ser contable se te dan muy mal los números —bromeo, incapaz de controlarme, y esbozo una sonrisa macarra que sé que le encanta.

—Te conviene callar, a ver si voy a tener que aumentar el castigo —me reprende quitándome la camiseta.

Se pone de puntillas para besarme y no se lo impido. Sus labios son mullidos y dulces y siguen volviéndome igual de loco. Mis manos se aferran a sus caderas y la aprieto contra mí. Encajamos tan bien que es perfecto. Su camiseta también acaba en el suelo y me recreo al ver sus

hermosos pechos al aire.

—A lo mejor me interesa aumentarlo —replico.

—Bien —pronuncia cuando sus dedos me desabrochan el cinturón.

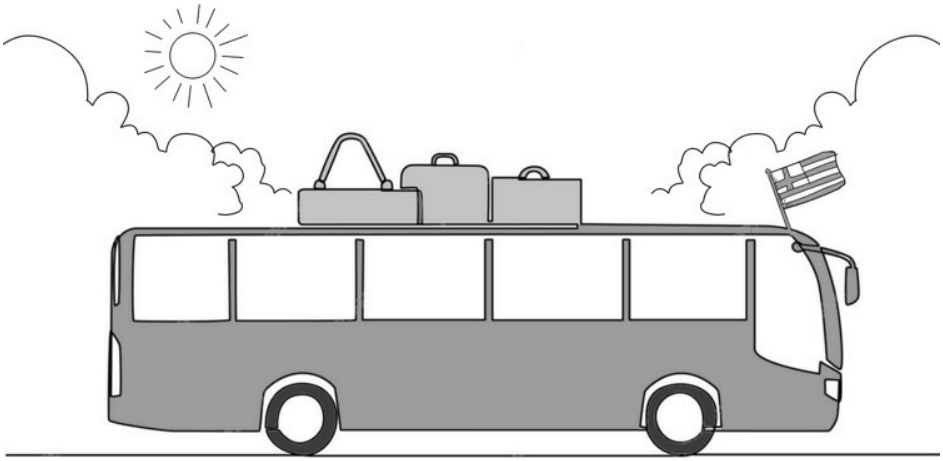
—¿Bien? —pregunto sin dejar de atacar sus labios.

—Porque te has portado mal durante diez años, así que espero que pases diez más como mínimo cumpliendo condena.

—¿Me vas a convertir en tu esclavo sexual?

—No me des ideas —se burla zafando el cierre de mis vaqueros y metiendo su pequeña y fría mano dentro de mi bóxer.

Termino de arrancarle el pantaloncito diminuto que lleva puesto, las bragas minúsculas y los zapatos y me la llevo a mi dormitorio. Tengo una deuda pendiente que saldar y una condena que cumplir.



Epílogo 1

NÍA

Dos años después…

—Bueno, yo quería dedicarles unas palabras a los novios. Mi intención era preparar un discurso, pero, ya sabéis, no encontraba el momento de ponerme a escribir y me tocará improvisar. Espero no cagarla…

Las risas de los asistentes llenan todo el espacio, rebotan contra la pared de este elegante salón y huyen al exterior, donde se mezclan con el sonido de la lluvia, que cae enérgica y sin compasión, ajena a esta parejita que decidió casarse un arriesgado dieciocho de abril. ¿A quién se le ocurre? Solo a Lara y a Nacho, claramente.

Casi se pierden el uno al otro por la cabezonería de mi amiga. Es tan orgullosa que no podía admitir que estaba hasta las trancas de mi primo para no parecer débil, aunque eso cada vez le doliera más a él. Tuvieron que estar separados un tiempo para darse cuenta de que Nacho era lo que quería y se plantó en la puerta de su casa con una maleta. Fue arriesgado. Mucho. Pero mi primo es un blando y no pudo hacer otra cosa que aceptarla de nuevo, consciente de la declaración de intenciones que significaba aquel gesto. «Quiero vivir contigo, siempre», creo que le dijo.

—… Para mí, ellos son dos de las personas más importantes desde hace muchísimos años y no puede hacerme más feliz que hayan decidido unir sus vidas porque así no tengo que contar lo mismo dos veces, ¿sabéis? Con que lo sepa uno, el otro se enterará… —Más risas—. En fin, chicos, os quiero mucho y ojalá seáis muy felices, en esta nueva etapa y en… todas las que vengan. —Le guiño un ojo a Lara, que ya estaba empezando a hiperventilar del miedo a que me fuera de la lengua.

Alzo mi copa y los demás asistentes hacen lo propio. Silbidos, aplausos y algún «¡vivan los

novios!» acompañan el gesto y yo los miro besarse con una sonrisa en los labios.

—Te juro que no daba un duro por ellos —comenta Leo apareciendo a mi izquierda con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ni tú ni nadie —bromeo, y me sujeto a su brazo a la vez que apoyo mi cabeza en su hombro. Mi gesto se entristece—. Me alegra que alguien haya podido usar el vestido.

—Seguro que a ti te quedaba mucho mejor.

Me encojo de hombros. Cuando Lara me pidió que la acompañara a ver vestidos porque yo era su dama de honor, me costó decirle que sí. Lo hice, obviamente; es mi mejor amiga. Pero pasearme de nuevo por esas tiendas no era algo que me apeteciera hacer.

El primer día fuimos a una, y el segundo a dos más. Se probó un total de quince vestidos en dos tardes. Ninguno parecía convencerla y no quería gastarse una fortuna en un «trozo de tela que solo iba a llevar un día». Cuando pronunció esas palabras, algo hizo clic en mi cabeza. Le pedí que viniera conmigo y la llevé a casa de mis suegros.

Dora nos abrió la puerta sorprendida y le pedí que me enseñara dónde tenía guardado aquello que le di. Lara no me entendió, pero mi suegra, sí. Nos guio a las dos hasta el ático, a una habitación con muchos armarios y estantes llenos de cajas. El sol llegaba de manera directa a través de una pequeña ventana que no tenía pinta de abrirse nunca, salvo cuando la asistenta limpiaba.

Nos detuvimos frente a un armario antiguo de madera de nogal que ya había perdido el brillo y nos dejó allí. Ella se marchó para dejarnos solas, aunque no fui consciente de ello hasta varios segundos después. Mi cuerpo estaba en tensión, mi pulso acelerado, mis dedos temblando… Un sudor frío me recorría a la vez que mis manos se acercaban a los tiradores. Hasta que me atreví a abrir las puertas y allí estaba, dentro de una funda de Rosa Clará, destacando frente a abrigos y vestidos de otra época.

Lara abrió mucho la boca, sin atreverse a decir nada. Lo saqué y le pedí que se lo probara. Ella titubeó. «Pero, Nía, es tu vestido, no puedo ponérmelo». «Yo ya no voy a usarlo». «¿Nunca vas a casarte?». «No me pondré ese vestido si me caso con otra persona».

Al final, accedió. Tuve que ayudarla, pero le quedaba perfecto. Solo había que hacer un par de retoques, recoger un poco el bajo y meter algo de cintura. Estaba preciosa y ella «lo llenaba más» al tener un escote más generoso. Me dio hasta envidia que le quedara mejor que a mí. Dejé que cayeran un par de lágrimas y nos abrazamos. «No lo llevaré si no quieres que lo haga». «Necesitas algo prestado». Aunque, obviamente, nunca iba a aceptarlo de vuelta.

—¿Desaparezco un momento y me robas a mi novia? —oigo a Hugo a mi espalda, y Leo se aparta de mí como si quemara.

Me giro molesta y él se ríe. Vale, estaba bromeando. Conoce de sobra la relación que tenemos Leo y yo, así que no se pone celoso. Aunque bromear sobre ello le hace mucha gracia y no pierde la ocasión de poner a mi amigo en un apuro.

—Si no la dejaras sola cuando tiene que dar un discurso…

—No quería ponerla nerviosa —suelta como si nada, y me sonrojo porque sé a lo que se refiere. Casi no llegamos a tiempo al enlace porque tenemos un problema con el contacto físico. Nos cuesta dejar de tocarnos. Mucho.

Leo alza los ojos como esperando a que alguno de los dos le explique la broma, pero no lo hacemos. Niega con la cabeza y se despide de nosotros con una sonrisa.

—Os dejo, tortolitos. A ver si dais el paso vosotros también y montáis una fiesta como esta, con su barra libre y sus… chicas —añade guiñándome un ojo.

—¡Eh! ¿Quién te ha dicho que estarías invitado? —bromeo, y él se carcajea muy fuerte. Exagerado. Pero ya le ha echado el ojo a una prima de Lara y pasa de mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Hugo, repentinamente serio, y me abraza por la cintura para atraerme hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

—Os he visto y he oído lo último que te ha dicho —confiesa, lo cual me hace sentir bien, pero a la vez siento que me derrumbo.

—Bueno, ya sabes. Era mi vestido…, y no lo digo de manera egoísta o posesiva. Yo se lo ofrecí. Me alegro de que alguien lo pueda usar en su día especial y que me haga cambiar los recuerdos que tengo. Ahora será «su vestido», el que usó en su boda, y no el que se quedó colgado en un armario. Además, se ha ahorrado un dinero que ahora van a necesitar, así que… ¡mierda!

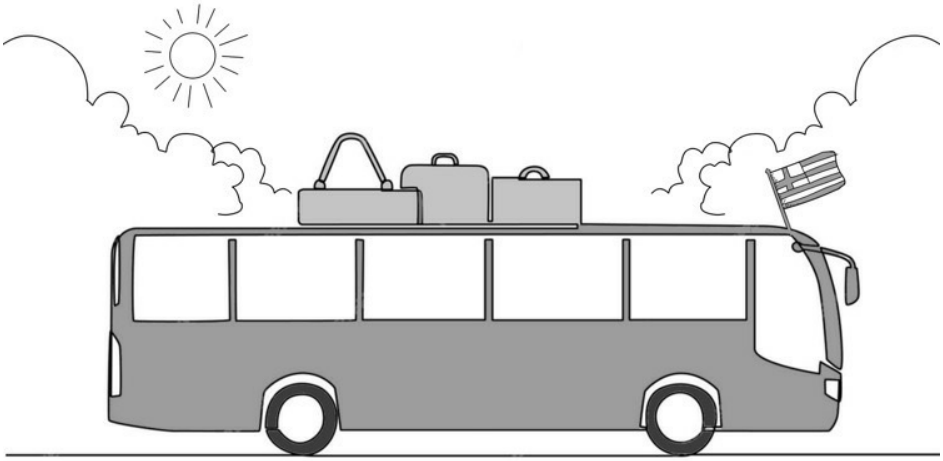
Me tapo la boca con ambas manos, deseando que nadie haya oído lo que acabo de decir. Hugo entrecierra los ojos y desvía la vista hacia los novios.

—¿Quieres decir que…?

—No puedes decírselo a nadie. Ni siquiera mi primo lo sabe. Lara se ha enterado esta mañana. Me ha pedido que pasara por la farmacia de camino a su casa.

—Vaya, así que no es «solo» lo del vestido.

No, no es solo lo del vestido. No me pasa desapercibida la manera en que pronuncia ese «solo», dejándome claro que entiende que, aunque fuera solo eso, para mí ya sería mucho. Y es que ese vestido era lo único que me quedó de una relación de diez años que se esfumó de la noche a la mañana, pero que, de alguna manera, me convirtió en quien soy ahora. Una mujer que ha aprendido a no callar y a no ceder cuando lo que está en juego es su propia felicidad.



Epílogo 2

NÍA

Cuatro años después…

Abro los ojos y tengo la sensación de que no he descansado lo suficiente. Creo que solo he dormido cinco minutos, demasiado poco para lo movida que ha sido esta noche. Me giro buscando la cara de Hugo y me mira embobado, aunque sus ojeras seguro que son incluso más oscuras que las mías. Está agotado, pero henchido de felicidad.

Sostiene a Gaia en brazos, quien hace unos ruiditos muy monos, pero mi recién estrenado cerebro maternal me despierta al mínimo sonido producido por alguna de mis crías. Sí, son dos, pero Olimpia duerme plácidamente a mi lado. Ella parece ser la dormilona y su hermana, la fiestera, la que nos ha mantenido despiertos prácticamente toda la noche.

No, no hemos tenido gemelas por genética paterna, si es lo que estáis pensando. Lo estuvimos intentando de manera natural durante un año con bastante insistencia, pero no lo logramos. Era de esperar. Aunque ambos teníamos tantas ganas de formar nuestra propia familia que recurrimos a la carísima fecundación *in vitro*. Teníamos varios embriones sanos y decidimos probar con uno. No salió. Así que la segunda vez lo intentamos con dos. Y aquí estamos, con el resultado de nuestra ansia, nuestras mellizas.

Por supuesto, quisimos ponerles nombres griegos, en un pequeño homenaje a nuestros inicios como pareja. Un viaje que repetimos para nuestra luna de miel de verdad. Porque, aun con mis dudas, decidí volver a casarme. O sea, ya me entendéis. Volví a planificar una boda y a comprar otro vestido.

—¿Se puede? —solicita una voz familiar tras dar unos golpes en la puerta de la habitación.

Hugo se desplaza para abrir y los ojos emocionados de Álvaro se encuentran con su sobrina, a quien empieza a hablarle con una vocecilla que me da hasta grima. Al padre no le hace ningún

caso, ni a mí tampoco. Por favor, que alguien le diga a este ser humano que lo primero que hay que hacer es preguntarle a la mamá cómo se encuentra.

—Nosotros estamos bien, gracias por preguntar —ironizo.

—Lo siento, es preciosa. Son. Las dos. Y tú también estás muy… bien para haber pasado por un doble parto ayer mismo —balbucea de manera nerviosa.

—Sigues siendo un idiota —le reprocho en broma.

—Shhhh, las niñas te están oyendo decir palabrotas —me regaña Hugo.

—Tienen un día de vida.

—Pero no están sordas.

Álvaro se descojona y yo pongo los ojos en blanco. La que me espera con el sargento este.

Finalmente perdoné a mi ex-barra-cuñado porque lo necesitaba para seguir adelante. Me hizo mucho daño, me robó un tiempo precioso de mi vida y la capacidad de tener hijos de manera natural, me engañó, quiso separarme de Hugo y se me acopló en casa para intentar que volviera con él, pero tengo que reconocer que cambió. Supongo que lo que él sentía hacia a Alma lo transformó y se enfrentó a su padre por primera vez. Consiguió volver con ella y ahora tienen dos niñas preciosas. Ya veis, los hermanos Arias no saben hacer niños.

De modo que sí, tanto Hugo como yo lo perdonamos y hemos «olvidado» esa época de nuestras vidas. A la que me costó más perdonar fue a Alma, aunque entendí que me salvó de una relación que no me hacía feliz, por mucho que yo creyera que sí.

—Voy a tomarme un café, aprovechando que has venido. —Las palabras de Hugo me sacan de mis pensamientos y me doy cuenta de que estaban hablando mientras mi cabeza no se encontraba en esta habitación.

Hugo deja a Gaia medio dormida en mis brazos y se despide de su hermano con un apretón de hombro.

—Qué bien que no hayan necesitado ir a la incubadora.

—Qué palabra tan fea…

—Ya… Todos lo habríamos pasado mal —aclara acariciándome la pierna por encima de la sábana, un gesto que dice muchas más cosas que sus palabras: que lleva desde que sabe que no puedo tener hijos atormentándose por ello, que tenía miedo de contarme cualquier progreso de sus hijas y de los embarazos, que lloró conmigo cuando se enteró de que el primer embrión no salió adelante. Por supuesto que sé que si las mellizas acababan en la UCIN él estaría tan afectado como nosotros.

Pero, por suerte, no fue así.

Como si de un milagro se tratara, me puse de parto en cuanto cumplí las treinta y siete semanas que marcan la diferencia entre un prematuro y un bebé nacido a término, justo unos días antes de la cesárea programada que me daba tantísima tranquilidad. Las niñas nacieron enanas, pero pesaron lo mínimo para no tener que separarnos.

Supongo que hay algún tipo de justicia divina que ha considerado que merezco algo bueno, así que no voy a quejarme.

—Me alegro de que todo haya ido bien y de que… lo consiguierais.

Asiento, alzando las comisuras de mis labios y dibujando una ligera curva que denota cierta tristeza.

—Con un par más nos montamos un equipo de básquet —bromea, y se me escapa una pedorreta por la boca.

—Yo me planto aquí, lo siento —aseguro, negando con la cabeza, pero él está serio—. No me

digas que esperáis otro —tanteo, porque de estos dos uno ya puede esperarse cualquier cosa.

—Aún no.

—¿Aún? —cuestiono con una ceja levantada.

—Habrá que traer un niño a esta familia, ¿no?

—Verás que os sale otra niña. Lo que os vais a gastar en compresas… ¡O gemelos!

—No, por Dios…

Me río y Gaia protesta porque se había empezado a dormir y la he despertado. ¿A quién ha salido esta niña?

—¿Cómo está? —Me intereso por Alma, pues ayer la operaron de apendicitis en este mismo hospital. Parecía un chiste: yo en el paritorio y ella en el quirófano. El chat familiar de los Arias echaba humo.

—Bien, ahora le darán el alta y se pasará a veros.

Asiento, esta vez con una sonrisa sincera. Alma no es Lara y tampoco mi primo. Pero se ha convertido en una amiga. No «mejor amiga», pero sí he descubierto una persona bastante leal —si ignoramos cuando se fijó en un hombre «casi» casado— con los suyos y que da muy buenos consejos. Y no se lo digáis, pero la nuera favorita de Dora soy yo, aunque creo que lo sabe todo el mundo.

Charlamos un rato hasta que Olimpia se despierta y pide teta. Dejo que Gaia, quien se despierta al separarse de mamá y empieza a llorar también, se familiarice con los brazos de Álvaro. Me entra un poco de agobio y no sé qué hacer, pero alucino al ver cómo la peque se va calmando con el bailecito de su tío.

—Tengo dos, ¿recuerdas? Además, a las chicas me las camelo rápido —comenta guiñándome un ojo.

—Eso último ha sonado un poco raro, así que voy a ignorarlo, ¿vale?

Él asiente mientras sigue bailando un vals por la habitación con Gaia entre sus brazos. Se ve tan pequeña a su lado…

Me coloco a Olimpia sobre el cojín de lactancia que Alma me obligó a meter en el coche porque «no me iba a arrepentir» y, por suerte, le hice caso, como en tantas otras cosas durante el embarazo. Me desabrocho unos botones del camisón y me preparo para el ritual de acercar el pezón a la naricita de Olimpia para que abra la boca y, ¡clic!, se engancha perfectamente.

Estoy loca por intentarlo con dos y no creo que dure mucho. Amamantar a un recién nacido ya es sumamente agotador como para que encima sean dos. Pero estoy convencida de que no habrá más y quería vivir la experiencia, intentarlo, al menos. La matrona me explicó que no es imposible y que hay mujeres que lo logran.

—Joder, qué tetas… —murmura Álvaro, creyendo que no lo he oído, pero sí.

—¿Perdón? —pregunta Hugo, que ha decidido que este era el mejor momento para volver y parece que él también lo ha oído.

—Ey, las conozco de sobra —se excusa, desviando sus ojos de mí como si se sintiera incómodo de repente—, es solo que antes no eran… así.

—Es por la leche, tranquilo, ya volverán a desaparecer —respondo con un toque de reproche porque siempre supe que el tamaño de mis pechos era algo que no le agradaba. Alguna vez pensé en operarme para sentirme más deseada. Por suerte no lo hice. A mí me gustaban, podía ir sin sujetador. Además, empecé a sospechar que eso no detendría sus ganas de tirarse a toda mujer que se topara con él.

Álvaro se dispone a hablar, pero va a traer recuerdos que ahora mismo no necesito hacer

presentes. Estoy muy sensible y agotada. Hugo se da cuenta de ello y le agradece la visita, pero le pide que nos deje solos un rato para que podamos descansar. De modo que Gaia vuelve a los brazos de su padre y mi ex-barra-cuñado se despide de nosotros sin ningún drama porque él es padre, ha pasado por esto dos veces y entiende que se trata de un momento tan especial que no quieres compartirlo con nadie.

Así que volvemos a estar Hugo y yo con las niñas, viviendo el milagro de haber pasado de ser dos a ser cuatro en cuestión de horas, alucinando con cada gesto que hacen y adaptándonos a la vida con dos seres completamente dependientes de nosotros. Todo eso, con una enorme sonrisa y los ojos ojerosos. Dos cosas que no van a cambiar en una buena temporada.

Nota de la autora

Los que ya me habéis leído anteriormente os habréis dado cuenta de lo mucho que me gusta incluir ciertos temas tabú en mis historias. En esta ocasión he querido dar visibilidad a la infertilidad y, de paso, a las ITS. Es un tema que a mí personalmente no me ha afectado, pero he conocido gente que lo ha vivido de cerca.

Pocas cosas hay peores que desear un hijo y no poder tenerlo o perderlo, y no se habla mucho de ello. Hay tan poca consciencia sobre la infertilidad que asumimos que ninguna pareja tiene problemas para tener un hijo. Como es una novela romántica con final feliz, he decidido que pudieran tener a sus dos bebés, pero no siempre ocurre así. En muchas ocasiones, hay mucho dolor, especialmente si se acompaña de pérdidas gestacionales. Por eso es por lo que he decidido incluirlo en esta historia.

Quiero aprovechar también para aclarar que en esta, al igual que con cualquier otra novela de ficción, busco narrar con la mayor veracidad posible, documentándome sobre diferentes aspectos (médicos, geográficos, laborales, legales, etcétera). No obstante, me he tomado alguna licencia literaria cuando la historia así lo ha requerido.

Para terminar, y como viene siendo habitual, te pido un favor. Si has disfrutado y te has emocionado, te estaré infinitamente agradecida si dejas una pequeña reseña, si me recomiendas a tu entorno, si me sigues en mis redes sociales y compartes mi contenido, para que más lectores como tú nos conozcan a mí y a mis chicas. Porque solo así puedo continuar escribiendo más historias como esta y hacéroslas llegar con toda la calidad que se merecen.

Agradecimientos

Me resulta increíble haber puesto el punto final a mi quinta historia y es solo gracias a todos lo que habéis contribuido de alguna manera en esta aventura durante los últimos casi cinco años.

Muchas gracias a mi mayor apoyo en esta travesía, mi marido, por su tiempo, por luchar contra la Impostora y por sus palabras de ánimo.

Muchas gracias a las chicas del grupo de escritoras (Desirée Ruiz, Adriana LS Swift, María Ferrer Payeras, Irene Moyá, Jessica Danvers, Akara Wind, Ygritte Berlana, Victoria Fortún), por los ánimos y risas que me permiten seguir cuerda.

Muchas gracias a mis ceros (@lecturasdeunsiurell, @dreamingofmimibooks, @laurabooksblogger, @las_historias_de_lola), por acompañarme en este nuevo proyecto y ayudarme a redondear esta historia con vuestras sugerencias.

Muchas gracias a mis lectoras más fieles por elegirme una vez más entre tantas opciones disponibles. Si estoy donde estoy es por vosotras.

Muchas gracias a todas aquellas personas que compráis mis libros para apoyarme en mi sueño, los leáis o no, solo porque sabéis lo importante que es para mí.

Muchas gracias a Iria por hacerme ver que esto es mi sueño y no puedo abandonarlo y por los otros dos millones de cosas que habrás hecho por mí.

Muchas gracias a José Manuel, Taira, Rocío, Ygritte y Daniela, por vuestro trabajo, consejos y empeño, por ayudarme a dejar esta obra pulida y bonita.

Y muchas gracias a ti, por leer esta historia y llegar hasta aquí.

La autora

Soy Angels Alemany, mamá y escritora (entre otras cosas).

Tras varios años trabajando en algo que no me llenaba, decidí salir de mi zona de confort y montar mi propio negocio mientras empezaba a escribir mi primer libro: *Lunas y estrellas.*

Desde entonces, miles de historias viven en mi cabeza a la espera de ser plasmadas. Me enamoré tanto de las palabras que ya no pude abandonar esto que empezó como un simple *hobby* y que ahora considero como mi profesión.

Actualmente, compagino el caos de la maternidad con mi trabajo y mis nuevos proyectos literarios.

Soy una enamorada de la novela romántica contemporánea y eso es lo que escribo. Mis historias son tiernas y bonitas y seguro que te vas a emocionar con ellas.

Te animo a seguirme en mis redes sociales para no perderte ninguna novedad:

Facebook: Angels Alemany Libros
Instagram: @angels.alemany

Otras obras publicadas



LUNAS Y ESTRELLAS: EL ÚLTIMO TATUAJE I

Julia es una más de esos jóvenes que tuvieron que abandonar su país por la falta de empleo y acabó en la fría ciudad de Estocolmo con un contrato de *au pair*. Pero un año después tiene una vida que le encanta: un piso ideal, sus clases de baile, sus padres bien lejos y un novio que le acaba de proponer matrimonio.

Marcus es un hombre muy ocupado. Es hijo del dueño de uno de los bancos más importantes de Suecia y se siente afortunado de haber encontrado a la mujer con la que querría compartir su vida.

Viktor, hijo de madre española y padre sueco, vivió en España hasta que un acontecimiento de su pasado lo empujó a buscarse la vida en Estocolmo. Allí trabaja como escolta y está enamorado de su protegida, un secreto que solo conoce su compañero de piso y de trabajo.



PUNTO Y COMA: EL ÚLTIMO TATUAJE II

Julia ha vuelto a Estocolmo. Siente que ha hecho lo correcto, pero no deja de darle vueltas a todo. A la vida que hubiera podido tener de haberse quedado en Mallorca y a la que le espera. Quiere que todo sea como antes, aunque su corazón está muy lejos de allí.

Marcus se siente feliz. Pensaba que no volvería a verla y ahí está, en su casa, con un proyecto de vida en común que no puede rechazar. Aunque es consciente de que ella no es la misma de antes.

Viktor sigue en España luchando por olvidar algo que, en realidad, no quiere olvidar. Quería impedir que ella se fuera, pero no pudo. Y ahora está con él. Y ya no puede protegerla.



HASTA QUE EL SOL DEJE DE BRILLAR

¿Cuánto tiempo puede mantenerse a salvo un secreto?

No uno de esos que le cuentas a tu amiga a los ocho años. No. Un secreto de los gordos, de los que llevas ocultando demasiado tiempo porque, de salir a la luz, toda tu vida podría cambiar en un segundo.

Sofía quería estudiar Medicina. Tenía todo lo necesario para ello, entusiasmo y unas notas que le permitirían escoger carrera y universidad a su antojo. Hasta que aquello alteró todo su mundo.

Pablo regresa a su ciudad natal después de cinco años huyendo de los recuerdos. Y lo que le queda claro cuando la ve de nuevo es que nada ha cambiado y que necesita volver a formar parte de su vida como sea.

Él sabe que no obtendrá su perdón tan fácilmente y ella es consciente de que su vuelta solo significa una cosa: problemas.



DONDE NOS REENCONTRAMOS

¿Qué puedes esperar del mundo, de la vida y de las personas cuando todo lo que has aprendido en los primeros años es que no eres importante?

Desde muy joven, Vicky conoce el dolor, el rechazo y la soledad mejor que nadie. Pero también conoce el amor. Uno de esos tan grandes e intensos que te destruyen al acabarse.

Luis no solo fue su mejor amigo desde los tres años. Se convirtió en su amante, su compañero de vida y el muelle al que amarrarse cuando los pensamientos turbios amenazaban con destruirla. Pero todo eso quedó atrás.

Ahora lleva años luchando contra sus propias pesadillas. ¿Podrá el amor salvarla de nuevo o estará rota para siempre?